



El mar de Tristán

"Solo cuando el
mar se seque, solo entonces,
dejaré de quererte"

Elisabet Arranz

El mar de Tristán

"Solo cuando el
mar se seque, solo entonces,
dejaré de quererte"

Elisabet Arranz

El mar de Tristán

Elisabet Arranz

©Todos los derechos reservados

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Advertencia: Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título: El mar de Tristán

Copyright © 2017 – Elisabet Arranz

Primera edición, enero 2018

Diseño de la portada y contraportada: Elisabet Arranz

Maquetación: Elisabet Arranz

Contacto:

eliarranz@gmail.com

Esta novela está dedicada a mi hija Isabella y a mi madre. A ti, mamá, te doy las gracias desde aquí abajo por educarme y hacerme ser la mujer que soy ahora. Y a ti, Isabella, por hacerme sentir la mejor madre del mundo cuando te acuno entre mis brazos.

Os quiero.

Prólogo

Dos años antes

Recorro la habitación de arriba abajo unas diez veces antes de tomar una decisión que llevo arrastrando desde que llegué aquí. Hui de algo que creí poder olvidar tomando distancia, pero lo único que conseguí es que mi dolor y obsesión se hicieran más grandes.

Las cosas en la empresa han ido de mal en peor los últimos meses y ya no puedo hacer nada más que venderla para poder recuperar parte del dinero invertido. Lo he intentado por todos los medios, sin éxito. He intentado refugiarme en el trabajo para poder darle un rumbo a mi vida, lo cual no he conseguido. Los recuerdos, el dolor, la pena y la impotencia me siguen persiguiendo allá donde voy.

Salgo al pasillo, encontrándome de bruces con la mujer que ocupaba mi cama hace unos minutos. Solo la conozco desde hace unas horas. Me llamó la atención su parecido con ella, por eso flirteé con ella hasta conseguir meterla en mi cama, cosa que ella hizo encantada. Tengo que admitir que soy bien parecido y que las mujeres no se resisten demasiado a mí. Busco en cada una de ellas algo que me recuerde a ella, lo que me parece repugnante y enfermizo, pero no puedo evitarlo. La busco sin descanso, pero nunca la encuentro.

—Cariño, ¿te molesta si me doy una ducha antes de irme? —me pregunta pasando sus manos por mi pecho desnudo.

—En absoluto. Puedes hacer lo que quieras.

Me dirijo hasta la cocina, me preparo un café con caramelo y cojo mi móvil que reposa sobre la encimera mientras le doy el primer sorbo que resbala dulce por mi garganta.

—Brian, soy Tristán. Me he decidido y voy a venderlo todo. Regreso a casa.

Mi abogado exclama un par de insultos a la vez que se carcajea. Brian además de ser mi abogado es el único amigo que he conservado desde que vine a la ciudad. Sabe que es lo que me atormenta y desde que le comenté que quería volver a casa siempre me apoyó.

—Y por fin te decidiste, alma en pena. ¿Vuelves para buscarla o para olvidarla?

—No lo sé todavía, pero algo me dice que vuelva. Además mi padre no está bien y creo que debería estar a su lado.

—Pues dame el <<ok>> y me encargo de todo. ¿Sabes que no hace falta que te quedes más tiempo, verdad?

—Lo sé. En cuanto recoja las pocas cosas que me hacen falta pillo el primer tren hacia la bahía.

—Perfecto entonces. Una cosa más, Tris: intenta ser feliz.

—Lo intentaré, Brian.

Cuelgo el teléfono y me dirijo de nuevo hasta mi habitación. Saco la maleta del armario y meto en ella solo la ropa básica. Mis trajes de chaqueta no me harán falta. Para que cargar con algo más que la culpa y la pena que llevo en mi alma.

Luego abro el cajón de la mesita de noche y guardo en mi cartera el colgante que llevo tantos años conservando.

Rosaura, que así se llama la chica que tanto se parece a ella me llama desde el baño, invitándome a unirme a ella en la ducha. Hago oídos sordos y me voy hasta la habitación de invitados donde hay otro cuarto de baño. Me ducho, me visto y espero a que Rosaura se largue de una vez por todas de mi casa y de mi vida. Me doy asco a mí mismo por rechazarla. Ella no tiene la culpa del tormento que me acompaña y me impide llevar una vida normal.

En la estación de tren vuelvo a ver su reflejo en una ventanilla de uno de los vagones. Sé que es solo una visión que mi cerebro construye de ella, pero a la que me aferro como un clavo ardiendo para no olvidarla. Sus bonitos ojos azules, su pelo castaño resbalando por sus hombros y su dulce boca pidiendo una ayuda que no pude dar. Aparto la mirada y enciendo mi iPod, sumergiéndome en la melodía que sale por los pequeños audífonos. La voz de Nina Simone con su <<*Aint's got no*>> me acompaña de vuelta a casa, de vuelta al lugar en el que me convertí en una sombra.

Capítulo 1

Olimpia

Hace media hora que he dejado el último motel en el que me hospedaré. Camino rumbo a la estación de trenes en la cual tomaré un tren hasta San Francisco, mi último lugar en la escala de mi vida. Hago una parada en un cajero de una de las calles colindantes a la estación para sacar mis últimos cincuenta dólares. He vendido todos mis bienes y donado todo mi dinero a una asociación que se encarga de darles una nueva vida a niños huérfanos como yo.

Ya en la estación me revuelvo el pelo, nerviosa. Tengo claro a qué voy a San Francisco. No tengo a nadie, así que será muy difícil que alguien intente persuadirme de mis intenciones. Me subo al vagón, asomándome antes a una de las ventanillas, fijándome en el ir y venir de la muchedumbre. Personas que seguro vuelven a sus respectivos hogares, o a reunirse con sus familiares. Pienso en lo que ha sido mi vida hasta hora y no hay nada. Solo hay soledad, dolor y lágrimas. No sé lo que es ser feliz o llorar de alegría. No sé lo que es el amor ni tampoco lo que es amar a alguien. Lo más importante que tenía murió ahogado en un inmenso mar. Mi familia.

—Disculpe, señorita, ¿va a sentarse? —me pregunta un anciano mientras que espera en el pasillo del vagón.

—Claro, pase usted primero. No he montado nunca en tren y mirar por la ventanilla me da pánico. —Sonríó mientras me siento en uno de los sillones pegados al pasillo.

—Jovencita, el tren es uno de los medios de transporte más seguros —me informa el anciano con una sonrisa arrugada por los años.

—No es precisamente la seguridad lo que me preocupa, sino vomitarle encima a usted.

Reímos juntos mientras cada uno se acomoda en sus respectivos asientos. Solo llevo una mochila conmigo, así que tardo poco en hacerlo.

Me recuesto sobre el sillón y cierro los ojos para intentar descansar un poco, pero mi anciano compañero de viaje me habla y vuelvo a abrirlos.

—¿Te apetece escuchar conmigo el *aparatejo* este? Me lo encontré, justo aquí, hace un par de años. Supongo que alguien lo dejó olvidado.

—Pues escuchemos qué música escuchaba esa persona —respondo cogiendo uno de los audífonos que me tiende.

Cuando le da al *play*, se oye la inconfundible voz de Nina Simone y su canción <<*Aint's got no*>>. Sus canciones me han acompañado la mitad de mi vida y esta, en concreto, es una de las más recurrentes en mi repertorio. No sé si es casualidad o cosa del destino, pero todo parece conducirme y guiarme en mi último viaje.

En el colegio me enseñaron que las tres cuartas partes de la superficie terrestre están cubiertas de agua; pues bien, doy fe de ello. Ante mí tengo un inmenso mar, que lejos de relajarme y tranquilizarme, me asusta.

Antes, el verano era mi estación favorita del año, pero desde hace casi siete años se ha convertido en mi pesadilla. Odio el verano, odio el mar, y... odio vivir, simplemente. Desde aquel trágico día en el que lo perdí todo, jamás he vuelto a pisar la arena de la playa; ni siquiera he estado tan cerca del mar como lo estoy ahora, pero ya estoy decidida, y sé que tengo que hacer para que esta angustia desaparezca. Con el *Golden Gate* como testigo, camino sobre la arena tibia en la recta final de la tarde de San Francisco, cuando la ausencia de calor se hace patente y apenas hay un alma cerca de aquí, ni siquiera un turista rezagado.

Me adentro en el mar poco a poco, sintiendo el agua helada en mis pies, pero no me importa; más helado está mi corazón. Solo pienso en aliviar este dolor que me desgarrar por dentro y me quema. La brisa del mar inunda mis fosas nasales y los recuerdos me avasallan una vez más. Cierro los ojos y, sin quererlo, me pierdo en el recuerdo del agua salada calándome los huesos, entumeciendo mis músculos hasta que ya solo siento frío. Viajo años atrás mientras la voz de mi madre resuena en mis oídos.

Las lágrimas acuden a mis ojos y el sabor del agua salada vuelve a mi boca, abrumándome. Vuelvo a estar en la proa del barco de mi padre, aferrada al cuerpo casi sin vida de mi hermano pequeño.

Aunque ya era tarde para él, me prometí que intentaría salvarlo por todos los medios.

El recuerdo de ese momento me aprieta de nuevo como una soga en el cuello, dejándome sin aliento. Aquel día el azul del cielo se tiñó de gris y una enorme tormenta se desató en el tiempo que dura un pez en la boca de un tiburón. Nada. El olor del mar había cambiado por el de la lluvia chocando contra la cubierta del barco de mi padre y una enorme tragedia se presagiaba en los ojos de mi madre.

Hicimos todo lo que pudimos, pero fue inútil. Todos sus esfuerzos por

salvarnos fueron en vano, porque la única que consiguió sobrevivir fui yo. Maldigo el día en el que acepté las clases de natación en las que se empeñó mi madre en apuntarme. Era una estupenda nadadora. Y eso me salvó.

Apenas puedo mantenerme erguida. Mi pánico al mar se incrementa cuando me adentro más y más, enterrando mis pies en el fondo, llegándome el agua hasta la cintura. Apenas puedo respirar y sé que voy a perder el conocimiento de un momento a otro, aunque esa era la idea.

Tristán

El mar está bravío y ya tengo asumido que hoy no pescaré ni un salmonete, así que decido volver a puerto. Estoy mojado, entumecido y cabreado porque no dejo de recordar ni un minuto todas las mierdas que me han pasado. Intentaré hacer algo de provecho en la casa por lo menos. Aún me queda mucho por caminar para devolverle la vida que tuvo algún día la herencia de mi recién fallecido padre. Este barco y la casa eran la razón de ser de mi padre, un marinero de vocación y carpintero de profesión. Por eso, al recibirlos como herencia, me aseguré y prometí que les devolvería esa vida y luz que antaño. Se lo debo a él y también a mi madre.

Me aseguro de que el barco quede bien anclado al muelle, esta noche habrá tormenta y no tengo ganas de perder algo más en la vida. Porque no sé qué le habré hecho al maldito destino o al puto karma, pero no hago más que perder cosas.

Camino por el muelle y atravieso la pequeña playa que me separa del aparcamiento. La casa está cerca, aunque preferí coger el coche para luego visitar el supermercado del pueblo. Cuando ya casi voy a llegar a mi coche miro atrás, como siempre hago desde hace unos años, y veo a lo lejos a una chica que camina mar adentro. El mar está muy revuelto y le arrastrará la corriente si no deja de adentrarse en el agua.

Le grito y le grito, pero ni siquiera me oye. Ramalazos de recuerdos vienen a mi mente.

Voy corriendo hacia la orilla y vuelvo a gritarle sin éxito, cuando de pronto desaparece de mi vista bajo el agua. No me paro a pensar en el peligro y me lanzo al mar a por ella, como una vez ya hice por alguien. Nado a contracorriente, braceo lo más rápido que puedo y me sumerjo para buscarla.

—Gracias al cielo —agradezco, arrastrando su cuerpo desvanecido hasta la orilla.

Más recuerdos me atenazan, pero me obligo a seguir.

Ya en la playa le practico el boca a boca, consiguiendo que expulse toda el

agua que ha tragado. Tose sin parar, mirándome con unos ojos que me atraviesan por dentro. Mi corazón da un vuelco cuando me abraza y se echa a llorar en mi pecho. La estrecho contra mí, dándole calor, dándole un insuflado de energía.

—No puede estar pasando. No puede ser —susurro.

—¿Se puede saber que cojones intentabas hacer?—le digo al oído, ahogando una pregunta que no me atrevo a formular ni en mi cabeza.

No responde, solo clava el rostro contra mi pecho y me abraza más fuerte. No sé qué la ha llevado a hacer esta locura, o tal vez sí, pero el simple hecho de estar abrazada a mí la tranquiliza.

—Tenemos que secarnos. Dime dónde vives para poder llevarte a casa.

—No tengo casa. No tengo nada —susurra desvaneciéndose en mi regazo.

La cargo en brazos y la llevo hasta el coche, tumbándola en el asiento trasero, llevándola a casa. Por el camino la observo por el espejo retrovisor, viendo cómo se retuerce entre lo que supongo que es una pesadilla. No puedo evitar que los recuerdos de alguien lleguen a mi mente, atormentándome de nuevo.

Una vez llegamos, la tiendo sobre mi cama y enciendo la chimenea de mi habitación. No ha vuelto en sí y me es muy violento desnudarla en esta situación, pero no tengo más remedio que hacerlo. Espero que cuando despierte no me acuse de haberme aprovechado.

Doy vueltas por el salón, subo y bajo las escaleras del sótano, para evitar buscar algo que tengo escondido desde hace años. Algo que me recuerda cómo mi vida cambió con un golpe de marea.

Olimpia

Abro los ojos sin tener ni idea de donde estoy. Solo sé que no tengo mi ropa y que la sustituye una camiseta de chico y unos enormes calcetines de lana. Miro en rededor y solo veo un montón de ropa tirada en un rincón de la habitación y una chimenea que desprende un cálido resplandor.

El ruido de la puerta abriéndose me hace dar un respingo.

—Lo siento, no era mi intención asustarte. ¿Estás mejor? —se disculpa un chico alto y fuerte, que me mira como si fuera un cachorrillo abandonado.

Su rostro me es familiar. Creo que estaba en la playa conmigo antes de perder el sentido.

—Sí, gracias. ¿Dónde estoy? —le pregunto mientras me fijo en sus frondosa barba y su enorme cuerpo fornido.

—Estás en mi casa. ¿Recuerdas algo de lo que te pasó?

—Algo...

—¿Qué pretendías? —me pregunta sentándose en los pies de la cama.

—Hacer lo que hice —le contesto evitando su mirada gris.

—¿Se puede saber que lleva a una chica tan joven a hacer lo que has hecho?
—Me tiende una taza de té y una pastilla mientras habla.

Evita mirarme a los ojos, pero cuando lo hace, noto como un destello los atraviesa y una pequeña mueca de dolor se instala en su rostro.

—Es una larga historia. —Le doy un sorbo al té y me trago la pastilla.

—Tengo tiempo, ¿y tú? —Levanta las cejas un par de veces y me sonrío escuetamente.

—Todo el del mundo.

Tristán

Los recuerdos de aquel día han vuelto a mi mente. Intenté olvidar aquella tarde de verano durante años, casi lo había conseguido, pero esta chica me ha hecho recordar. Quiero pensar que estoy loco por pensar que ella es aquella niña que una vez saqué del mar con un bebé muerto en brazos; en el mismo que hoy he encontrado a la hermosa mujer que está frente a mí. Sus ojos son del mismo tono azul, aunque estos son más grandes y expresivos. Necesito saber si es ella la misma persona que me ha robado el sueño durante años; la que me ha perseguido en mis sueños y pesadillas; la que me robó el corazón aquel día; la que me hizo que meciera un bebé muerto entre mis brazos y la culpable de tantas lágrimas derramadas. Esa que no he podido olvidar.

—Tu ropa está aún mojada, si quieres puedo traerte unos pantalones de pijama —le comento para no seguir con la retahíla de pensamientos locos que me envuelven.

—¿Tienes una manta? —pregunta sentándose en el borde de la cama.

—Claro. Están en el salón. ¿Vamos?

Me sigue a través del pasillo. Va callada y con la cabeza gacha cuando me vuelvo para mirarla. La sensación que recorre mi cuerpo es extraña cuando la tengo cerca.

—¿Cuántos años tienes...? —dejo la pregunta en el aire, aún no sé cómo se llama.

—Olimpia, me llamo Olimpia. Tengo dieciocho, ¿y tú...? —contesta apresuradamente.

—Tristán. Veintiocho —carraspeo al oír su edad—. Y, dime, ¿que querías decir cuando me has dicho que no tenías casa?

—Pues justo lo que te dije. Me he deshecho de todos mis bienes.

—¿Para...? —Alzo una ceja y la miro extrañado.

—Ya no me iban a hacer falta para donde pretendía ir antes de que me sacaras del mar —me reprocha.

Coge una de las mantas del sofá, se la echa por los hombros y se sienta en la alfombra frente a la chimenea del salón. La imito sentándome a su lado, viendo el crepitar de las llamas en sus ojos.

—No fue un accidente —afirmo.

—No, no lo fue. No debiste entrometerte. —Una lágrima resbala por su mejilla, la cual me apresuro a secar con mis dedos.

Olimpia

Las lágrimas acuden de nuevo a mis ojos y, el dolor por no haber conseguido mi propósito, me golpea de nuevo.

—Ya sé que no me conoces, pero me gustaría saber por qué...—me pide Tristán, sujetando mi mano.

—¿Crees que podrás convencerme de que no vuelva a hacerlo? No lo conseguirás, ya te lo advierto. He ido a varios psicólogos y ninguno ha conseguido persuadirme.

—Déjame intentarlo. —Eleva su mano y me acaricia el rostro con el dorso de la misma.

El gesto ha sido tierno, incluso familiar, y no me ha dado la sensación de que quisiera aprovecharse de mí. Si lo hubiera querido hacer, lo hubiera hecho mientras estaba inconsciente, ¿no?

—Sorpréndeme —le pido, acercando mi rostro a su mano, como un gatito desvalido. A veces mi autocompasión me resulta patética.

No sé por qué, pero su olor y su cercanía me otorgan una tranquilidad que pocas veces he sentido. No sé si será por su forma de hablar, por lo guapo que es o porque me ha abierto su casa aun siendo una extraña.

Lo que no sé es porque he aceptado estar aquí, y no salir corriendo. ¿Una última oportunidad? ¿Esperanza? ¿Una corazonada? No lo sé, pero por primera vez, en mucho tiempo, necesito saberlo.

—Primero dime a que le tienes miedo —pregunta mirando hacia el fuego.

—Al mar —contesto sin pensar.

—Vale, ahora necesito saber porque lo hiciste —insiste de nuevo.

—Porque no quiero vivir sola...sin ellos. —Lloro, abrazándome a mí misma.

—¿Quiénes son ellos, Olimpia?

—Mis padres y mi hermano.

Me suelta la mano y se tensa. No sé qué ha pasado o que he podido decirle para que actúe así, pero su semblante ha cambiado y se ha puesto más blanco que mis calcetines.

—¿Que les paso? —pregunta con la voz entrecortada.

—Murieron ahogados. Yo fui la única superviviente cuando nuestro barco encalló y se hundió. Yo pude salvarme nadando hasta la orilla, pero mis padres y mi hermano no pudieron. Los cuerpos de mis padres jamás aparecieron. Recuerdo aquel día como si fuera ayer, aunque aún tengo lagunas... Estaba al límite de mis fuerzas cuando alguien me sacó del agua, pero no logro recordar su rostro. A veces me pregunto si fue parte de mí imaginación o si de verdad fue real. Me atormentaban las pesadillas en las que sus ojos grises no dejaban de mirarme llenos de lágrimas. Hubo un tiempo en el que agradecí que me salvara, pero luego... Luego lo odié por haberme arrancado de los brazos de la muerte y haberme condenado a una vida de soledad. En mis sueños aun puedo oír como la figura sin rostro me prometía que se quedaría conmigo y que me cuidaría, pero me mintió. Me dejó sola para vivir una vida que no quería ya. Por su culpa estoy aquí.

Tristán

Es ella, joder. Es ella.

Absolutamente todo vuelve a mi mente. Todas las imágenes de aquel maldito día: ella braceando ya sin fuerzas; luchando por llegar a la orilla, me veo a mi mismo correr hasta la playa para lanzarme a un mar que podría habernos ahogado a los dos. Veo a Olimpia inconsciente y un bulto en su chaqueta. Veo como mis manos sacan a un bebé inerte aferrado en su pecho. También veo como mis lágrimas caen encima de ese niño mientras intento por todos los medios hacerlo respirar. Estaba muerto, pero ella aún no lo sabía.

Ese bebé se llevó parte de mi alma.

—Nadé por bastante tiempo con el cuerpo de mi hermano metido dentro de mi chaqueta. Solo tenía cuatro meses. Te juro que intenté salvarlo. ¡¡No pude, Tristán, no pude!!

Solloza entre mis brazos sin consuelo. Casi lo hago yo también. Me duele en el alma, pero ni comparación con lo que le debe doler a Olimpia.

—Llora, llora todo lo que quieras. No estás sola, ahora ya no. Estoy aquí, pequeña.

La dejo llorar hasta que se rinde agotada entre mis brazos. La llevo hasta el sofá y la recuesto. Mientras preparo la cena me tomo un vaso del aguardiente

casero del que destilaba mi padre. Hacia un año que no bebía nada...pero lo necesito.

Cojo el teléfono de la encimera y llamo a mi mejor amigo. Brian debe saber que por fin la he encontrado.

—Dime, Tristán, ¿ocurre algo? —pregunta alarmado. Es tarde y no suelo llamarlo a esta hora.

—La he encontrado, Brian.

—¿Qué? ¿A quién has encontrado?

—A la chica del mar.

—¿Has vuelto a beber, Tris? —comenta preocupado.

—Sí y no. A ver...

—Aclárate, amigo —exige.

—He encontrado a mi chica del mar. Aquí en casa. Bueno, en casa no, en la playa, en el mar...

—¿En serio? Es increíble, Tris. ¿Sabe quién eres? ¿Cómo está? ¿Está buena? ¡¡Dios, habla de una vez!! —Grita.

—Si te callaras, podría hacerlo. No sabe quién soy, está jodida, muy jodida. Y sí, está muy buena, pero eso no importa ahora, joder.

—¿Cómo sabías que es ella? ¿La has reconocido? —Me interroga como buen abogado que es.

—Intentaba suicidarse, Brian. La saqué del mar igual que la última vez que la vi.

—Joder, sí que está jodida. ¿Qué harás?

—No lo sé, pero tengo que ayudarla.

—Lo entiendo, Tris. Si necesitas cualquier cosa no dudes en decírmelo.

—Tranquilo, lo haré.

—Bien. Suerte.

Los gritos de Olimpia me hacen dar un respingo.

—Brian, tengo que dejarte —le informo, colgando al instante.

—¡¡No, no, por favor, otra vez no!!

Corro desde la cocina hasta el salón.

—Eh, tranquila. Estoy aquí, pequeña. Es solo un sueño. —Abre los ojos de par en par y puedo ver el pánico en ellos.

—Lo siento —musita tapándose la cara con la manta.

—Eh, vamos, no te cubras la cara. No pasa nada.

—¿Por qué lo haces? Yo...

—Porque necesitas ayuda y yo estoy aquí.

—Gracias.

—De nada. Ahora vamos a cenar, ¿de acuerdo?

—Vale.

Noto que me mira raro, como si desconfiara de mis intenciones y quisiera leerme la mente mientras me observa comer. Jamás había tenido delante a una mujer como ella, capaz de traspasar mi coraza y ver lo que hay dentro de mí.

—¿Qué quieres saber? —le pregunto mientras le sirvo un poco más de agua.

—¿Acaso me lees la mente? —responde con una leve sonrisa.

—¿Me la lees tu a mí? Porque lo parece.

—No —Ríe.

—Soy de fiar, puedo asegurártelo.

—Eso no lo dudo. Es solo que me preguntaba que hace un chico joven viviendo aquí. ¿A qué te dedicas, Tristán?

—Fácil pregunta y más fácil respuesta. Esta casa era de mis padres y la he heredado yo. Respondiendo a que me dedico, te respondo a todo a la vez. Tuve varias empresas de restauración en la ciudad, las cuales fracasaron. Lo vendí todo y me mudé aquí con el dinero que había conseguido. Ahora solo me dedico a restaurar la casa, navegar y pescar en mis ratos libres, tal y como venía de hacer cuando te encontré.

—¿Volverás algún día a la ciudad? —pregunta con media sonrisa.

—No lo creo. A no ser que alguien muy importante en mi vida me lo pidiese.

—¿Y existe ese alguien?

—Puede...

Hemos cenado y hablado un poco sobre el tema, aunque sin profundizar. Me ha contado que ha vendido todos sus bienes y donado el dinero a una asociación para niños huérfanos. No tiene nada de nada. Tengo que ayudarla como sea. Está sumergida en un pozo sin fondo y no ve la salida. Tengo que intentar enseñarle a vivir con el recuerdo de los que ya no están, aunque sea difícil. —Yo mismo lo he hecho—. Debe aprender a vivir; cosa que no ha hecho nunca, solo ha sobrevivido a la ausencia. Mañana intentaré que se dé cuenta de lo valiosa que es la vida y que debe vivirla. Le fallé una vez y no volveré a hacerlo.

Olimpia

Vamos en su todoterreno negro a través de la playa. Tristán no ha querido decirme adónde vamos. La verdad es que me da igual donde me lleve. No

tengo nada que perder. Me da igual, como si quiere arrojarme desde el acantilado que tenemos frente a nosotros.

Llevamos media hora caminando por las rocas del desfiladero bajo un sol abrasador. Llevo mis vaqueros y mi camiseta pegados al cuerpo y no lo aguanto más.

—Tristán... ¿podrías prestarme una de tus camisetas? Tengo un poco de calor y necesito quitarme estos pantalones —digo enseñándole mi ropa empapada.

—No he traído ninguna...pero toma la mía. —Se deshace de su camiseta y me la tiende. Su pecho se queda al descubierto delante de mí y una punzada en el estómago hace que casi me doble en dos.

Nunca he sentido esa sensación de tener miles de mariposas en el estómago; como dicen en las películas. Eso es lo que siento ahora mismo cuando su torso desnudo se ha colado en mi retina.

Me quito los pantalones y la camiseta sin cubrirme. El sujetador y las bragas tapan más que un bikini...así que para qué. Tristán traga saliva cuando ve que no he escondido mi cuerpo a su mirada, ni él tampoco la ha apartado, que conste. Estamos mirándonos mutuamente mientras me pongo su camiseta. Su expresión ha cambiado, está aún más serio y un poco tenso.

—¿Nunca has visto a una mujer en ropa interior? —le pregunto riéndome por su expresión. Y sí, he dicho riéndome. Hacía mucho tiempo que no lo hacía.

—Si las he visto, Olimpia —contesta serio.

—Pues no te asustes entonces.

—No estoy asustado, solo es que me asombra tu falta de pudor.

Me encojo de hombros y seguimos caminado unos metros más hacia arriba. Estoy agotada, pero a él parece que no le afecta ni un poco el ascenso ni el calor.

—Olimpia, ¿dónde viviste hasta que cumpliste los dieciocho?

—En una residencia de chicas. Mis padres siempre fueron muy previsores y dejaron estipulado en sus testamentos las instrucciones para actuar con mi hermano y conmigo en caso de que a ellos les pasara algo. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque ahora entiendo tu falta de pudor —contesta con media sonrisa.

—Todas las personas tenemos lo mismo, Tristán. No seas mojigato. ¿Para qué me has traído aquí, si puede saberse? ¿No serás un psicópata loco que quiere tirarme por el acantilado, no?

—Si quisiera verte muerta... ¿no crees que hubiera dejado que te ahogaras en el mar? —arquea una ceja, divertido.

—Lo mismo es que te pone ser tú el que lo haga.

—Por Dios, Olimpia, no voy a matarte. Deja de ver películas de terror.

Pongo los ojos en blanco y suelto una risita autosuficiente. Llegamos al borde del acantilado y me asomo un poco. En un segundo siento los brazos de Tristán rodeándome por la cintura y alejándome del borde.

—¿Se puede saber qué haces?! No iba a tirarme. Si querías abrazarme me lo podrías haber dicho.

—Eso no lo sé. —Me suelta y se aleja de mi como si mi cuerpo quemara.

—¿Me vas a decir entonces que hacemos aquí? Si tanto miedo tienes a que me lance al vacío, no entiendo para que me has traído.

—Porque quiero que bajes por ahí. —Me señala con un dedo la pendiente escarpada que está frente a nosotros.

—¿Qué? Ni de coña bajo por ahí, chaval —le espeto reculando hacia atrás.

—¿Tienes miedo de matarte? —Levanta una ceja y sonrío maliciosamente.

—No tengo miedo de matarme, tengo miedo a despeñarme y quedarme medio lisiada y viva...encima.

Se ríe a carcajadas contagiándome la risa. Al final acabamos los dos descojonados con las manos en las rodillas.

—Bueno, qué, ¿te atreves? ¿Os es que en verdad sí que tienes miedo de morirte?

—Eres un idiota —le espeto resoplando.

Le arrebato de las manos la mochila que se disponía a abrir y miro en su interior: arneses, cuerdas, y todo lo necesario para hacer un descenso. Aún tenía la esperanza de que fuera una broma.

Al final, tengo que volver a ponerme los pantalones, aunque me dejo puesta su camiseta. Me apetece verlo con el torso descubierto, ¿para qué mentir?

—Anda ven, que ya te coloco yo el arnés —me pide tendiéndome la mano.

Se pone de rodillas delante de mí, me coge el tobillo y empieza a subir el arnés por mis muslos. Evita mirarme a los ojos y se concentra en las hebillas del arnés, que parecen muy interesantes.

—No voy a morderte, Tristán.

—Ya lo sé, cállate un ratito, anda —resopla.

Me cruzo de brazos y hago un mohín con la boca. Da un tirón de las cintas que se acoplan a mi entrepierna y me las aprieta tanto que temo que me corte el flujo de sangre.

—Aish, me haces daño. ¿Puedes aflojarlas? —me quejo.

—Está bien, pero solo un poco.

Se pone de pie, me mira a los ojos y baja las manos por mi cintura hasta la hebilla de afloje, todo ello sin dejar de mirarme.

—¿Te diviertes? —le pregunto poniendo mis manos sobre las suyas.

—Me estoy asegurando de que no te caigas y te quedes lisiada —susurra mientras afloja el arnés.

Sonríe solo un poco. Debajo de toda esa barba debe esconderse una bonita sonrisa. Y su olor es...no sé. Siento como si ese olor me hubiera acompañado siempre.

—Uff, no me apetece nada bajar por ahí, eh... ¿No podemos llegar a un trato?

—No hay ningún trato. Vamos —exige.

Madre del amor hermoso, me da igual morirme, pero hay que admitir que esto acojona un huevo.

Tristán

Le doy un pequeño empujoncito hasta el borde, ya que estoy seguro de que no va a saltar, porque no se mueve del sitio. Le explico cómo debe sujetar la cuerda y colocar los pies en los salientes para poder deslizarse sin problemas hasta abajo, pero como es una cabezota, no me hace caso y se tropieza. Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para que no se deslice colina abajo sin control.

—Tristán, me caigo, me caigo —repite sin ton ni son, con los ojos cerrados agarrada a mí como un mono araña.

—No te caes, Olimpia. Estás sujeta a mí con un arnés de seguridad. Si tú caes...yo caigo contigo, ¿de acuerdo? Ahora abre los ojos y haz todo lo que yo te diga.

—No puedo, de verdad, no puedo —llora.

—¿Y si puedes adentrarte en el mar para hacer una maldita locura? —le reprocho enfadado.

—No lo sé, ¿vale? No lo sé —repite hipando del llanto.

—¿Confías en mí?

Abre los ojos unos segundos y los fija en los míos. Me mira como lo hizo aquel día, haciendo que mi corazón se haga trizas.

—Sí.

Me da pena, pero esto era necesario.

—Pues agárrate a mí y ve descendiendo por mi cuerpo hasta que tu pie

derecho alcance aquel saliente

—digo señalándole con la cabeza el lugar donde se encuentra el pequeño saliente donde debe apoyar el pie.

—Pero no me sueltes, por favor —me ruega apretándome más.

—No lo haré. Estoy aquí.

Suspira y coge tanto aire que temo que se desmaye. Que exagerada es para todo, de verdad. Se desliza poco a poco por mi cuerpo, tocándome por todos sitios, hasta que engancha sus deditos en la cinturilla del pantalón vaquero y me los baja un poco.

—Lo siento —se excusa mirándome de reajo, cuando ve que casi me está bajando los pantalones.

—No pasa nada. Venga, estira el pie, Oli.

—¿Cómo me has llamado?

—Oli, te he llamado Oli —contesto exasperado.

—Solo mi madre me llamaba así —replica.

—Pues no volveré a hacerlo, Olimpia, pero ahora necesito que me sueltes el pantalón o acabarás bajándomelos. Y, por Dios que me encantaría que me los bajaras...pero en otra situación —le digo sorprendiéndome a mí mismo por esas palabras.

Noto como se ruboriza y vuelve a hacer lo que le pido con la cabeza agachada, sin querer mirarme. Bendita fuerza de contención y aguante que estoy teniendo.

Anoche me estuve fijando en ella. Su pelo no ha cambiado ni tampoco su boca. Sus ojos ahora son más grandes y expresivos, pero tan azules e intensos como los de antaño. Estuve toda la noche preguntándome como no había sido capaz de reconocerla. Ahora es una mujer, pero sigue teniendo la misma esencia que hace siete años. Es bonita, muy bonita, pero ahora también es atractiva y me atrae de una manera que me asusta.

—No pasa nada. No me importa que me llames así —dice cuando por fin está de nuevo a salvo.

—Como quieras, pero ahora, sigue bajando —le indico.

La observo desde un poco más arriba como va descendiendo, y ahora sí, haciendo caso a todas las instrucciones que le di.

—¿No te parece divertido? —le pregunto una vez abajo, mientras que voy desprendiéndome de mi arnés para continuar con el suyo.

—¡Otra vez, otra vez! —chilla como una loca, dando saltitos.

—¿Me lo estás diciendo en serio o te estás riendo de mí, Olimpia?

—Que no, que me ha gustado, en serio. Quiero hacerlo otra vez.

—Tú estás loca —me rio y me emociono al sentirla tan feliz.

Me pongo de rodillas ante ella y empiezo a desabrocharle el arnés, cuando de repente, me agarra del pelo y me echa la cabeza hacia atrás para mirarme directamente a los ojos.

—Quiero volver a hacerlo —me dice muy seria con sus dedos enredados en mi pelo. Por Dios...

—Otro día. Ahora debemos seguir con la ruta. —Trago saliva cuando veo que aún no me suelta y sigue mirándome con sus ojos cristalinos. Me mira de una forma extraña, como si quisiera meterse dentro de mi cabeza e indagar en ella.

Pone un mohín de pena, y con la misma suavidad que me había echado la cabeza hacia atrás, vuelve a echármela hacia delante. Por mi mente pasan un montón de imágenes en las que ella está frente a mí, desnuda, y yo a sus pies, apunto de besarla por todos lados. Sacudo la cabeza y me levanto del suelo como un resorte. ¿Qué cojones me pasa, joder? Parezco un puto adolescente en celo.

La llevo a un lugar muy especial para mí. Es un rincón de naturaleza, donde hay una pequeña catarata que desemboca en un lago azul. Apenas nadie conoce el lugar, está muy escondido y el acceso a él es un poco difícil. En aquellos años, después de aquel trágico día, venía aquí para poder llorar tranquilo y desahogarme.

—Madre mía, nunca jamás había visto algo tan hermoso —dice girándose sobre sí misma con los brazos extendidos.

Es todo un placer verla tan contenta, sin un ápice de tristeza, con esa hermosa sonrisa que le adorna la cara. Me siento bien verla feliz y me atrae como una polilla a la luz, preguntándome si llegaré a quemarme.

Olimpia

Ha sido lo más increíble que he hecho en toda mi vida. Me siento bien, muy bien. Estoy más llena de energía que nunca y con muchas ganas de seguir explorando con Tristán. Con él estoy tan a gusto que me olvido de todo. Es amable y dulce, a veces rudo, pero suave. Mientras me quitaba el arnés he podido fijarme, sin que se percatara, en el tatuaje que cubre todo el ancho de su espalda. Un ancla tan grande y bonita que casi me ha dejado embobada mientras la miraba. He podido ver que tenía una frase a su alrededor, pero no he llegado a leerla. Me he fijado también en su pelo: suave y sedoso. Nunca le había tocado el cabello de un hombre, ya que desde que era pequeña he

crecido con chicas. Sí he hablado con ellos, pero siempre a distancia. Nuestra residencia estaba a unos metros de la de los chicos, pero no se nos permitía acercarnos a ellos. Tristán ha sido el primer chico con el que he entablado una conversación más allá que la de la terapia que mantenía con mi psicólogo.

—¿Ahora que vamos a hacer?—le pregunto mirando con recelo el lago que está frente a nosotros.

—Ahora vas a enfrentarte a ese laguito.

—¿Qué quieres decir con eso de <<enfrentarme>>?

—Pues que vamos al agua patos.

—¿Qué agua y que patos? —le digo sin entender nada.

—Por Dios, ¿no has escuchado nunca esa expresión? —se queja resoplando

—No —contesto muy seria.

—Que te vas a bañar en el lago, eso digo.

—Ni de coña. ¿Qué parte de <<me da miedo el mar>> no has entendido?

—Un lago no es el mar, Olimpia.

—¿Qué le faltan... las olas?

—Le falta un par de cosas más.

—Pues yo no veo la diferencia. —Pone los ojos en blanco mientras se desabrocha los vaqueros y se deshace de ellos en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Se puede saber qué haces? —digo ruborizándome al ver sus magníficos muslos.

—Pues lo que ves. Me voy a dar un baño para refrescarme.

—Pues ve. Yo me quedo aquí. —Me cruzo de brazos y lo miro con cara de <<Pues aquí me quedo>>

—Tú verás lo que haces. He escuchado que por aquí hay panteras, pero que al agua no se acercan. Así que... —dice adentrándose en el lago.

—Me lo dices para meterme miedo. —Me rio, pero en mi interior me estoy acojonando.

—¿Te quedarás ahí entonces para comprobarlo?

—Sí —contesto intentando aparentar tranquilidad.

Con disimulo miro a mi alrededor, detrás de la vegetación que nos rodea, detrás de mí, cuando un ruidito detrás del arbusto que tengo a mi derecha hace que pegue un bote en el sitio. Tristán me mira muy serio y luego al arbusto, y ya no sé qué pensar.

—¡¡Corre, corre, que la tienes detrás!!— chillaba Tristán, alejándose de la orilla del lago.

Oh, por Dios. Creo que me va a dar algo cuando lo veo nadar hacia adentro. Atino a quitarme la camiseta —no sé cómo— y me meto en el lago sin pensármelo dos veces. El agua está helada y se me pone la piel de gallina —bueno, ya la tenía de antes— y nado hacia donde está él. Me encaramo a su pecho sin dejar de mirar a mi espalda. He nadado tan rápido, que sin darme cuenta, no hago pie. ¡Ay, por Dios!

—No me sueltes, no me sueltes —le grito abrazada a su cuello.

—Tranquila, yo te sujeto. —Se ríe mirando a mi espalda, y al final caigo en la cuenta de que soy gilipollas y de que se ha quedado conmigo.

—Eres imbécil —lo insulto, pero no me suelto.

—¿Yo? —Se carcajea.

—Lo has hecho a propósito para tenerme así.

—Puede que ese fuera mi segundo propósito. El primero era que te metieras en el lago por ti misma.

—Eres imbécil —repito y ratifico.

—Soy imbécil, pero este imbécil ha conseguido sus dos propósitos, ¿no crees?

Le doy un tortazo en el hombro pero no me suelto de su agarre. La verdad es que no sé porque, pero ahora no me siento tan sola en el mundo. Me gusta la compañía de Tristán, aunque me haya hecho pasar, en menos de tres horas, por situaciones límite en las que jamás me había imaginado o replanteado encontrarme.

—Llévame a la orilla, por favor —le pido cuando ya las fuerzas están menguado y apenas puedo mantenerme a flote.

—Tranquila, yo te sujeto. ¿Tienes frío? —pregunta pasándome las manos por los brazos. Tengo los pelos de punta, pero no tengo frío. Mi cuerpo reacciona de un modo extraño cuando lo tengo tan cerca.

—Estoy bien. —Sonrío.

Me mira un rato a los ojos y se muerde el labio. Me da la impresión que está sopesando si decir en voz alta el pensamiento que le ronda la cabeza o no.

—¿Aun quieres morir? —Noto que tensa su agarre en mi cintura y que aguanta la respiración.

Me paro a pensar unos segundos antes de responderle. Ahora, no siento las mismas ganas que tenía antes de hacerlo, pero si tengo ese puntito de angustia. Nunca había tenido ganas de que llegara el día siguiente, o esa inquietud de que podría pasar en las siguientes horas, pero Tristán me da alas. Hace que me plantee que más cosas podría depararme la vida, aunque el

sentimiento de ahogo que me ha perseguido la mitad de mi vida, me sigue oprimiendo la garganta. La costumbre de estar siempre pensando en cosas negativas, en como quitarme la vida o como querer dormirme y no despertar jamás, sigue persiguiéndome. Pero con Tristán ha quedado relegada a un segundo plano. Él me distrae de mi propósito y eso me sienta bien, aunque el síndrome de abstinencia siga presente en un rincón de mi cerebro.

—No lo sé —contesto encogiéndome de hombros.

—¿Qué te ha hecho cambiar, para que por lo menos te permitas un <<No lo sé>>?

—Tú —Sonrío acariciándole la barba—. Me gusta tu barba.

Una sonrisa asoma por su espesa barba, dándole paso a un abrazo. Me estrecha contra su pecho igual que hizo cuando me sacó del agua. Siento que su abrazo es tan sentido y familiar, que las lágrimas brotan de mis ojos, mezclándose con mi cara mojada por el agua del lago. Hacía mucho tiempo que nadie me abrazaba de esta forma.

—Hoy lo has hecho muy bien, Oli. Estoy orgulloso de ti —dice mirándome a los ojos.

Paso una mano por su pelo, enredando mis dedos en sus mechones mojados, deleitándome con la suavidad que ya intuía.

—Nunca le había tocado el pelo a un chico, ¿sabes? — confieso enredando un mechón en mi dedo.

—¿En serio? —pregunta, mirándome intrigado.

—En serio.

—Puedes tocarlo todo lo que quieras. —Sonríe.

Siento sus manos en mi cintura, moviendo los pulgares en círculo, haciendo que se me erice el pelo de la nuca. Mi pulso se torna frenético cuando con sus manos amasa mi cintura, acercándose aún más a él, pegando su frente con la mía. Puedo sentir su respiración agitada, aunque noto que intenta apaciguarla, sin éxito. La mía también se ha acelerado. Su barba me hace cosquillas en la barbilla cuando me pega un poco más a su cuerpo. Nos quedamos unos instantes mirándonos directamente a los ojos, sin decir nada. Solo mirándonos.

—Deberíamos salir del lago —susurra muy cerca de mis labios sin llegar a tocarlos.

—¿Me llevarás de nuevo a tu casa? —Mi voz se entrecorta mientras le hago la pregunta. Tengo miedo de no volver a verlo.

—¿Dónde si no? —sonríe.

—No lo sé. He pensado que como no estoy segura de querer volver a repetir lo de la playa...

—No me importa lo que quieras o no. Te vendrás a casa y te quedarás conmigo hasta cuando tú quieras. Me ayudarás con la casa. ¿Te parece un buen plan?

—No quiero molestar.

—Te he preguntado que si te parece un buen plan. Contesta —exige.

—Me parece un buen plan.

Capítulo 2

Tristán

He tenido que contenerme para no besarla. Sus labios me llamaban como el polen a las abejas. Su cuerpo reaccionaba a mis caricias, pero me daba miedo de asustarla. Apenas me conoce y no quiero que salga corriendo como un cervatillo asustado. Casi me muero cuando su risa llenaba todo el espacio cuando me gritaba que era imbécil, pero es que no pude evitar hacerle esa broma. Hacía muchísimo tiempo que no disfrutaba de un día tan perfecto como el de hoy. Me gusta tenerla cerca, me gusta su risa, y que coño, me gusta que se deje arrastrar por todo lo que le propongo.

Para mañana le he propuesto ir al pueblo a comprar pintura para pintar el cobertizo. Quiero mantenerla todo el tiempo distraída, haciendo que se sienta útil. No quiero que se pare a pensar ni un minuto en la maldita muerte; y si para ello, tengo que tenerla pegada a mí segundo a segundo, lo haré.

Hemos llegado a casa y le he hecho prometer que puede disponer de cada rincón de ella. Quiero que se sienta tranquila y segura.

—¡En la habitación te he dejado un pantalón de chándal y una sudadera! Mañana te compraré ropa en el pueblo —le grito desde la cocina.

—Como quieras. Pero no hace falta. ¡Me conformo con tu ropa! —grita desde el cuarto de baño.

—¿Me estás replicando otra vez? ¿En que habíamos quedado? —vuelvo a gritar.

—Que te diré que sí a todo...bueno a casi todo. No te pases —ríe.

—Así me gusta —digo sonriendo como un bobo. Es graciosa a morir y la chica más dulce y deslenguada que he conocido nunca.

No sé qué me está pasando, pero no dejo ni un minuto de pensar en ella y preguntándome cómo voy a hacer para que se sienta feliz y olvide sus mierdas. Mi cabeza bulle mientras preparo la cena para los dos. Jacinta; la vecina, ha cocinado un par de lubinas y ha querido compartirla con nosotros. También me ha hecho un cuestionario sobre quien era la chica y qué hacía conmigo. He tenido que contarle la verdad, porque aunque Jacinta me conoce desde siempre, no quería que pensara cosas raras. Se ha quedado de piedra cuando le he dicho que era la misma chica que saqué del mar.

—Ten cuidado, mi niño. Si no piensas decirle quien eres y se entera por alguien que no seas tú, se va a enfadar. Aun no sé por qué no se lo dices.

—No estoy preparado aún. Lo pasé fatal. Además, no creo ni que se acuerde de mí —le respondí.

Conozco a Jacinta casi desde que tengo uso de razón. Era muy amiga de mi madre, tanto como si fuera una hermana para ella. A mis ojos es como la tía que nunca tuve. Cuando murió mi padre se ofreció a cuidar de la casa mientras yo solucionaba mis asuntos en la ciudad. Yo también tuve que venderlo todo, pero a diferencia de Olimpia, tuve que hacerlo para saldar todas las deudas que me había ocasionado un negocio mal gestionado. Así que me vine a la casa de mi padre y me instalé aquí. Aunque aún conservo un apartamento en la ciudad, el cual tengo alquilado pero que quiero vender pronto. No me rebosan los bolsillos de dinero, pero tengo todo lo necesario para vivir tranquilo y un poquito más.

—¡¡Tristán, tengo un problema!! —Su voz me sobresalta y corro por el pasillo hasta el cuarto de baño, abriendo la puerta de un manotazo.

—¿Qué pasa? —pregunto asustado.

Olimpia se cubre el cuerpo, como más o menos puede, mientras que yo me quedo como un verdadero gilipollas embobado, mirándola desnuda.

—¡¡Ey, una cosa es que no tenga pudor y otra que te quedes ahí parado mirando!! —me chilla, sacándome del emboque.

—Lo siento, lo siento —repito sin ton ni son girándome de espaldas a ella.
— ¿Qué problema tenías?

—Que no hay toallas.

—Ahora mismo te traigo una. —Salgo del cuarto de baño y voy a mi habitación a coger varias, algo turbado.

Encima de la cama están sus pantalones, su camiseta y su ropa interior. Lo recojo todo, saco unos bóxers del cajón de la ropa interior y los coloco encima del chándal. Si ya me pone nervioso imaginarla con mi ropa interior, ya no quiero saber cómo me pondría teniéndola sin nada debajo cerca de mí. Estoy mal, muy mal y cada vez voy a peor.

Voy tan despistado que vuelvo a entrar en el cuarto de baño, pillándola de nuevo desnuda. Al final pensará que soy un maldito perverso, aunque ya me quede poco para serlo.

—¡¡Tristán!!

—Calla, que ya he visto todo lo que tenía que ver.

—Bueno... ¿y eso que? ¡¡Sal de aquí!! —vocifera.

Dios, es que no puedo soportarlo más, joder. Me tiene loco esta mujer y solo tiene dieciocho putos años. Pero es que es ella...ella. Me nubla el juicio, en

serio.

—Huele muy rico —dice Olimpia a mi espalda. — ¿Qué es?

—Lubina al horno, ¿te gusta?

—Era el pescado favorito de mi madre. —Sonríe.

Cenamos en perfecto silencio, pero no por ello incómodo. Al final de la cena le informo de que ella dormirá en mi habitación y que yo lo haré en el sofá. Se ha negado unas diez veces, hasta que la he cogido en brazos y la he llevado yo mismo hasta la cama, entre risas. Nos llevamos bien, eso me alegra y me deja más tranquilo. De vez en cuando siento algo de presión por el hecho de haberme hecho responsable de su vida, pero es que no me quedaba de otra. Aunque, después de estas horas juntos, la situación ha cambiado un poco para mí. Ahora ya no solo la veo como la chica del mar a la que hay que ayudar, ahora la veo como a una mujer que hay que amar, y eso, me preocupa bastante. No estaba preparado para sentir la enorme atracción que siento hacia ella. En el lago estuve a punto de besarla, pero paré a tiempo. Y ahora, cada momento a su lado es un tormento para mi autocontrol. La deseo. La deseo como a nadie.

Me acuesto en el sofá y me tapo con la misma manta que la noche anterior la había cubierto a ella. Su olor me envuelve y me duermo.

Un grito desgarrador me despierta al instante. Corro hasta mi habitación y me encuentro a Olimpia tirada en el suelo, hecha un ovillo.

—Eyy... —La cojo en brazos y la llevo a la cama de nuevo.

—Mi hermano se ahoga, se ahoga. Tengo que llevarlo a la orilla —solloza, pataleando en la cama con los ojos cerrados—. Por favor, ayúdalo.

Esas tres palabras me matan. Las mismas que me dejaron marcado para siempre, las mismas que no pude cumplir.

—Estás soñando, cariño. Abre los ojos y mírame, vamos —le pido mientras la meso en mi regazo.

—Se muere, se muere...—repite sin cesar.

—Vamos, Oli. Tienes que despertarte, es solo una pesadilla. —La zarandeo un poco, y consigo que abra los ojos.

Me mira confundida, pero poco a poco vuelve en sí. Mira a su alrededor, la cama, su ropa y luego me mira a mí.

—¿Estás en calzoncillos? —pregunta mirándome los muslos desnudos.

En serio...esta chica no es normal. De pronto llora desconsolada que luego llora de risa. Conseguiré volverme loco.

—Estoy en calzoncillos —reafirmo.

Sonríó ante su pregunta mientras ella también sonríe, aunque aún tiene la cara congestionada y el corazón encogido en el pecho por los hipidos del llanto.

—Una pesadilla —musita.

—Lo sé, pero ya pasó. Intenta olvidarla y duérmete, ¿vale?

—¿Puedes quedarte conmigo? —pregunta sonriéndome. Le devuelvo la sonrisa y me hago un sitio en la cama junto a ella.

¿Cómo no voy a quedarme con ella? Su cara es la viva estampa de la desolación y desasosiego. La abrazo contra mi pecho para luego ella colocar su cabeza y su rostro contra mi cuello, encajando a la perfección, como si su cuerpo estuviera hecho para amoldarse al mío. Respiro hondo y me obligo a desterrar de mi mente los pensamientos que ahora la recorren. La siento muy cerca de mí; y no hablo de su lugar en la cama o su cuerpo junto al mío, me refiero a que la siento deslizándose dentro de mí, pegándose a mi alma y robándome otro trocito de corazón.

—Duerme, Olimpia. Me quedaré aquí.

El teléfono vibra en la mesilla de noche. Estiro el brazo y lo cojo antes de que deje de sonar.

—Hola, <<señor te llamo mañana>> —saluda Brian bromeando.

—Perdona, Brian, he estado un poco ocupado. Ya sabes... —susurro mirando como duerme Oli.

—¿Está contigo?

—Justo a mi lado. Está dormida.

—¿Estás durmiendo con ella?

—Sí.

—Joder, Tristán. No me puedo creer que tengas tanta suerte y la hayas encontrado. Bueno, que os hayáis encontrado.

—Sí, del todo. Me está volviendo loco, Brian.

—Puedo imaginarlo. Te has olvidado de mí por completo.

—Sabes que nunca me olvido de un amigo. Es que ha sido todo un poco <<intenso>> y ni cabeza he tenido.

—¿Ya sabes qué harás?

—No tengo ni idea. Lo único de lo que estoy seguro es de que no quiero perderla de nuevo.

—¿Lo tienes claro?

—Tan claro como que siento que soy un hijo de puta por no decirle la verdad.

—¿No sabe quién eres?

—No. Sí se lo digo, me arriesgo a perderla.

—Joder, Tristán.

—Sé lo que me hago, Brian.

—Espero que cuando lo sepa se lo tome bien.

—Eso espero.

—Mantenme informado, ahora tengo que dejarte, Tris. Solo quería saber cómo estabas.

—Estoy bien, ahora sí. Tengo que ir a la ciudad a arreglar un par de asuntos. ¿Estarás muy liado si te pido algo?

—Lo que quieras. Llámame y vemos que hacemos.

—De acuerdo. Gracias por todo, Bri.

—Para eso estamos, colega.

Brian cuelga el teléfono, y yo me acurruco un poco más con ella, hasta que los ojos vuelven a pesarme y me quedo dormido.

Olimpia

Una mano firme y un abrazo cálido me ayudan a salir del agua. Apenas puedo respirar. Tengo los pulmones anegados y la enorme sensación de que me estoy ahogando no desaparece. Me remuevo debajo de un cuerpo que me da calor, pero aún sigo sintiendo frío. Me abre la sudadera, arrancando de mi pecho algo más que el corazón. A mi hermano.

—Sálvalo. Sálvalo, se ahoga —le pido sin aliento.

Ni siquiera puedo moverme, pero me quedo tranquila al ver que la figura oscura que me ha sacado del agua hace todo lo que puede por él.

—Por favor —le suplico—. Es lo único que me queda.

Sus ojos. Sus ojos grises se abren de par en par y puedo ver el pánico en ellos. Unos ojos que se clavan en lo más hondo de mi alma y se aferran a mis entrañas. Unos ojos que me dicen que todo irá bien; pero yo sé que no, que ya nada irá bien.

—¡Vamos! ¡Vive! —Grita la figura con mi hermano entre sus brazos —, vive, por favor.

Sus lágrimas se derraman encima del cuerpo sin vida de mi hermano, empapando más aún su pelele celeste.

Siento como algo dentro de mí se rompe en el mismo momento en que la figura de ojos grises deja escapar un quejido desgarrador mientras acuna el

cuerpo sin vida de mi hermano. Sus sollozos resuenan en toda la bahía, uniéndose a los míos.

Otra pesadilla.

Me despierto con el calor recorriendo mi piel. Tristán está detrás de mí, enroscado, con su brazo rodeando mi cintura. Su respiración es tranquila y me permito observar como duerme profundamente. Tiene el pelo por arriba bastante largo, pero siempre está peinado y apenas se lo había notado. Ahora lo tiene despeinado, cubriéndole parte de la frente. No puedo resistirme y se lo toco.

—Buenos días —dice abriendo los ojos despacio.

Al ver sus ojos tan de cerca hace que el corazón me dé un vuelco en el pecho. Grises como un cielo con tormenta. Grises como los de la figura que me ha perseguido desde aquel día en sueños.

—Buenos días —contesto tragando saliva, intentando olvidar a la figura y mi pesadilla.

—¿Estás mejor? —pregunta acariciándome la mejilla con el pulgar.

—Sí, gracias. Ya estoy acostumbrada a esas pesadillas. Llevan persiguiéndome desde niña.

Puede sonar raro, pero en este poco tiempo juntos, hemos adquirido una confianza muy natural, por mi parte nada fraternal y creo que por la suya tampoco.

Se queda mirándome, sin querer moverse. Me muevo yo y al hacerlo descubro el por qué no quería moverse. Un bulto me roza el muslo, y puedo afirmar que cuando lo ha hecho, se ha movido.

—Lo siento —se disculpa arqueando las cejas.

—¿Estás...?

—Estoy, Oli —confirma evitando reírse.

—Vale. —Sonríó levantándose de la cama, dejándole un poco de tiempo para que eso...baje.

Me dirijo al cuarto de baño, recordando que anoche oí a Tristán conversar con alguien por teléfono.

—¡Anoche te oí hablar con alguien! —le grito mientras abro el grifo del agua caliente.

—¿Y qué oíste?

—Nada. Estaba medio dormida.

—Hablabas con Brian. Él es mi abogado y un buen amigo.

—¿Vive aquí en el pueblo? —pregunto abriendo la puerta del baño, encontrándome de frente con sus bonitos ojos grises.

—Brian es de la ciudad. Los pueblos no le hacen demasiada gracia. Hay demasiado silencio para sus exquisitos oídos —susurra con su boca muy cerca de la mía.

—¿Le hablabas de mí? —respondo sintiendo su respiración pegada a mis labios.

Estamos apoyados en el marco de la puerta, mirándonos sin poder movernos del sitio. Me fijo en sus pupilas dilatadas y me pregunto si las mías están igual. Alguien me dijo una vez que cuando tienes ante ti algo que te gusta mucho, las pupilas se dilatan y el corazón late más deprisa. Justo como el mío ahora, que late desbocado sin poder apartar la mirada de sus labios.

—Sí. Le decía que me vuelves completamente loco.

—¿Por qué? —musito intentando tragar saliva.

—¿Hace falta que lo diga? —responde repasando mi labio inferior con su dedo índice.

Niego con la cabeza y me acerco un poco más, pero en cuanto lo hago, Tristán carraspea y se aleja de la puerta, dejándome con ganas de algo más.

En el pueblo todo el mundo nos mira, no sé por qué. Camino junto a Tristán hacia la ferretería, donde compraremos todo lo necesario para pintar el cobertizo y arreglar un par de maderas rotas del porche. Tristán ha estado todo el camino muy callado y supongo que su cambio de actitud ha sido por lo que sucedió anoche.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —le pregunto rozando su mano derecha con mis dedos.

—¿Qué si me ha comido la lengua quién?

—Joder, después dices que soy yo la que no pilla las expresiones. —Me río, enlazando mi brazo con el suyo.

Me mira muy serio, pero luego sonrío rascándose la nuca. Se deshace de mi brazo para rodearme la cintura antes de entrar en la ferretería. Entramos riendo y bromeando con la expresión que he utilizado.

—No me ha comido la lengua nadie, Oli. Más quisiera yo... —me susurra en mi oído antes de saludar al ferretero, haciéndome estremecer.

—No seas guarro —le replico. Me guiña un ojo y prosigue hablando con el dependiente.

Cuando me dijo que iríamos a la ferretería del pueblo, me imaginé que el

ferretero sería un hombre mayor, pero no. Es un chico alto, rubio, y muy guapo. Primero mira a Tristán mientras habla, para luego rodar sus ojos hasta mí y fijarlos en la mano de Tristán, que aún reposa en mi cintura. Me sonrío levemente y automáticamente cuando lo hace, Tristán me aprieta un poco más hacia él.

—Ahí, marcando territorio a tope —susurro sin que me oiga el ferretero.

—Gracias, Eric. Esperaremos en la calle a que nos traigas el pedido —contesta seco.

Salimos de la ferretería y nos apoyamos en la pared junto a la puerta. Me suelta, me toma de la mano y me coloca, de un movimiento, frente a él.

—¿Coqueteabas con el ferretero? —Su voz suena divertida, pero su mirada no.

—¿Yo? Yo no sé coquetear, Tristán —le sonrío y me devuelve la sonrisa.

—Conmigo lo haces. —Eleva una mano hasta mi pelo, tirándome suavemente de un mechón.

—Bueno, ¿y si lo hubiera hecho? —Me mira un momento y sopesa la respuesta.

—No te hubiera servido de nada —contesta despreocupado.

—¿Tan seguro estás?

—Tan seguro como que es gay.

—¿En serio? Pero si me ha sonreído y para nada parecía gay.

—No es gay. Era para ver la cara de boba que has puesto.

Se ríe a carcajadas mientras me cruzo de brazos enfurruñada. Es idiota, pero un idiota adorable.

Cruzamos de nuevo el pueblo con los enseres de pintura y demás. Nos siguen mirando y cuchichean cuando pasamos junto a ellos.

—¿Por qué nos mira todo el mundo, Tristán?

—Porque eres muy joven para estar conmigo.

—No estoy contigo.

—Vives conmigo. Suficiente.

Me encojo de hombros porque me da igual. Aquí no conozco a nadie y no es que me importe mucho que cuchicheen cuando Tristán y yo pasamos por su lado.

—No me importa que miren.

—A mí tampoco. Aunque se me ha ocurrido algo para conseguir que se escandalicen un poco —susurra divertido.

Cuando llegamos al coche y guardamos todo lo que hemos traído de la

ferretería, siento como los brazos de Tristán me alzan en volandas y me coge en brazos. Gira un par de veces consiguiendo que me maree, pero haciendo que no pare de reír. Cuando para de girar estoy totalmente mareada, pero feliz. Pone su frente contra la mía y esperamos a que nuestra respiración vuelva de nuevo a la normalidad.

—Eres preciosa, ¿lo sabías? —me dice Tristán con sus ojos fijos en los míos y sus labios muy cerca.

No me salen las palabras porque mi corazón se ha acelerado tanto que puedo notar perfectamente los latidos en mi pecho. Creo que va a besarme, pero justo en el momento en que cierro los ojos para esperar un beso, me suelta en el suelo. Nadie nunca me ha dicho que soy preciosa, y tampoco pienso que lo sea.

—¿Este era tu plan? Ahora cuchichean más —susurro mirando con disimulo en rededor.

—Eso pretendía, darles motivos reales para hacerlo.

Me ayuda a subir al todoterreno y cuando ya estoy acomodada, me planta un beso en la frente.

—¿A casa? —Me sonrío y me guiña un ojo.

—A casa —respondo con una enorme sonrisa.

Durante todo el camino pienso, recuerdo y vuelvo a pensar en lo que ha sucedido en el pueblo. No sé si realmente se ha puesto celoso o no, pero me ha hecho sentir bien. No sé, es difícil explicarlo, pero con ese gesto me ha hecho sentir querida, importante, por primera vez en mucho tiempo, para alguien. Luego su *no-beso*, su sonrisa y su cuerpo pegado al mío me descolocan aún más. Jamás había estado tan cerca de un chico como lo he estado de él y la sensación me gusta demasiado.

Tristán

Casi todos en el pueblo saben quién es Olimpia, no sé cómo lo han averiguado, pero ya se sabe que en los pueblos es difícil mantener un secreto de tal magnitud. Confío en que Olimpia no se entere de quien soy antes de que yo se lo confiese, por eso le he mentado y le he hecho creer que nos miraban por su juventud y por estar a mi lado, que en parte también es verdad. No es que yo tenga muy buena reputación en este pueblo, así que es lógico que piensen que entre Olimpia y yo hay algo más después de lo que he hecho. Pero prefiero tenerlos ocupados con ese cotilleo que por el verdadero.

Hemos pintado el cobertizo y reparado el suelo del porche en total silencio.

La noto feliz, pero no me fio ni un segundo de dejarla sola. Todo lo que tenga punta o esté afilado cerca de ella me pone nervioso. En un momento dado, cuando le he pedido que me trajera el cúter, me he arrepentido al segundo y no le he quitado el ojo de encima hasta que ha venido a traérmelo. Ella se ha dado cuenta y ni siquiera me lo ha reprochado. Solo me ha dicho <<No voy a hacerlo, Tristán>> y me ha sonreído con su preciosa sonrisa.

Estoy teniendo bastantes problemas para mantener mis manos lejos de ella. A veces, me paro a pensar en que tiene dieciocho años, pero es tan madura y tiene un cuerpo tan bonito, que me deja atontado cuando la miro demasiado. Esta mañana, junto al coche, he estado a punto de besarla y, me ha parecido que ella lo estaba esperando, pero no puedo hacerlo porque me implicaría demasiado, aunque ya esté metido hasta las cejas.

Estábamos tan cansados, que nos hemos sentado un rato en el césped frente al porche, y nos hemos quedado aquí mismo dormidos. Abro los ojos cuando una gota de lluvia resbala por mi frente. No me muevo, solo miro la lluvia chocar contra el rostro de Olimpia. Está profundamente dormida y ni cuenta se da que llueve sobre nosotros. Es bonita a rabiar. Pelo castaño y ondulado, piel avellanada y los pechos más bonitos que he visto nunca. Sus labios son tan rosados que no le hace falta carmín para embellecerlos. Tiene una belleza natural y atrayente. Eric al verla se quedó petrificado, pero ella es tan inocente, que ni cuenta se ha dado.

Un trueno resuena en el cielo asustándonos a ambos, aunque la reacción de Olimpia es desmesurada.

—¿Por qué no me has despertado? —pregunta entrando en pánico sin saber qué hacer.

—Acaba de...

Otro trueno me silencia y el grito ensordecedor que se escapa de la boca de Olimpia me eriza la piel. Su cara se ha puesto pálida y sus manos han comenzado a temblar abrazándose a sí misma sin poder moverse. Otro trueno más rompe el cielo cuando Olimpia empieza a llorar tapándose los oídos. Todo pasa tan deprisa que me he quedado inmóvil sin reaccionar.

—¡¡Tristán!! —grita sacándome del shock por verla así.

—Estoy aquí, Oli. Tranquila, no pasa nada. —La intento calmar.

—Si pasa, si pasa. ¡Las tormentas solo traen desgracias! —Llora fuera de sí.

La cojo en brazos y la llevo al interior de la casa. No para de temblar entre mis brazos mientras cruzamos el umbral de la puerta.

—Cálmate, ¿vale? Ya estamos en casa. No va a pasarte nada.

—Por favor, por favor, por favor —repite una y otra vez, cada vez que oye un trueno en el exterior

Decido llevarla al sótano, que es la parte más alejada del exterior. Está insonorizado porque mi padre trabajaba ahí cuando yo era pequeño y mamá estaba enferma.

—Ya está, cariño, ¿mejor aquí? —le digo sentándola sobre mi regazo en el suelo.

—Sí —musita con la cabeza encajada en mi cuello.

Le abrazo tan fuerte que me da miedo hacerle daño, pero es que su estado me ha matado por dentro. Empiezo a odiar verla así; tan asustada y con un ataque de pánico.

—Oli, sabes que haremos el próximo día que haya tormenta, ¿verdad?

—¿En serio? No, eh...—suplica leyéndome el pensamiento.

—Nos quedaremos bajo la lluvia y lo pasarás bien. Te lo prometo.

—No sé si podré. —Sonríe escuetamente.

—Podrás.

Le acaricio la cara mientras respira tranquila, abrazada a mí. No puedo evitar oler su pelo y clavar mis dedos en su cintura. Me falta el aire en el momento en el que ella introduce sus manos frías por debajo de mi camiseta y me acaricia la espalda. Toda mi piel y mi cuerpo reaccionan a sus caricias. Su olor me hace viajar a aquel día y sus manos hacen que olvide cada caricia recibida anteriormente.

La quiero conmigo, la quiero para mí, joder.

—¿Intentas convencerme a base de caricias para que no te obligue a bailar bajo la lluvia? —susurro aguantando el aire.

—¿Funcionaría? —Rueda sus ojos hacia arriba y me desarma todas las defensas que intento poner frente a ella con su sonrisa.

—Puede...—Cojo aire, porque me reventaran los pulmones si no lo hago.

Su mano baja, no sé muy bien si sabe lo que está haciendo, pero me está volviendo loco de deseo por ella.

—¿Te molestan mis manos? —pregunta sin dejar de pasearlas arriba y abajo por mi cintura.

—Me molestaría que pararas, Oli —le contesto sinceramente.

Suspiro, suspiro muy fuerte, cuando baja más abajo.

Vuelvo a contener el aliento.

—¿Cuánto tiempo llevas fuera de la residencia? —le pregunto cuando posa su mano sobre la hebilla del pantalón.

—Unos meses, ¿por qué? —pregunta sorprendida.

—¿Qué has hecho en esos meses?

—Deshacerme de todo lo que me dejaron mis padres, viajar hasta aquí y poco más. Ya lo sabes.

—¿Sola?

—Sola.

—¿No ha habido ningún chico en tu vida?

—No.

—Joder —musito con los dientes apretados.

Me pego un poco más. Sus ojos me miran intensamente casi sin pestañear. No consigue mantenerme la mirada y agacha la cabeza. Elevo una de mis manos y le sujeto la barbilla, haciendo que mis ojos vuelvan a estar en paralelo con los suyos. Me va a dar un infarto en cero coma dos segundos si no paro esto, pero es que no puedo.

—¿Eso quiere decir que jamás has probado los besos?

—Una chica me dio un piquito una vez, pero estábamos jugando a la botella. Supongo que eso no cuenta.

—No, no cuenta —maldigo en mi interior por esa aclaración. Ahora me es mucho más apetecible que antes, joder.

—Recuerdo aquel día como si fuera ayer. Estábamos aburridas y mi amiga Betty decidió que ya éramos mayorcitas para jugar a la botella. Ella nos sacaba un par de años. Era repetidora y sus padres la tenían internada para quitársela de encima por niña problemática. Al cabo de unos días nos enteramos, todas las de mi grupo, que le gustaban las chicas y que nos utilizaba para satisfacer sus deseos. Uno de ellos era besarme a mí. Ya ves tú que interesante era yo con quince años —resopla sonriendo.

—Lo serías y lo eres, Oli. ¿Es que no te das cuenta de lo que provocas en mí?

Sus manos persiguen la línea de la cinturilla de mis pantalones, volviéndome loco. Me sonrío cuando se da cuenta de lo que provoca en mi piel, haciendo estragos en mi resistencia. Entrelazo mis dedos en su pelo y tiro de él, dejando expuesto su cuello, y lejos su boca. Si pruebo sus labios sé que no podré parar. Le beso el cuello, lo muerdo y lo lamo hasta la clavícula, arrancando un gemido de sus labios que ahogaría con mi boca.

—Tristán...—susurra entre respiraciones profundas.

Mi nombre en su boca con ese tono de voz va a hacer que explote de deseo.

—Párame, Olimpia, por favor. No me dejes hacerte esto.

—¿Hacerme qué? —pregunta extasiada.

—Hacerte mía contra la pared de este sótano, joder. Tú no te mereces algo así —gruño clavando mis dedos en su carne, escondiendo mi cabeza en su pecho.

—Quiero esto, Tristán. —Me coge de las mejillas y me alza la cabeza muy cerca de su boca.

—¿Deseas esto más que morirme? —Abre los ojos de par en par, pero contesta sin dudar.

—Sí, lo deseo. —Y sé que lo dice de verdad.

Metó mis manos por debajo de sus piernas, alzándola al vuelo, haciendo que sus piernas rodeen mi cintura, para estampar su espalda contra la pared y clavar mis caderas en la suyas.

—¿Por qué me haces esto? Eres una niña y... —musito mordiéndole la barbilla.

—No soy una niña. Soy una mujer. —Rodea mi cuello con sus manos, atrayéndome hasta su boca, pero un ruido seco nos sorprende.

—Tristán, ¿estás ahí abajo, hijo? —La voz de Jacinta hace que recupere el sentido y suelte a Olimpia en el suelo.

Por un momento me he dejado arrastrar por el deseo y la necesidad que tengo de ella. Gracias a Dios que Jacinta y su voz me han hecho recuperar el juicio.

—Lo siento mucho, Olimpia. Esto ha sido un error y no volverá a repetirse. Perdóname.

La dejo apoyada contra la pared del sótano y vuelo escaleras arriba antes de que Jacinta baje y se dé cuenta de lo que estaba a punto de hacer.

Olimpia

Lloro contra la almohada con todas mis fuerzas, ahogando mis hipidos en las palmas de las manos, sintiéndome como una verdadera mierda por el rechazo de Tristán. En realidad no lo culpo por haberme rechazado; como bien dice él, soy una niña. Una niña que juega a ser mayor, que toma decisiones a la ligera y que no se para a pensar en las consecuencias de sus actos. Aquel día en el mar cometí un error, y no fue el querer suicidarme, si no el no haberlo conseguido. No puedo poner la vida de Tristán patas arriba, ni pretender que me regale una vida de la cual no soy merecedora. No merezco su ternura ni tampoco su protección. Por unos instantes de locura, me he liado la manta a la cabeza y me he hecho creer a mí misma que volvía a tener una oportunidad de ser feliz, pero me he equivocado, de lleno. No soy

nadie y no tengo a nadie, aunque mi subconsciente me grite a los cuatro vientos que tengo a Tristán. Pero no. Tristán solo es un espejismo y un soplo de aire fresco por un par de días. Es tarde para mí. Volveré a mi ritual de pensamientos negativos, de elucubraciones para volver a intentarlo y que salga bien. Y asegurarme de que no haya ningún ángel de la guarda para sacarme del agua. No puedo volver a permitirme encariñarme con alguien, y mucho menos, quererlo, como ya creo que hago con Tristán.

Mientras que Tristán habla animadamente en la cocina con Jacinta, recojo el par de pantalones y camisetas que me ha comprado en el pueblo y me escapo por la ventana de su habitación.

Me largo de aquí y de la vida de Tristán, para siempre.

Capítulo 3

Tristán

Me he pasado una hora y media conversando con Jacinta en la cocina, evitando volver y enfrentarme a la mirada dolida de Olimpia. Ya no me quedaban temas de conversación que darle a la pobre mujer y sé que ella se ha dado cuenta.

—Ten cuidado con lo que haces, Tristán. Olimpia parece buena chica, pero está muy dañada y cualquier cosa que le hagas o digas puede destrozarla. — Me ha dicho cuando me ha confesado que antes de llamarme desde la cocina, nos había visto contra la pared desde la puerta del sótano.

Hace un rato que Jacinta se ha marchado, así que meto el pollo que ella ha especiado para nosotros en el horno y me dirijo al salón con paso titubeante. No sé con qué mirada me voy a topar. Cuando llego al salón y veo que no está, me huelo que algo pasa. Corro por el pasillo hacia mi habitación, entro y la busco, pero no está, ni mi mochila con su ropa tampoco. Encima de la cama hay una nota junto a mi cartera.

Querido Tristán:

Estos días contigo han sido maravillosos y los mejores de mi vida, pero llevas toda la razón. He sido un error, me he entrometido en tu vida para ponértela patas arriba y no tengo derecho a hacerlo. Te pido perdón por ello. No quiero ser una carga para ti; ya sé que soy muy complicada, por eso me voy. Gracias por haberme sacado del mar aquel día y de haberme dado la oportunidad de conocerte. Me has demostrado que se puede querer mucho a alguien en tan solo un par de días.

Perdóname por cogerte dinero de la cartera. Prometo devolverlo, pero si no lo hago, perdóname igualmente de ante mano.

Gracias por todo.

Pd: Me hubiera gustado que fueran tus labios los primeros y los últimos en besarme, pero no pasa nada, lo entiendo.

Olimpia Johnson

Me quedo mirando el trozo de papel con una punzada en el pecho. Por mi culpa se ha ido, la he alejado de mi lado de nuevo y la he empujado a hacer

sabe Dios qué. Me pongo los zapatos a toda prisa y corro hacia la playa con el miedo metido en el cuerpo. Rezo para que no se le haya vuelto a ocurrir una locura de nuevo. Miro a un lado y otro si dar con ella, gritando su nombre.

—Hola, Tristán —me saluda Jonás, un pescador vecino.

—Jonás, ¿has visto a la chica que iba esta mañana conmigo? —le pregunto a la desesperada.

—Pues ahora que lo dices...sí. Iba caminado por la vieja carretera que conduce a la estación de tren. Me ha extrañado verla tan tarde caminando sola, pero bueno, aquí no hay peligro.

—Gracias, Jonás —atino a decir antes de salir corriendo a por mí todo terreno. No puedo volver a perderla.

Conduzco como un verdadero desquiciado por la misma carretera secundaria que la ha conducido a ella hasta la estación de tren. Aparco en el solar que hay junto a las vías y corro hacia el andén. Me paro en seco cuando la veo, sentada en uno de los bancos de la estación, llorando y secándose las lágrimas con el puño de la sudadera. Hace frío y está encogida, igual que mi corazón ahora mismo. Me arrepiento una y mil veces de lo que le dije, porque en cierto modo, no era lo que sentía. No sentía que ella fuera un error, solo hablaba por mí la culpa por crearme un puto pervertido que tiene derecho sobre ella. Herí sus sentimientos, y de paso, casi me provoqué un ictus cuando me di cuenta de que se había marchado.

No sé qué voy a decirle, pero de lo único de lo que estoy seguro es que la quiero de vuelta.

—Lo siento —me disculpo cuando me paro frente a ella. No se me ocurre otra cosa que decirle.

Eleva la cabeza despacio y puedo ver la sorpresa en sus ojos. Lágrimas le ruedan por las mejillas sonrosadas por el frío, escapando de unos ojos rojos e hinchados.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —responde tranquilamente.

—¡¡Corrí hasta la playa, maldita sea!! ¿Sabes el susto que me has dado? —le chilló sin poder reprimir mi frustración.

—Te he hecho una pregunta, Tristán —masculla.

—Jonás te vio —le digo dando vueltas frente a ella.

—¿Para qué has venido? —me sigue preguntando como si nada.

—Para llevarte a casa.

—¿Y quién te dice que quiero volver? Soy un puto error, tú mismo lo dijiste

— me recrimina.

—Me equivoqué.

—Ah...que te equivocaste —asiente con la cabeza, levantándose del banco, acercándose a las vías —. No pasa nada, puedes marcharte con la conciencia tranquila.

—No me jodas, Olimpia. —La sujeto por el brazo para impedir que siga caminado y la encaro. Me mira la mano con la que la sujeto y suelta una risita desdeñosa.

—Eso me hubiera gustado, joderte; en otro sentido de la palabra...Claro, pero me rechazaste.

—Olimpia... —le advierto sin dejar de sujetarla.

Olimpia

Reconozco que no quepo en mí del gozo que he sentido cuando lo he visto, pero también estoy enfadada, triste y confusa. Quiero volver; porque me muero de pena si no estoy con él, pero por otra parte, me fastidia. Jamás imaginé que tuviera que luchar, a partes iguales, por las ganas de vivir o por las de quitarme la vida. Estoy hecha un puñetero lio.

—Olimpia qué...—le refuto, encarándome a él.

—Ven a casa, por favor. Hablemos más tranquilos allí.

Una parte de mí ve el arrepentimiento en sus ojos, pero mi otra parte enferma, me grita que no lo crea; que me vaya y que intente de nuevo mi cometido en la vida. Lucho con ella, a partes iguales, y creo que la parte racional y sensata gana la guerra.

—Dame un motivo para hacerlo. Solo uno.

Sus ojos se encienden y un amago de sonrisa adorna su rostro. No sé qué le parece tan gracioso, así que espero con las manos metidas en los bolsillos, para ver qué es lo que se le ocurre. Se acerca despacio, sorteando el par de pasos que nos separaban, para luego tirar de mi sudadera por la pechera, atrayéndome hasta su cuerpo. Lo miro directamente a los ojos; dos ojos grises como una noche de tormenta. Me coge en brazos, colocándome a horcajadas en su cintura.

—¿Se puede saber qué haces? ¿Acaso piensas llevarme en brazos? —me quejo intentando consolarme de su agarre.

—Voy a hacer lo que debí haber hecho en el sótano. — Y sin dejarme tiempo a reaccionar, se acerca muy despacio a mis labios, para seguidamente estamparme un beso.

Un beso que empieza suave, pero que se va convirtiendo en posesivo,

agresivo. Me abre la boca con la lengua, para luego indagar con ella cada rincón y cada hueco. Su lengua es suave, dulce —no sé cómo explicarlo—, pero es como si estuviera hecha para mi boca. Mis manos por si mismas se han enlazado a su cuello, buscando donde aferrarme, para no caerme al pozo de locura al cual me está arrastrando con su beso. Nos besamos durante un largo rato, hasta que tenemos que parar para recuperar el aire que nos hemos robado. Jadeamos y sonreímos sin parar durante unos segundos

—Estaba deseando hacer esto —gruñe mordisqueando de nuevo mis labios.

—Tristán...—susurro sin saber muy bien que decir, porque todas las palabras se me han olvidado.

Un beso lleno de intenciones, llenándome el pecho de algo que jamás había sentido; de palabras no dichas y promesas cumplidas.

Me deja de nuevo en el suelo, me sonrío y me tiende su enorme mano, pidiéndome la mía.

—¿A casa? —me pregunta con una enorme sonrisa.

Y esas dos palabras me llenan más el alma que cualquier otra cosa. <<A casa>>, al único hogar que he sentido como mío, aunque no lo sea. Un hogar del cual Tristán es el dueño, pero que sin él entre sus cuatro paredes, no sería más que una casa sin alma. Cuando Tristán está cerca todo es mejor. Mi estado anímico cambia, hace que me olvide de todo, aunque encierre todo mi pasado en un gran cajón en mi corazón. Él me hace perder el miedo, ser más valiente y arriesgarme a caer, para luego alentarme a que me levante y siga caminando, a su lado.

—A casa —respondo entrelazando nuestros dedos.

Caminamos en silencio hasta su todoterreno, cogidos de la mano, como cualquier pareja de novios normal. Yo sé que no lo somos; ni tampoco sé que somos ahora mismo, pero me permito disfrutarlo como si lo fuéramos. Cuando llegamos al coche, me abre la puerta del copiloto, pero antes de ayudarme a subir, me coge de la cintura y vuelve a estrecharme contra su pecho, para darme un abrazo y un beso que deja su sabor en mi boca.

Tristán

Parece que la manera que he elegido para convencerla de que vuelva a casa ha funcionado. No me honra lo que he hecho y de la manera en la que lo he conseguido, pero es que no podía pensar en otra cosa que no fueran sus labios. Mientras la miraba sentada en aquel banco, no dejé de pensar ni un momento en que necesitaba besarla, probarla, saber a qué saben sus besos. La he cagado, he metido la pata hasta el fondo, pero *a lo hecho, pecho*.

Y digo que la he cagado, porque sí, porque ahora no dejo de pensar en sus labios, en sus piernas y en todo su maldito cuerpo; que me vuelve loco. He perdido la perspectiva, ya no razono con otra cosa que no sea mi polla y, Olimpia no necesita eso. Ella no. Necesita mi cerebro para ayudarla a salir de ese pozo y no sé si podré conseguirlo. Me agobio tan solo de pensarlo. No sé cómo ha podido pasar de ser la sirena que trajo el mar, a ser Olimpia, simplemente ella. Una mujer.

Cuando llegamos a casa y dejo el coche en el porche, intento alejarme de ella lo más que puedo, pero me es imposible. Es superior a mí este deseo que se ha despertado por ella. Que no digo que antes no estuviera, pero intentaba mantenerlo dormido.

Entramos en casa mientras me fijo como lo he dejado todo: luces encendidas, la mesa puesta y el pollo metido en el horno.

—¡¡Joder, el pollo!! —exclamo, corriendo hacia la cocina.

—Ya se habrá quemado —asegura Olimpia, tapándose la boca con sus manos, evitando la carcajada que suelta medio segundo después.

—Muy avispada, niña...—le reprocho riéndome yo también.

Efectivamente, el pollo se ha quemado. No había que ser muy listo para saberlo, pero tenía la esperanza de que no fuera así.

—Anda y déjame a mí. —Me aparta con un golpe de cadera y se adueña de mi cocina.

Me siento en uno de los banquitos que rodean la mesa de la cocina y la observo mientras se mueve por la cocina, como si siempre hubiera sido suya. Abre los estantes de arriba, los de abajo, la nevera y la despensa. Me divierte verla cocinar, no sé por qué, pero lo hace. Sus caderas se bambolean mientras corta los pimientos que ha cogido de la encimera. Intento no hacerlo, pero no lo aguanto más. Me levanto de la silla y me acerco a ella por detrás, pegando mis caderas a su trasero, acorralándola contra la encimera.

—Ya te estoy haciendo la cena, no hace falta que me chantajees con lo que estás haciendo. —Se ríe y me ofrece su cuello como si yo fuera un vampiro y quisiera que le chupase la sangre.

—¿Qué pretendes? Acaso, ¿volverme loco? —Susurro mordiéndole el lóbulo de la oreja hasta la clavícula—. Tenemos que hablar, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, pero después de cenar, ¿vale? —musita besándome ella a mí. Y no de cualquier manera, sino con todo su ser. Y se me olvida quien soy y quien es ella.

Esta noche de verano es la más fría que recuerdo desde que volví aquí hace un par de años. La hierba que recubre el suelo del porche está perlada por finas gotas de llovizna. Mientras preparo dos tazas de té, veo desde la ventana de la cocina como Olimpia se sube a la barandilla del porche y se abraza a sí misma intentando darse calor. La observo desde lejos y pienso en que hace una par de días ni siquiera tenía la más remota idea de que volvería a mi vida, de la misma manera que la primera vez que la vi. Ahora simplemente no me imagino mi vida sin tenerla aquí. Por su aspecto exterior puede parecer frágil, pero me he dado cuenta que no lo es. Sí, tiene una mente que la traiciona, pero a pesar de ello, sabe salir adelante. Ha pasado por algo muy doloroso y traumático en la vida, que es la pérdida; ya no de un ser querido, sino de tres, y no puedo, ni por un instante, saber lo que siente su corazón. Me pone los pelos de punta con tan solo recordar mis manos sujetando el cuerpo inerte de su hermano contra mi pecho.

Con una taza de té humeante en cada mano me acerco a ella. Sé que no quiere hablar del tema, pero me da lo mismo. Tiene que aprender a superar tanto sus errores como los míos, porque hoy me he equivocado y sé que lo haré mil veces más, por eso quiero que aprenda a enfrentarlos de frente, y no de espaldas y cuesta abajo, como suele hacerlo.

—Háblame, dime qué pensabas hacer. Y, por favor, no me ocultes nada —le digo, tendiéndole una de las tazas.

—Pensaba coger el primer tren que llegara, largarme para siempre de tu vida y seguir con mi rutina.

—¿De qué rutina hablas?

—¿Hace falta que te lo diga? —dice chasqueando la lengua.

—Sí, hace falta.

Suelta un suspiro, saca una cajetilla de tabaco —que antes no había visto—, y se enciende un cigarro. La miro estupefacto, porque nunca me hubiera imaginado verla fumando.

—No sabía que fumaras. —Le quito el paquete de entre sus dedos y me enciendo yo también uno. No había vuelto a fumar desde que murió mamá, pero creo que ahora es un buen momento para volver a empezar, aunque sea la gilipollez más grande del mundo.

Últimamente hago muchas gilipollices, una más no me va a matar.

—Apenas sabes nada de mí, Tristán. —Me sonrío con una tierna mueca y me da un empujoncito en el brazo. Si tú supieras...

—Empieza por contarme desde cuando <<tu rutin>> es intentar matarte.

Mi tono es serio y seco. No quiero que se ande por las ramas y que empiece a desviar la atención hacia otros derroteros como acostumbra a hacer.

—Desde los trece —musita—. Unas navidades en las que todas mis compañeras se fueron de vacaciones con sus familias y yo me quedé sola. Los años anteriores siempre se había quedado alguna, pero ese año no. Me aburría horrores en la residencia y una noche decidí *jugar* con el botiquín de enfermería. Sabía que Adelaida; la enfermera, le suministraba pastillas para dormir al director. Sabía cuáles eran, así que decidí...*jugar un poco*.

—Eso no es *jugar*, Oli —la reprendo.

—Bueno, pues lo que sea. Me llevé el bote de pastillas a la habitación y me tomé las diez pastillas que quedaban. Al cabo de veinte minutos empecé a sentirme mal. Lo siguiente que recuerdo es estar vomitando con la cabeza metida en el váter y German; el vigilante, echándome agua fría en la cara.

Olimpia

—Joder, Olimpia. Eres la hostia...—Chasquea la lengua a la vez que niega con la cabeza.

—Al final acabé con un dolor de estómago espantoso y en la consulta del psicólogo. Bruno era muy amable, pero no me entendía por muy psicólogo que fuera. Se empeñaba en mandarme ejercicios inútiles que yo no hacía. Su consulta solo me servía para desahogarme y poco más.

—¿Qué sientes cuando lo intentas una y otra vez? —me pregunta negando aún con la cabeza.

—Satisfacción. —Me encojo de hombros y sonrío.

—¿Por qué? ¿Qué sientes antes de intentarlo?—insiste.

—Cuando llevo días agobiada y solo pasan pensamientos negativos por mi cabeza, la única manera de distraerlos es pensar en cómo acabar con ellos. Es un lio, lo sé, pero a mí me sirve.

—¿Y si llega el día en el cual lo consigues?

—Pues se habrá acabado todo por fin.

Veo su cara de dolor cuando pronuncio las últimas palabras. Le da una última calada al cigarro antes de apagarlo en la barandilla y desaparece por el arco de la puerta de la cocina. Lo veo trastear en la cocina por la ventana del porche. Abre y cierra cajones como un loco, hasta que encuentra algo y sonrío. Se acerca a mí con una sonrisa satisfecha, pidiéndome que le tienda mi mano.

—Ponte esto y no te lo quites ni para bañarte. —Me coloca en la muñeca

una goma elástica roja y me da un latigazo con ella, haciéndome daño.

—¿Se puede saber qué demonios haces? Me ha dolido —me quejo, masajeándome la parte de la muñeca donde he recibido el latigazo.

—Esa es la intención, que duela. —Se ríe, poniéndome de mala leche.

—Pues no lo entiendo —le replico con los brazos cruzados.

—Cada vez que tengas un pensamiento negativo tira de la goma contra tu muñeca. El dolor te distraerá.

—¿Dónde has aprendido esto?

—Un documental muy interesante que vi hace tiempo.

—Umm, vale. Si tú lo dices...—accedo.

No se dé que puede servirme esto, pero si él quiere que lo haga, le daré el gusto.

Tristán

Permanecemos un rato más en silencio sentados en el porche. Olimpia sigue absorta en sus pensamientos mientras que a mí me está poniendo cada vez más nervioso con la susodicha goma elástica, golpeando su muñeca una y otra vez. Espero que a ella le esté sirviendo, porque lo que es a mí... Me está poniendo como una moto.

—Creo que para ayudarte no debemos sobrepasar ciertos límites que...—le suelto, consiguiendo, por fin, que deje de darse latigazos con la goma.

—¿Qué límites? —pregunta girando la cabeza rápidamente, fijándose ahora en mis ojos.

—Lo besos, las caricias...

—¿Por qué? —Noto la decepción en su voz.

—Porque si realmente quiero ayudarte, no puedo estar pensando todo el tiempo que quiero estar dentro de ti —le confieso sin filtro alguno.

Mis palabras caen como una losa encima de su cabeza. La media sonrisa que antes adornaba su rostro se ha transformado en una mueca de disgusto. El rubor ha cubierto sus mejillas, dándole paso, seguidamente, al enfado.

—No entiendo que tiene una cosa que ver con la otra —dice cruzándose de brazos.

—Pues que me desvíe, Oli, que me nublas el juicio. Además, tienes dieciocho años y yo veintiocho. Tú necesitas otras cosas en tu vida que yo no puedo darte.

—¿Y que necesito yo en la vida según tú?

—Pues vivir, tontear con chicos, ir al cine o a tomar un helado; como una chica normal.

—Ah, entonces según tú, si me liara contigo no sería una chica normal. ¡Joder, Tristán, no soy una chica normal ni aunque me liara con un chico de mi edad! —exclama—. ¿Acaso contigo no podría ir al cine o comer helado?

—Sí, pero yo no busco eso.

—No buscas eso... —asiente con un mohín en la cara—. ¿Entonces qué coño buscas? ¿Follar?

—Joder, no quería decir eso. ¿No te das cuenta de lo que haces? A esto me refiero, a que me vuelves loco, que me nublas el seso y me llevas a tu terreno y...

—¡Vete a la mierda, Tristán! Deberías haber dejado que me fuera. —Me da un empujón para darse media vuelta y entrar en la casa.

—¡No quiero que te vayas! —le chillo a su espalda.

Me vuelve a mandar a la mierda, pero esta vez lo ha acompañado enseñándome el dedo corazón y metiéndose en mi cuarto para cerrar la puerta con un portazo.

—¡¡Joder!! Eres una maldita niñata que no entiende nada —chillo desde otro lado de la puerta.

Capítulo 4

Olimpia

Me quito la ropa a manotazos y me meto en la cama totalmente desnuda, enfadada y ofuscada. No sé para qué quería que volviera ni para que me besó. Ahora no puedo olvidarme de sus manos recorriendo mi cuerpo, ni de su lengua en mi boca. Y su maldito olor es...arrgg, yo que sé. Cada vez que recuerdo su beso, siento un enorme calor que me quema el vientre y se desliza hacia abajo. Intento cerrar los ojos y dormirme, pero cuando lo hago solo veo su estúpida cara y su sonrisa de chico bueno que me derrite.

No paro de darme latigazos con la maldita goma elástica, pero parece que funciona, porque cada vez que siento la quemazón que me produce, maldigo en voz alta a Tristán y se me olvida lo que estaba pensando. Ya ni puedo pensar en la muerte sin que se aparezca él.

Vuelvo a recordar sus excusas y me enfado más. No necesito ir al cine — nunca he ido— ni tampoco necesito comer helado. Lo quiero a él, a su boca contra la mía y sus manos tocando mi cuerpo. Nunca he querido algo más en la vida que estar con él. Y eso me enfada —bueno, más bien enfada a la otra parte de mí, la que no quiere a nadie, la que le importa todo un comino y solo quiere morir— pero me aguanto.

Unos toquecitos en la puerta me asustan.

—¿Puedo pasar? —pregunta desde el otro lado de la puerta.

—¡¡Nooooo!! —grito, tapándome con la sábana hasta la cabeza.

Se pasa por el forro mi negativa y abre la puerta. En cuanto su cuerpo se cuele dentro de la habitación, su olor inunda mis fosas nasales, haciendo que casi suelte un gemido y un resoplido a partes iguales. Huele a limpio, a pelo recién lavado, y a mar. Huele a Tristán.

Intento taparme la cara con la sábana, pero no es lo suficientemente gruesa para que no traspase su olor.

—Quítate la sábana de la cabeza, no seas niña —farfulla, tirando de ella.

—Déjame en paz, y no me digas ni una vez más que soy una niña —le exijo sin salir de debajo de la tela.

—Quítate la sábana de la cabeza. Cuando hablo con alguien me gusta mirarle a la cara.

—Estás hablando tu solo, ¿no ves que paso de ti? —Ahogo una risita.

—¡Tú lo has querido, Oli! —brama, tirando de la sábana, dejándome completamente desnuda ante sus ojos. Ni me molesto en cubrirme.

—¿Contento? —le digo cruzándome de brazos y sentándome en la cama.

—¿Pero qué haces desnuda? —Suelta un resoplido y gira la cabeza.

—Me pongo como me da la gana, ¿algún problema?

—Me lo estás poniendo muy difícil, Olimpia —me advierte con los dientes apretados—. Cúbrete, hazme el favor.

—No quiero.

Se levanta como un resorte del borde de la cama donde se había sentado y se pone a dar vueltas por la habitación como un lobo enjaulado.

—¿Por qué eres tan terca? —pregunta pasándose las manos por el pelo.

—¿Y tú porque eres tan gilipollas?

—¿Me acabas de llamar gilipollas?

Me levanto de la cama y lo cojo por el brazo para que se esté quieto.

—Te acabo de llamar gilipollas y me estás mareando. Para —le ordeno.

Me pongo delante de él con las manos en la cintura mientras que él gira la cabeza para no mirarme.

—Por favor, Olimpia —masculla, gruñendo.

—¿Por favor, qué? —Elevo una de mis manos y lo agarro por la barbilla, haciendo que gire la cabeza y me mire a la cara.

Se muerde el labio inferior negando con la cabeza sin dejar de mirarme. Le sonrío porque me divierte su expresión, pero él no se ríe. Su rostro es serio y sus ojos echan fuego.

—¡¡Joder!! —exclama, introduciendo su mano derecha por detrás de mi pelo, a la altura de la nuca, echándome la cabeza hacia atrás para no tener acceso desde su altura a mis labios.

—¿Por qué te reprimes tanto? ¿Por qué no haces lo estás deseando? —le pregunto desde mi posición.

Tristán

—Por qué lo que quiero es follarte y no voy a hacerlo—resoplo, le suelto el pelo, la cojo por la nuca y atraigo su cara hasta la mía, dejando mis labios posados en su boca sin llegar a besarla —. No voy a besarte, y no voy a volver a tocarte, así que déjalo ya —le hablo con mis labios pegados a los suyos, para terminar mordiendo su labio inferior y chupándolo, para luego alejarme de ella como si me quemara.

—Imbécil. —Oigo a mi espalda antes de salir por la puerta y dar un portazo como hizo ella antes.

He sido un poco brusco y me arrepiento en el mismo momento que lo he hecho, pero es que tenía que alejarme de ella antes de hacerle el amor de la manera más salvaje que me pedía el cuerpo. Me ha faltado muy poco para hacerlo. Sus caderas me llamaban como sirenas en el mar y sus pechos me apuntaban queriendo ser masajeados y mordidos. Me vuelve loco de la manera más salvaje en que una mujer lo ha hecho nunca. Me crispa, pero a la vez me enciende como una llama.

Coloco la frente contra la puerta de mi habitación y la escucho como me maldice y tira cosas contra la pared. Si ella está la mitad de frustrada que yo, puedo llegar a entenderla. Creo que necesito otra ducha fría.

Olimpia

Aún el sol no se ha asomado por la ventana cuando escucho a Tristán trastear por la cocina. Me pongo solo una camiseta suya, me recojo el pelo en un moño alto, y salgo al pasillo. Me asomo a la cocina sin que él se percate. Esta subido en una silla con la cabeza metida en uno de los estantes, buscando algo.

—Buenos días —lo saludo, haciendo que se asuste, chocándose con la parte alta del mueble.

—Para quien lo sean —refunfuña con la cabeza aun metida en el mueble.

—¿Siempre te levantas de tan buen humor? —le pregunto irónicamente mientras le doy un sorbo a su café. Enseguida me doy cuenta de que el café no solo sabe a café sino que también sabe a caramelo. Curiosa combinación, pero perfecta. El café está realmente delicioso.

—Sí, desde que tú estás aquí y solo pienso en follar —me suelta, sacando del estante una bolsa con algo que parece ropa.

—Muy educada tu respuesta —señalo.

—A la altura de tus actos —me refuta, mirándome por primera vez en la mañana, con media sonrisa altiva.

—Imbécil.

—Eso ya me lo llamaste anoche.

Me tomo el café de un sorbo y me dispongo a abandonar la cocina cuando me tira la bolsa que ha sacado del mueble a la cara.

—¿Qué es esto?

—Póntelo y espérame en el coche.

—¿Porque tú lo digas?

—Porque yo lo digo.

—¿Y si no quiero?

—Joder, Olimpia. No me hagas ponértelo yo.

Miro en el interior de la bolsa y veo que son unos bikinis.

—No me pienso poner esto. ¿Qué son de alguna amiguita tuya? —le digo cogiéndolos con la punta de los dedos.

—Son de mi madre.

En cuanto me dice que son de su madre se me cambia el semblante.

—Lo siento.

—Si no los quieres, te compraré algunos en el pueblo.

—No, no, gracias. Los de tu madre están bien. Lo siento —me vuelvo a disculpar, saliendo de la cocina como un rayo.

Cuando vuelvo a la habitación saco los bikinis de la bolsa y los huelo — tengo esa manía desde pequeña—. Huelen a jabón de lavanda, como el que utilizaba mi madre. El aroma me lleva a recordar cuando mamá lo utilizaba para hacer la colada. Tendíamos las sábanas en el porche, y cuando la brisa levantaba al vuelo las sábanas, el olor inundaba cada rincón de la casa.

La voz de Tristán sonando desde su todoterreno me hace dar un respingo. Me pongo el bikini lo más rápido que puedo y me coloco los vaqueros y una camiseta suya anudada a la cintura, tiro de la puerta de la cocina para cerrarla y vuelo hasta el coche.

—¿Te gustan mis camisetas? —Eleva una ceja y me sonrío sin rastro de enfado.

—No están mal...aunque podrían mejorar.

—Eres un encanto...—Hace una mueca y gira la llave para arrancar el coche.

En el pueblo todos nos vuelven a mirar. Creí que ya habría pasado la novedad del momento, pero parece que no. Varias señoras que pasan a nuestro lado cuchichean y me miran como si fuera un bicho raro. No me ofendo, que conste, pero me hacen sentir insegura y observada.

—Tranquila —intenta calmarme Tristán.

—Solo quiero que dejen de mirarme. —Agacho la cabeza e intento esconderme detrás de la ancha espalda de Tristán.

Tristán

Quiero que dejen de mirarla y que dejen de hablar de ella. Ya saben quién

es, saben la edad que tiene y, más o menos, que hace conmigo. ¿Acaso no se dan cuenta que la hacen sentir mal?

—Ven aquí, anda. —Entrelazo su mano con la mía y terminamos de recorrer los metros que nos separan del supermercado al que nos dirigimos, con nuestros dedos enredados.

Aún no hemos entrado en el local y ya puedo oler el perfume de Daniela desde lejos. Daniela fue mi novia durante un tiempo cuando llegué al pueblo. La relación se acabó pronto. Me di cuenta que a su lado no era ni sería feliz nunca. Ella me recordaba al antiguo Tristán; ese al que le daba igual los sentimientos de las personas, ese que solo miraba por sí mismo y no le importaba una mierda lo que los demás sufrieran. El que solo se aferraba al recuerdo de algo doloroso. Ya no quería ser así y corté la relación, aunque Daniela siguió insistiendo algún tiempo más, hasta que se dio por vencida y dejó de llamarme.

En cuanto cruzamos el umbral de la puerta nos topamos de frente con ella, como ya predije. Olimpia casi se da de bruces con ella si no llega a ser porque la he apartado a tiempo.

—¡Tristán Seawest-Savior, pero qué sorpresa!— saluda mirando de reojo la mano de Olimpia y la mía entrelazadas.

—Hola, Daniela, ¿qué tal? —la saludo amablemente, aunque en el fondo odie haberme cruzado con ella.

Mientras me saluda, veo como mira a Olimpia de arriba a abajo y como centra sus ojos en mi camiseta, la que lleva anudada a la cintura. Casualmente me la regaló Daniela.

—Bonita camiseta —comenta, sonriendo falsamente como solo ella sabe hacerlo.

—Es un espanto, pero bueno, es ropa —le suelta Olimpia, quedándose tan pancha, encogiéndose de hombros.

Daniela tuerce el gesto y me mira echando fuego por los ojos. Juro que intento no sonreír, pero no puedo evitarlo y de mi boca sale una carcajada.

—¿Y tú eres? —le pregunta Daniela a Olimpia, obviando mi carcajada.

—Olimpia.

Me extraña que aún no lo sepa. Todo el pueblo lo sabe.

—Encantada. No suelo venir por el pueblo. Vivo a las afueras —contesta como si me leyera el pensamiento—. ¿Eres tan importante como para que debiera saber quién eres?

Olimpia aprieta mi mano y se lo que quiere decirme con ese gesto. En los

pocos días que hemos pasado juntos ya he aprendido a leer las señales que me manda. Le devuelvo el apretón de manos y la acerco a mí.

—¿Y tú, eres tan importante para que yo deba decírtelo? —

Intento no reírme, lo juro. Solo lo intento...porque me rio.

La mujer que tengo a mi lado y la mujer que tengo delante de mí se lanzan dardos, cuchillos y todas las hachas imaginarias que tienen en mente. Si fueran de verdad, esto sería una carnicería. Me estoy divirtiendo como un niño pequeño jugando al pilla pilla. Antes de que se lancen cuchillos de verdad... decido mediar.

—Tenemos algo de prisa, Daniela. ¿Si nos disculpas? —Tiro de la mano de Olimpia para pasar por su lado.

—¿Te la estás follando? Creo que es un poco pequeña para ti. ¿Ahora te gustan las adolescentes?

Casi sin verlo venir, noto como Olimpia se libra de mi mano y se enfrenta como una leona a Daniela.

—No me lo estoy follando...pero si lo hiciera, ¿qué cojones te importa a ti?

Conozco a Daniela y debí intuir que algo así pasaría. Olimpia es una niña a su lado, pero solo en apariencia, porque he de admitir que desprende fuerza y valentía. La encara de puntillas mientras que Daniela no da crédito a lo que ve. Está tan acostumbrada a ser ella la que se enfrenta a los demás, que esta situación se le ha quedado grande.

—No sé quién serás, lo que sí sé es que se cansará de ti tan pronto consiga lo que tú y yo sabemos —ataca de nuevo.

—Se nota que no lo conoces —se carcajea Olimpia—. ¿Tan resentida estás?, ¿O es que te fastidia que sea yo la que coge su mano ahora? Porque intuyo que fue algo tuyo alguna vez... ¿no es verdad?

Olimpia me vuelve a agarrar de la mano y tira de mí para ponerme a su lado. A todo esto yo sigo impávido, lo admito.

Estoy tan embobado con Olimpia que apenas me doy cuenta de que me atrae hasta su boca por la camiseta, y me besa delante de Daniela. Me besa despacio, con su lengua saboreando cada rincón de mi boca, haciendo que me olvide de todo y de todos. Me olvido de donde estamos. Solo puedo ver sus ojos y sentir sus labios contra los míos, su cadera pegada a mi cintura y sus manos enredándose en mi pelo. Con un suspiro largo y pesado se deshace de mí igual de rápido que se ha unido.

—Y se fue...—suelta Olimpia con una risita condescendiente.

—Te has saltado a la torera lo que te dije ayer —le digo con la respiración

alterada.

—Lo prometiste tú y no yo, además, no dijiste que yo no pudiera hacerlo. — Se gira sobre sus pies y se pierde por los pasillos del supermercado, dejándome solo, cabreado y excitado.

Conseguiré volverme loco, de una forma u otra, pero lo hará. Cojo todo lo necesario para llenar la despensa y le pido al encargado que me lo envíe a casa. Cuando ya lo tengo todo listo, decido ir a buscar a Olimpia, que aún está paseando por los pasillos. Paso por la sección de ropa y me paro ante la repisa donde están los pijamas de señora. Si quiero evitar la tentación debo empezar por alejarla y comprarle un pijama a Olimpia.

—No pienso ponerme eso —niega a mi espalda.

—¿Por qué?

—Porque no me gustan los pijamas y menos ese. Es de señora mayor, por Dios, Tristán.

—No volverás a dormir desnuda en mi cama —sentencio cogiendo el pijama caminando hacia la caja.

—Me gustan tus camisetas. Las usaré para dormir, ¿te parece?

Miro el pijama rosa de lunares y la miro a ella —Me gusta cómo le quedan mis camisetas, pienso—. Me sonrío con una risita adorable y decido darle un poco de cancha. Por lo menos no dormiré desnuda, aunque se paseará con el culo fuera por la cocina como lo hizo esta mañana.

—¿Por qué te has propuesto hacerme la vida imposible? —me pregunta mientras nos subimos al todoterreno.

—¿Que yo me he propuesto hacerte la vida imposible? Por favor, Oli — niego con la cabeza y me río incrédulo por sus palabras.

Ella es la que me está haciendo a mí la vida imposible desde que la saqué del mar de nuevo. Se pasea desnuda por mi casa, me desafía de todas las formas posibles, y encima, se aprovecha de mi debilidad por su sonrisa, para conseguir todo lo que quiere.

—¿Me vas a decir de una vez adonde me llevas?—me pregunta cambiando la emisora de la radio.

—Al embarcadero.

—¿Qué?, ¿Para qué? No —niega

—Voy a enseñarte mi barco.

—¿Estás loco?...no pienso subirme a tu barco ni a ningún otro. ¡¡Para el coche!! —me pide a gritos.

—¿Qué dices, Olimpia?

—¡¡Qué pares el coche te digo!! —grita dándose latigazos con la goma elástica en la muñeca.

—No voy a parar el coche, así que relájate, estamos llegando.

—Pues no me bajaré del coche, ¿te enteras?

—Me entero. Y sí te bajarás, ¿te enteras tú?

Aparco el coche y me bajo para abrir la puerta del copiloto para que baje.

—No pienso bajarme. —Se cruza de brazos y de piernas a la vez.

—Claro que lo harás, o tendré que sacarte yo.

—¡¡No puedes obligarme!! —Vuelve a gritar.

—Creo que sí. Es mi coche. O te bajas tú o te saco yo, tú elijas.

Se mantiene en sus trece en la misma postura. Me apoyo con las dos manos en el marco de la puerta e intento respirar para tranquilizarme, porque me tiene los nervios de punta desde esta mañana, y estoy llegando al límite de mi paciencia. Levanto la cabeza y la veo que vuelve a usar la goma elástica.

—Para o conseguirás hacerte daño —le pido sujetando su mano.

—Tú eres el que me hace daño haciendo esto. —Una lagrima rueda por su mejilla llegando hasta sus labios. Se la lame como lo haría una niña pequeña, y eso me mata.

Olimpia

—Está bien, pero no llores, ¿de acuerdo? Me matas si lloras—me dice secándome las lágrimas con los dedos.

—¿No te das cuenta de que me da pánico el mar? —le inquiero apartando sus dedos de mi cara.

—No íbamos a navegar, Oli. Solo quería que subieras al barco y lo vieras por dentro, pero eres tan terca que no atiendes a razones. Te cierras en banda y no ves más allá de tus propias narices. Quédate aquí si quieres, yo tengo que subir a recoger un par de cosas.

Se da media vuelta y se aleja hacia el muelle. Me fijo que hay un barco con el nombre de Tristán y con la imagen de la misma ancla que lleva tatuada en su espalda, acompañada del dibujo de una sirena con un bebé en brazos pintada en la proa del barco. Esa imagen cala en lo más profundo de mi alma, recordándome a mi hermano pequeño. Sacudo la cabeza y vuelvo a golpear mi muñeca con la goma.

Tristán se sube al barco de un salto y empieza a moverse por la cubierta de aquí para allá, agachándose y levantándose. No sé qué está haciendo y la curiosidad hace que me baje del coche para poder observarlo mejor.

Mientras camino hacia el muelle con pies temblorosos, recuerdo como mi

madre ayudaba a mi padre a limpiar y decentar el barco antes de salir a navegar. A ella le encantaba navegar con mi padre y hacerse cargo del timón cuando el necesitaba descansar. Me pregunto cómo he llegado hasta el punto de temblarme las manos y las rodillas con tan solo pensar en subir al barco de Tristán. Me he criado y he crecido en el barco de mi padre y, por culpa de lo que pasó, no puedo ni soportar la idea de volver a navegar.

Me acerco lo justo como para poder mirar que hace Tristán. Está recogiendo y anudando una enorme cuerda que se encuentra enredada en el suelo.

—¡¡Si la enrollas antes te será más fácil!! —le grito desde abajo.

—¡¡Eso intento!! Si me ayudaras, aun me sería más fácil, ¿no crees? —Me ignora y sigue intentando enrollarla, pero es muy pesada y le cuesta la misma vida colocarla como él quiere.

Está consiguiendo ponerme de los nervios. Lleva más de veinte minutos enredando la cuerda. En el coche hace calor y aquí me estoy achicharrando viva con el solazo que hace. Me retuerzo los dedos y cierro los ojos, diciéndome a mí misma que no pasará nada, que el barco no se va a mover del muelle y que cuando quiera podré bajarme. Camino hasta la proa del barco con una decisión pasmosa, y salto a su interior como ha hecho Tristán hace un rato, sorprendiéndolo. Me he sorprendido hasta yo.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta sorprendido.

—Ayudarte de una maldita vez. Me estoy achicharrando con el sol ahí abajo —me quejo, quitándome la camiseta empapada de sudor.

—Te queda bien —dice mirándome desde abajo, donde está en cuclillas.

—¿La camiseta?

—El bikini de mi madre —contesta muy serio mientras me mira por debajo de la visera de una gorra, que antes no tenía puesta.

—Es muy bonito. Gracias por dejármelo.

—Es para ti.

—No puedo aceptarlo...es un recuerdo de tu madre —niego con la cabeza.

—Mejor verlo puesto que un cajón, ¿no crees?

Me guiña un ojo y me sonrío sin rastro del enfado que tenía esta mañana y hace unos minutos en el coche. Decido aceptar el regalo y no hacerlo enfadar otra vez, aunque debo admitir, que su cara de enfadado me gusta demasiado.

—Tienes razón, será un honor llevarlo. —Echo el cuerpo hacia delante en modo de reverencia y nos reímos los dos a la vez por mi tontería.

Le quito la cuerda de las manos y en cinco minutos la tengo anudada y lista para usar de nuevo cuando haga falta. Mi padre me enseñó a recoger los

aparejos de pesca y todo lo relacionado con el barco, así que tengo experiencia, aunque hayan pasado demasiados años desde que lo hice la última vez. Tristán me sigue con la mirada, alucinando mientras me muevo por el barco con soltura. Hasta yo estoy alucinada de ver como en unos minutos he pasado del pánico a la comodidad de estar en un barco de nuevo.

—Te manejas bien con los nudos. Diría que incluso mejor que yo. —Ladea un poco la cabeza y me sonrío mientras señala una de las cuerdas que acabo de anudar.

—Mi padre me enseñó desde pequeña. Aprendí antes a hacer un nudo de *Trébol* que a atarme los cordones.

Sonríó al recordar a mi padre. Me quedaba embobada viendo como sus manos creaban cientos de nudos para que los aprendiera. Mi madre también sabía hacerlos. A veces cuando papá salía solo a navegar, nos quedábamos en el porche de casa, haciéndonos pulseras con los nudos que nos había enseñado la noche anterior. Cierro los ojos por un instante y me toco la goma elástica de la muñeca, no para darme latigazos, sino para recordar el tacto de una de esas pulseras que hacíamos mamá y yo.

Siento las manos de Tristán sujetar mis manos, impidiendo que tire de la goma. En un momento dado no he querido hacerlo, porque el recuerdo era bonito, pero en décimas de segundo se ha convertido en un recuerdo doloroso que me remueve las tripas.

—Tranquila —susurra llevándose mis manos al pecho—. Todo está bien.

—No, nada está bien, Tristán. Yo no estoy bien, esto no está bien...nada está bien.

Pego mi cara contra su torso y lloro muy fuerte. Lo abrazo tan fuerte que yo misma me corto la respiración.

En mi vida todo es así. De momento estoy feliz...que al segundo estoy triste.

—Llora, llora todo lo que quieras. Saca la pena de una vez y permítete recordar pasajes de tu vida sin sentir pena ni dolor. Si no lo haces jamás podrás superarlo. Hazlo por ti, por tus padres, por tu hermano. Hazlo por mí, Oli. Me partes el alma cuando te veo llorar.

Tristán

Cuando la veo llorar, el pecho se me oprime y me cuesta respirar. Siento su dolor como mío y no lo soporto. Quiero por todos los medios que deje de sufrir, que no lllore más y que viva tranquila.

Sus lágrimas ruedan por sus mejillas como gotas de lluvia en un cristal,

empapándome el pecho. Su piel contra la mía me quema, me bulle en las entrañas. Quiero besarla, quiero robarle el dolor con caricias, pero no quiero hacerle más daño. No sé qué es esto que siento cuando la tengo cerca, pero sé que jamás lo he sentido por nadie. Es una necesidad visceral por protegerla, por ahogar sus lágrimas y convertirlas en sonrisas. Quiero que ría sin tregua, que lllore de risa porque no puede aguantar las cosquillas o que simplemente lllore de felicidad.

Capítulo 5

Tristán

—Quiero irme a casa, Tristán —me pide sin dejar de abrazarme.

—Vamos a casa. —La alzo en brazos rodeándola con mis manos. Siento su abrazo, como se aferra a mí con la cabeza enterrada en mi cuello, y de pronto, siento como mi corazón me golpea en el pecho frenético.

—Tristán —susurra alzando la cabeza—, tu corazón...puedo sentir tu corazón.

—Yo también lo siento, Olimpia. —Suspiro y dejo escapar todo el aire que había almacenado en mis pulmones.

Se ha quedado dormida en el coche y no he sido capaz de despertarla al llegar a casa. Parece más niña cuando duerme. Se acurruca en un lado de la cama, aferrándose a la almohada como si de un momento a otro fuera a caerse. Me siento en el otro lado de la cama y la observo. Durante todo el viaje de regreso a casa ha permanecido en silencio. Yo tampoco he forzado una conversación, simplemente porque no hacía falta. Nuestros silencios están llenos de comodidad, de paz.

Oír su respiración me relaja tanto que casi doy una cabezada si no llega ser porque se ha despertado de golpe y se ha sentado en la cama de un salto. Su respiración ahora es errática y sus manos cubren su cara, ocultando de nuevo las lágrimas.

—Solo ha sido una pesadilla, Oli. Vamos, ven aquí.

La recuesto de nuevo en la cama y me tumbo a su lado con nuestras manos entrelazadas.

—Cuéntame algo bonito, Tristán —me pide entrelazando sus piernas con las mías.

La miro y veo de nuevo a aquella niña desvalida, empapada y casi sin vida que salió del mar para robarme el corazón y parte de la razón. Entonces recuerdo una historia.

—Te contaré una historia que me contaba mi abuelo de pequeño: *La historia de la sirena y el marinero*.

—¿Es triste? —me pregunta apoyando su cara en mi pecho.

—En parte. Es una historia de amor verdadero, Oli —le explico.

—Vale, cuéntamela.

La aprieto fuerte contra mi pecho y le beso la cabeza.

—Hace cientos de años, se dijo que existió un marinero que se había enamorado de una sirena. Solo la había visto una vez, pero se quedó tan encandilado con sus hermosos ojos azules, que se enamoró al instante, olvidándose de preguntarle cuál era su nombre antes de que ella desapareciera. Fue noche tras noche a buscarla sin éxito. Estaba desesperado, loco de amor, y no se le ocurrió otra cosa, que lanzarse al mar para buscarla, con la mala suerte de golpearse la cabeza con una roca, quedando inconsciente. Cuando despertó, se hallaba en una isla que no conocía, rodeado de cientos de sirenas, pero solo una llamó su atención. Era ella, la única que tenía los ojos más azules del mundo, y la dueña de su corazón. Quiso acercarse a ella, pero otra de las sirenas se lo impidió, explicándole que ella tenía prohibido interactuar con los humanos por ser una de las descendientes del mismísimo *Poseidón, Dios del mar*. Colin; que así se llamaba aquel marinero, preguntó de qué forma podría acercarse a ella, a lo cual las demás sirenas le explicaron que la única forma sería renunciando a su hogar, a sus piernas y a su voz. Colin no lo dudó ni un instante y accedió a lo que ellas pedían. Lo dio todo por ella. Y así fue como Colin y Belline, fueron felices por siempre. Aunque Colin no pudo decirle nunca cuanto la amaba, lo demostró con creces, renunciando a su hogar, a cambiar sus piernas por una cola de pez y a decirle en voz de grito cuanto la amaba.

—¿Tu renunciarías a todo por amor, Tristán? —pregunta Olimpia acariciando mi pecho con sus dedos.

—Lo haría sin pensar, lanzándome al agua de cabeza, Oli.

La miro fijamente, sin pestañear, preguntándome por qué he dicho todo eso sin ni siquiera pensarlo.

—Si yo hubiera sido Belline no hubiese dejado a Colin hacer eso por mí.

—¿Por qué? ¿Acaso tú no lo harías por amor?

—Yo hubiese hecho lo imposible porque no tuviera que renunciar a lo que él era. Hubiera buscado la forma de amarlo, aun después de la muerte.

Sus palabras me dejan descolocado. Pero conociéndola como ya la conozco, no me han extrañado. Olimpia es así. Daría su vida por la persona a quien quiere.

Mi corazón no para de latir en mi pecho. Los recuerdos de aquel día vuelven de nuevo a mi mente: la angustia que sentí cuando la policía me la arrebató

de los brazos cuando ni siquiera supe cuál era su nombre ni donde podía encontrarla. El tormento de echarla de menos aunque no fuera nada mío. La culpa por no haberla buscado. El recuerdo de su hermano en mis brazos y el dolor que he sentido todos estos años por no tenerla. Y ahora, el mar me la devuelve de la misma forma que me la trajo.

—No lo dudo, Olimpia. —Agarro su mano y la llevo hasta mis labios. No puedo tenerla tan cerca sin que me afecte.

No sé lo que siento, no sé lo que quiero. Solo sé que la quiero aquí conmigo y que no quiero hacerle daño.

—Tristán yo... —dice colocándose encima de mí a horcajadas.

No me muevo, no por nada, sino porque simplemente no puedo hacerlo.

—Oli, no deberíamos hacer esto.

—¿Por qué no? Yo quiero y tú también lo quieres. Lo noto debajo de mí, Tristán —susurra restregando su trasero contra mi entrepierna.

—Joder, Olimpia. No me hagas esto —gruño.

Olimpia

En realidad ni siquiera sé lo que estoy haciendo. Me estoy dejando llevar por este deseo que me quema por dentro. Me siento que puedo con todo, estando encima de él.

—Enséñame, Tristán —le pido acercándome a su boca.

—Olimpia...por favor —jadea cogiendo aire.

Sigo moviéndome encima de él, notando lo duro que está. Mi deseo crece y casi no puedo estarme quieta. Quiero que me bese, mucho, y muy fuerte.

—Te necesito, Tristán. Solo tú me haces olvidar. Solo contigo me siento bien.

Tristán suelta un impropio cuando con sus enormes brazos me coloca de espaldas en la cama y se monta a horcajadas sobre mí. Con sus manos frena las mías y me las coloca por encima de la cabeza.

—Olimpia, ¿qué estás haciendo conmigo?

—Esa pregunta debería hacértela yo a ti. Llegaste a mi vida para sacarme del agua. Me brindaste tu protección sin pedirme nada a cambio. Me has respetado más de lo que me gustaría, y sobre todo, me das ganas de vivir. Llenas con tu sonrisa todos mis vacíos, todos los huecos oscuros de mi cabeza. Me has llenado de ganas, de ilusiones. Me has llenado de ti, Tristán. Me has salvado y me sigues salvando cada día. Cuando me tocas como ahora, me llenas de vida. Quiero vivir, Tristán. Quiero vivir para ti. Sin ti mi vida ya no tendría sentido.

—Olimpia, no sé si yo podré quererte de la forma en que necesitas. Me vuelves loco, me alteras la vida...Pero...

—Pero me deseas como yo a ti —afirmo, adelantando mis caderas, haciendo que un gemido se escape de entre sus labios.

Me mira fijamente y luego se lanza hacia mi boca, comiéndomela despacio y fuerte, como necesito. Este beso es muy diferente a todos los que me ha dado. Este sabe a deseo, a ganas de tenernos, a puro descontrol. Poco a poco nuestra respiración se acelera y noto como pierde el control. Me arranca la camiseta desgarrándola por el cuello, dejándome totalmente expuesta a sus ojos. Mis pechos le llenan la boca, las manos...

Tristán

No puedo parar. Su lengua roza la mía en un vaivén casi perfecto. Su sabor me sobresalta, me excita como nunca jamás nadie lo ha conseguido. Me hace perder el control sobre mí mismo y me arrastra con todo lo que voy encontrando en su cuerpo. Un lunar que chupo y memorizo en mi boca. Una caricia sobre mi piel que grabo a fuego en mi mente. Sus manos acariciando mi pelo, tirando de él para hacer nuestro beso más profundo, más nuestro.

—No sabes cuantas ganas tenia de hacer esto, Oli —gruño contra su boca, mordisqueando sus labios.

—¿Y porque has esperado tanto?

—No entiendo por qué...

Mientras muevo mis caderas arriba y abajo contra las suyas, me vienen los recuerdos. Una Olimpia de once años totalmente empapada, con el cuerpo de su hermano aferrado en su pecho, pidiéndome que la salve, que lo salve a él. Y paro.

—No puedo hacerlo —niego con la cabeza, quitándome de encima de ella, alejándome de la cama lo más posible.

No puedo hacerlo. No puedo seguir. Cuando la toco, me enciende, pero a la vez me hace sentir como un hijo de puta que se aprovecha de su vulnerabilidad, de su soledad, y eso no está bien —Nada bien. Joder—, tiene solo dieciocho años y es aún una niña. No sé cómo he sido capaz de llegar tan lejos.

—¿Por qué, Tristán? ¿Porque llegas hasta aquí y luego paras? ¿Por qué me haces sentir como una mierda? ¿Acaso no soy suficiente para ti? ¿Es eso?

—No, por Dios, Olimpia. Ni se te ocurra decir que no eres suficiente para mí. Y claro que me gustas, joder. Me vuelves loco, pero no puedo. Sé que no lo entiendes, pero no puedo explicártelo...me odiarías.

—Jamás podría odiarte, Tristán. Tú eres lo único que tengo...

—Por eso no puedo seguir...porque soy el único. Porque no tienes más opciones.

—¿Pero de qué cojones hablas?—dice cubriéndose con mi camiseta—
¿Acaso crees que quiero estar contigo porque eres mi única opción? Por Dios, Tristán, ¿quién es el niño aquí? ¡¡Quiero estar contigo porque me gustas, joder!! Porque con tan solo mirarte me pones a mil...me aceleras el corazón.

—No he querido decir eso...yo...

—Si lo has querido decir y lo has dicho. Pero tengo la solución para ese problema.

—¿De qué diablos hablas? —digo tirándome del pelo, recorriendo la habitación delante de ella. Esto se me está yendo de las manos.

—Mañana me iré.

Coge la mochila y empieza a llenarla con la poca ropa que tiene, metiendo también una de mis camisetas.

—No te vas a ir a ningún lado, ¿me oyes? —le grito, quitándole de las manos la mochila.

—No puedes impedirme que lo haga.

Olimpia

No se cómo ha pasado, pero Tristán ha pegado mi espalda contra la pared, sujetando mis caderas con sus manos, obligándome a mirarlo.

—Claro que puedo.

—No, no puedes —niego con la respiración entrecortada por tenerlo de nuevo tan cerca.

—No dejaré que te pongas en peligro.

—Se cuidarme solita, Tristán —refuto.

—¿En serio? No me dio esa impresión al sacarte del mar.

—No seas cruel.

—No lo soy. Solo te digo la verdad. Y ahora te digo que no te irás. ¿O es que acaso necesitas que otro te de lo que yo te he negado?

—¡¡Eres un hijo de puta!! ¿Acaso crees que soy una cualquiera? ¡¡Suéltame, Tristán!! —grita aporreándole el pecho con mis manos.

—Tú lo has dicho. Soy un hijo de puta, pero no dejaré que te vayas.

—¿Acaso vas a encerrarme para impedírmelo? —le grito dándole un empujón para apartarlo de mí.

—Tú no me obligues a hacerlo...

Lo empujo de nuevo pero no se mueve. Estoy acorralada contra la pared con su boca muy cerca de la mía.

—Suéltame —le exige, sintiendo su aliento en mi boca.

—¿Te irás?—Ataca de nuevo con sus caderas.

—Sí —afirmo acompañando el gesto con un movimiento de cabeza.

—¿Estás segura? —Pega sus caderas de nuevo, estrujándome contra la pared.

—Sí —titubeo.

—Tendré que convencerte de alguna manera...—susurra con la voz rasgada, acercándose más, mucho más, hasta pegar su frente con la mía.

—No te atrevas a hacerlo —musito casi sin voz y no muy convencida de lo que estoy diciendo.

—¿Hacer que, Oli? Vamos...dilo —susurra con voz más ronca todavía.

—A besarme. ¿Crees que así vas a convencerme de todo siempre?

—¿Puedo hacerlo? —pregunta pegando sus labios a los míos.

Y maldito sea. Porque sí, sí puede hacerlo. Puede convencerme de lo que quiera. Soy débil, muy débil entre sus brazos.

La guerra dialéctica que mantenemos, lejos de enfadarnos, lo que hace es excitarnos más.

—Tristán...—suplico intentando despegar nuestros labios.

—Me vuelves loco, Oli. Pero tranquila, hoy no voy a follarte.

—Eres un...

Me calla con un beso, con su lengua deslizándose por mi boca; haciéndome sentir que estoy en las nubes o en lo más alto de un edificio a punto de saltar. Tristán hace que se me acelere el corazón de la misma manera que lo hace cuando estoy cerca del mar, pero con él la sensación es demasiado agradable.

—Cuando se te pase el calentón...baja a comer —me espeta separándose de mí, dejándome desmadejada contra la pared.

Tristán

Olimpia no ha bajado a comer, ni tampoco ha salido de la habitación en toda la tarde. Casi que lo prefiero así, porque cuando estoy cerca de ella mi sangre bulle como loca en las venas. Me altera las neuronas y me convierte en un maldito loco salido. Cuanto más intento reprimir ese deseo...peor es.

He preparado la cena y ni siquiera he podido probar bocado. No paro de pensar en ella y en su boca. Me ha calado muy hondo desde que regresó. Han pasado siete años de aquello, pero aun duele como el primer día. Puedo decir que fue el peor momento de mi vida. Caminaba por la playa huyendo de la

pena; de las lágrimas, huyendo del cementerio donde acababa de enterrar a mi madre. Ni las palabras de mi padre, ni las de mi familia me reconfortaban. Nada podía calmar la desolación que sentía por perder a mi madre. Me dolía el alma, el corazón por dentro. Ella era lo más importante que tenía en la vida. Era mi amiga, mi consejera, mi todo. Cuando vi como el ataúd desaparecía de mi vista debajo de toda aquella tierra, el corazón se me partió en mil pedazos. Allí acababa todo. Acababa su vida, su risa, con toda aquella tierra cubriendo la que sería su última morada. Recuerdo que lloré delante de todos, pero no lloré lo suficiente hasta que no llegué a la orilla del mar, donde vertí todas las lágrimas que no había querido que ella viera antes de morir. Grité, me maldije a mí mismo por no poder cambiarme por ella, maldije esa puta enfermedad que a tanta gente se lleva; hasta que la vi a ella. A Olimpia. Un pequeño bulto en el mar luchando por llegar a la orilla. Ni siquiera lo pensé. Me lancé al agua, rogando por no perder a nadie más aquel día, aunque sí que lo perdí. Lo perdí yo y lo perdió ella a él, a la personita que hubiera hecho que Olimpia quisiera vivir. Nadé contra la fuerte corriente que nos arrastraba, llevándome conmigo a la niña que rogaba por su hermano.

Desecho todos esos pensamientos como aprendí a hacerlo años atrás. Con música en mis oídos y un gran vaso de aguardiente casero. Así sobreviví los dos primeros años hasta que reaccioné y me fui a la ciudad.

Estoy sentado en el porche escuchando “*Song to the siren de This mortal Coil*”, cuando veo que Olimpia baja las escaleras y merodea por la cocina sin percatarse de mi presencia. Sonríe al ver como coge el plato con la cena que le he preparado y se lo calienta en el microondas. Me gusta mirarla cuando no se da cuenta. Se mueve con soltura por la cocina, dando saltitos, creyendo que nadie la ve. Ya casi no queda rastro de aquella niña que me abrazó, llorando desconsolada.

—¡Si le pones un poco de pimienta estará más rico! —le grito desde el porche, sobresaltándola.

Me mira por la ventana de la cocina y levanta su dedo corazón.

—Vete un poquito a la mierda. —Puedo leer en sus labios mientras sonrío falsamente y se sienta a la mesa a comer.

Me quedo en el porche viendo como come. Me está ignorando descaradamente, pero no me importa.

Me odio a mí mismo por tener que estar tan lejos de ella para poder tener las manos quietas. Es sexy hasta masticando el salmón con eneldo que le he cocinado. Y esa maldita manía de pasearse con mis camisetas por la casa con

medio culo fuera, hará que coja una cogestión de tantas duchas frías que me estoy dando. Y hablando de frustración sexual... voy a tener que solucionar este problemilla de levantarme todas las mañanas, listo para formar. Pero no hablo de estar con otra mujer, ella aparecería en todos los rincones de mi pensamiento, como ya hace en cada sueño o pesadilla desde hace siete años.

Olimpia

Hace rato que ha amanecido, pero no he querido salir de la habitación hasta que Tristán no se ha marchado. Anoche ni siquiera nos dirigimos la palabra. Estoy muy enfadada con él y no quiero ni cruzármelo. Además, voy a aprovechar para dar una vuelta por la casa y el jardín trasero.

Me doy una ducha y me pongo uno de sus calzoncillos con una de mis camisetas. No es plan de salir con el culo al aire por todos sitios. Me tomo un café rápido y abro la puerta que me conduce al jardín trasero. Es gigantesco, lleno de flores por todos lados. Me quedo alucinada cuando me fijo en que casi todas las flores que hay son margaritas, pero de distintos colores. Margaritas rojas, amarillas, blancas, rosas, moradas. Todas bien cuidadas y podadas. La margarita es mi flor favorita desde pequeña. Miro al suelo y veo que una de ellas se ha desprendido del tallo. La recojo y hago lo que me encantaba hacer cuando papá me traía un puñado de ellas. Arrancaba cada pétalo, recitando:

Me quiere o no me quiere

Me quiere o no me quiere

He terminado de deshojarla con un *Me quiere*, preguntándome si Tristán sería capaz de quererme algún día. Me ha querido tan poca gente que creo que ya estoy acostumbrada a que nadie más pueda llegar a hacerlo.

Salgo del jardín y entro en casa, fijándome que no hay ningún marco de fotos colgado por ningún lado. Me pregunto por qué. Decido salir al porche a tomar un poco el sol. Ayer me pasé casi todo el día encerrada en la habitación y ya siento que me ahogo.

En el tejadillo del porche hay colgada una pajarera que está a punto de caerse. Me subo en la barandilla haciendo equilibrios para poder amarrar de nuevo una de las cuerdas que se ha soltado de las alcayatas.

—Nunca pensé que me pondría tan cachondo unos calzoncillos. —Escucho que dice Tristán a mi espalda.

—Nunca digas nunca...—le chillo empinándome un poco más para alcanzar

la alcayata.

—¿Te va el riesgo, Oli?

—Puede... Y por favor, no me hables —le pido poniéndome de nuevo de puntillas, ignorándolo.

Suelta una carcajada y me ignora mientras camina por el jardín. La rabia me arde en las venas. Encima el gilipollas se permite el lujo de ser él quien no me hable y, por consiguiente, me ignore. Termino de poner la pajarera y me bajo de un salto de la barandilla para correr detrás de él, adelantándole por el pasillo que nos conduce hasta la habitación, poniéndome las manos en jarra en la cintura.

—Eres tonto —le digo poniéndome de puntillas.

Me mira como si viera llover y me aparta de su camino con la mano. Vuelvo a ponerme delante, frenándolo con una mano sobre su pecho.

—¿Me ignoras? —le pregunto.

Vuelve a realizar la misma operación, apartándome de nuevo, entrando en su habitación.

—¿Acaso estás sordo? —Vuelve a ignorarme.

Abre el cajón de su escritorio y saca algo que no consigo ver y se lo guarda en el bolsillo.

—Háblame —le exijo.

—¿Qué quieres, Olimpia? —pregunta ofuscado.

—Menos mal, ya hablas...—Sonrío como una idiota y él no puede evitar sonreír también —. ¿Por qué no tienes fotos?

—¿Has estado husmeando por ahí? —Eleva una ceja poniéndose las manos en la cintura.

—Solo un poco... ¿vas a contestarme?

Me coge de la mano y me lleva por el pasillo, dirección a la cocina. Bajamos las escaleras del sótano en completo silencio. Cuando llegamos abajo se agacha junto a un baúl de madera, poniéndose de rodillas. Me quedo a su lado mirando como lo abre y saca de su interior una caja de cartón con un montón de fotografías.

—Por esto. —Me tiende las fotografías a modo de explicación.

Paso una a una, viéndolo a él de pequeño, a un hombre que supongo que será su padre y cuando llego a la mitad, mi alma se desploma y se hace añicos. Me tapo la boca con una mano, ahogando un pequeño quejido, y lo miro a los ojos. Tiene los ojos brillantes por las lágrimas que evita derramar.

—Lo siento...yo no quería que... Oh, joder, Tristán, soy una bocazas.

—Quiero recordarla tal y como era. Así no. Ni siquiera puedo ver en las que no estaba enferma aún —confiesa señalando una de las fotografías.

En la fotografía que acaricio con mis dedos, aparece una mujer muy bonita con el pelo rapado al cero. La verdad es que me ha causado un gran impacto, arrepintiéndome al momento de haberle preguntado porque no había fotos en su casa.

—Lo entiendo. —Me pongo de rodillas junto a él y nos fundimos en un fuerte abrazo.

—El día que murió fue el peor de mi vida, el peor —repite abrazándome.

Este abrazo, este olor, me llena el pecho de miles de abejas revoloteando, haciéndome cosquillas en mi alma rasguñada. No sé por qué, pero su olor se me antoja familiar. Me calienta el corazón como ningún otro, haciéndome sentir segura.

—¿Hace mucho que perdiste a tu madre, Tristán?

—Siete años.

Tristán

Su abrazo me llena de recuerdos lastimeros. Me hace recordar que igual que el destino me arrebató a lo que más quería, fue caprichoso y me puso en el camino a Olimpia. ¿Para qué? Aún no lo sé. Solo sé que ella me hace feliz y me hace sufrir a partes iguales, haciéndome revivir una y otra vez; como el dichoso día de la marmota — en el cual todo se repite una y otra vez — , aquel día.

—¿Estás enfadado? —me pregunta haciendo lo que se ha acostumbrado a hacer cuando está cerca de mí.

Se inclina de rodillas ante mí y me tira del pelo suavemente hacia atrás, poniendo mi cara a su altura. El olor de su pelo llega hasta mi nariz; lo inhalo, y al instante la arrastro hasta sentarla a horcajadas en mi cintura.

—Lo estoy...pero conmigo mismo, porque eres una caprichosa, y porque sabes cuál es mi debilidad y te aprovechas de ello para hacer conmigo lo que te apetece.

—Tu no me dejas hacer contigo lo que me apetece —me dice queriendo besarme, lo cual evito echando mi cabeza hacia atrás.

—El día que flaquee mi fuerza de voluntad, Oli...Ese día ni te imaginarás lo que voy a hacer contigo.

Me mira divertida mientras la levanto en volandas, agarrándola por la cintura, poniéndola de pie frente a mí, dándole un azote en el culo mientras la conduzco hasta las escaleras. Se ríe como una niña pequeña que acaba de

hacer una travesura, acompañando su risa con un chillidito cuando siente la picazón de mi mano en su trasero. Y así, tal como viene la pena se va. Con Olimpia todo son altos y bajos, pero los altos arrasan por mayoría.

—¿Te gusta bailar? —le pregunto mientras subimos las escaleras.

—No lo sé. No he bailado nunca. Bueno sí, con mamá, pero creo que eso no cuenta.

—No, no cuenta. —Sonrío.

Decido que esta noche la llevaré al *Bar de Richard*. Hay una gramola vieja con canciones igual de antiguas que el dueño del local, pero que a mí me encantan.

Lleva más de una hora metida en mi habitación sin salir. Se ha duchado hace un rato, pero aún no ha salido. Me acerco a la puerta y pico un par de veces. No contesta, así que abro la puerta y entro. Está tumbada en la cama, llorando abrazada a la almohada.

—¿Se puede saber qué te pasa?—le pregunto sentándome en la cama junto a ella.

—No tengo ropa bonita para salir a bailar, ni tampoco maquillaje.

—No te hace falta maquillaje para estar bonita, Oli. Ya lo eres.

—Quiero ser como todas las chicas normales, aunque sea por una noche, Tristán. Tú no lo entiendes... —Vuelve a esconder la cabeza debajo de la almohada.

Suspiro porque una parte de mí no quiere volver a remover recuerdos y ciertas cosas, pero la otra me pide a gritos que sí...que remueva cielo y tierra para hacer, aunque sea un ratito, feliz a Olimpia.

—Creo que puedo solucionar tu problema. No te muevas de aquí.

—¿Y dónde voy a ir? —se queja, lloriqueando.

Salgo de la habitación con manos temblorosas a causa de lo que estoy a punto de hacer. Subo las escaleras hasta el segundo piso, y antes de entrar respiro hondo. Hace siete años que no entro en la habitación de mi madre. Giro el pomo un poco más calmado. Todo está en el mismo sitio que ella lo dejó. Su ropa en el armario, su cama perfectamente hecha y su escritorio con el último libro que leyó. Paso la yema de los dedos por la portada de un ejemplar de *Tess, la de los d'Urberville* y lo abro por el mismo sitio que mi madre lo dejó, y leo un fragmento que ella señaló.

“¿Por los ángeles del cielo! Dios me perdone la expresión..., te juro que vine

por lo que yo estimaba que era tu bien. No me mires así, Tess, que no puedo resistir tu mirada. No ha habido otros ojos como éstos desde que el mundo es mundo. No, no quiero perder el juicio. .. Confieso que al verte de nuevo se despertó en mí aquel amor que yo creía extinguido, con todas esas sensaciones creí que nuestra boda podía ser una santificación para los dos.”

Cierro el libro enseguida y abro uno de los cajones de su escritorio. Saco un neceser con el maquillaje que utilizaba; a ella le encantaba maquillarse, aunque tampoco le hiciera falta. Luego voy al armario y lo abro, recibiendo un bofetón del perfume de mi madre. Su olor inunda mis fosas nasales y me hincho el pecho con su aroma: lavandas y flores blancas. Cojo un par de prendas al azar, rezando para que sean de la talla de Olimpia, y cierro el armario igual que lo he abierto.

Cierro la puerta de la habitación y me tomo unos segundos para reponerme del impacto por haber vuelto al lugar que tanto dolor me causa, porque esa habitación era su refugio, su rincón de paz, su lugar de trabajo en el que escribir historias que la mantenían días y noches despierta, porque <<sus niños>>; como ella solía decir, le hablaban.

Olimpia

La puerta se abre de nuevo y aparece por ella Tristán con algo entre sus manos, y unas telas que no alcanzo a ver sobre su hombro derecho.

—¿Esto soluciona tu problema?

Sobre la cama tiende un par de vestidos y un neceser de flores.

—¿Esto también es de tu madre? —Apenas me sale la voz de la garganta.

Los vestidos son bastante bonitos. Uno es blanco hasta los tobillos con un encaje en la zona del pecho, y el otro es un vestido corto de flores con un poco de vuelo.

—Escoge uno y pónitelo...Si quieres, claro.

—Claro que quiero. Son preciosos, Tristán. Muchas gracias por hacer todo lo que haces por mí. No me lo merezco.

Enseguida sorteja los pasos que le separan de mí, poniendo sus manos sobre los hombros.

—Jamás digas que no mereces algo. Te lo mereces todo, Olimpia. Todo.

Me da un beso en la frente y sale de la habitación diciéndome que me espera en el porche en diez minutos. Tendré que darme prisa si quiero estar lista a tiempo.

Cinco minutos después estoy en la puerta de la cocina sin atreverme a salir.

Me he soltado el pelo, que cae con suaves ondas sobre mi espalda y me he maquillado un poco los ojos y los labios, pintándomelos de un suave color coral, a juego con el vestido.

—Tristán, ¿y si mejor lo dejamos para otro día? —le pregunto muerta de la vergüenza porque me vea así.

Se gira cuando escucha mi voz y se queda muy quieto, mirándome con las manos en los bolsillos. Está realmente guapo con un pantalón vaquero y una camisa blanca remangada hasta la mitad del antebrazo. Su pelo perfectamente peinado y su barba perfectamente arreglada. Es hermoso y él lo sabe por su forma de caminar y de moverse tan seguro de sí mismo.

—Estás preciosa, Olimpia. Estás loca si piensas que no voy a llevarte a bailar con ese vestido. Vamos —me insta.

Capítulo 6

Olimpia

El local parece que es muy concurrido por los habitantes del pueblo porque está a rebosar. Todos nos miran cuando atravesamos la pista de baile que nos conduce hasta un rincón de la barra donde no hay nadie. Me siento cohibida, pero enseguida el camarero se acerca al vernos y me distrae, sonriendo a Tristán, estrechándole la mano.

—¡Pero que de tiempo sin verte por aquí, Tris! Hubiera creído que te habías ido del pueblo si no llega a ser por las cotillas de la plaza y por Daniela.

Desconecto de la conversación por unos segundos, mirando a mi alrededor. Jamás había entrado en un bar o lo que sea que es esto. La música suena lo suficientemente fuerte como para bailar y hablar a la vez. Las paredes están forradas de madera oscura con asientos de madera a sus pies y mesas alrededor. Frente a mí, en un rincón, hay una máquina de esas que salen en la tele, que echándoles una moneda te dan a elegir una canción que se escucha en todo el local.

—Oli —me llama Tristán, haciendo un gesto con la mano—. Este es José: mi amigo desde que éramos pequeños.

—Encantada, José, es un placer conocerte. —Le tiendo la mano y me la estrecha suavemente.

—El placer es mío, hermosa. —Acerca mi mano a su boca y me la besa, haciendo que me sonroje.

—No te pases, José —carraspea Tristán, cogiéndome por la cintura para acercarme a él.

—¿Marcando el territorio de nuevo, Tristán? —le susurro.

—Tranquilo, colega. Las novias de los amigos son sagradas para mí.

—No somos novios —decimos al unísono.

—No, claro que no. —Sonríe José con los ojos entrecerrados.

—Anda, cállate y sírvenos algo de beber —le ordena Tristán.

Tristán me mira y me pregunta que me apetece. En realidad no sé qué me apetece, porque todo lo que he bebido en mi vida ha sido agua o zumo de *aguachirri*, que es lo que nos daban en la residencia.

—No sé, lo que tu decidas estará bien —contesto dejando que Tristán sea quien elija. Al fin y al cabo yo no tengo ni idea.

José nos sirve un vaso corto con un líquido ambarino, tirando a marrón. Me lo llevo a la nariz y lo huelo sorprendiéndome por su exquisito aroma. Me lo llevo a los labios y pruebo un pequeño sorbo. Caramelo, es caramelo. Parece que le gusta el caramelo.

—Dios, Tristán. ¡¡Esto está riquísimo!! —elevo la voz dando otro sorbo de este líquido dulce y sabroso.

—Eh, tranquila —me riñe—, es muy dulce, pero tiene alcohol. Tómalo con calma.

Tristán

De los altavoces de las paredes sale una música antigua pero divertida. No sabría decir el título de la canción pero sí aseguraría que es de la época de los '50. Veo que Olimpia está muy interesada en la gramola, porque no le quita el ojo de encima. Me acerco a ella por detrás y le pongo ante sus ojos una moneda. Me mira y me sonrío al ver cuál es mi intención.

—¿Todos oirán la que yo elija? —dice cogiéndome la moneda de entre los dedos, sonriendo de oreja a oreja.

—Todos —afirmo con la cabeza, sonriendo.

Se dirige a la gramola dando saltitos, mirando hacia tras para sonreírme. A veces puede llegar a ser tan sexy y borde, pero otras, increíblemente adorable. Echa la moneda en la gramola, que al encenderse ilumina el rostro de Olimpia con sus luces rojas y verdes. Se queda un rato escogiendo que canción poner mientras que yo miro embobado sus muslos. Se está tomando su tiempo...no querrá defraudar al personal, que no le quita el ojo de encima. Los hombres cuchichean, incluso puedo leer en sus labios como comentan lo bonita que es. Me hincho como un pavo porque soy yo el que tiene la suerte de estar a su lado, pero a la vez me inflo de rabia y celos.

De repente, distrayéndome de mis impulsos asesinos, se empieza a escuchar la canción que ha elegido. "*Be my baby de The Ronettes*" hace que todo el mundo gire la cabeza hacia nosotros dos.

—¿Estás intentando decirme algo, Oli?—le pregunto atrayéndola hacia mí por la cintura.

—¿Yo...? —Pone los ojos en blanco, apoyando sus manos sobre mis hombros. — No.

—Claro...

La conduzco hasta la pista, donde un par de parejas más se han animado a bailar.

—No te encapriches —le digo acercándome a su oído mientras bailamos

pegados, muy pegados. Demasiado.

—A lo mejor quien se ha encaprichado has sido tú —susurra aleteando sus pestañas, tan jodidamente sexy que...

—Si me hubiera encaprichado de ti, ten por seguro, que ya te hubiera follado —miento como un bellaco, porque no solo me he encaprichado ya, sino que me muero por estar dentro de ella.

—Eso no te lo crees ni tú. No quieres follarme; como tú dices, porque crees que soy una niña, pero te recuerdo que soy una mujer y, que si no lo haces tú, otro estará más dispuesto a hacerlo.

Mira a su alrededor, y con todo el descaro, le sonrío al ferretero, que se encuentra apoyado en la barra, mirándola con una sonrisita de gilipollas y cara de salido que me pone de mala leche. Le dedico una mirada de lo más amenazante hasta que borra de un plumazo su estúpida sonrisa y aparta la mirada de ella.

—¿Qué pretendes, Olimpia? ¿Acaso quieres que le parta la boca a todo el bar...? No juegues conmigo, te lo advierto —asevero.

—Yo no juego —me susurra cerca de los labios—, solo te muestro la realidad.

Se pega más y con un golpe de cadera roza mi bragueta. Me bulle la sangre en las venas, tanto por el enfado como por lo cachondo que me ha puesto.

—¿Qué quieres, Olimpia?, ¿qué quieres de mí? —le digo sujetándole la barbilla por el mentón.

—Ya sabes lo que quiero, Tristán. Lo quiero todo. —Se deshace de mi agarre, pegando su frente a la mía y sonrío de la forma más sexy que he visto en mi puñetera vida, posando la punta de la lengua sobre sus dientes.

—Lo que hay entre tú y yo, no trata solo de follar, ¿lo entiendes?

—Solo entiendo, ahora mismo, que me muero porque me beses, porque me toques, para que todos sepan que soy tuya. Solo tú has conseguido que quiera más, que quiera vivir, Tristán.

La canción se ha acabado sin apenas darnos cuenta, pero nosotros aún permanecemos en la pista de baile, pegados el uno al otro, mirándonos a los ojos, mirándonos por dentro.

—Me vuelves loco, ¿lo sabes, verdad?

La conduzco cogida de la mano hasta la gramola, echo una moneda en la ranura y pulso los botones. La canción de "*Bob Diddle, I'm a man*" sale por los altavoces. Sonrío y le guiño un ojo, arrastrándola conmigo hasta el rincón más alejado de la pista de baile, apoyando su espalda contra la pared

bruscamente.

—¿Qué haces, Tristán? —pregunta mirándome desencajada.

—No quiero servirle un espectáculo a nadie —le digo apretando mis caderas en círculos contra ella.

Arremeto contra su cintura con fuerza, haciéndole saber el efecto que causan en mí sus palabras. Haciéndola jadear.

—¿Acaso quieres decirme algo con esta canción, Tristán? —dice poniéndose de puntillas, dándome un lengüetazo en la boca.

—Que quiero follarte, ahora. Fuerte.

Olimpia

Desciende sus manos por mi cintura, bajando hasta los muslos, rozando el trasero a su paso. Siento el calor de sus dedos en mi piel, en el filo del vestido, ascendiendo ahora por debajo de él. El deseo que despierta en mi cuerpo, jamás lo había experimentado antes. Tiemblo ante sus caricias, ante los susurros en mi cuello.

—¿Imaginas que puedo hacer contigo, Oli? —susurra acariciando el interior de mis muslos.

—No quiero imaginarlo—jadeo cuando roza con la yema de sus dedos el filo de mis braguitas—. Quiero saberlo.

—¿Quieres esto? —Pregunta lamiendo mi cuello mientras que con sus dedos acaricia mi entrepierna por encima de la tela de las bragas— ¿Quieres esto también? —pregunta de nuevo posando disimuladamente la palma de su mano sobre mi pecho derecho.

—Sí, quiero —jadeo de nuevo, cuando me pellizca el pezón por encima del vestido.

Gruñe cuando un gemido sale de mi garganta, ahogándolo con sus labios en los míos, invadiendo mi boca con su lengua. Poco a poco ha ido introduciendo sus dedos por la cinturilla de mis bragas, bajándolas poco a poco por mis muslos hasta las rodillas. Miro a nuestro alrededor por si alguien nos ve, pero está oscuro y todos están ahora en la pista de baile o en la barra bebiendo. Tristán se agacha disimuladamente, terminando de deshacerse de mis braguitas, metiéndoselas en el bolsillo de sus pantalones.

—¿Me has robado las bragas? —le sonrío mirando cómo le sobresalen del bolsillo.

—Prestadas. Separa las piernas —me ordena.

Separo las piernas, anhelando saber cuál será su próximo movimiento. Mi interior lo llama a gritos, queriendo todo lo que esté dispuesto a darme.

Coloca mis manos sobre sus hombros y me pide que me quede quieta, a lo cual obedezco sin rechistar. Cubre con su mano todo mi sexo, para luego acariciar con un dedo la entrada de mi vagina, arrancando un pequeño grito de mi pecho.

—Tristán...—suspiro, pegando mi frente contra su pecho.

—Quieta. ¿Querías esto, no? —pregunta rozando de nuevo con sus dedos todos mis pliegues.

—Quiero más —musito.

Poco a poco, introduce la punta de un dedo en mi abertura, haciendo que me encoja, pero no de dolor, sino de algo extraño. Como una vibración que me llega hasta el vientre.

—¿Te ha dolido? —me pregunta con el gesto preocupado, con su pecho subiendo y bajando acelerado.

—No, todo lo contrario.

—Está bien. Dame tu mano —me pide colocando la palma de su mano bocarriba.

Le tiendo mi mano derecha, la cual besa y conduce hasta la cinturilla de sus pantalones, introduciéndola a través de sus calzoncillos.

—¿Sientes esto? —asiento con la cabeza como una autómatas, abriendo los ojos de par en par.

Acaricio de arriba abajo toda su longitud con suavidad, haciendo que se muerda con fuerza el labio inferior. Me sorprende al darme cuenta de lo que puedo conseguir con mis manos, así que me envalentono y lo sujeto más fuerte, subiendo y bajando más rápido.

—Tristán...—jadeo en un susurro cuando introduce uno de sus dedos en mi interior.

Oh, joder. Casi no puedo ni mantenerme en pie cuando lo saca y vuelve a meterlo. Doy un pequeño grito cuando algo caliente se desliza por mis muslos.

—¿Te gusta esto, Oli? Te gusta, ¿verdad...?

Me río. Me río con una risa nerviosa mientras mi cuerpo se convulsiona sobre los dedos de Tristán. Siento que debo devolverle las caricias, así que sigo subiendo y bajando, acariciando y apretando su miembro mientras beso sus labios, mientras él sigue acariciándome por dentro con sus dedos. De repente, mientras nuestras respiraciones se alteran más, noto como Tristán deja un dedo en mi interior y con el otro acaricia un punto que me hace jadear de golpe.

—Joder. —Suspiro cuando un remolino de placer sube desde mi entrepierna hasta mi vientre, haciendo que mis piernas se conviertan en gelatina y el cuerpo entero vibre entre los brazos de Tristán.

—Lo sientes, ¿verdad? Pues imagina que soy yo el que está en tu interior con lo que tienes en la mano.

Una simple frase, solo una, hace que me deje ir del todo, apoyándome contra el hombro de Tristán, aguantando los latigazos y ráfagas de placer que siento con los dedos de Tristán dentro de mí. Los saca de repente, dejándome vacía pero saciada. Para mi estupor y sorpresa se los lleva a la boca y los chupa sin dejar de mirarme con una sonrisa socarrona en la cara.

—Sabes bien. ¿Quieres probarte?

Casi sin resuello y sin pensarlo lo atraigo con la mano libre hasta mi boca y lo beso con hambre, con todas las ganas, con una fuerza que no sabía que tenía, sintiendo su sabor y el mío en su lengua, a la vez que paso el pulgar por la punta de su miembro, haciendo que Tristán apoye todo su peso en las manos, colocándolas contra la pared a ambos lados de mi cabeza.

—Olimpia, para — me exige jadeando sin parar.

—¿De verdad quieres que pare, Tristán?

—Joder, no —musita con los dientes apretados, mirándome con sus hermosos ojos grises, más brillantes que nunca.

Jadea en mi boca, me besa, me muerde, hasta que en uno de los últimos movimientos, siento como se hincha más en mi mano y descarga todo el líquido caliente entre mis dedos.

Ahora somos dos los saciados.

—Oh, Dios...tú —digo sin sacar la mano de su bragueta riéndome sin parar.

—¿Qué esperabas? Has sido tú. Has conseguido lo que querías, ¿no?

—No todo. También quiero esto...pero dentro de mí —contesto apretando el bulto que aún permanece duro.

—Tendrás que conformarte con imaginarlo, Oli.

—Tiempo al tiempo...tengo mucha paciencia —rebato.

Suelta un gruñido sacando mi mano de sus pantalones.

—Ven a lavarte...Nos vamos.

—¡Sí, señor! —le digo imitando el saludo militar con la mano limpia.

Niega con la cabeza evitando reírse, pero al final lo hace llevándome al baño.

Me lavo las manos mirándome al espejo. Tengo las mejillas sonrosadas y arreboladas, y una enorme sonrisa en la cara. Jamás me había encontrado tan

feliz como ahora, y todo gracias a las manos mágicas de Tristán. No sabía yo que el sexo pudiera conseguir todo eso a la vez.

Salgo y espero a Tristán en la puerta de los baños. Él tiene más que limpiar que yo, pienso recordando el momento. Siento el tacto de una mano sobre los hombros y me giro con una enorme sonrisa creyendo que es Tristán, pero no lo es. Es un chico alto, pelirrojo y desgarrado. Me sonrío y me saluda.

—Hola, tu eres Olimpia, la chica de Tristán, ¿no?

No le contesto, porque en realidad no sé qué decir. No sé que soy para Tristán.

—Hola —me limito a contestar escuetamente.

—Yo soy Gus, el pescadero del pueblo.

—Podía intuirlo —susurro tapándome la nariz.

—¿Cómo dices?

—Nada, nada.

—¿Te apetece una copa? —me pregunta acercándose más de lo que me gustaría.

—No, gracias. Estoy esperando a Tristán para marcharnos.

—Ten cuidado con ese Tristán —me advierte acercándose a mi oído—, dicen las chicas del pueblo que cuando consigue lo que quiere...se aburre y las deja.

—Gracias por el cotilleo, pero no me interesa —contesto empujándolo suavemente. Está borracho y de cerca apesta mucho más a pez muerto.

—Yo solo te aviso. —Sonríe dedicándome una sonrisa amarilla y descuidada.

Tristán

Me maldigo una y otra vez por lo que acaba de suceder. Me prometí a mí mismo que no volvería a tocarla, ¿y qué hago yo? Tocarla en una discoteca como un puto niño cachondo. No es que piense que haciendo lo que he hecho la estoy marcando como mía, porque ya la siento como si lo fuera, es que ella me nubla y me atiborra el pensamiento con sus labios rojos y su maldita forma de hablar. Me vuelve, literalmente, loco de deseo, descerebrado y un salido de campeonato.

Me lavo las manos y me aseó los pantalones como medianamente puedo y salgo a buscarla. En mi vida me había corrido en los pantalones. Para mi desagrado, cuando abro la puerta del baño, la veo que conversa incomoda con el pescadero, que está demasiado cerca de ella y oigo su conversación.

—¿De qué debes avisarla? —le pregunto a Gus, posando con fuerza la mano

en su hombro, apretándole un poco.

Da un respingo cuando se da cuenta de que soy yo y se aparta velozmente de Olimpia.

—De nada. Solo charlábamos —se excusa.

—No tienes nada de lo que hablar con ella, así que si no quieres que te parta los dientes... ¡Lárgate!! —le grito dando un paso hacia él.

Gus se aleja con paso renqueante. Dirijo una mirada hostil a todo el que nos está mirando, hasta que dejan de hacerlo.

—¿Qué te ha dicho Gus?

—Hablabo sobre ti. Decía que cuando consigues de las mujeres lo que quieres...te cansas y las dejas. ¿Eso es verdad, Tristán?

—No y sí. Busco algo en ellas que no me dan...y cuando me doy cuenta que jamás me darán lo que necesito, corto la relación.

—¿Y que necesitas? —pregunta expectante.

—No lo sé —miento, porque no quiero confesarle que lo que necesito es lo que ella me da. Que siempre me ha faltado ella. Que ella es la única que me llena por completo el alma, que me la atraviesa con sus ocurrencias, con sus locuras, que revoluciona cada neurona hasta volverme loco. Ella es lo que me faltaba, lo que me completa.

—¿Que necesitas, Tristán? —pregunta de nuevo.

—No lo sé —miento—. ¿Nos vamos?

—¿Por eso no quieres hacer el amor conmigo, Tristán? —me dice sujetándome del brazo para que vuelva a mirarla.

Cada vez que pronuncia mi nombre de esa forma...

—Déjalo ya, Oli.

—Tristán —me llama cuando me deshago de su agarre.

Vuelve a agarrarme, esta vez de la camiseta, haciendo que me vuelva bruscamente. Cuando la tengo de nuevo de frente, se lanza a mi pecho, rodeando mi cintura con sus piernas, rodeándome el cuello con sus brazos, sin dejar que pueda replicar. Me besa delante de todos, de una manera posesiva, voraz; marcando su territorio con ese beso, dejándome claro a mí y a todos, que soy suyo... Para siempre, me temo.

—Estás loca, mujer —digo con sus labios besando los míos—. Has proporcionado tema de conversación para una semana en este pueblo.

—No me importa. — Sonríe con suficiencia.

Me da un último beso y vuelve al suelo, me coge de la mano y me conduce al exterior, contoneándose delante de mí.

—¿No te falta nada? —le insinúa caminando tras ella.

—Me parece que no —contesta guiñándome un ojo, levantando sutilmente el filo de su vestido, enseñándome disimuladamente parte de su trasero desnudo.

—No hace falta que hagas eso...ya sé que no llevas bragas. Recuerda que te las quité yo —le susurro en la oreja, abrazándola por detrás.

De camino al coche por las callejuelas del pueblo, voy resoplando. Olimpia camina delante de mí, insinuándose a cada paso, matándome un poco más. Cuando llegamos al coche me falta el resuello y con la polla chocando contra mis pantalones la miro embobado. Es traviesa para la edad que tiene y para su falta de experiencia. Supongo que es el instinto femenino lo que la guía. Solo sé que me gusta cada día más.

—No juegues conmigo —le reprocho cuando me roza la bragueta con su mano al pasar delante de mí para abrir la puerta del coche.

No consigo reprimir el impulso y la empotro contra la puerta del coche, apretándome contra ella, conduciendo su mano hasta mi polla de nuevo.

—¿Aquí? — pregunta inocente, mirando a nuestro alrededor.

Ni siquiera me paro a pensar en quien nos puede estar viendo.

—Aquí.

He perdido el juicio, la razón, el sentido. No pienso, no medito, no razono, solo siento. Siento esto que me quema el pecho cuando la toco, cuando meto la mano debajo de su falda y cuando ese sentimiento de anticipación hace que conduzca mis manos hasta mi bragueta como un puto loco, para hacerla mía aquí mismo, apoyados en la puerta de mi coche. La beso, le muerdo los labios, rozándonos, sintiendo cada milímetro de su cuerpo contra el mío.

—¡Eh, Tristán!! —Escucho a mi espalda, haciendo que recobre la sensatez en medio segundo.

Un grupo de chicos de unos catorce años se acerca a nosotros y nos sonríen de oreja a oreja, inocentes de todo.

—¿No te acuerdas de nosotros? Nos entrenaste hace un par de años —dicen al unísono.

Los miro aturdido con la vista borrosa a causa de la excitación. Sacudo la cabeza un par de segundos y recobro la memoria.

—Claro que me acuerdo de vosotros, como olvidaros... —Me coloco disimuladamente delante de Olimpia, para que recupere la compostura y la posición de su vestido, subiéndome la bragueta.

—No estábamos seguros si eras tú. Ya sabes...por tú... —gesticula el más

bajito; Thomas, creo que se llama, haciendo referencia a mi barba.

—¡Eso! —Chilla Marcus a su lado—. La tienes inmensa como la de un leñador.

Todos se ríen, incluida Olimpia, que ha recuperado la compostura de golpe al igual que yo.

—¿Cómo os va, chicos? —pregunto para cambiar de tema.

—Muy bien, Tristán. Hoy hemos ganado el campeonato nacional.

—Me alegro muchísimo, chicos. Sois muy buenos.

Charlamos durante unos minutos más hasta que Remmy grita que llegan tarde. Qué sus padres están esperándolos para llevarlos a casa.

—Nos ha encantado verte, Tristán. Cuando quieras puedes venir a vernos entrenar, al nuevo entrenador no le importará —comenta Sayer.

—¡Pero trae a tu chica, eh! —grita Zack.

—Eso...eso, para que nos anime —jalea Tom, el más pillo de todos.

Todos ríen por su atrevimiento y lo empujan para que deje de mirar como un bobo a Olimpia. Estoy seguro de que yo pongo la misma cara cuando la miro.

—Hasta otra ocasión, chicos —se despide Olimpia, saludándolos con la mano mientras que se alejan.

Me paso las manos por la cara y coloco la palma de las manos en mis rodillas, resoplando. Casi he estado a punto de cometer la mayor locura de mi vida.

Capítulo 7

Olimpia

Camino dando vueltas por mi habitación. Desde que hemos llegado no me ha dirigido la palabra. Me ha acompañado a la habitación, me ha dado un casto beso en la frente y se ha marchado por donde mismo ha venido. A veces pienso en que es bipolar, en serio. He podido escuchar a través de la puerta que ha bajado al sótano. Cada día está más raro.

Me quito el vestido y me pongo una camiseta suya. No me ha devuelto mis bragas, así que cojo unas limpias, me las pongo y salgo al pasillo a escudriñar. El sótano está insonorizado, así que no puedo oír lo que está haciendo. Sé que está enfadado aunque no me lo haya dicho. En cuanto esos chicos desaparecieron calle arriba me recriminó mi actitud.

—Me vuelves loco, haces que pierda la puta cabeza, joder —me dijo nada más subirnos al coche.

—No me eches toda la culpa, que tú también has colaborado —contraataqué.

Abro la puerta del sótano, muy despacio para no hacer ruido, y me siento en el primer escalón a escuchar que hace. Una leve melodía llega hasta mis oídos. Su voz, acompañada de una guitarra, hace que cierre los ojos y escuche con atención. No puedo ver dónde está, pero si puedo sentir como acaricia las cuerdas de una guitarra, que hasta ahora, no sabía que existía. Su voz es ronca y quebrada, pero dulce y deliciosa. El tono de la canción me suena, mucho, pero no alcanzo a recordar que canción es hasta que llega al estribillo: *“Tears and rain de James Blunt”*

Cierro los ojos de nuevo y me dejo envolver por las notas musicales que van flotando desde su guitarra hasta mis oídos. Me he acurrucado sin darme cuenta en la escalera, cayendo en un agradable duermevela. Por unos instantes vuelvo a ser pequeña y entre mis brazos está mi hermano, que me sonrío inocente a todo, hasta que un sonido me hace dar un brinco. Tristán ha soltado la guitarra en uno de los escalones de la escalera y las sube mientras que yo permanezco sin moverme del sitio. Me fijo en su cara, en sus ojos. Tiene los ojos rojos como si hubiera llorado. Interiormente me pregunto si de verdad ha llorado y por qué.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta sentándose a mi lado.

—No quería estar sola.

—¿Sabes que es de mala educación espiar a las personas?

Sonrí porque sé que lo dice de forma afable.

—¿Por qué cantabas esa canción tan triste? —le pregunto acariciando su barba con la palma de la mano.

—Porque así es como me siento. —Apoya su cara en mi mano y sonrío de nuevo.

—¿Soy yo la culpable de que te sientas así?

—Tú no tienes la culpa de nada.

Acerco su cara a la mía, pegando mi frente a la suya a la vez que acaricio su cuello con mis manos. Quiero besarlo, decirle así que no esté triste, que me deje aliviar lo que sea que le hace daño. Me dispongo a hacerlo, pero me rechaza una vez más.

—No, Oli. No puedes solucionar lo que me pasa con tus besos, porque así, lo único que haces es empeorarlo más.

—Antes has dicho que no era mi culpa —le recrimino.

—Y no lo es. Es solo mía —aclaro.

—Pues no lo entiendo, de verdad. A veces te comportas cariñoso, amable. Correspondes a mis besos y mis caricias, pero cuando se te cruza el cable, me rechazas. Estoy harta de que hagas eso. Me confundes, me haces sentir que no valgo nada.

—Crees que puedes solucionarlo todo seduciéndome, y no es así, Olimpia. La vida no va así.

—¡Y eres tú quien lo dice, cuando fuiste tú el primero en hacerlo! Suena contradictorio, ¿no crees? ¿Te recuerdo que conseguiste que no me fuera aquel día en la estación haciendo eso mismo? No, espera, que solo son aceptables tus besos cuando eres tú el que quieres conseguir algo con ellos. Madura, Tristán —espeto enfadada.

—¿Qué yo madure? ¡¡Y me lo dice quien lleva toda su puñetera vida intentando suicidarse!! —vocifera.

Me levanto de un salto del escalón, señalándolo desde arriba.

—¡¡Te has pasado tres pueblos, Tristán!! ¡¡No tienes derecho a decir eso, maldita sea!! —le chillo.

No se cómo ha sucedido, pero en un momento hemos pasado de hablar tranquilamente a chillarnos. Somos o todo o nada.

—Tengo todo el derecho del mundo a decirlo cuando es cierto lo que estoy diciendo. ¡¡Admite que solo piensas en matarte, joder!! ¿Acaso has pensado

en el daño que causas a los que te quieren?

—No le hago daño a nadie, ¿te enteras?, porque simplemente no tengo a nadie.

—¡¡Me tienes a mí, joder!! Admítelo, admite que desde que estás aquí lo has vuelto a pensar.

—Sí, lo admito. Lo pienso todo el tiempo, no puedo evitarlo, ¿vale? Es algo que me ha acompañado siempre, pero tú hacías o haces, que cada día lo piense menos.

—Poco se nota, cuando no has parado de golpearte la muñeca con la goma desde que has bajado aquí, ¿creías que no me había dado cuenta?

Me miro la mano y me doy cuenta de que lleva toda la razón. He estado golpeándome todo el tiempo con la goma elástica inconscientemente. Tengo la muñeca roja y dolorida.

—Y te has callado y me has ignorado —le reprocho.

—Quería saber cuánto tiempo podías estar golpeándote una y otra vez, hasta que no he podido soportarlo más.

—No me estaba dando cuenta —musito.

—Yo sí, todo el tiempo desde que la coloqué en tu mano. Lo haces todo el rato. ¿Sabes cuándo es el único momento que no lo has hecho?

—¿Cuándo? —le grito exasperada.

—¡¡Cuando tenías la mano ocupada con mi polla, Olimpia!! ¿Crees que eso es sano para ti? ¿Has pensado en mí, Oli? ¿Has pensado en cómo me siento si sé que de la única forma en la que no te haces daño es cuando me agarras la polla o me besas?

—¿Acaso me estás diciendo que lo haces solo por mí? Joder, nadie te ha obligado a hacerlo. ¡¡Tú también me has tocado!!

—Porque me vuelves loco, ya te lo he dicho.

—¿Solo por eso?

—Y porque eres buena haciéndolo.

—¡¡Eres un cabrón!! No tienes derecho a tratarme así.

—Te trato conforme a tus actos.

La sangre me bulle en las venas y me hace perder la calma en décimas de segundo, estampándole una sonora bofetada en la cara, que resuena por todo el sótano.

—¡¡Vete a la mierda!! —le grito mientras me alejo escaleras arriba.

Tristán

No voy a mentir diciendo que no pretendía ofenderla, porque es justo lo que

pretendía hacer y lo que he conseguido. Es de la única forma que puedo mantenerla alejada de mí: haciendo que esté enfadada. Sé que siempre digo lo mismo, pero es que no quiero volver a caer. Así no la ayudo, lo único que hago es confundirla más. Quiero que no vuelva a pensar en la muerte, pero no porque tenga la mente ocupada en mí o sus manos en mi bragueta, sino que sea por méritos propios. Que sea ella la que quiera vivir por ella misma y para ella, no para mí; como bien dijo.

Después de pasar casi toda la noche despierto en el sofá dándole vueltas a la situación, decido levantarme y prepararme un café bien cargado. De camino a la cocina voy estirando todos los músculos de mi cuerpo engarrotado. No puedo seguir durmiendo mucho más tiempo en el sofá o no llegaré a cumplir los treinta con la espalda en buenas condiciones.

—Puto sofá —mascullo por el pasillo.

—Puedes dormir conmigo. No intentaré violarte ni nada de eso. —La voz de Olimpia me sobresalta.

—No gracias, de todas formas no me dejarías dormir con esa puta gomita.

—Me parto y me mondo...—Pone los ojos en blanco y se adelanta a entrar en la cocina antes que yo.

Se pasea delante de mí por toda la cocina trasteando por todos los armarios.

—¿Se puede saber que buscas?

—El caramelo en polvo.

—Está en el armario de ahí arriba —le señalo con el dedo el mueble que está frente a mí—, ¿para qué lo quieres?

—Para tu café.

—¿Estás intentado hacerme la pelota? Por cierto, ¿cómo sabes que tomo café con caramelo?

—Porque lo haces así, supongo que inconscientemente, por inercia. Todo te gusta con caramelo.

Se pone de puntillas frente a mí, intentando alcanzar el bote de caramelo. Sobra decir que solo lleva las braguitas debajo de la ancha camiseta. Es una provocadora nata.

—¿Ya se te ha pasado el cabreo? —le pregunto pegando mi pecho contra su espalda para alcanzar el bote de caramelo y dárselo.

—Aun lo estoy y, por favor, que corra el aire. —Me empuja con una mano, sentándome en la silla.

—¿De verdad quieres que corra el aire? —Levanto una ceja y suelto una carcajada.

—¿No es lo que tu querías?

—Por supuesto.

—Pues ya está. No vuelvas a tocarme.

—Pues vale.

Desayunamos en completo silencio y tranquilidad. Me extraña lo bien que se lo ha tomado esta vez, le daré un voto de confianza; porque no se ha golpeado ni una sola vez la muñeca desde que ha entrado en la cocina, pero no le quitaré el ojo de encima.

—Hoy voy a salir a navegar unas horas, supongo que no querrás venir —le informo antes de levantarme de la silla.

—Supones bien —contesta seca.

—¿Y qué harás? ¿Me puedo fiar de ti o cuando regrese ya no estarás?

—Voy a buscar trabajo.

—No tienes por qué hacerlo —le indico recogiendo mi taza de café y la suya.

—Quiero hacerlo. No quiero depender de ti.

—¿Quieres irte de casa?

Una punzada me atraviesa la espalda, y no, no es a consecuencia del sofá. Es el miedo a que se aleje de mí, el miedo a perderla, la incertidumbre de no saber si estará bien o con quien lo que me hace morir de angustia.

—Tú mismo lo quieres así.

—Eso no es cierto. Te quiero aquí, y lo sabes.

—Eres egoísta, ¿sabes? Yo tengo que hacer todo lo que tú quieres, pero no piensas en lo que yo quiero.

—¿Y qué quieres tú, Oli?

—Ya nada... —contesta desanimada.

Sale de la cocina como alma que lleva el diablo, dejándome con la palabra en la boca y con todas las ganas de estrecharla entre mis brazos y decirle al oído que lo que yo quiero es a ella. Que la quiero aquí conmigo. Que me gusta ver como se mueve por mi cocina, y como huele mi ropa y mis sábanas a ella. Pero yo mismo he sido quien ha decidido alejarla de mí.

Me doy una ducha rápida, cojo mi maleta y antes de salir voy a la habitación, donde se ha encerrado desde que hemos desayunado.

—Oli, ¿puedo pasar? —pregunto antes de abrir la puerta.

—Esta es tu casa y tu habitación, puedes hacer lo que te apetezca.

Abro la puerta, encontrándome a Olimpia en ropa interior, sentada en la cama, golpeándose de nuevo la muñeca con la goma. Suelto la maleta en el

suelo de mala manera, atravieso la habitación y me pongo de rodillas frente a ella, sujetando su mano izquierda, para que deje de golpearse la muñeca.

—¿Qué pasa, Oli? —le pregunto quitándole la gomita de la muñeca, pero me la quita y se la vuelve a poner.

—No te vayas —me pide con una lagrima recorriéndole la mejilla.

—No me pasará nada.

—Eso no lo sabes. —Evita mirarme manteniendo la mirada fija en nuestras manos.

—¿Prefieres que me quede?

—Por favor.

—Hoy me quedaré, pero sabes que volveré a...

—Lo sé —me interrumpe—, pero hoy tengo un mal presentimiento. Huele a lluvia.

Miro por la ventana y veo como los rayos del sol atraviesan las cortinas y los ventanales.

—Hace bueno, Oli. ¿No crees que estás exagerando?

—No —niega con la cabeza.

—Está bien, ¿qué quieres que hagamos?

—No sé —contesta encogiéndose de hombros.

—Tengo una idea. Jacinta me estuvo comentando que necesitaba a alguien que la ayudara a ordenar el desván y a tirar los trastos viejos. Me ofrecí yo para ayudarla. ¿Te apetece a ti hacerlo?

—¡Claro!

Se pone de pie delante de mí, que aún estoy de rodillas, y hace lo que ya para ella y para mí es una costumbre, algo nuestro. Me agarra del pelo y tira de mi cabeza hacia atrás. Me sonrío de forma coqueta, sin rastro de la amargura que la embargaba minutos antes. Tengo que aguantarme las ganas de arrastrarla hasta la cama y tirarme encima de ella; pero por el contrario, me quedo quieto, sumiso ante ella, esperando un beso que no llega. Me suelta y me tiende su mano para ayudarme a levantarme. Nos quedamos frente a frente, unos segundos, mirándonos a los ojos, mirándonos como solo nosotros hacemos. Mirándonos por dentro. La tensión sexual entre nosotros es continua y me resulta agotador tener que frenarme todo el tiempo.

Olimpia

La casa de Jacinta está junto a la de Tristán, solo la separa un enorme seto y una vallita blanca. Caminamos por el caminito de piedras que conduce hasta su porche, cuando por fin, la veo. Por como hablaba Tristán de ella supuse

que era más joven, pero no. Es una octogenaria muy menudita, con el pelo blanco recogido en un rodete bajo, y un enorme sombrero de paja adornando su cabeza. En cuanto nos ve sonríe ampliamente con una sonrisa que le arruga más la cara de lo que ya la tiene. Se levanta como un resorte, dejándome perpleja por su habilidad, y baja los escalones que la separan de nosotros con una facilidad asombrosa para su edad.

—¡Muchacho, por fin te has dignado a traerme a tu Olimpia! —chilla abrazando a Tristán.

—No es mía...—Oigo que masculla entre dientes, reprendiéndola.

—¿Estás más flacucho? —Pregunta, subiéndole la camiseta, la muy descarada, mientras Tristán intenta bajarla de nuevo —. Es culpa de la muchacha, ¿verdad? Ya veo que te trae loco —dice guiñándome un ojo, acercándose a mí.

—Jacinta, por favor, hace un par de días que no me ves, no seas exagerada. —Sonríe Tristán con cara de circunstancias.

—A ver... ¿qué tenemos aquí? —me dice cogiéndome una mano, dándome una vueltecita sobre mi misma, mirándome de arriba abajo.

—Hola —le digo mientras me da un abrazo y un beso en el dorso de la mano.

Tristán permanece a nuestro lado sin perder la sonrisa pícaro que adorna sus labios.

—Creí que exagerabas cuando me dijiste que era preciosa. Ya veo que no.

—Jacinta...—vuelve a advertirle.

Me sonrojo cuando Jacinta me guiña un ojo y alaba el buen gusto de Tristán.

—Hemos venido porque Olimpia se ha ofrecido para ayudarte con el desván, ¿verdad, Oli?

—Sí, claro —contesto sonriéndole a la anciana que está frente a mí con las manos en jarra sobre su cintura.

—Así se mantendrá ocupada hasta que yo regrese.

—¿Qué regreses? ¿De dónde?

Jacinta nos mira a uno y a otro sin abrir la boca.

—Me voy a la ciudad un par de días a solucionar unos asuntos.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —pregunto realmente enfadada.

—Lo estoy haciendo ahora, ¿no?

Nos hemos enfrascado en tal discusión, que ha hecho que ni siquiera nos diésemos cuenta de que Jacinta ha entrado en la casa después de decirnos que nos esperaba allí.

—¿Has quedado con alguna de tus amantes?—le pregunto poniéndome de puntillas frente a él.

—¿Celosa?

—No, pero me parece muy feo que me dejes aquí, sacando trastos de un desván mientras que tú vas a follar.

—Por favor, Olimpia, no inventes idioteces —replica enfadándose.

—Sí, claro...ahora son idioteces.

—Voy en barco, Olimpia. Por eso no te lo he dicho hasta ahora. ¿Contenta? —responde resoplando.

—¿En barco? —musito.

—Sí, en barco.

—¿Y por qué no vas en coche?

—Porque siempre voy en barco.

Agacho la cabeza y retrocedo cuando Tristán alarga su mano para tocarme. Estoy enfadada, pero más que enfadada estoy triste. Desde que me sacó del agua no he estado sola más de un par de horas, no sé por qué, pero imaginar estar un par de días sin él me agobia.

—No quiero que te vayas —refunfuño.

—Pues ven conmigo — me pide acercándose a mí.

Todo sería más fácil si fuera en coche, pero no sé si es peor el remedio o la enfermedad. Por un lado no quiero quedarme sola, y por el otro, no soporto la idea de subir a su barco.

—No puedo, en barco no puedo.

—Inténtalo por lo menos, Oli. Hazlo por mí. —Coge mi mano y se la lleva a los labios, depositando un beso en ella.

—Quiero hacerlo, de verdad que quiero hacerlo, pero...

Pero sé que en cuanto ponga un pie en cubierta con el barco en marcha, me dará un ataque de pánico.

Tristán

—Pero qué...—La escudriño, obligándola a mirarme.

—No soporto la idea de que te pase algo y que yo no esté para ayudarte.

—Oli, no tiene por qué pasarme nada. Deja de pensar eso, eres pájaro de mal agüero.

Puedo ver el miedo en sus ojos y como sus manos tiemblan. Sé que le tiene un pánico atroz al mar, pero es que no puedo dejar de hacer algo que me gusta por su miedo irracional.

—No quiero quedarme sola —dice intentando convencerme de nuevo,

haciéndome chantaje emocional.

—No estarás sola, te quedarás con Jacinta.

—Lo has planeado todo muy bien, ¿no?

—Sí, algo —Sonrío.

Me encantaría que viniera conmigo, bueno, desearía que viniera a la ciudad, pero sé que no puedo obligarla. La miro de nuevo, perdiéndome en el azul intenso de sus ojos. En ellos quedan reflejados sus miedos. En un momento, el labio inferior le tiembla. Por favor, no llores.

—Voy a echarte de menos —llora abrazándose a mi cintura.

—Y yo a ti, Oli. Ojalá no tuviera que irme, pero debo hacerlo.

Levanta la cara y me mira con los ojos encharcados en lágrimas. Se las seco con el pulgar mientras que la atraigo hasta tenerla frente a frente.

—Por favor, ven conmigo —susurro besándola. Y que conste, no intento convencerla besándola, es que no puedo tenerla cerca sin querer comérmela a besos.

Sus labios están salados por culpa de las lágrimas que no dejan de brotar de sus ojos.

—Prométeme que volverás —repite sin cesar.

—Claro que voy a volver, ¿o crees que voy a dejar que me quemes la casa con tus guisos raros? —respondo sin dejar de darle besos.

—Yo no hago guisos raros...eres tú el que quemas pollos —dice riéndose, haciendo un sonido extraño con la garganta a la vez que se restriega las manos sobre los ojos.

—Cierto. —Reímos los dos al recordar el pollo calcinado.

Nos quedamos abrazados durante unos minutos más hasta que la voz de Jacinta, llamándonos desde la ventana, nos hace volver al presente.

Entramos en la cocina cogidos de la mano, donde Jacinta nos recibe con limonada casera y unas aceitunas españolas que le traje la última vez que viajé a la ciudad. Su marido era español y cada vez que viajaban a España nos traían un bote de aceitunas de allí. A Jacinta le encantan las aceitunas y a mí...no me disgustan.

—¿Qué son? —pregunta Olimpia cogiendo una y llevándosela a la nariz. Ella y su manía de oler todo lo que pasa por sus manos.

—Aceitunas. Pruébalas, cariño, te gustaran —le dice Jacinta, llevándose un par de ellas a la boca.

Olimpia me mira, como pidiendo mi aprobación. Afirmo con la cabeza, porque sé que le gustaran. El primer día que comimos juntos me advirtió que

si comía algo que no le gustaba le entrarían ganas de vomitar. Me reí porque me recordó a mi madre. Mi madre ponía caras raras cuando probaba cosas que no eran de su agrado.

—Cuidado, tienen hueso —le advierto, señalándole la aceituna.

—¿Nunca has visto una aceituna, chiquilla? —pregunta Jacinta muy extrañada.

—No —sonríe Olimpia llevándosela a la boca, cerrando un ojo a la vez que pone una cara extraña mientras la degusta.

Jacinta y yo nos miramos divertidos, observando las caras que pone Olimpia mientras se come la aceituna.

—¿Y bien? —pregunta Jacinta desesperada por saber el veredicto de Oli.

—Está buena —contesta cogiendo otra.

Jacinta le hace una fiesta, con palmas y todo, porque le han gustado sus amadas aceitunas.

—¿En que habéis quedado pues? —nos pregunta Jacinta con la boca llena de aceitunas. La verdad es que no sé cómo lo hace para comerse varias aceitunas a la vez sin que se le mueva la dentadura postiza. Creo que es por los años de práctica...

—Olimpia se quedará contigo mientras que yo regreso.

—¿Te parece bien, Oli?

Olimpia asiente con la cabeza con la tristeza en sus ojos. Me parte en dos verla así, ¿pero qué puedo hacer? ¿No ir? No puedo hacer eso. Tengo que ir, no puedo dejar que su miedo me afecte.

—¿Cuándo te marchas, cariño? —habla dulcemente Jacinta.

—Esta noche de madrugada. Intentaré no estar fuera más de veinticuatro horas.

Olimpia sigue con la mirada perdida en sus manos, sabrá Dios en que está pensando. Jacinta intenta distraerla contándole todo lo que harán durante mi ausencia, sin éxito.

—Cariño, ¿serías tan amable de subir a mi habitación y traerme mis pastillas? Están encima de mi cama —le pide a Olimpia, con una enorme sonrisa.

Olimpia asiente sin soltar una palabra mientras que yo adivino el motivo del por qué Jacinta le ha pedido a Olimpia y no a mí sus pastillas.

—¿Qué está pasando entre vosotros, Tristán? Te he visto como la besabas.

—No lo sé. Sé que dije que la ayudaría sin involucrarme demasiado, pero es

tan...

—¿Dulce? —Acaba Jacinta la frase por mí.

—Es todo lo que he necesitado estos años. No sé cómo explicarlo. Intento alejarme de ella, no tocarla, pero me es imposible —me quejo pasándome las manos por el pelo.

—¿Estás enamorado de ella, hijo? —Pone una mano sobre la mía, apretándomela como lo hubiera hecho mi madre.

—No lo sé —contesto frustrado por el remolino de sentimientos que tengo en mi interior.

—Tristán, no sé si te has dado cuenta, pero ella lo está de ti.

—No lo creo, Jacinta. Solo está impresionada o agradecida por lo que estoy haciendo por ella. Es tan joven...

—Tristán, no intentes disfrazar la realidad a tu conveniencia. Está fascinada, sí, eso es indiscutible. ¿Te has visto? Eres perfecto, corazón. Pero el brillo que hay en sus ojos y la forma en la que te habla no miente. Es joven, mucho, pero eso no quita que lo que sienta por ti sea verdadero. ¿Has visto su cara cuando le dijiste que irías en barco? Ha sido de verdadero pánico, de miedo a perder a su mitad. Por favor, no me digas que no lo ves.

—Pero no puedo amarla, no puedo hacer eso. Cada vez que pienso que es aquella niña...

—Aquella niña creció, Tristán, y ahora se ha convertido en toda una hermosa mujer. Recuérdalo: MUJER con todas sus letras. Pero una cosa te advierto: tienes que saber desde cuando empezaste a amarla, cariño. Porque la amas aunque lo niegues una y mil veces.

No me da tiempo a contestar porque Olimpia entra por la puerta de la cocina con cara de circunstancias.

—No estaban encima de la cama —se queja, sabiendo que solo era una excusa para quedarnos a solas Jacinta y yo.

—Perdona mi mala cabeza, chiquilla. Las tenía en el bolsillo y ni cuenta me he dado —se disculpa Jacinta.

—Ya...—se limita a decir Oli, mirándome con ojos sospechosos.

—¿Entonces cuando empezamos?—pregunta Jacinta dando una palmada al aire.

Volteo la cara para mirar a Olimpia, que no ha dejado de escudriñarme con la mirada desde que ha bajado por las escaleras.

—Mañana por la mañana —contesta no muy entusiasmada.

—Ay, chiquilla, alegre esa cara, que tu Tristán intentará no tardar, ¿verdad

Tristán? —inquiére guiñándome un ojo.

—No lo haré —aseguro.

Olimpia

Ya me imagina que lo de las pastillas era una treta para quedarse a solas con Tristán, lo que me intriga bastante. Desde las escaleras he intentado escuchar que es lo que estaban hablando, pero me ha sido imposible, hablaban muy bajito.

Hemos regresado a la casa después de hartarme de aceitunas y limonada. Jacinta me ha prometido que mañana habrá más y que no me tengo que preocupar por cocinar, que me quedaré en su casa mientras que Tristán regresa. La verdad es que lo prefiero así, porque tengo miedo de estar sola. No es que esté pensando en hacer una tontería. Ahora mismo ni siquiera se me pasa por la cabeza, porque mi única preocupación ahora mismo es ver regresar sano y salvo a Tristán.

—No quiero volver a pelear contigo —le digo a Tristán mientras caminamos por el paseo que nos conduce a la playa.

—Ni yo tampoco, Oli. Además...no estábamos peleando, solo discutíamos. ¿Quieres pelear de verdad? —me dice cogiéndome en brazos, hasta llegar a la playa mientras intento deshacerme de sus manos.

—A la playa no, a la playa no —repito sin cesar.

—Tranquila, solo pisaremos la arena, o mejor dicho, vas a revolcarte en ella. Se pone de rodillas en la arena, tumbándome de espaldas mientras se sienta a horcajadas en mi cintura.

—¡¡No me hagas cosquillas...!!—grito llorando de risa.

—¿Qué te haga más cosquillas dices? —pregunta clavándome las puntas de los dedos en las costillas.

—¡¡No aguanto más cosquillas!! —Pataleo, grito y me rio al mismo tiempo. Me tiembla todo el cuerpo debajo de Tristán sin poder moverme.

Todo el peso de su cuerpo descansa sobre mi cintura mientras me retuerzo sin control.

—¿Qué quieres, Oli? —pregunta sin hacerme cosquillas, parando de golpe.

Sus dedos se entrelazan con los míos, buscando el roce de nuestras manos. Su pecho encaja con el mío mientras nuestros cuerpos se acoplan al del otro. Las lágrimas recorren mis mejillas, pero por una vez en mi vida, son lágrimas de felicidad. Tristán me las seca con besos, con su nariz rozando mis pómulos y mi boca.

—Un día me prometí que te haría llorar de risa — susurra.

En mis oídos solo resuena el murmullo del mar y su voz; cálida y suave, meciéndose como las olas del mar, llegándome hasta el alma. Lo miro directamente a los ojos, perdiéndome en ellos, perdiéndome en la tormenta que se arremolina en ellos, perdiéndome en dos mares plateados. Perdiéndome en el mar de Tristán.

—¿Dejarás que te la corte? Quiero verte —le pregunto acariciando su barba espesa y suave.

—Tal vez, Olimpia. Algún día verás mi verdadera cara —contesta apenado.

—¿Por qué no me besas, Tristán?

—Porque no querré parar...

Roza su nariz con la mía mientras cierra los ojos. Me permito observar su rostro, sus facciones, la forma de sus labios. Intento adivinar su rostro sin su barba, pero es parte de él y no puedo. Quiero besarlo, pero me contengo. No quiero forzar una nueva discusión, así que me quedo quieta, esperando que sea él quien decida hacerlo por sí solo. Puedo sentir en mi cuerpo como se debate entre el deseo de besarme y su maldita terquedad. Aun no entiendo porque no puede dar rienda suelta a lo que siente y... me estoy empezando a frustrar. Creo que todo sería más fácil entre nosotros si no sintiera que está haciendo algo malo.

—Tristán —susurro cerca de sus labios sin llegar a rozarlos—. Me gustas mucho, muchísimo. Tus labios son perfectos, pero no me dejas besarlos. Tu piel es suave y cálida, pero no me dejas tocarla. Quiero entrar aquí, pero no me dejas —le digo señalando su corazón acelerado—. Quiero formar parte de algo.

—Ya formas parte de algo. Formas parte de mi vida, de mi casa, de todas mis malditas neuronas, que se revolucionan por ti. Pero no puedo dejar que te enamores de mí, que sea yo el que forme parte de ti.

—¿Y si ya es tarde para todo eso que dices? ¿Y si te dijera que siento como si siempre hubieras formado parte de mí? Llámame loca o demente...pero percibo algo aquí —le digo señalando a mi corazón—. Sé quién eres, Tristán —confieso.

Tristán

El corazón me ha dejado de latir en el pecho y mi respiración se ha desplomado en mis pulmones. No puede saber quién soy, he cambiado, mi cara ha cambiado; incluso mi voz a cambiado. Tampoco ha visto el collar que aquel día se desprendió de su cuello. El mismo que he conservado todos estos años.

—¿Quién soy, Olimpia? —pregunto sin apenas tragar saliva.

—Eres el dueño de mi pensamiento. Eres el dueño de mis noches y mis días. Eres mi ancla en este mundo. Y bien sé que no quieres serlo, pero no puedes hacer nada para cambiarlo.

El oxígeno ha vuelto a mis pulmones de golpe, haciéndome exhalar lo que quedaba en ellos. La sangre ha vuelto a mis venas y mi torrente sanguíneo ha vuelto a fluir.

—No puedo ser tu ancla si aún piensas en la muerte.

—Pienso en ella, pero no como antes. —Sonríe enredando sus dedos en mi barba.

—¿Y cómo es ahora? La muerte...digo.

—Ya no es tan bonita como me parecía. Yo na la veo como algo que alcanzar para poder ser feliz. Ahora la veo como algo que me separaría de ti.

Respiro hondo y elevo la mirada al cielo gris, tragándome todas las lágrimas que se amontonan detrás de mis ojos, pujando por salir.

Ella llevaba razón, todo el tiempo la ha llevado. El cielo ahora está gris, encapotado, amenazando lluvia. Vuelvo a mirarla. Es bonita, inteligente...es todo lo que un hombre puede desear.

—Deberíamos irnos, va a llover —le indico sin dejar de mirarla a los ojos.

—No —niega, sujetando mi brazo.

—¿No? —pregunto confundido.

—Quiero quedarme aquí contigo. Quiero que la lluvia nos moje a los dos. Quiero que nos mojemos juntos.

—Pero...

—Por favor...—ruega.

Nuestros corazones laten fuerte contra el pecho, con la necesidad de ser devorados, pero devorados a besos.

—¿Sabes que estás loca? —le digo sonriendo de oreja a oreja.

—Por ti, por tu culpa. —Sonríe cuando le cae una gota de lluvia en la frente —. Abrázame, Tristán. Abrázame fuerte —me pide cerrando los ojos.

—Haré algo mejor —susurro acercándome más—. Haré que te olvides de la lluvia.

Y la beso. La beso con todas las ganas. Acaricio con mi lengua sus labios que me reciben jugosos; del color de las fresas, ansiosos por más. Nos enredamos en la arena entre besos y caricias dulces...hasta que una tromba de agua nos cae encima empapándonos.

—Quiero más, te quiero entero —jadea Olimpia enredando sus piernas en

mi cintura.

Me estoy muriendo por dentro porque yo también quiero más. La quiero entera, la quiero desnuda en mi cama, entre mis piernas. Jamás había deseado tanto hacer el amor con una mujer como lo deseo ahora con Olimpia. Me muero por oírla gemir de placer mientras que sus caderas se bambolean chocando contra mi polla. Contra mis muslos deseosos de ella.

—Aquí no. Te quiero en el mar, Oli. Sobre el mar, en mi barco.

—No me pidas eso...no me pongas en esa tesitura, Tristán.

—Esa es mi condición. En el mar, encima de mí, pero en el mar —sentencio.

—¿Ahora que creo acabar de superar mi miedo a la lluvia? ¿No crees que antes de correr debería aprender a andar?

—¿Tienes todo el tiempo del mundo? —le pregunto empujando suavemente, rozando su punto medio con mi bragueta.

—Ahora sí...—susurra echando la cabeza hacia atrás, permitiéndose jadear esta vez de placer.

Olimpia

Dejo escapar un suspiro cuando me sube la camiseta y muerde uno de mis pezones.

—¿Quieres que siga? —pregunta.

Me muerde esta vez los labios, la barbilla, el cuello.

—Sí —jadeo.

Me muerde ahora el pecho, lamiendo poco a poco, acercando su lengua de nuevo al pezón, lamiéndolo antes de volver a morderlo.

—¿Te gusta esto?—gruñe con el pezón aun en la boca.

Oleadas de placer me recorren el cuerpo entero. Apenas puedo tragar saliva. Toda la humedad de mi cuerpo se ha condensado en un mismo sitio.

—Sí —vuelvo a jadear.

—No voy a follarte —jadea en mi oreja cuando con la rodilla le rozo la entrepierna.

—Lo sé...—suspiro frustrada.

—Lo que sientes ahora no tendrá ni punto de comparación con lo que sentirás cuando esté dentro de ti —gime, deslizando una mano entre mis muslos, tocando mi hendidura por encima de la tela de los pantalones.

Ni siquiera puedo contestarle, solo puedo sentir el enorme placer que me da con sus manos. Oigo su risa mientras me retuerzo sin control debajo de él.

—No te rías —musito riéndome yo también.

—Deberíamos irnos o pillaremos un resfriado.
Joder.

Ya ha oscurecido y Tristán lo tiene todo preparado para partir dentro de unas horas. Aun me angustia que se vaya, pero no puedo hacer nada. No puedo llegar y mandar sobre su vida como me dé la gana.

—¿Tortilla o revuelto? —pregunta con un par de huevos en la mano.

—Tortilla. El revuelto me da asco —contesto encogiendo la nariz.

—¿Se puede saber por qué? —pregunta espumadera en mano.

—El cocinero de la residencia los hacía crudos e incomibles...

—Yo no soy el cocinero de la residencia, soy un tío bueno que te va a hacer un revuelto para chuparte los dedos.

—Anda...viva la modestia —le aplaudo mientras me como una aceituna.

—Ya verás cómo te gusta.

—Eso espero...

Está batiendo los huevos con un tenedor y no una varilla. ¿Por qué los hombres usan los utensilios de la cocina a su antojo? Si hay una varilla para batir los huevos será por algo, ¿no?

—Me encanta verte batir huevos —digo acercándome por detrás, pasando mis manos por debajo de su camiseta, sintiendo los músculos de la espalda.

Desde que estoy con él me he vuelto una perversa. Solo quiero tocarlo y manosearlo, y ya ni hablemos de besarlo y otras cosas...

—No hagas eso —me pide siseando entre dientes.

—Qué no haga que... ¿esto? —contesto subiendo las manos hasta sus pectorales, acariciando con mis dedos sus pezones.

—Justo eso —vuelve a sisear.

Suelta el tenedor y el plato donde estaba batiendo los huevos y me acorrala contra la encimera con toda la longitud de su cuerpo.

Todo ahora es tan sexual que ni siquiera recuerdo cómo era mi vida antes de tener estos pensamientos calenturientos, pero es que todo hay que decirlo: no estaba Tristán en ella.

—¿Se acabó la ley seca? —pregunto mientras me pongo de puntillas y le muerdo el labio inferior con los dientes.

—A medias.

Me sube encima de la encimera, encajando sus caderas entre mis muslos, dándome un empujón con la entrepierna. Puedo sentir lo duro que está a través de la fina tela de mis braguitas.

—¿Hasta dónde llegan los límites? —pregunto tanteando el borde de sus pantalones con la punta de mis dedos.

—Hasta donde tu dejas mi polla en su sitio y esto se queda en el suyo —masculla chupándome el cuello hasta el hombro, mientras que con su otra mano me acaricia por encima de las bragas.

—Entonces deja de hacer eso si no quieres que intente bajarte los pantalones y te saque la <<polla de su sitio>>.

—¿Acaba de salir de tu boca la palabra <<polla>>? —ronronea contra mis labios.

—Ya que no quieres que nada entre... algo tendrá que salir ¿no crees?

—Te estás convirtiendo en una adorable perversa —susurra en mi cuello.

—Eso es lo que tiene la llamada *Frustración sexual*. —Pongo los ojos en blanco y resoplo lo más teatral del mundo.

—¿Tanto la deseas? —dice colocando mi mano sobre su entrepierna.

—Haciéndola inalcanzable haces que la desee más —afirmo apretando levemente.

—¿Inalcanzable? Pero si ya era tuya desde antes que ni siquiera yo lo supiera.

Sus palabras me dejan sin aliento. Incluso se me escapa un jadeo. Y es que mi vida ha dado un cambio tan brusco que ni yo me creo lo que está pasando. No sé por qué Tristán me da una de cal y otra de arena. A veces me deja mirar dentro de él y otras ni siquiera me deja tocarlo. Se contradice, me confunde y me incita. Todo junto a partes iguales. Sé que le atraigo físicamente, puedo notarlo en su entrepierna, pero cuando estoy a punto de abrirle mi corazón, se asusta de lo que ve y se aleja. Estoy segura de que algo que hay en mí y, que a veces sale a la luz, lo repele. Quiero y necesito saber de qué se trata. Quiero darle ese algo que le falta; como él bien dijo.

—¿Me echarás de menos cuando te vayas? —formulo la pregunta y aguanto la respiración, esperando que su respuesta no me acongoje más el alma.

—Como no hacerlo si te has convertido en mi sombra —susurra acariciándome la nuca.

—¿Para bien?

—Para muy bien... quitando cuando esa sombra se empeña en hacerme enfadar.

—A lo mejor es que eres tú el culpable de que te haga enfadar. Doy lo que recibo.

—¿Y qué me estás dando ahora? Porque yo ahora mismo solo te escucho

hablar...y no dando lo que estás recibiendo.

—¿Qué quieres, Tristán? —pregunto enredando mis piernas en su cintura, encaramándome a su cuerpo, haciendo que tenga que pegar su espalda contra la nevera para sujetarnos.

—Quiero todo lo que hay aquí —dice señalando mi corazón.

—Eso ya lo tienes, no tienes por qué pedirlo, es tuyo —susurro.

Cierro los ojos y espero un beso que nunca llegaba, pero que está vez si recibo. Junta sus labios con los míos, cerrando los ojos él también. Abre poco a poco mis labios con los suyos, para luego introducir la lengua, buscando el permiso para hacerlo. Se lo doy en décimas de segundo, porque él puede hacer conmigo lo que quiera, porque ya mi corazón y mi alma le pertenecen. Mi cuerpo reacciona ante su contacto, pero una vez más, me para.

—Has llegado aquí para volverme loco, con tus lágrimas inundando mi alma sombría. Convirtiendo en luz lo que una vez era oscuro y amargo. Has llegado como un *tsunami* para arrasarlo todo y partirme en dos.

Tristán

Ella ha dividido mi alma, mi existencia. Ahora me debato entre el corazón y la razón. Entre el placer y la devoción. La culpa, el engaño y la pena. Ella es mi pena, pero también mi alegría.

Una lágrima solitaria resbala por mi mejilla, hasta mezclarse con la barba que me oculta a sus ojos. La culpable y cómplice para que no me reconozca, para que no se acuerde de que yo fui el culpable de su desdicha, que fui yo quien la sacó del mar. El culpable de que pasara por tantos años de dolor por no haberla dejado ahogarse junto a su familia, como ella hubiera preferido.

—Tristán...no llores.

—Dame tiempo, Olimpia... Déjame resarcir mi culpa.

—No sé de qué culpa hablas, pero no pienses tanto. Deja que yo... Déjame actuar a mí.

—No, Oli. Esto no se trata de actuar o no. Esto trata de algo más.

—No lo entiendo, pero esperaré entonces. Te he esperado toda mi vida...

No dejo que siga hablando, cerrando su boca con mis labios contra los suyos. La beso con el alma, con el corazón y mi vida entera en un puño. Ella se convirtió en mi vida, y tiene el poder de hacerme infeliz o un desgraciado, o simplemente, el mejor hombre del mundo.

—Duerme esta noche conmigo —le pido llevándola hasta mi habitación.

—Lo que quieras.

Estamos junto a la cama, la desvisto despacio, recreándome en cada curva

de su cuerpo, en cada palmo de piel. Está expectante, tiembla ante mí como nunca lo ha hecho.

—Solo dormiremos...

—Lo sé —contesta deshaciéndose de mi camiseta.

Me mira con ojos expectantes, temerosos. No se atreve a tocarme, pero al hacerle un leve gesto con la cabeza, entiende que sí, que puede hacer lo que quiera.

Empieza recorriendo con la yema de sus dedos mis hombros, mis bíceps, recreándose en cada línea de musculo, en cada pedazo de piel. Se atreve a acercar su boca, dejándome un reguero de besos desde el cuello hasta el centro de mi pecho. Mi cuerpo reacciona ante tales caricias, sumiéndome en un placer que nunca había sentido. Me siento adorado, querido y amado.

—Quieto —me pide cuando mis manos se apresuran a tocarla.

Me quedo quieto, obedeciéndole y dejándome acariciar por sus pequeñas manos, que han demostrado ser perfectas y sabias. Me pone las dos manos en la cintura para luego deslizarlas por mis pantalones, bajándomelos poco a poco.

—Esto no entraba en el trato —digo jadeando cuando su boca me rodea el ombligo.

—Calla.

Asiento con la cabeza echada hacia atrás cuando con sus pequeñas manos rodea mis glúteos, acercándome a ella.

—Oli...—gimo entre dientes cuando veo que se pone de rodillas ante mí.

—Dijiste que dejara tu polla en su sitio, y eso estoy haciendo.

Asiento con la cabeza, y me muerdo el labio inferior, porque soy tan estúpido que no puedo hacer otra cosa con Olimpia de rodillas ante mí.

Sus manos se pasean por el interior de mis muslos, como si supiera que debe hacer. Me pellizca, me acaricia y me roza los testículos en un inocente y breve instante. A lo cual mi polla reacciona con una sacudida. Noto su aliento cálido en ella. Me mira directamente a los ojos, pidiendo de nuevo mi aprobación. ¿Y qué demonios quiere que le diga?, ¿qué no? Imposible.

—Sí —pronuncio tembloroso.

Esa simple palabra sirve para que se lance. Sube su mano por mi muslo, asiéndome la polla con una mano y tocándome los testículos con la otra.

—¿Así se hace? —pregunta con las mejillas sonrojadas y la respiración entrecortada.

—Sigue...—le pido sin dejar de mirar sus manos.

Desliza sus dedos arriba y abajo recorriéndomela con la mirada más perversa que le había visto nunca. Acerca su boca hasta rozar la punta con su lengua, tanteando el terreno. Otra sacudida hace que choque contra sus labios.

Sé que lo que voy a decir puede sonar increíble, pero su inexperiencia hace que me ponga más duro de lo que me he puesto en mi vida.

Antes de metérsela en la boca juega con ella, la chupa y la besa, repartiendo besos con sus labios rojos por el roce de mi polla contra su boca.

—Te gusta...—afirma mirándome desde abajo. Ofreciéndome la versión más arrebatadora, que hasta ahora, había visto de ella.

—¿Tu qué crees, Oli? —ronroneo agarrándola suavemente del pelo.

La atraigo de nuevo hasta mi entrepierna, que la espera ansiosa. Como siempre me pasa cuando me ella toca, me descontrolo. No pienso en nada más que no sea su lengua enroscándose en mi polla o sus labios rodeándola. Como si me leyera el pensamiento: se la mete en la boca. Primero succiona despacio la punta del glande, para luego lamerla de arriba abajo, haciendo que un enorme escalofrío me recorra la espina dorsal. Aumenta el ritmo, chupando, succionando, lamiendo...hasta que ya no puedo más. Hasta que los músculos de mis piernas se contraen y los glúteos se aprietan. Si no para descargaré en su boca, pero joder, me muero por hacerlo.

—Hazlo —me anima sin dejar de subir y bajar su mano.

Vuelve a metérsela en la boca, pero esta vez con más brío. Succiona fuerte sin dejar de mover la mano arriba y abajo. Mi respiración empieza a agitarse y mi cuerpo tiembla ante ella. Estiro el brazo en un amago de apártala, pero no lo consigo a tiempo, y descargo todo el líquido que bullía por salir en su boca. Se lo traga todo estoicamente, sin siquiera dar una arcada.

—Impresionante.

—Ahora, solo quiero besos. Quiero que vuelvas con hambre de tu viaje —me dice negando con la cabeza cuando me disponía a tumbarla en la cama para devolverle el placer que me había dado a mí.

—Solo besos entonces...—acepto.

Capítulo 8

Olimpia

Anoche decidí que acompañaría a Tristán hasta el muelle. Se negó reiteradas veces, pero al final conseguí convencerlo.

—Aun me duelen los labios —le digo pasando la punta de mis dedos por ellos.

—¿Te di demasiados besos?—pregunta levantando una ceja.

—Nunca se dan demasiados, marinero —bromeo palmeando su hombro.

—¿Demasiada barba? —pregunta paseando su mano por su espesa barba.

—Me gusta tu barba. Me gustan las cosquillas que me haces mientras me besas.

Aparta la mano de la palanca de cambios y la posa en mi muslo, apretándomelo y sonriendo.

Hemos llegado al muelle. Aún es de noche. Miro hacia donde está el barco de Tristán atracado. De noche parece aún más grande de lo que es. Cierro los ojos y me obligo a coger una bocanada de aire. Abro la puerta del coche y salgo con un amago de sonrisa en el rostro. Camínanos en silencio, cogidos de la mano, hasta llegar al punto en el que tenemos que despedirnos.

—No quiero que vuelvas andando —me pide mirando el camino que me llevará de regreso hasta su casa.

—Tristán, no sé conducir. Además, se tarda más en llegar en coche que andando.

—Está bien —accede resoplando.

Suelta la mochila que lo acompaña a todas partes en el suelo y me abraza, levantando mis pies del suelo. Rodeo su cintura con mis piernas y lo aprieto contra mí.

—¿Estarás bien? —me pregunta buscando mis ojos, queriendo adivinar en ellos si lo estaré.

—Sí —afirmo medio convencida.

—Te echaré de menos —sonríe entrecerrando los ojos.

—Yo a ti más. Vuelve pronto —suplico con la voz entrecortada.

—No voy a perderme. Te lo prometo.

—Solo espero que cumplas tu promesa.

—Yo siempre cumplo las promesas. Ahora prométeme tú que serás buena y

que no harás ninguna tontería.

—Seré buena.

Le doy un beso y él me devuelve tres más.

—Aún no me he ido y ya estoy cagado de miedo. Olimpia, por favor...—me advierte serio.

—Tristán —le amonesto—, estaré bien. Te echaré de menos y cuidaré de Pepita y Jacinta.

Echa la cabeza hacia atrás y encoge la cara.

—¿Quién es Pepita? —pregunta extrañado.

—Tu jilguero —digo enredando mis dedos en su pelo.

—¿Es una hembra?

—No sé... Se llama Pepita y ya está —digo encogiéndome de hombros.

Suelta una risotada enseñándome la hilera de dientes perfectos y blancos de su boca.

—Tengo que irme ya —me informa devolviéndome al suelo.

—Vale.

Nos despedimos con un fuerte abrazo, dándonos un último beso en los labios.

—¡¡No tardes!! —le grito elevando el brazo en forma de despedida.

—¡¡Lo justo y necesario, sirena!! Tu canto me atraerá de nuevo a casa —grita mientras me guiña un ojo.

Tristán

No me hace ninguna gracia dejarla sola. Sé que no lo estará del todo porque he dejado a Jacinta para que la vigile, pero de todas formas no estaré tranquilo. Es un voto de confianza, que espero, salga bien. Solo voy a estar fuera un par de días.

Aún no me he alejado del muelle y ya la echo de menos. Creo que este viaje nos servirá a los dos para aclarar ideas, aunque sospecho que ella las tiene claras y eso me mata por dentro, porque yo sigo sintiéndome como un hijo de puta cuando la toco o la beso. Anoche no debió suceder aquello, pero no podía parar ni tampoco quería. No deseaba que se sintiera de nuevo rechazada.

Brian ha venido a recogerme al puerto. Ha insistido en tomarnos una copa antes de arreglar el asunto que me ha traído hasta aquí de nuevo. Hacía tiempo que no pisaba la ciudad y puedo decir que no la echo de menos. Demasiado ruido, demasiada gente y demasiados problemas.

Cuando lo veo a lo lejos apoyado en su flamante Jeep sonrío. Es un maldito presumido, pero un gran amigo. He hablado con él un par de veces más mientras Olimpia andaba distraída. No quería que supiera a lo que he venido.

—No me puedo creer que después de dos años estés aquí de nuevo. —Me abraza Brian, dándome palmadas en la espalda.

—Si te soy sincero, necesitaba un poco de espacio y distancia.

—¿Y eso por qué? —pregunta Brian, ofreciéndome las llaves de su coche para que yo conduzca. Sabe que me encantan los 4X4.

—Olimpia me vuelve completamente loco.

—¿Para mal o para bien?

—Es un puto amor de mujer. Cada día me cuesta más mantener las manos alejadas de ella.

—¿De qué te quejas entonces? ¿Aun sigues con esa jodida idea en la cabeza? Tristán, te has pasado media vida martirizándote por lo que sientes por ella. Admite de una vez que está bien. No has hecho nada malo.

—No puedo, Brian.

—Pues te vas a volver loco sí sigues así.

—Ya lo estoy. No quiero ni estar cerca de ella, pero es que me provoca y...hago cosas de las que no me siento orgulloso.

—¿Qué clase de cosas? —Sonríe perspicaz.

—Joder, casi me la follo en el pub del pueblo contra una pared en la oscuridad.

—Coño, Tris. Tú siempre has sido muy discreto para esas cosas.

—¿Ves a lo que me refiero? Me siento tan mal por sentir este deseo por ella, que me frustra la situación. —Pongo los ojos en blanco y resoplo un par de veces recordando la escena del Pub.

—¿Y por qué no aceptas lo que sientes y ya está? No creo que sea tan difícil.

—Porque está mal, Brian. ¿No lo entiendes? Era una niña cuando la conocí.

—Pero ahora no lo es. Ahora es una mujer, y por lo que me dices, debe ser un pivón.

—Es diferente a todas las que he conocido. Es única. Parece inocente, sin experiencia, pero luego es un puto volcán en erupción. Me explota en la boca sin apenas darme cuenta. Juega conmigo y consigue siempre tenerme a sus pies. No ha estado jamás con otro hombre, Bri. Soy el único que la ha tocado y eso es...

—Excitante...—Acaba Brian la frase por mí.

—Y sobrecogedor. Nunca he sido el primero para nadie y Olimpia tiene algo tan especial... No tiene experiencia alguna con los hombres, pero conmigo lo hace todo tan natural. Me toca, me besa, me reta y me empuja hasta el borde de un precipicio, en el cual acabaré cayendo de cabeza. Lo sé.

—¿Me aceptarías un consejo?

—Sabes que terminaré haciendo lo que me dé la gana —le advierto.

—Lo sé, pero por lo menos sé que pensarás en ello.

—Suéltalo entonces.

—Piensa en el futuro. ¿Te ves con ella? ¿Crees que si desapareciera de tu vida volverías a ser feliz?

—Joder, Brian. ¿Pretendes amargarme el día?

—Pretendo que te des cuenta de lo que perderías si la dejas marchar.

—No quiero volver a perderla, es lo único que sé.

—Claro que no. La amas, colega.

—Esa palabra se me queda grande, ¿no crees?

—No, no lo creo. Cada vez que hablas de ella se te ilumina la mirada. La adoras. Pero entiéndelo bien, amas a la mujer, no a la niña.

—Estoy hecho un punto lío.

—En tu interior lo tienes todo muy claro, pero te empeñas en hacerlo difícil.

El teléfono vibra en mi bolsillo, y no sé por qué, pero sé al momento que es ella. Lo saco y miro la pantalla, sin poder evitar sonreír al hacerlo.

—¿Es ella?

—Sí —afirmo mientras tecleo una respuesta.

Olimpia

La cama está vacía sin él, y las sábanas frías sin su calor. Toda la fuerza que tenía se ha esfumado. Me siento vacía y triste. Aunque nos hayamos llevado, más mal que bien, durante los últimos días, he de admitir que lo echo tanto de menos que hasta me duele.

Me recuesto en la cama y me abrazo a la almohada en un vano intento de sentirme acompañada. He estado casi media vida sola, pero ahora, me siento más sola que nunca. Con Tristán se ha ido mi alegría, mis ganas de vivir, una parte de mí a la que el solo ha sabido acceder, todo. Sé que solo estará fuera un par de días, pero ya preveo que me serán eternos hasta su regreso. Cierro los ojos e intento dormir un par de horas más hasta que, por lo menos, salga el sol.

He dado tropecientas vueltas en la cama. He acariciado la almohada otras tantas y, al final, solo he conseguido dormir media hora. He soñado con sus

ojos grises recorriendo todas las partes de mi cuerpo. Con sus manos acariciando cada palmo de piel expuesta. Pero también he tenido pesadillas convulsas en las que no vuelve, en las que el mar se lo traga como hizo con mis padres y mi hermano. Necesito saber que está bien, entonces recuerdo que me ha dejado un móvil solo para emergencias. Creo que esta es otra de sus pruebas, pero decido que esto es una emergencia.

Olimpia: Ya sé que me dijiste que solo lo utilizara para emergencias.

Esto lo es.

Te echo tanto de menos que me duele el alma. No me imagino seguir sin ti. Por favor, vuelve.

La respuesta no tarda en llegar.

Tristán: Voy a volver, Oli. Te lo he prometido. Nunca falto a una promesa. Y por favor, cálmate.

Tecleo de nuevo:

Olimpia: Intentaré hacerlo, pero una cosa más: ¿Aún estás en el mar?

Tristán: No lo estoy. ¿Más tranquila?

Olimpia: Infinitamente.

Tristán: Espérame.

Olimpia: Lo haré

Dejo el móvil sobre la mesa de la cocina con una sonrisa amarga y me preparo un café. Mientras desayuno miro a mi alrededor, sintiendo que la casa está desangelada sin él. Observo ensimismada el reloj que está en la pared. Había quedado hace media hora con Jacinta y ya voy tarde. Me ducho a toda prisa y salgo corriendo hasta el porche. Recorro el caminito de piedrecitas hasta su puerta y llamo al timbre sin apenas aire en los pulmones.

—Buen día, cariño. ¿Se te han pegado las sábanas? —pregunta Jacinta sonriendo.

—Algo así... —contesto recogíendome el pelo en lo alto de la cabeza.

—No has dormido desde que se fue Tristán, ¿verdad? —afirma más que pregunta.

—No mucho, y lo poco que he dormido, ha sido peor.

Me coge de ambas manos y me hace pasar al salón. La última vez que estuve aquí no pasé de la cocina y no vi el enorme salón en el que ahora estoy. Paredes con papel pintado de flores, un enorme sofá de flores, una bonita mesa que sirve como librería y expositor de marcos con fotos.

—Tienes que relajarte y aprender a estar sola de nuevo. No debes temer una nueva pérdida. —Me aconseja mientras camino hipnotizada hacia la mesa donde están las fotos.

Miro cada marco. Cada foto apoyada en la mesa. Cada rostro enmarcado. A un hombre muy apuesto, vestido de soldado al lado de una mujer muy bonita, con los labios color carmín.

—¿Eres tú? —le pregunto a Jacinta mientras paso la yema de los dedos por la vieja foto.

—Sí, querida. Mi esposo Cornelius y yo. Qué maravillosos años...—divaga sin apartar la mirada de la foto.

—Lo siento —me disculpo por haberle hecho recordar tiempos mejores.

—Tranquila. Hace muchos años que se marchó. Ya está superado.

Sigo mirando las fotos hasta que reconozco a la mujer que aparece en otro de los marcos con bordes plateados.

—Ella es la mamá de Tristán —digo cogiendo la foto, mirándola más de cerca.

—Preciosa, ¿verdad? Se llamaba Margaret.

—Es perfecta —afirmo sin dejar de contemplar la foto.

La madre de Tristán era bellísima. Pelo rubio hasta la cintura, ojos tremendamente grises; como los de su hijo, y unos labios finos pero definidos. La belleza personificada, diría yo.

—¿Cómo es que sabes quién es, cariño? Tristán no tiene fotos.

—Las tiene todas en un baúl. Me las enseñó.

—¡Vaya! Pues sí que te tiene en estima mi muchacho. Jamás se las enseña a nadie.

—No sé, le pregunté y me las enseñó. —Me encojo de hombros y sigo mi recorrido por la mesa.

—Olimpia, sabes que Tristán está muy preocupado por ti, ¿verdad? Le ha costado mucho decidirse a dejarte sola.

Sonrí un poquito cuando me doy cuenta que casi siempre acaba la frase con la misma pregunta.

—Le he prometido que no haré nada de lo que tenga que arrepentirme. Sabes de qué hablo, ¿verdad? —la imito sin pretender ofenderla. Y es que al final,

se me ha pegado la muletilla.

—Lo sé todo. Tristán me lo contó el primer día, mi niña.

—Yo...

—No hace falta que te excuses, cielo. A veces la vida te da reveses que son difíciles de superar. A veces lo superamos enseguida, y otras tantas, metemos la pata mientras intentamos, a nuestra manera, superarlo. Solo espero que tú lo estés intentando de la forma correcta. No me gustaría que mi Tristán volviese a sufrir.

—Tristán me está ayudando mucho. Me mantiene todo el tiempo distraída haciendo cosas.

—Ya me imagino que cosas...—Ríe Jacinta dándome palmaditas en la espalda, intentando cambiar la atmosfera de la conversación por una más amena. Lo que agradezco hasta el infinito.

—Ojalá...— susurro.

—Perdona que me entrometa en algo tan íntimo, pero, ¿mi niño y tú aún no...?

—Algo, pero nunca llegamos hasta...ya sabes. Dice que no puede hacerme eso.

—Este Tristán es un cabezota de campeonato —farfulla negando con la cabeza—, pero tiene sus razones. Tendrás que darle tiempo.

Sigo mirando fotos hasta que una me llama enormemente la atención. El chico que sale en ella está de perfil, mirando como el mar rompe el las rocas de la bahía. No puedo verle la cara, pero al fijarme más, una sensación de ahogo me recorre el pecho. No sé cómo explicarlo, pero al ver su perfil mirando al mar, me ha hecho recordar aquel día que aún no he podido olvidar.

—Es Tristán —me dice tomando el cuadro de la mesa con sus arrugados dedos.

El impacto que siento en mi vientre es brutal. No puedo creer que sea él. Es completamente diferente.

—No lo había reconocido. Está...tan joven.

—Se la tomó su madre un año antes de morir. Les encantaba pasear por la playa cuando hacía frío y el cielo amenazaba tormenta. Su padre decía que eran un par de locos por quedarse en la playa mientras que una enorme tormenta se ceñía sobre ellos.

—Está tan cambiado. ¿Tienes alguna foto en la que salga de frente?

—Se las llevó todas menos esa.

Siento como Jacinta ha perdido la calma que la caracteriza. Me ha quitado el cuadro de las manos y me ha conducido escaleras arriba con la excusa de que se nos hará tarde.

No consigo quitarme al joven Tristán, ni su perfil de la cabeza. No parece él. En la foto está mucho más delgado que ahora, sin rastro de vello en el rostro y, con el pelo mucho más corto, por lo poco que he podido apreciar. Quiero ver alguna en la que no lleve su espesa barba. Quiero verle la cara.

—Jacinta, ¿porque Tristán se ha llevado sus fotos?

—Eso debes preguntárselo a él. Él te dará las respuestas que necesitas.

— Lo haré.

—Cielo, ¿sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites, verdad?

—Claro, Jacinta. Sé que no soy muy habladora, pero es que la mitad de mi vida he estado prácticamente sola, y tiendo a cerrarme. Desde pequeña mamá me enseñó que debía exteriorizar mis sentimientos e inquietudes, pero cuando la perdí, todo lo que ella me enseñó se fue al traste.

—¿No tenías amigas? —pregunta Jacinta con un semblante triste.

—No era muy sociable. Me centraba en estudiar, y en los ratos libres, dibujaba.

—¿Te gusta dibujar?

—Me encanta. Es algo con lo que sí puedo demostrar lo que siento.

—A ver, hagamos un juego. ¿Cómo dibujarías lo que sientes por mi niño?

—Sin dudar, dibujaría una enorme casa. Con Tristán me siento como cuando estaba con mamá y papá. Me siento en casa. Me siento querida.

—¿Y a mí?

—A ti te dibujaría con la imagen de un canguro.

—¿Un canguro? —grita con la mano en la boca, evitando reírse a carcajadas.

—Los canguros protegen a sus hijos en la bolsa marsupial. Y tú eres como un canguro cuando proteges a Tristán. Le hablas con tanto cariño, que a veces me dais envidia.

—No digas eso, mi niña. Tú también cabes en mi bolsa marsupial. —Sonríe tirando de mí, dándome un enorme abrazo.

Entre sus brazos me siento protegida. Su olor impregnado de rosas hace que no quiera soltarla en un rato. Me calma.

—Gracias, Jacinta. No sabes cuánto significa esto para mí —le digo hundiendo la nariz en su pecho.

—Sabes que aquí estaré siempre. Para lo que sea.

—Ahora lo sé —suspiro.

Después de pasarnos toda la mañana metidas en el desván con polvo hasta en la coronilla, Jacinta ha preparado un almuerzo rápido pero delicioso. Tortilla de patatas y ensalada. Ama la comida española y se nota en su nevera. Aceitunas, jamón serrano y mil cosas más que no tenía ni idea ni de que existían. Doy buena cuenta de la comida, para luego comerme un bol de arroz con leche y canela. Otro de los manjares españoles de Jacinta.

—Estoy tan llena, que no sé si seré capaz de moverme para subir las escaleras —digo frotándome la barriga hinchada.

—Por hoy hemos terminado, cariño. Mis huesos ya están demasiado viejos como para aguantar otras cuatro horas ahí arriba. ¿Te apetece acompañarme al pueblo? Necesito ir a la farmacia a recoger mis medicinas.

—Si quiere puedo ir yo mientras usted descansa. Se llegar y no creo que tenga problemas para encontrar la farmacia.

—¿Estás segura de que quieres ir sola?

—Claro. Daré un paseo por el pueblo y así me distraigo.

—Está bien, cariño. Pero antes de irte prométeme que estarás bien, que no harás...

—Ninguna tontería, ya lo sé —acabo la frase que Tristán no para de repetirme—. Te lo prometo.

—Está bien, cielo. Ve con cuidado. —Me da un abrazo y un beso en la frente antes de terminar de recoger la mesa y meter las sobras en la despensa.

El pueblo está a unos diez minutos andando, así que camino despacio mientras que recuerdo la foto de Tristán. La idea de que lo había visto antes pasa sobrevolando mi cabeza, pero la desecho enseguida. Jamás había pisado este pueblo antes de que el barco de mi padre naufragara, y después tampoco. Me metieron en un coche y ni siquiera pisé el puerto.

La entrada del pueblo está cerca, así que cojo aire y aprieto el paso. Sé que en cuanto ponga un pie en la plaza todas las cabezas se giraran para mirarme. Dicho y hecho. Camino solo dos calles y todo el mundo me mira. Nadie me saluda, excepto una chica de más o menos mi edad.

—Hola. ¿Eres Olimpia? —pregunta la chica sonriéndome de oreja a oreja.

—La misma. —Sonrío.

Por fin alguien me trata como a una persona normal.

—Mi tía Jacinta me ha avisado de que venias. No quería que te sintieras sola en este pueblo de cotillas —susurra acercándose a mi oído.

—No tenía por qué hacerlo. No quiero molestar.

—Y no molestas, mujer. Todo lo contrario. Aquí no hay casi nadie de mi edad, así que tú eres como agua de mayo para mí.

—Gracias. —Sonrío de nuevo.

—Bueno, me ha dicho mi tía que vienes a recoger sus medicinas. ¿Te importa si pasamos antes por el banco? Tengo que entregar unos documentos. No tardaremos.

—Tranquila. No tengo prisa.

Caminamos hablando animadamente. Noelia; que así se llama la sobrina de Jacinta, me ha contado que el año que viene se va a vivir a la capital. Dice que aquí se ahoga, que necesita un mundo que ver aparte de este pueblo.

—En cuanto me concedan la beca me marchó —jura con el puño en alto.

Nos reímos de su tontería hasta llegar a la puerta del banco, donde decido quedarme. Me apetece tomar el sol de la mañana mientras la espero. Estoy ensimismada observando a un par de críos jugar cuando siento una mano en el hombro. Me giro al instante con una sonrisa, creyendo que es Noelia, pero para mí completo desagrado es Daniela.

—Nos vemos de nuevo. ¿Qué haces aquí tan solita? ¿Ya se ha cansado Tristán de ti? —pregunta tocándome un mechón de pelo, con una sonrisa de lo más falsa en los labios.

—Está en la ciudad: para tu información. Y no, no se ha cansado de mí. Al contrario, estamos tan felices que hemos decidido...

No me da tiempo a terminar de inventarme algo cuando sale Noelia del interior del banco.

—Hola, Daniela —saluda Noelia, secamente.

Noelia la mira con la repulsión reflejada en el rostro. No puede evitar que se le note, así que Daniela le devuelve la mirada de la misma forma.

—¿Tu querida tía te ha contratado como guía para la nueva? —espeto mirándome de soslayo.

—No, Daniela. Y, si no te importa, tenemos prisa.

Noelia la aparta levemente con el brazo al pasar por su lado y le sonrío de forma falsa, disculpándose por el empujón.

—Querida, cuando regrese Tristán, ¿te importaría decirle que me llame? —pregunta dirigiéndose a mí con una sonrisa ladina.

—Claro, yo se lo digo. Aunque pensándolo mejor, creo que no. No creo que le apetezca mucho hablar contigo —respondo con una mueca.

Agarro a Noelia del brazo y nos encaminamos calle arriba, ignorándola por

completo.

—No sé qué vio Tristán en ella. Es tan...

—¿Imbécil? —Sonríó terminando su frase.

—Estúpida y creída. Nadie en el pueblo la soporta, ni siquiera sus padres, que la enviaron a un internado fuera del país para no tener que aguantarla.

Noto como una mano se aferra a mi brazo, haciendo que me detenga en seco.

—¿Quién te crees que eres? —grita mientras tira de nuevo de mi brazo—
¿Acaso crees que puedes quitármelo?

—¿Perdón? —pregunto girándome bruscamente, instándola a que me suelte.

—No vales nada. Eres una puta niñata a mi lado —escupe con rabia.

La ira me hierve en las venas y decido darle lo que parece que anda buscando.

—Te voy a decir una cosa, guapa... Tristán pasa de tu culo, porque ahora prefiere el mío. Y esta puta niñata que tú ves aquí —digo autoseñalándome—, lo tiene en su cama ahora. Así que aleja tus asquerosas manos de mí y vete por donde cojones hayas venido. ¿Te parece?

Me coloco las manos en la cintura, más que nada para mantenerlas alejadas de ella.

—Eso ya lo veremos... —amenaza.

De un golpe de melena se gira y camina en dirección contraria a nosotras.

—¡Uoh, Olimpia! Me has dejado sin palabras.

—Creo que ella también se ha quedado sin ellas. —Suelto una carcajada nerviosa, porque en realidad me da miedo que tenga razón. Me da pánico que Tristán se canse de mí como lo hizo con ella.

Noelia me ha acompañado a la farmacia y me ha enseñado el pueblo muy amablemente. Es una chica muy simpática e inteligente. Hemos hecho buenas migas, así que hemos quedado la semana que viene para tomar algo. Ahora está con los exámenes de recuperación y anda muy atareada.

Me he dirigido directamente a casa de Jacinta, porque no quiero volver a casa de Tristán. Sin él es una casa sin alma.

Llamo a la puerta y espero pacientemente hasta que Jacinta abre con una bandeja de galletas en la otra mano.

—Hola, cariño. Pasa. ¿Cómo te ha ido con mi sobrina?

—¡Estupendamente!! Es un cielo. Me ha enseñado el pueblo amablemente. Hemos quedado en vernos la semana que viene.

—¿Tristán no te lo había enseñado? —niega con una mirada reprobadora.

—No. Solo vamos al supermercado y a la ferretería. La gente me mira y siempre acabamos yéndonos rápido.

—Tranquila, cielo. Aquí es normal que te miren. Es un pueblo muy pequeño y todos quieren saber. Además, vas con Tristán. Eso ya es motivo de sobra.

—Hoy con Noelia no me han mirado tanto. He pasado casi totalmente desapercibida.

—Ay, mi amor. Con Noelia eres una niña más, pero con mi Tristán...

—Entiendo. —Sonríe sonrojándome.

—Las personas de este pueblo están acostumbradas a ver a Tristán solo. Jamás había alojado a nadie en su casa, ni siquiera a las chicas con las que salía. Es muy celoso de su intimidad.

—Ya...—me limito a contestar, mirando las galletas.

Estoy sumergida en mis pensamientos cuando me doy cuenta de que aún no me he ido y que permanezco parapetada en el umbral de la puerta. Creo que las galletas me tienen obnubilada.

—Cariño, ¿pasarás la noche aquí entonces? Tristán así lo quería, pero si quieres...

—Me quedaré —me apresuro a contestar.

—Muy bien, te prepararé la habitación de invitados.

Hemos comido galletas, me he bebido dos vasos de leche, y hemos conversado hasta la saciedad. Con Jacinta se me pasa el tiempo volando. Tiene mil y una historias que contar y cada una de ellas más interesante que la anterior. Es una mujer muy cariñosa y se nota que quiere muchísimo a Tristán. Habla de él con un cariño casi maternal. Me ha contado las travesuras que cometía de pequeño. Una de las muchas travesuras que hacía me ha partido el corazón. Cuando tenía ocho años, se encontró en el bosque a un conejito atrapado en un cepo. Cómo no podía abrir el cepo por sí solo para liberarlo, se decidió a permanecer a su lado hasta que alguien fuera a buscarlo a él, y por consiguiente, le ayudara. Permaneció toda la noche junto al conejito, sujetando su patita para que no se la cortara con el filo del cepo. Acabó exhausto, pero consiguió mantenerse despierto toda la noche. Por la mañana temprano su padre logró encontrarlo. El padre de Tristán iba decidido a darle una buena reprimenda, pero al verlo no fue capaz. Sus ojos ojerosos y su cara pálida por el cansancio le eludieron del castigo. Pero mereció la pena pasar la noche en vela porque consiguió salvarlo.

Ahora, estamos sentadas en el porche mientras tomamos té frío con limón. La noche está calurosa, las estrellas brillan más que nunca, y yo, cada vez echo más de menos a Tristán. Como si Jacinta me leyera el pensamiento me lo pregunta:

—Lo echas mucho de menos, ¿verdad? —Le da un pequeño sorbo a su bebida y me sonrío guiñándome un ojo.

—Muchísimo, Jacinta. Cada vez más y eso me da miedo.

—¿Por qué, cariño? Eso no es malo, todo lo contrario.

—¿Y si se cansa de mí? Ni siquiera me ha llamado. —Cierro los ojos y dejó escapar un suspiro.

—Tristán necesita tiempo, Olimpia. Estoy totalmente segura de que se muere por llamarte y regresar lo antes posible a tu lado, pero este tiempo alejado os vendrá bien a los dos. A ti, para que aprendas a estar sola y sentir que no por ello te abandonan. Y a él, para darse cuenta de que sus sentimientos por ti son más fuertes de lo que él cree.

—Él no quiere estar conmigo. Me rechaza.

—Debes tener paciencia, Olimpia. Tristán es un poco cuadrulado. No lo presiones y él solo irá a ti.

—¿Tú crees? Porque no soportaría volver a...

—Cariño, relájate. No pienses en eso ahora. Te contaré cómo conocí a mi marido y así podrás relajarte un poco, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza poniéndome cómoda en la silla. Creo que será una noche bastante larga.

Después de que Jacinta me relatara con pelos y señales su romance con su marido, nos hemos ido a la cama. No puedo dormir por la impaciencia. Quiero que amanezca y que llegue la tarde para poder volver a ver a Tristán.

Doy vueltas en la cama a causa de las pesadillas en las que cada vez que cierro los ojos, veo el mar revuelto y el barco de Tristán hundiéndose en el fondo del mar. Apenas he dormido en dos días y el cansancio hace mella en mí. Cierro los ojos lo que me parecen que son cinco minutos, pero cuando miro el reloj, han pasado diez horas. Es la hora de comer y me pregunto por qué Jacinta no me ha despertado.

Ni siquiera me he desvestido, así que voy directamente a la cocina, donde me encuentro a Jacinta sentada en la mesa de centro con un vaso de algo rojo entre sus manos.

—¿Te apetece un zumo de arándanos, querida?

—Sí, por favor. Pero no te levantes. Ya me lo sirvo yo.

—¿Has podido descansar?

—La verdad es que sí. Me he levantado mucho más activa. ¿Te apetece que sigamos con la limpieza del desván?

—Claro, se lo que pretendes—levanto una ceja y luego contesta—. Quieres mantenerte ocupada para que el tiempo corra más rápido, ¿verdad? —puntualiza con su eterna coletilla.

Asiento con la cabeza mientras me bebo el zumo de arándanos y me como un par de galletas.

Han pasado cuatro horas sin que apenas me haya dado cuenta con tanto ajeteo en el desván. El reloj de cuco del salón marca la seis en punto, la hora en la que Tristán me dijo que volvería. Tengo el suficiente tiempo para darme una ducha y correr a esperarlo en el puerto.

—¡¡Jacinta!! —chillo desde la planta baja.

—¡¡Dime, cariño!! —contesta devolviéndome el grito. La he dejado ordenando una caja de fotos mientras que tiraba la basura.

—¡¡Me voy!! —canturreo a grito pelado.

—¡¡Dile a Tristán que mañana venga a verme!! ¡¡ Y, tranquila, que todo irá bien!!

Asiento como si me estuviera viendo y me marchó con una enorme sonrisa en la cara.

Corro hasta la casa contigua, entro dejando en la encimera una taza de porcelana que me ha regalado Jacinta y corro hasta el cuarto de baño. Abro el grifo de agua caliente y mientras que el agua se calienta preparo la ropa. Un vestido blanco con flores amarillas que también me ha regalado Jacinta con sus manoleínas a juego correspondientes. Sopeso la idea de que tengo que comprarme algo de ropa, pero para ello necesito trabajar. Y no vale solo con que ayude a Jacinta a ordenar el desván.

Estoy tan nerviosa que casi me achicharro viva con el agua de la bañera. Me enjabono a toda prisa, me lavo el pelo con más prisa todavía y me enjuago como una bala. Me salgo, me seco, me visto, me peino y salgo pitando hacia el muelle. Por el camino pienso en lo que voy a contarle. Quiero decirle que no he pensado en ningún momento en quitarme la vida de ninguna de las maneras. Que esperaré lo que haga falta para que me acepte. Quiero que lo haga en todos los sentidos: tanto como mujer y amante.

He llegado al muelle casi sin resuello, pero me recompongo en cuanto veo

su barco atracado en el muelle. Sin pensármelo demasiado, recorro los pocos metros que me separan del navío y subo a bordo. No lo veo en cubierta, así que imagino que estará en el camarote o la bodega. Cuando estoy a punto de entrar en su camarote, oigo como habla con alguien. Me freno en seco y agudizo el oído para poder escuchar lo que habla.

Sé que está mal, pero me ha parecido escuchar una voz femenina. El alma se me cae a los pies cuando reconozco la voz cantarina de Daniela. El corazón martillea en mi pecho como un gong, incluso temo que los latidos se escuchen.

—Tristán, cariño, te he echado tanto de menos... —oigo que susurra ella. No puedo verlos, pero si oírlos perfectamente.

En mi mente imagino la escena que mis ojos no ven. Tristán abrazándola y ella besándolo en la boca. Un par de lágrimas recorren furtivas mis mejillas. Ahora me doy cuenta de por qué no quería nada conmigo. Estaba follándosela a ella. Me ha mentido, me ha traicionado y se ha reído de mí. Se han reído de mí. Me dispongo a desaparecer antes de que se den cuenta de que estoy aquí, pero tropiezo con un par de apeos de pesca y me caigo de bruces, organizando un gran escándalo.

—Mierda...—susurro intentando levantarme lo antes posible. Si ya era humíllate la situación, que me vean tirada en el suelo me destrozaría la moral por completo

Consigo levantarme justo a tiempo.

Tristán

Daniela está intentado colgarse de mi cuello cuando oímos un gran estruendo afuera. Descifro los sonidos antes de saber que son los apeos de pesca que no me ha dado tiempo a guardar por la inoportuna visita de Daniela. Salgo corriendo y me encuentro de bruces con Olimpia. Tiene la cara bañada en lágrimas y en su expresión hay una mezcla de furia y tristeza.

—Olimpia, ¿qué haces aquí, cari...? —No me da tiempo a terminar la frase cuando me propina un fuerte bofetón en la cara.

—¡¡Eres un hijo de puta!! —Vocifera señalándome con el dedo—. ¿Qué pensabas, que no te pillaría? Eres un maldito mentiroso. Todo este tiempo has estado engañándome.

Puedo ver como Daniela sonrío a mi lado. Maldita arpía, ella ha propiciado todo esto. Poso por unos segundos la mirada en Daniela y aguanto las ganas de...

—¡¡Fuera de aquí, maldita demente!! —le grito a Daniela, agarrándola del

brazo, señalándole la salida.

—Pero, cariñ...—Intenta zafarse, sin conseguirlo.

—¡¡Que te vayas, te digo!! —vuelvo a gritarle.

Daniela sonríe ampliamente, pasando por delante de Olimpia. Cuando creo que ya se marcha, se detiene y se vuelve tras sus pasos, colocándose delante de Olimpia.

—Te dije que era mío. Aquí tienes la prueba—le espeta riéndose a carcajadas, lanzándome un beso después—. Nos vemos luego.

—Vete ya, Daniela, si no quieres que pierda la poca paciencia que me queda.

Se ríe de nuevo y se marcha contoneándose descaradamente.

—Olimpia, déjame que te explique. —Me acerco a ella, pero me impide que me acerque más poniéndome una mano en el pecho.

Llora con el corazón encogido, golpeándose la muñeca con la maldita goma elástica. Me siento el hombre más despreciable del mundo por hacerla sentir así.

—¿Qué quieres explicarme, eh? Estabas con ella, Tristán. Estabas seguro que yo no vendría a esperarte. ¿Qué necesidad tenías de mentirme y dejar que me enamorase de ti? ¿Acaso te pone tener a una suicida en casa? Podrías haberme dejado marchar, haber dejado que me ahogara, joder. No había necesidad de esto...—llora desconsolada, partiéndome en dos—. Me dijiste tantas cosas antes de irte que pensé que era especial para ti, pero ya me he dado cuenta que todo era una pantomima.

Se limpia las lágrimas de la cara con los dedos y se frota con las manos el rostro con rabia, resoplando. Estoy parado frente a ella, sin saber qué hacer. Se gira y se dispone a marcharse y simplemente pienso que no puedo dejarla ir, no puedo. Otra vez no.

—Olimpia, todo ha sido una artimaña de Daniela para separarnos —me defiende.

—Mentira. —Se vuelve de nuevo y me encara muy cerca.

Sus ojos azules se han convertido en dos cataratas de las que no dejan de brotar lágrimas, atravesándome y dejándome roto.

—Cariño, tienes que creerme.

—No te creo. Escuché como te decía que te echaba de menos. Y tú no decías nada. ¡¡Nada!! —reclama llena de furia.

—No le decía nada porque estaba intentando quitármela de encima, joder. Ni siquiera sé cómo sabía que estaría en el barco —resoplo.

—¿No somos nada, Tristán? Creía que sí. Creí que teníamos un vínculo, pero ya veo que no. Enhorabuena, eres un mentiroso genial.

No me cree, joder.

—Olimpia, por favor.

—Tranquilo. Sí lo que querías es que me marchara de tu casa mientras estabas fuera sin sentirte culpable; no lo has conseguido, pero de todas formas me marcharé. Adiós, Tristán.

Maldita cabezota, testaruda...

—¡Olimpia! No se te ocurra bajar del barco —le prohíbo con un ronco grito.

No me hace caso mientras sale a cubierta. Una mezcla de rabia, tristeza, frustración, y algo más, me invaden las entrañas. Suelto un gruñido sordo y vuelvo a chillarle:

—¡Olimpia! No me hagas ir a por ti —le advierto.

Se gira solo un segundo para mostrarme el dedo corazón, y se vuelve de nuevo.

—Tú lo has querido —mascullo en voz baja, apretando los dientes.

Corro tras ella, atrapándola por la cintura, elevándola en volandas, justo antes de que salte fuera del barco.

—¡Suéltame, maldito troglodita! —grita dando patadas al aire.

La abrazo fuerte por detrás, hasta que logro que se tranquilice y deje de dar patadas.

—Vas a escucharme lo quieras o no —susurro en su cuello.

Aprovecha que he bajado la guardia para darme un codazo en la costillas. Pensaba que así la soltaría, pero estaba muy equivocada. La llevo en brazos hasta el camarote, pegándola de espaldas a la pared, impidiendo así con todo el peso de mi cuerpo, que vuelva a moverse o zafarse.

—¿Qué vas a hacer, convencerme a besos? Esta vez no va a funcionarte —masculla roja como un tomate.

Sus labios están hinchados, y sus ojos rojos a causa del llanto, pero aun así, es hermosa. Tengo que reprimir las ganas de besarla, no quiero que piense que solo quiero esto de ella.

—Solo te lo voy a decir una vez: No estoy con Daniela, no estaba haciendo nada con ella, ni pensaba hacerlo. No sé cómo sabía que estaba aquí, pero me da igual. Ahora estoy contigo, Oli.

—No puedes decir que estás con una persona si ni siquiera... —resopla mirando el techo del camarote. Es adorable.

—¿Sí ni siquiera qué? Vamos, dílo —la ánimo.

Coge aire y grita:

—¡Si ni siquiera me has follado! —suelta tapándose la boca después.

—¿Acaso eso es lo que necesitas para que te demuestre lo que siento por ti, aunque ni yo mismo lo sepa?

Me acerco a su boca despacio sin que se aparte y le muerdo el labio inferior con fuerza.

—Sí —afirma con la cabeza, haciendo una mueca de dolor.

—¿Quieres que te folle, Olimpia? ¿Quieres que lo haga? ¿No me creerías si te lo digo con palabras?

Jadea en mi boca, bamboleando sus pechos contra mi torso a causa de su respiración alterada. Irradia calor, ganas, sensualidad.

—No, no te creería —susurra.

—Antes tienes que creerme. Nadie sabía que estaría aquí, salvo tú y Jacinta. ¿Cómo lo sabía Daniela?

Una lágrima le cruza la mejilla.

—Porque yo se lo dije. La vi en el pueblo y...

—Y no se te ha ocurrido pensar que era una artimaña. Estabas tan celosa que no se te ocurrió que esto pasaría, ¿verdad?

Sonríó maliciosamente a propósito.

—No... —dice cerrando los ojos, devastada.

—No tienes por qué estarlo. Solo pienso en ti, Oli. Daniela es el pasado. —
Le acaricio el cuello, los hombros, bajándole un tirante del vestido.

—Tristán...—musita sin aire.

—Muy bonito el vestido —le digo rozando el escote con un dedo —. ¿Te has puesto bonita para mí, Oli?

—Sí —contesta cerrando los ojos cuando abarco uno de sus pechos con la palma de la mano.

—¿Estás segura de esto, Oli? Luego no habrá marcha atrás.

—¿Estás seguro tú?

¿Estoy seguro yo? ¡Al diablo, claro que lo estoy!

Sus mejillas se han teñido de rojo, su pulso se ha alterado y su corazón martillea tan fuerte en su pecho que puedo sentirlo en el mío. Asiento con la cabeza, intentando tragar saliva.

—Pídemelo —exijo con voz ronca.

Levanta la cabeza y clava sus ojos azules en los míos. Me lo pide con la mirada, con su cuerpo, con sus jadeos ahogados, pero yo quiero que me lo

pida con palabras. Quiero que este momento sea tangible. Quiero estar seguro de que estoy haciendo lo correcto y poder rozarlo con los dedos.

—Quiero... quiero que me hagas el amor. Qué me marques. Quiero ser para ti, tuya.

—¿Porqué?

Su respuesta me aterroriza. Antes dijo que se había enamorado de mí sin darse apenas cuenta de lo que decía. No sé si por el fragor del momento... No lo sé.

—Porque te quiero. Porque me he enamorado de ti cómo una tonta estúpida —llora, confirmando mi mayor temor y a la vez mi mayor satisfacción.

La alzo por debajo de los muslos sin pensarlo y le abro las piernas para encajarla en mi cintura. Estoy duro, preparado para ella. No quiero hacerle daño, por eso cierro los ojos y me contengo unos segundos. Pienso en que me quiere, en que está enamorada de mí, y eso me duele en el alma. Se ha enamorado del causante de su tormento. ¿Acaso esto que siento en el pecho también es amor? Siento que me ahogo, que me falta el aire cuándo la beso, que mi mundo se tambalea y gira como una noria cuando ella me besa a mí, cuando me toca. Pensar en perderla me pone enfermo.

—Oli...—susurro mordiéndole el cuello suavemente. La necesito.

El vaivén de sus caderas acoplándose a las mías me atormenta, hasta que al fin me dejo llevar por lo que siento, por este calor que me calienta el cuerpo y el alma.

—Tristán, te quiero. Te quiero tanto... Cuando te he visto con ella, he sentido que me moría y eso no me ha gustado. No quiero morirme, Tristán. No quiero. —Solloza como una niña pequeña, agarrada a mi espalda, pegándose todo lo posible a su pecho.

—Tranquila, mi vida... —le digo abrazándola, sintiéndola.

Me ahogo, sufro por dentro. Me rompo en mil pedazos por lo que voy a hacer. La deseo desde el principio, desde antes de saber que existía. Ya no hay marcha atrás y tiro hacia delante con todas las consecuencias.

—Te haré el amor, Olimpia. Haré todo lo que me pidas. No puedo, ni quiero negarte nada.

Capítulo 9

Tristán

La conduzco hasta la cama y empiezo a bajarle el vestido despacio, recreándome en lo que hago. Una tiranta, la otra y la cremallera, dejando su vestido arremolinado en sus pies. Su cuerpo queda expuesto ante mis ojos, lo que hace que mi polla salte de los pantalones buscando el abrigo de su cuerpo. Bajo también las braguitas que cubren toda su intimidad, deslizando mis dedos por sus muslos, arrancando un jadeo que me llena el pecho. Me arrodillo ante ella y le beso el abdomen, el ombligo, el interior de los muslos y todo el centro de su ser. Adorándola como mejor sé hacerlo en este momento. Está mojada, temblorosa, y expectante. Su cuerpo vibra en mi boca, obligándome a parar cuando su interior se retuerce presagiando un orgasmo mientras acaricio su sexo con la lengua.

—Aun no, preciosa —susurro.

Un jadeo escapa de sus labios. Me agarra de pelo y me levanta, dándome un profundo beso, con lengua, dientes y ganas. Tira de mi pelo con fuerza, me muerde los labios y la lengua. Está desbocada y eso me gusta más de lo que debería.

—Tristán...—sisea entre dientes, clavándome sus dedos en mi espalda.

—Despacio, cielo. O esto acabará pronto.

La empujo contra la cama con la suficiente suavidad para que no se haga daño. Su pecho sube y baja acelerado sin dejar de observar cómo me desnudo frente a ella despacio. Me quito los botones de la camisa ante su atenta mirada. Se muerde el labio inferior esperando mientras me bajo los pantalones y los calzoncillos, sacando a relucir una erección de campeonato. La más grande de toda mi vida. Su cuerpo es como un imán para el mío.

Ya no lo aguanto más y me deslizo por su cuerpo, tumbándome encima de ella, despacio. Mi polla roza sus muslos, la piel interior de los mismos, buscando instintivamente su sitio, su hogar. Para mi sorpresa, Olimpia me rodea la cintura con sus largas piernas, clavando sus talones en mi culo, haciendo que su sexo choque contra mi polla, dejándome sin aliento durante todo un segundo, clamando por más atención mientras que su humedad me moja por completo.

—Tranquila, es toda tuya. —Río ante su impaciencia.

—Más te vale, marinero barbudo —ronronea clavando sus dientes en mi hombro izquierdo. Me hace daño, pero me gusta.

Le beso el cuello, la clavícula, los pechos y clavo mis dientes en uno de sus pezones, haciendo que se arquee de placer y dolor al mismo tiempo, llenando el camarote de pequeños gemidos que me vuelven loco.

—Si te hago daño... avísame —carraspeo sin aliento.

Asiente con los ojos cerrados, mordiéndose el labio inferior cuando paseo mis dedos por todos sus pliegues, asegurándome de que está lo suficientemente lubricada como para no hacerle daño.

—Estas empapada. Estás perfecta.

Acerco mi erección despacio, agarrándola para deslizarme en su interior. La introduzco un poco. Una pequeña mueca de dolor atraviesa su rostro cuando intento ahondar un poco más en su interior. Siento algo indescriptible cuando ella se estremece al sentir mi empuje, al sentirme a mí. Jamás había estado con una chica virgen y no sé si es por eso o por algo más, pero me hace sentir el hombre más dichoso de la tierra. Que una mujer se entregue por completo a mí me honra.

—Para —ruega cogiendo aire.

—Si quieres podemos deja...

—Sigue y cállate —gruñe—. Solo quería adaptarme a ella...es muy grande —se queja.

Asiento y sonrío. Coloco las palmas de las manos a ambos lados de su cabeza y me adentro en su interior un poco más, empujando suavemente, hasta notar que mi glande choca con su fina membrana.

—Esto va a dolerte, cariño —le aviso antes te embestir con más fuerza, traspasando su himen.

Jadea en mi oído y da un pequeño grito encorvándose debajo de mí, haciendo que me descontrole por unos instantes. Está abrazándome con todas sus fuerzas. Me mantengo inmóvil, esperando que su interior se adapte a la intrusión.

—Sigue —me exige en tono de súplica, soltando todo el aire de sus pulmones.

Le doy otro envite, que aguanta estoicamente. Y luego otro, y otro más, hasta que hago una pequeña pausa para evitar correrme.

—Me la vas a estrangular. Relájate, Oli —le pido sin aliento.

Me mira a los ojos con sus dos océanos que ahora parecen arder. Tiene las mejillas sonrojadas y una maldita sonrisa que me roba el sentido.

—Me gusta... —susurra elevando sus caderas.

—¿Te duele?

—Solo un poco...

—Pronto pasará —le aseguro iniciando de nuevo las acometidas, oprimiéndome con su interior perfecto. Adorándola.

Las sensaciones que me recorren ahora mismo por el cuerpo no son comparables con nada de lo que haya sentido antes al estar dentro de una mujer. Con Olimpia no necesito fingir. Soy yo. Tristán. Todo mi ser.

Olimpia

Sus manos abarcan mis pechos mientras que se desliza suavemente dentro de mí. Una mezcla de dolor y placer me recorren entera. Pronto pasa el dolor dejando paso al placer más exquisito. Acaricio sus glúteos que suben y bajan, tensándose a veces por la contención de sus investidas.

—Házmelo, Olimpia —me pide dándome la vuelta en la cama, colocándome a horcajadas en su cintura sin salir de mí.

Me muevo despacio tanteando el terreno. Temo ser inexperta, pero Tristán me guía. La postura me gusta, me llena entera y me otorga a mí el poder. Poder de conseguir que jadee cuándo acelero los movimientos con mis caderas, frotándome arriba y abajo.

—Joder, eres increíble —masculla apretando los dientes.

Sus manos se clavan en mis caderas y sus dedos se aferran a la piel de ellas. Me mueve adelante y atrás, una y otra vez, haciendo que mi cuerpo se arquee; buscando cada sensación, encontrando en su cuerpo el placer del mío. Tristán me llena, pero no solo por dentro, sino en todos los sentidos. En cuerpo y alma. Y en mi fuero interno, admito que sin él estaría perdida.

Le beso el pecho sin dejar de mecarme, hasta que con una embestida se clava hasta el fondo. Una punzada de dolor me atraviesa, pero otra de placer me embarga y aletarga el dolor.

—Aahh...—Es lo único que atino a decir.

—Prométeme que jamás harás ninguna locura...—una arremetida—. Prométeme que confiaras en mi pase lo que pase —otra más —, y que siempre serás mía. —Termina de decir elevando de nuevo sus caderas, llegando al más hondo de mi placer.

—L-lo prom-meto —gruño poco antes de que el orgasmo más intenso me recorra de la cabeza a los pies.

Todas mis fuerzas se agotan en el mismo momento en que con su última arremetida siento sus latigazos, derramándose entre mis muslos. Caigo sobre

su pecho sin aliento. Tristán me abraza, acariciándome el pelo, llevándome a un estado de duermevela muy agradable.

—Lo siento —se lamenta en mi cuello.

—¿Por qué? —pregunto extrañada.

—Por haberte hecho daño, por no haber sabido controlarme. Soy un bestia —chasquea con la lengua, negando con la cabeza.

—No me has hecho daño... bueno, un poco sí, pero ha estado bien. Muy bien. —Sonrío.

—Ha sido increíble, Oli.

Recorro con mis dedos su pecho mientras que voy repartiendo besos desde su oreja hasta la clavícula, clavándole los dientes en el hombro.

—¿Quieres más? ¿No has tenido suficiente? —susurra acariciándome el pezón con la lengua.

—Nunca tendré suficiente de ti, Tristán. Te quiero aquí, otra vez. —Señalo con la mano mi entrepierna.

—¿Donde más me quieres? —pregunta agarrándome del pelo, firme pero suave.

—Aquí —susurro señalando uno de mis pechos.

—¿Aquí me quieres? —pregunta metiendo su mano derecha entre mis piernas — ¿Y aquí? —ronronea metiéndose mi pezón en la boca para luego morderlo hasta hacerme jadear.

Las sensaciones viajan desde mi pezón hasta la cúspide de mi sexo. Derritiéndome.

—Házmelo otra vez —gimo con su dedo índice entre mis pliegues.

—¿Eso quieres? —dice introduciendo el mismo dedo dentro de mí, agregando otro más cuando me dilata con el anterior.

—Quiero esto. — Conduzco mi mano hasta su vientre, bajando poco a poco, hasta rodear su polla con la mano, ya preparada de nuevo.

—Joder, Olimpia. Aprendes muy rápido. —Se queja jadeando mientras que la acaricio arriba y abajo.

Se coloca de nuevo encima de mí y me penetra sin previo aviso.

—¡Ahh, joder! —chillo mordiéndome el labio inferior.

—Me pierdo, Oli. Me pierdo entre tus piernas...—susurra mordiéndome el cuello mientras que se desliza dentro de mí una y otra vez.

—¿Que deseas hacer? —pregunta mientras besa cada centímetro de mi pecho.

—¿Después de quererte toda la vida? Deseo dibujar.

Me aferro a su pelo, tirando suavemente sin dejar de removerme con sus caricias.

—Dibujar...

—¿Dibujar gente desnuda? —me pregunta divertido.

—No, tonto. Dibujar lo que los ojos no ven pero sí lo que el corazón siente.

—Entonces quieres dibujar sentimientos —dice repasando con sus manos el ancho de mi espalda.

—Algo así. —Me incorporo sentándome a horcajadas en sus muslos.

—¿Cómo dibujarías lo que siento por ti?—pregunta mordiendo mis labios.

—Dibujaría un inmenso y fuerte roble, con sus raíces retornadas bajo la tierra, aferrándose fuerte al suelo que lo sostiene.

—Interesante. Me ves como un roble.

—Te veo como un hermoso roble fuerte y sano, sí.

Me he quedado dormida sin darme cuenta. Deslizo la mano por el colchón buscando el calor de Tristán, pero no está. Miro a mi alrededor y tampoco lo veo. No sé qué hora es ni tampoco donde está Tristán. Me levanto de la cama y veo que su ropa está, solo faltan sus pantalones. Cojo su camisa y me cubro con ella para salir del camarote y buscarlo en cubierta. Al salir, el aire frío de la noche golpea en mi rostro, contrayéndomelo en el acto. En la proa del barco veo a Tristán apoyado en la barandilla, sin camiseta y descalzo, con la cabeza gacha y algo en la mano.

Me acerco despacio sin hacer ruido, pero parece que me presiente y se gira. Un brillo extraño en sus ojos me hace ponerme en alerta. Me mira como si no me viese, como si le costara enfocarme.

—Tristán, ¿estás bien?

Su sonrisa es una mueca torcida. Niega con la cabeza y se maldice a sí mismo.

—Soy un hijo de puta —dice dando un paso hacia mí, tambaleándose.

—¿Estás borracho? —le pregunto acercándome a él, poniéndole la palma de la mano en el pecho para que deje de oscilar de un lado a otro.

—Sí, es la única forma en la que puedo seguir viviendo... —Le cuesta abrir los ojos.

—¿Te estás escuchando, Tristán?

—Por desgracia.

—¿Te arrepientes de lo que hemos hecho?

—En ningún momento. Por eso estoy así. Porque no me arrepiento en

absoluto, porque lo deseé desde que te besé por primera vez, incluso antes, joder. —Se pasa las manos por el pelo una y otra vez sin querer mirarme a la cara.

—¿Cuánto tiempo llevas bebiendo?

—Cuatro horas.

—¿Llevas aquí cuatro horas bebiendo eso? —señalo con el dedo la botella que sujeta con su mano derecha. Es un líquido transparente, que parece agua, pero que obviamente no lo es. Al ver que me quedo mirando la botella procede a darme una explicación.

—Lo destilaba mi padre, ¿sabes? Lo encontré en la bodega. Es aguardiente casero —me explica hipando.

—Vamos adentro —le exijo.

—No —contesta tajante, ahora sí, levantando la cabeza en mi dirección.

—Hace frío, cariño. Entra.

—No. Bastante la he jodido ya, y si entro, la volveré a joder.

No sé de qué habla, pero sus palabras me hacen presagiar un nuevo rechazo. Y estoy decidida a que no lo aguanto más. Estoy cansada de sus cambios de humor.

Parece bipolar, joder.

—¿Puedes explicarme de una maldita vez que ocurre? ¿Que puede ser tan grave para que estés así? Cuéntamelo.

—No es tan fácil...

—¿Por qué no lo es?

—Porque cuando guardas un secreto tanto tiempo, acaba por consumirte.

—¿De qué demonios hablas, Tristán?

—No preguntes, por favor. Ahora no.

—¿Entonces cuando? Por Dios Santo.

—Déjalo estar, Olimpia.

—No puedo dejarlo estar, joder. —Me tapo la cara con las manos y reprimo un gruñido de frustración.

—No puedo hacerlo —musita.

Tomo una decisión. No aguanto más la oscuridad que siempre hay detrás de sus besos.

—Entonces ya no tengo nada más que hacer aquí.

—¿A qué te refieres? —Su tono de voz ha cambiado. Tiemblan las palabras en su boca.

—A que me voy de aquí, Tristán. A que no aguanto más tu rechazo. A que

me das cuatro de cal y una de arena. Y estoy cansada.

Me giro y me encamino hacia el camarote lo más firme que me permiten mis piernas de mantequilla.

—¡No puedes hacerlo! —grita a mi espalda.

—Claro que puedo. Lo estoy haciendo, Tristán.

Me sigue hasta el camarote, quedándose apoyado en el marco de la puerta. Está muy borracho y apenas se aguanta en pie. Me pongo de cuclillas en el suelo y recojo mi ropa interior y mis zapatos para vestirme.

—Oli, por favor —ruega arrastrando las palabras.

Se acerca a mí y me agarra del brazo pero me deshago fácilmente de su agarre.

—Me voy.

—No lo hagas, por favor.

Lo observo desde la pequeña distancia en la que me he colocado para que su presencia no me afecte; algo inútil, ya que todo él llena el camarote. Su olor, su presencia, sus ojos grises.

—Tristán, me he abierto a ti en todos los sentidos. Te he entregado mi corazón una y mil veces. Me besas, me acaricias, pero luego vuelves a alejarme. Y no lo soporto más. Te quiero entero, cariño. No solo una mitad. Te debates contra algo que no te permite abrirte por completo y hasta que tú mismo no lo admitas, no podrás corresponderme como yo necesito que lo hagas.

Mis palabras golpean su pecho, haciendo que su cara palidezca al instante. Jamás le había hablado tan en serio y con tanta determinación como ahora.

—Oli...

—Me has enseñado muchas cosas, las cuales te agradeceré toda la vida, pero yo necesito más. Así no me ayudas. Me has enseñado a vivir, a querer más de la vida, a ser fuerte. A caerme y levantarme. Me has mostrado que el mundo es real y que podemos sufrir y quedarnos solos, pero no por ello podemos convertirnos en sombras que vagan sin destino. En este poco tiempo juntos me has enseñado a amar como nunca volveré a hacerlo, Tristán.

—¿Qué quieres de mí, Olimpia? —pregunta abatido.

—No quiero nada y lo quiero todo. ¿Es que no lo entiendes? No quiero tu casa, no quiero tu dinero, no quiero tu compasión. Solo quiero al hombre que tengo frente a mí. Quiero tu amor incondicional, Tristán. Sin tapujos, sin secretos. Quiero tu corazón. Por entero.

Salgo del camarote dejándolo roto, lo sé, pero yo también lo estoy. Lo amo,

pero yo necesito que me amen de igual forma también. Ya lo perdí todo una vez, no quiero perder mi dignidad también.

—¡Olimpia! —grita a mi espalda.

Me giro solo un segundo. La borrachera parece haber desaparecido por completo. Está despeinado, imponente, y guapo a rabiar. Me cuesta un mundo no lanzarme a sus labios y a su pecho desnudo. Pero debo ser fuerte.

—¿Qué quieres? —pregunto indiferente, poniéndome los zapatos para evitar mirarlo.

—No puedes irte.

—No tengo razones para quedarme —rebato.

En un segundo lo tengo enfrente. Me levanto despacio del suelo, poniéndome a su altura.

—Si las tienes —replica.

—Dime cuales, entonces. Y quiero la verdad.

Cierra los ojos un momento y suspira. Siento como se debate consigo mismo. Abre los ojos y puedo ver el dolor y la culpa en ellos.

—Porque te quiero, Oli. Porque estoy jodidamente enamorado de ti hasta las trancas. Porque me has robado el corazón y el alma, y si te vas...me dejas vacío y no podría soportarlo. Porque soy tuyo al igual que tú eres mía. Porque has nacido para que te bese y te ame. Siempre ha sido así. No te vayas, por favor —suplica.

Tristán

—¿Y si mañana ya no lo haces? ¿Y si mañana vuelves a rechazarme? —Sé que intenta contener las lágrimas, pero no lo consigue y llora.

—No lo haré, Oli. Es imposible que deje de quererte. Estás en mis venas. Estás en mi piel.

—No puedo arriesgarme, me romperías... Además, sigues escondiendo algo, lo sé, lo presiento. Lo siento, Tristán. —Se da media vuelta, dispuesta a marcharse.

Mi cabeza bulle. No sé qué hacer para que no se vaya. No soporto ni un segundo la idea de no volverla a ver. Me duele la contundencia con la que se ha dirigido a mí.

—¡Olimpia!—Grito desesperado, consiguiendo que se gire — ¿Quieres mi rendición a tus pies?

—No quiero tu rendición, te quiero a ti, por entero. Sin luces ni sombras. Sin mentiras.

Le daré todo. Le daré mi alma al diablo si ella me lo pide. Si hiciera falta

daría mi vida por la de ella. Me humillaría ante el mismísimo demonio.

—Te lo daré todo —le digo tirando de ella hasta pegarla a mi pecho—, te diré que es lo que no me permitía dejarme llevar y quererte. —Agacho la cabeza, en señal de sumisión.

—Tristán, no puedo...

—Por favor — le ruego.

Olimpia sujeta mi cara entre sus manos, mirándome con una compasión que no quiero, pero que he provocado yo mismo. Entonces mi cabeza se llena de todos los recuerdos que he ido evitando durante todos estos años. La enfermedad de mi madre, su muerte, Olimpia de niña, la muerte de mi padre... La soledad.

No me había dado cuenta hasta hora de cuan solo estaba, hasta que Olimpia llenó mi casa de vida, mi corazón de esperanza y de un amor que creí que sería impuro por haberlo sentido cuando tan solo era una niña.

Olimpia eleva mi cabeza con sus dos manos, posando sus ojos sobre los míos. Está rota; como yo, los dos lo estamos y tenemos la oportunidad de arreglarnos mutuamente. Decido que seré sincero con ella, que tengo que decirle todo lo que guardo. Mi pasado, el suyo.

—Tristán...

—Te lo contaré todo, Oli.

Rompo a llorar cuando con sus pequeñas manos me revuelven el pelo y tiran de mí para encajar mi cabeza en su pecho. Lloro como nunca hice, como debí hacerlo hace mucho tiempo. Vierto lágrimas amargas en su pecho mientras ella tira de mi pelo como solo ella sabe hacerlo. Ahora es ella la que me acuna a mí, la que me salva de mí mismo y de mi propia desdicha.

—No necesito que lo hagas ahora. Solo quiero que te abras, que me dejes entrar poco a poco aquí —dice señalando mi corazón.

—Ahí ya estás, cariño —le aseguro solemne.

Y me rompo. Me rompo del todo. De mi pecho salen quejidos amargos que nunca antes me había atrevido a dejar escapar. Siento su dolor y el mío. Y la entiendo, por fin entiendo que no concibiera una vida sin sus seres queridos.

—Ahora te entiendo —confieso.

Olimpia sonrío amargamente mientras seca mis lágrimas con sus dedos. Lágrimas que vierto sin vergüenza alguna.

—¿Qué entiendes? —pregunta tomando mi cara con ambas manos.

—Que quisieras morirme. Si te vas, ya no me importa nada, Olimpia. Nada.

—No digas eso ni en broma, ¿me oyes? ¿Acaso te has tragado todos mis

miedos? Has estado soportando sobre los hombros tus cargas y las mías. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No podía hacerlo. Me necesitabas —susurro.

—Y te sigo necesitando, pero bien.

Estamos sentados en el suelo de la cubierta. Siento el frío en mis músculos y un enorme alivio cuando Olimpia me abraza y me besa.

—No me iré a ningún sitio, Tristán. Tienes todo el tiempo que necesites...

—dice en mi oído, sentándose en mi regazo, regalándome la visión de sus hermosos ojos y sus labios.

—¿Vamos a casa?

—Vamos a casa, marinero. —Sonríe y me abraza de nuevo.

Capítulo 10

Olimpia

Han pasado unos días en las cuales no hemos salido de casa ni para comprar comida. Para ser sincera; hemos pasado todo el tiempo entre la cama, la cocina, y el sofá. En nuestra propia burbuja. Por otro lado, no hemos vuelto a hablar del tema. Hemos decidido que estos días serían como un suspiro en medio de la tempestad y que nos servirían para conocernos más. Hablamos, reímos, nos tocamos, nos besamos, y hacemos el amor. Todo el tiempo, justo como ahora.

—No te muevas, para. Ohh, joder no pares... —suplica Tristán mientras me muevo arriba y abajo contra sus caderas.

—¿Sigo? —pregunto muerta de risa por la cara de concentración que está poniendo.

—Sigue —afirma con la cabeza a la vez que se muerde el labio inferior — ¿Te gustan los fuegos artificiales? —pregunta cerrando los ojos mientras clava su erección más adentro.

—¿Qué clase de pregunta esa esa mientras que estamos...?

—Follando, sí. Puedes decirlo, no pasa nada —jadea y ríe a la vez.

—Pues eso mismo. —Paro y elevo las cejas esperando a que me responda.

—Necesitaba pensar en otra cosa que no sea tu coño para no correrme. — Suspira.

—Joder, pero que bestia eres. —Me río a carcajadas, haciendo que mi interior se estreche con cada una de ellas.

—Si sigues haciendo eso me correré, Olimpia —musita agarrándose a mis caderas.

—El que, ¿esto? —Elevo un poco las caderas y me dejo caer un par de veces más hasta que hinca los dedos con más fuerza en mi carne.

—Justo eso —sisea mientras explota en mi interior, haciendo que yo lo haga con él.

Caemos rodando en la cama, extasiados, saciados y hambrientos.

—¿Crees que somos adictos al sexo? —le comento a Tristán poniéndome una de sus camisetas.

¿He comentado que tampoco nos hemos vestido en estos días? Pues eso, que nos pasamos el día en bolas por toda la casa, salvo aquel día en que vino

Jacinta a traernos provisiones. Casi nos pilla haciéndolo encima de la mesa de la cocina. A mí no me vio, pero a Tristán lo pilló con el culo fuera.

—No me lo había planteado...—dice rascándose la nuca con media sonrisa mientras que se dirige a la cocina como su querida madre lo trajo al mundo. Yo he aprendido la lección y me cubro un mínimo.

—¿Qué era eso de los fuegos artificiales?—pregunto mientras me preparo una tortilla y a él un sándwich.

—Te preguntaba que si has visto alguna vez fuegos artificiales.

—Nunca. Solo por la tele.

—Pues esta noche los verás. Te encantaran. Hay una especie de fiesta en la que se conmemora el cuatro de julio. Hay puestos callejeros en los que se vende comida y artesanías. También hay una carpa en la que ponen música; donde los más jóvenes van a bailar. Bueno...y no tan jóvenes. A Jacinta le chifla bailar en medio de todo el tinglado.

—Suena divertido.

—Lo es. ¿Le gustaría acompañarme, señorita?

—Ah, ¿pero me dejaras salir de casa? Porque tú y esa...cosa que tienes entre las piernas no dan tregua.

—Has creado un monstruo, mujer. Asume las consecuencias. —Ríe, jactándose de sus palabras.

Pongo los ojos en blanco sentándome a su lado en la mesa. Y justo en este momento me acuerdo que había quedado con Noelia en ir al pueblo. Se me había olvidado por completo.

—Prometí que iría con Noelia a tomar un café, pero no tengo su teléfono para disculparme por no haber ido. Bueno, en realidad ni tengo teléfono, así que...

—Puedes usar el mío cuando quieras, pero de todas formas te compraré uno.

—Con el tuyo es suficiente, marinero. ¿A quién voy a llamar? —Intento reírme de mi propio comentario, pero fracaso.

—Eh, Oli. No pasa nada, ¿vale? Puedes llamar a Jacinta, o a Noelia, o a Pepita...

Levanto la cabeza y lo miro sopesando si se está riendo de mí o simplemente quiere que yo lo haga de mi misma. Al final termino por reírme de mi misma y de la situación.

—Por cierto, Pepita es Pepito. Me lo ha dicho Jacinta —le informo entre carcajada y carcajada.

Al final acabamos los dos muertos de risa, besándonos sobre la mesa con un

bote de caramelo en la mano.

—¿Qué vas a hacer con el caramelo?

—Endulzarte.

Me lleva en volandas hasta el sofá del salón con el bote de caramelo incluido y me pide que me quite la camiseta. Lo hago sin rechistar y a la velocidad de la luz.

—¿Y ahora?

—Estate quieta —ordena muy serio.

Se coloca de rodillas a mis pies y me pide que abra las piernas.

—No iras a...—le digo señalando al bote y a mí.

—Justo —dice sonriéndome con picardía.

Abro las piernas tal y como me ha pedido y me quedo expectante ante su próximo movimiento. Mueve el bote un poco, calentándolo con las manos. Un hilo de caramelo resbala desde mi ombligo hasta llegar a la cúspide de mi sexo, deslizándose lentamente como la mirada de Tristán esperando que el líquido llegue a su destino. Puedo decir que es lo más excitante que he sentido en toda mi vida. Ver sus ojos fijos en mi entrepierna hace que no pueda mantenerme quieta y que todo mi interior tiemble de anticipación.

—Tristán...—murmuro atrayéndolo del pelo hasta el centro de mis piernas.

—Tranquila...antes necesito limpiar lo que he manchado. —Sonríe inclinándose en mi ombligo.

Lo rodea con su lengua mientras que con las manos alcanza mis pechos, masajeándolos suavemente sin dejar de mirarme. Mi piel quema y mis músculos se tensan debajo de su lengua. Baja poco a poco hasta llegar a mi clítoris que ya lo espera desesperado, pero se lo salta y entra con su lengua en mi interior de un solo sorbo. Me chupa, me lame y me muerde todo a su paso, arrancando gemidos que al parecer le saben a gloria, porque aumenta la intensidad por momentos. Un enredo de lengua y labios consiguen que me deshaga poco a poco, abriéndome más, elevando mis caderas para que llegue de una vez hasta donde lo necesito.

—Por favor —le pido con la respiración entrecortada.

—Aun no...—niega con la cabeza, haciéndome cosquillas en los muslos con su barba.

Lo agarro del pelo y tiro fuerte, apretando su cara entre las piernas, rozándome así el clítoris hinchado y deseoso, que reclama atención desesperado.

—Tristán, ahora —le exijo.

—Esto de aquí, tendrá que esperar —dice tirándole un pequeño mordisco a mi clítoris, haciendo que me arquee un breve instante—. Te toca...comerme —dice tendiéndome el bote de caramelo.

Pensaba resoplar de frustración, pero la idea de usar el caramelo con él me ha resultado más que atractiva

—¿Cómo y donde yo quiera? —le pregunto cogiendo el bote.

—Soy todo tuyo —dice sentándose sobre sus talones y abriendo su brazos en cruz de forma teatral.

Tristán

Su lengua recorre cada palmo de piel; su boca besa cada poro, cada pliegue, sin dejar ni un resquicio. Es insaciable y eso me vuelve completamente loco. Su inexperiencia ha pasado a un segundo plano estos días. Simplemente es magnífica.

—No me muerdas ahí, o sí, no lo sé. Ahh...—me quejo cuando muerde la punta del glande, succionando despacio después.

—Sí o no, aclárate —susurra soplando después.

—Lo que quieras, Oli. Lo que quieras —digo agarrándome a las sábanas, clavándome en su boca de nuevo.

Aunque no hayamos vuelto a hablar sobre lo que pasó en el barco, yo no he parado ni un segundo de darle vueltas en mi cabeza. Pienso, y me pregunto una y otra vez, que pasará entre nosotros cuando le confiese quien soy realmente. Bueno, no es que la haya engañado diciéndole que soy otra persona, pero sí que he omitido un detalle muy importante de nuestras vidas y nuestro pasado. Un detalle que me ha mantenido más alejado de ella de lo que me hubiera gustado. No concebía el haberme enamorado de ella, aun cuando era una niña, aunque me lo hubiera estado negando todos estos años.

He escondido muy bien el colgante que se le cayó aquel día. Un colgante con un ancla que decidí conservar para tener una prueba fehaciente que me demostrara que ella una vez existió. Había días en los que me ahogaba en alcohol y pensaba que todo había sido parte de mí imaginación, pero metía la mano en el bolsillo y cuando lo tocaba, sabía que había sido real. Que ella era real y que estaba viva gracias a mí. Sus ojos me perseguían en sueños, pero también los de su hermano. Los de él eran del mismo color azul intenso, pero a diferencia de los de ella, los suyos estaban apagados. El tener el cuerpo sin vida de su hermano me traumó, muchísimo, pero no lo quise admitir ante nadie. Solo hablé con una persona cuando sentí que tenía las fuerzas

suficientes para hacerlo, y esa persona fue Jacinta. Ella me escuchó, me consoló y me secó las lágrimas derramadas.

Después de morir mi madre, decidí dejar el pueblo y viajar a la ciudad. Necesitaba huir. El pueblo me ahogaba, mi padre me asfixiaba y el mar que un día me trajo a Olimpia, terminó por hundirme en la miseria. Desde ese día dejé de navegar, de nadar y me dediqué a beber. Me obsesionaba la idea de volver a revivir aquello y parecía que con el alcohol conseguía olvidarlo. Así que decidí marcharme y dejarlo todo para poder volver a respirar. En la ciudad no es que me fuera mejor, pero por lo menos tenía el mar lejos y no oía el sonido de las olas al romper en la bahía. Bebí hasta caer en la cama varios días, follé todo lo que pude y más, buscando en las mujeres algo que no hallaba, y luego volví aquí, igual de vacío que me fui, pero con un poco más de dinero en el bolsillo y un par de negocios fracasados y otros a toda vela.

Hablar con Jacinta me ayudó bastante, pero no solucionó mi problema. Me sentía culpable por no haber buscado y encontrado a la *chica del mar*, por no haber hecho lo imposible por encontrarla. Cuando llegué a la ciudad intenté buscar información, pero no hallé nada y me di por vencido. Al volver aquí, mi padre se puso enfermo y tuve que dedicarme por completo a cuidarlo. Recuperé el tiempo perdido, pero jamás me perdonaré haberlo dejado solo después de morir mi madre. Mi padre jamás me lo echó en cara, pero yo sé que le hice mucho daño al marcharme, y me arrepiento. Antes de morir le prometí que la que había sido su casa por más de cincuenta años volvería a brillar con la misma luz que una vez lo hizo. Le prometí que volvería a cuidar del jardín de mi madre y plantar sus amadas margaritas. También le prometí que volvería a navegar y a bañarme en el mar. He cumplido con todas mis promesas menos con una: redimir mi culpa. Él sabía lo que sucedió aquel día, pero jamás le conté como me sentí después, aunque ahora sé que siempre lo supo. Le prometí que me perdonaría a mí mismo algún día, pero aún no lo he hecho, porque antes de perdonarme a mí mismo, otra persona es la que realmente debe haberlo antes. Y esa es Olimpia. Ella es mi tabla de salvación. Mi orilla donde romperme y mi puerto donde atracar. Es mi ancla a la vida.

Ella se convirtió en parte de mí día a día. Cuando no tenía pesadillas soñaba con que se quedaba conmigo y no me la arrancaban de los brazos. Y ahora, parte de mis sueños se han hecho realidad. La tengo aquí conmigo, en mi casa, y en mi cama. Ahora es toda una mujer y la adoro. Aunque aún no sepa como digerirlo, la amo más que a mi propia vida.

—Necesitamos ir al pueblo —susurro en su oído mientras que recorro su suave espalda con mis dedos.

—Vale —ronronea medio dormida.

Olimpia

Hoy, más que nunca, el pueblo está a rebosar, pero me da igual, porque me siento bien. Tristán y yo caminamos abrazados, arrancando miradas de todos los estilos. Los más prudentes y educados: nos saludan y sonríen. Los metiches: nos miran con recelo y curiosidad. Y los malvados: nos miran con mala cara y cuchichean a nuestras espaldas. Actitudes típicas de los pueblos, pero he decidido que hoy nada me molestará. Que nada empañará mi dicha.

—Creo que les encantas —me dice Tristán besándome delante de la panadería, donde un par de mujeres de sonrojan y otra se ofende. Para gusto los colores.

—¿Que yo les encanto? ¿No has visto sus caras? Les horrorizo.

—Todo lo contrario, mujer. Les fascinas. Eres hermosa, joven, y andas conmigo. Suficiente para ellas.

Miro nuestras manos enlazadas. Yo también me fascinaría a mí misma al verme junto a él. Alto, fuerte, inteligente, guapo a rabiar y con una barba que derrite a cualquiera. Es simplemente perfecto.

Caminamos por la acera riéndonos de alguna tontería que hemos dicho cuando llegamos a la ferretería. Tristán me da un beso antes de entrar, yo prefiero quedarme fuera a tomar un poco el sol mientras que él compra un par de cosas.

El perfume de Daniela me abofetea en la cara. No puedo evitar poner cara de asco y tensarme. Miro a mi alrededor; buscándola y la encuentro. Maldita arpía sin vergüenza que camina acercándose a mí con todo su descaro. Solo quedan unos pasos para que Daniela se cruce conmigo en la acera. Sonríe de oreja a oreja, pero sé que es la sonrisa más falsa que he visto en toda mi vida, porque seguro que nos ha visto besarnos. Se muere de celos y se nota. Pero hay algo que debo agradecerle y ahora me parece un momento perfecto. Tristán ya está dentro de la ferretería y es mi momento.

—Pero bueno... Daniela. Esperaba verte por casa de Tristán. ¿No es que ya habías vuelto con él?

—¿Te crees graciosa?

—¿Yo? No. Para bufona ya te tengo a ti. —Suelto una carcajada tan fuerte que la gente se vuelve a mirar. Pues mira, mejor. Cuanto más público mayor es la diversión.

—Anda mira...pero si te reconocen tus fans y todo —le digo señalando con una mirada a la gente que nos mira.

—¿Quién te crees que eres para hablarme así? —canturrea con voz chillona haciéndose la ofendida.

—Te he hablado como te mereces. Y yo no me creo más que nadie. Soy Olimpia Johnson y no me hacen falta tres kilos de maquillaje para parecer mínimamente guapa.

—Eres una niña maleducada. ¿Acaso crees que a Tristán le gustan las mujeres así? —dice mientras que se echa su bonita y rubia melena hacia atrás.

—Lo que yo creo es que lo aburraste tanto que por eso te dejó. Cariño, Tristán no necesita a una niña pija que le dore la píldora. Y justamente tú es lo que hacías.

—¿Tú qué sabes lo que yo hacía? ¿Acaso te lo ha contado él? ¿Se ha atrevido a contar nuestras intimidades?

—Ay, guapa. Se nota que no lo conoces. A Tristán no le hace falta contarme nada. No le dabas lo que necesitaba. Así de simple.

Daniela está roja como un tomate y la calma con la que me hablaba al principio desaparece. Pero tengo ganas de venganza, así que...

—¿Acaso tú sí?

—No lo sé, pero creo que le doy lo suficiente, por ahora, para que no se acuerde ni de tu nombre.

—Eres... eres...

—Soy la niña, mujer, niña; como quieras llamarme, la que ahora está en su vida, en su cama...y entre tú y yo —susurro acercándome hasta su oreja—: la que se lo folla cada día. —Sonríó y le doy un toquecito en el hombro, dejándola más callada que en misa.

—Eres una puta...—murmura entre dientes roja de la ira que ahora mismo la atraviesa.

Me apetece ser borde, así que no me callo y me despacho a gusto.

—Imposible ser puta si la única lengua y polla que ha entrado en mi interior ha sido la suya. Pero si lo quieres pensar...eres libre.

Me giro para entrar en la ferretería, pero Daniela me agarra del brazo y me frena. Me doy la vuelta y la encaro, instándola a que me suelte. Me clava sus largas uñas en el brazo, haciéndome solo un poco de daño. Mis brazos están acostumbrados a los castigos que recibía de mis profesoras cuando me equivocaba con las faltas de ortografía.

—¿Qué le das? —pregunta con rabia.

—Amor. Pero amor del bueno, no el que se paga con la cartera.

—¿Sabes lo que yo creo? —pregunta sin soltarme del brazo —. Qué le gustan los coñitos vírgenes...solo eso.

Me río porque no puedo hacer otra cosa. Sí ella supiera lo que me ha costado...

—Tal vez —contesto intentando soltarme.

Forcejamos un poco hasta que consigo soltarme delante de todas las miradas indiscretas que nos observan.

—No tan rápido, zorra —medio grita a mi espalda.

Me giro para volver a encararla, porque ya está rozando el límite de mi paciencia, a lo que me propina una bofetada que no veo venir.

—¡Daniela! —brama Tristán saliendo de la ferretería al ver la escena.

Se acerca a mí, cogiendo mi cara entre sus manos, mirando si tengo algún rasguño.

—Tranquilo, solo ha sido una bofetada.

Se gira hacia Daniela y noto en su mirada la misma ira que recorre mis venas.

—¡Ella me provocó! —grita Daniela defendiéndose.

—Eso no te da razón para levantarle la mano a mi chica.

—¿Tu chica? Pero que formal te has vuelto.

Está fuera de sí, y en vez de hablar, chilla.

—Te aconsejo que te disculpes.

—¡Ni muerta, Tristancito! Ni muerta, ¿me oyes?

—Deja de montar una escena y vete, por favor —escupe entre dientes sin elevar la voz.

—¿Por qué ella? Yo te quería.

—Pero yo a ti no, así que déjalo ya, Daniela. Además, tú no quieres a nadie. Estoy con ella y estaré con ella. Por más intrigas que inventes siempre estaré con Olimpia.

—¿Qué tiene ella que yo no tenga?

—Daniela, lo nuestro se acabó, admítelo. No le des más vueltas. Tú nunca me has querido ni yo tampoco a ti. Nos divertíamos juntos y ya está.

—Eres un hijo de puta.

—Puede que lo sea —admite Tristán con la cabeza—, pero este hijo de puta siempre fue sincero contigo, no sé a qué viene este numerito.

—Te arrepentirás de esto —escupe con rabia.

—No creo que lo haga, pero si así te quedas tranquila, tú sabrás... Adiós, Daniela. Y por favor, no enredes más, que no va a funcionar.

Tristán me echa el brazo sobre los hombros y me conduce al interior de la ferretería.

—¿Estás bien? —pregunta abrazándome.

—Muy bien. Y ella tenía razón, la provoqué.

—¿Que le dijiste, pequeña rebelde?

Lo miro con la vergüenza tiñendo mis mejillas. Sonrío mordéndome la lengua y le contesto:

—Le dije que ahora soy yo quien te folla. —Suelto una risita y me tapo la cara.

—¿En serio? Estás loca, pero una loca adorable. —Atrapa mis mejillas y me da un beso que me deja sin respiración y totalmente excitada.

Me conduce hasta el mostrador, donde un chico me saluda. No es el mismo que vi la última vez.

—Olimpia, este es Kevin. El hermano pequeño de Eric.

Ya decía yo que se parecía al otro, aunque Kevin es más joven.

—Hola, Kevin —saludo elevando la mano.

—Kevin, ella es Olimpia, mi novia —le dice dándome un beso en la mejilla y dedicándome una mirada que podría derretir el Polo Norte.

El corazón me da un saltito cuando la palabra *novia* sale de sus labios. No habíamos hablado de lo que somos, pero no puedo negar que me gusta cómo suena dicha palabra en su boca, y lo que significa.

—Hola, Olimpia. ¿Eres nueva en el pueblo? Nunca te había visto.

—Llegó hace poco. —Se adelanta Tristán antes de que yo hable.

—Ya decía yo que una chica tan bonita no podía ser de este pueblo. —Me guiña el ojo y me lanza una sonrisa coqueta. Será...

—Kevin...—Le riñe Tristán, pero sé al instante que no le molesta, con Kevin actúa de diferente manera que con Eric. Con Eric es como un lobo marcando su territorio y a su hembra.

—Gracias —le contesto sonriendo.

—Bueno, lo que te decía...—interrumpe Tristán.

Dejo que terminen de hablar y me doy una vuelta por la ferretería. No solo es una ferretería al uso, hay de todo. Me acerco al estante donde están las cuerdas y no puedo evitar pasar las yemas de los dedos a lo largo de ellas. Las de seda me recuerdan a las que nos traía mi padre a mi madre y a mí para que nos hiciéramos las pulseras de nudos. Las de algodón y cáñamo me

hacen viajar al barco de mi padre. Buenos recuerdos, pero siempre empañados por la desgracia.

Tristán

Kevin me ha contado que todos en el pueblo saben ya quién es Olimpia; antes solo lo sabían los más ancianos, así que es probable que no tarde en saber que la figura sin rostro; como ella me llama, soy yo. No sé cómo lo haré ni cómo va a tomárselo.

Hace como dos horas que Olimpia está arreglándose en la planta superior y yo estoy desesperado ya por verla con su vestido nuevo. Después de haber pasado por la ferretería, la llevé a la Boutique de Doña Jimena, donde se negó como un millón a que le regalara un vestido para esta noche. Ha insistido en pagarlo ella con el dinero ganado en casa de Jacinta. Al final he ganado yo, pero con la condición de no poder verlo hasta esta noche. Tengo un enorme poder de convicción; heredado de mi madre, pero ella no se queda atrás tampoco. Un beso aquí...y otro por allá y me tiene en el bolsillo.

Aprovecho la ausencia de Olimpia para sacar de su escondite el colgante, y observarlo durante un rato, para recordar aquellos días, en los que me pasaba horas y horas tocándolo y mirándolo, ahogado en alcohol. Quiero sentir la diferencia entre cómo me sentía y como me siento ahora. Ahora estoy feliz y tranquilo. La parte de mí que me faltaba ahora está completa. Ella es quien me ha faltado todos estos años y me negaba a reconocerlo por miedo a no volver a sentirme completo en toda mi vida. Buscaba y buscaba sin hallar lo que de verdad necesitaba. A Olimpia.

—¡Tristán! —grita Olimpia bajando las escaleras de dos en dos.

No me da tiempo a guardar el colgante donde estaba, así que lo escondo en el bote vacío de las galletas.

La falda de su vestido rojo se eleva por encima de sus muslos cuando gira a mí alrededor, dejando toda la piel de sus piernas al descubierto para el deleite de mis ojos. No sé da cuenta de lo que hace, o sí, pero cada vez que se gira y me mira con sus ojos azules, me hechiza un poco más. Aunque siempre haya sido mi vida; ahora se ha convertido en mucho más que eso, ahora se ha convertido en la reina y dueña de mi corazón. Forma parte del aire que necesito para respirar, y en la pieza fundamental que le faltaba a mi vida.

—Estás preciosa. —Consigo decir después de tragar saliva varias veces.

Mis ojos no dejan de ver como bailotea contenta y feliz. Solo con ver el

brillo que ilumina sus ojos sé que merece la pena todo lo que haga por hacerla feliz. Está demostrado que cualquier cosa que le proponga, por nimia que sea, le hace una ilusión inmensa. Apenas ha vivido una vida normal y tengo la necesidad de querer mostrársela toda.

—¿Nos vamos? —pregunta agarrándome del cuello de la camisa.

—¿Puedes esperar cinco minutos más? —le pido cerrando los ojos, inhalando su aroma natural con una mezcla de mi colonia de baño. Es el olor más especial del mundo.

—¿Pasa algo? —pregunta preocupada, escrutándome con sus cristalinos ojos.

—Pasa que solo quiero contemplar un poco más ese vestido antes de que alguien más lo haga. Pasa que ya me muero por quitártelo y meterme en tus bragas. Eso pasa —le digo amasando su cintura con mis dedos, atrayéndola más contra mi cuerpo.

—¿Te vale un pequeño adelanto?

—Me vale —susurro sin voz con media sonrisa. Me gustan sus adelantos.

La miro expectante, dirigiendo la mirada hacia donde sus manos conducen a las mías. A una la lleva hasta su trasero y a la otra la conduce por debajo de su vestido, hasta posarla sobre sus braguitas.

—Todo esto estará en el mismo sitio hasta que volvamos —murmura chupándome el labio inferior.

—Todo no —niego pasándome la lengua por el mismo lugar que ella ha lamido —, porque voy a borrarle ese pintalabios de la boca —aseguro.

Se echa hacia atrás justo antes de que la bese, dejando mi boca suspendida en el aire.

—Ahí no —niega a la vez que deja su cuello expuesto, instándome a que la bese donde ella quiere.

—Si haces eso, ni siquiera llegaremos a la puerta, mujer —hablo mientras coloco su espalda contra la pared y adelanto mis caderas contra las suyas.

—Contente un poco, Tristán. Dicen que lo más esperado se hace de rogar. ¿Rogarás luego? —ronronea mientras mi lengua se pasea por la suave piel de su cuello.

—Rogaré de rodillas y como tú quieras que lo haga, vida.

Me lanzo a sus labios; sin importarme quitarle el pintalabios rojo, y la beso con todas las ganas acumuladas de todos estos años de frustración. La beso hasta dejarle sin pintalabios, hasta dejarle los labios hinchados y rojos por mis besos y mordiscos.

—Ahora sí podemos irnos —le digo cuando consigo parar y le pongo el vestido en su sitio mientras que ella suspira recobrando el aliento.

Olimpia

La plaza está a rebosar, minada de puestos de comida y artesanías hechas a mano por los habitantes del pueblo. Todo el mundo pasea por sus calles, alegres y sonrientes. Aun nadie me ha mirado y eso me alivia. Estoy harta de sentirme un bicho raro a ojos de la gente.

—Los fuegos artificiales empezaran en una hora. ¿Te apetece beber algo antes?

—Como quieras.

Nos dirigimos hasta uno de los puestos en los que un cartel enorme pone algo en un idioma que no entiendo. Creo que es español.

—Hay alguien esperándonos ahí —dice señalando el puesto.

—¿Quién es? —pregunto intrigada, intentando ver quién es.

—Ya lo verás, no seas impaciente —bromea.

La plaza está decorada por un montón de guirnaldas blancas emulando a palomas y un montón de banderitas de Estados Unidos. Millones de bombillitas alumbran sus calles otorgando un ambiente cálido y acogedor. Es realmente precioso.

A medida que me voy acercando veo que la comida que se vende en ese puesto es muy parecida a la que cocina Jacinta. Tortilla de patatas, aceitunas, carne amarilla pinchada en un palo y un montón de pequeños bocadillos rellenos de carne curada y queso. Inmediatamente caigo en la cuenta de que la dueña del puesto es Jacinta. Me deshago de la mano de Tristán y recorro de dos zancadas los pocos metros que nos separan del puesto.

—¡¡Jacinta!! —grito a medida que me acerco.

—¡¡Corazón mío, pero que bonita estás, Dios mío!! —grita, abriendo sus brazos para acogerme en un gran abrazo de abuela.

Jacinta me coge de la mano y me da una vueltita, mirando mi vestido.

—¿Te gusta?

—Me encanta, chiquilla. Y ese escote... quien tuviera tus pechos para lucirlo así. —Ríe mientras mira a Tristán, que no me quita el ojo de encima.

—Se empeñó en que debía enseñar carne. ¿Quién soy yo para impedirselo, no? —murmura Tristán en el oído de Jacinta.

—Hijo mío, mi madre decía que “*Lo que se han de comer los gusanos, que lo disfruten los cristianos*” —apunta Jacinta palmeando la espalda de Tristán.

—Me habías dicho que eras bonita, pero no me imaginaba que lo fuera

tanto.

La voz ronca de un chico a mi espalda hace que me gire, encontrándome de bruces con su dueño. Un chico moreno y muy alto que me mira con una enorme y bonita sonrisa en la cara me tiende la mano. Al instante miro a Tristán y veo que él también sonríe.

—Hola, Olimpia.

—¿Y tú eres? —Pregunto totalmente intrigada.

—Soy Brian —contesta estrechándome la mano, depositando un beso en ella.

—¡Tú eres el abogado de Tris, que alegría poder conocerte!

—Lo mismo digo. Tristán se quedó corto cuando me dijo lo bonita que eras.

— Gracias — contesto sonrojándome.

—Ey, no te pases —le riñe Tristán, que se colocó a mi lado sin darme cuenta.

—Tranquilo, colega. Se mira pero no se toca —bromea guiñándome un ojo.

—Creí que ya no venias —le dice Tristán dándole un abrazo.

—¿Y perderme conocer a esta belleza? Ni de coña. — Ríe.

—¿Te quedaras un par de horas por lo menos, no?

—Que va, tío. Tengo que irme en media hora. Mi nuevo cliente me espera en el puerto. Sólo he pasado a saludaros.

—Bueno, ¿y quién es ese nuevo cliente? —Pregunta Tristán mientras pasa un brazo por mis hombros.

—Es un compañero de profesión español. Me parece que te hablé de él. Se llama Mark Savoretti.

—Oh, ahora lo recuerdo. Mitad español y mitad irlandés —contesta entusiasmado Tristán.

—Justo. Ha venido de viaje de luna de miel y me ha llamado para que nos encontremos aquí. Toda una casualidad, por cierto.

—Ya lo creo.

Charlamos, comemos y bebemos durante un rato con Jacinta y Brian hasta que nos despedimos de él y nos alejamos de tanto barullo. Parece que todo el pueblo ya se ha percatado de mi presencia, porque no paro de captar miradas furtivas hacia mí. Tristán no parece darse cuenta y si lo ha hecho las ignora soberanamente, porque no se ha despegado de mi lado ni un segundo ni ha dejado de acariciarme o besarme. Me gusta que no le importe que nos miren, hasta me he acostumbrado a ser el centro de atención.

—¿Te apetece bailar, Oli?

—Claro.

La carpa donde hay un pequeño escenario está repleta de gente bailando. Jóvenes y no tan jóvenes bailan alrededor de una banda que toca canciones conocidas, a las que ellos le dan su propio estilo. Cuando nos adentramos entre el gentío, ya nadie nos mira, ahora somos parte del cuerpo de baile improvisado.

—Estás muy guapo. Te has recortado un poco la barba, ¿verdad? —le digo a Tristán mientras que nos abrazamos para bailar.

—Poco a poco irá desapareciendo, ¿te parece bien?

—Me parece, aunque a mí me gusta. ¿Por qué quieres quitártela?—Sonrío acariciándosela.

—Porque quiero que veas mi cara, al completo. Quien soy de verdad.

—No es necesario. Sé quién eres. Eres mi Tristán. —Sonrío dándole un beso.

—Todo tuyo. — Sonríe a medias y asiente encajando su rostro en mi cuello.

—Nos miran —me susurra mientras nos dejamos llevar por la voz de *Ed Sheeran* y su canción: *Perfect*.

—Ya no me importa. ¿A ti sí?

—Todo lo contrario, Oli. Me encanta que sepan que eres mía, que estás en mi casa, y porque no, que también estás en mi cama.

—Soy diez años más joven que tú, eso es un problema aquí —afirmo, porque sé que en los pueblos la diferencia de edad no está bien vista.

—A nadie debe importarle la edad que tengas, solo a mí. Y no me importa un carajo, Oli. Eres perfecta para mí.

—Antes te importaba —rebato.

—Antes estaba ciego. Antes...antes me engañaba a mí mismo y utilizaba esa excusa para alejarte de mí.

—Aun no entiendo por qué...

—Pronto lo entenderás, pero ahora no pienses en eso. Solo bailemos.

La canción ya ha terminado, pero nosotros permanecemos abrazados bailando la siguiente, hasta que alguien grita nuestros nombres de forma chillona.

Su voz me es familiar hasta que caigo en la cuenta de que es Noelia. Se acerca a nosotros haciendo aspavientos con los brazos, como si tan solo con su voz no nos hubiera bastado.

—Hola, peor amiga. ¿Sabes que me debes una copa? Y tú —se dirige ahora a Tristán, señalándole con un dedo acusador—, ¿qué le has hecho? Está más

delgada que la última vez que la vi...

Tristán y yo nos miramos y rompemos en carcajadas. No creo que resulte bonito ni de buena educación decirle la verdad. Decirle que nos hemos pasado todo el tiempo follando como malditos inconscientes, parando solo para comer algo.

—Nada que ella no quisiera —contesta elevando las cejas arriba y abajo, sonriéndole con la sonrisa más devastadora que puede tener un hombre.

—Eres un guarro, Tris. —Se queja dándole un manotazo en el hombro.

—Tú has preguntado y yo contesto. Creo que va así el diálogo entre personas, ¿no crees, pequeña Noelia?

Noelia nos mira a uno y al otro sopesando su respuesta.

—Esos detalles ahórratelos, cochambroso. Y ahora, dejad de sobaros delante de mí y vamos a tomar algo. —Se queja despotricando lo más grande por lo bajo.

No nos habíamos dado cuenta de que Tristán y yo nos habíamos estado acariciando y tonteando mientras hablábamos con Noelia. Ahora somos inseparables.

A medida que nos acercamos a la barra donde sirven las bebidas, puedo notar las miradas de todos. Algunos nos miran sorprendidos al ver la mano de Tristán y la mía entrelazadas, y otros, me miran de forma extraña, con una sonrisa asquerosa en la boca. Me pregunto porque es tan difícil para ellos admitir que alguien más joven pueda enamorarse de alguien unos años mayor y viceversa. Vivimos en un estado que presume de libertad sexual, pero realmente somos un estado retrógrado, a excepción de algunos. Pero la culpa no la tienen ellos totalmente, la otra mitad de la culpa la tenemos nosotros, que no nos enfrentamos ni nos manifestamos en contra de estos energúmenos que no entienden que el amor no tiene ni edad ni sexo. La edad es solo un número marcado en el documento de identidad, nada más.

Dejo toda clase de pensamientos atrás; no quiero amargarme la noche, así que le dedico mi mejor sonrisa a todo el mundo y me acerco un poco más a Tristán buscando su calor. Tristán me echa el brazo por los hombros intuyendo que así me sentiré protegida de todas esas miradas.

—Están mirando lo hermosa que estás. No les des importancia y mírame a mí, ¿de acuerdo?

—Vale —susurro, dejándome tranquilizar por sus hermosos ojos.

—Amiga, estás espectacular. Eso es lo que miran todos, disfruta de la noche y no le hagas caso a esos salidos e idiotas —me susurra Noelia mientras me

aprieta la mano en señal de apoyo.

—Gracias, Noelia. Porque me estaban entrando ganas de liarme a tortas con todos... —digo con más efusividad de la cuenta.

—Tranquila, fiero —carraspea Tristán mirando a nuestro alrededor, descojonándose de risa junto a Noelia.

Pedimos las bebidas y nos dirigimos a un jardín fuera de la carpa, donde nos sentamos en unos taburetes altos, rodeando una mesa también alta. Ha refrescado un poco y tengo toda la piel de gallina.

Mientras bebemos y charlamos, viene un amigo de Noelia; Ricky, o más bien un ligue, por la forma en la que habla con ella. Es simpático y amable, pero también me mira de una forma extraña, escudriñándose con la mirada cuando cree que no me doy cuenta. Noelia se da cuenta y me sonrío haciendo un gesto con la mano, indicándome en un susurro que es un pelín curioso, aunque no me lo trago. Estoy segura que algo más pasa conmigo en este pueblo, y lo peor de todo, creo que el secreto que guarda Tristán tiene mucho que ver con todo esto. Prometí que esperaría a que él fuera quien decidiera cuando contármelo, y no sé si seré capaz de esperar.

—¿Si te dejo sola un momento intentarás pegar a alguien? —me pregunta Tristán, haciéndome reír por la forma en la que lo ha dicho.

—No estoy sola, estoy con...—Giro la cabeza y me topo con Noelia y Ricky comiéndose a besos.

—Y era ella quien nos decía que dejáramos de sobarnos... —habla Tristán en voz alta, interrumpiendo el apasionado beso.

Mientras que Tristán va a ayudar a Jacinta a cerrar el puesto de comida, yo voy al baño. Cuando entro, oigo a varias chicas susurrar que Eric ha llegado a la carpa, pero que aún no se ha acercado a ellas.

Creo recordar que Eric es el hermano de Kevin; el dueño de la ferretería, el mismo con el que Tristán apenas me dejó cruzar palabra.

Todas las chicas están emocionadas por su llegada, porque no paran de pronunciar su nombre entre suspiros.

Salgo del servicio, después de doscientos suspiros y un millón de risitas tontas, escoltada de manera casual por todas ellas. Busco con la mirada a Noelia, pero no la veo a ella, sino a Eric <<El creador de suspiros>>, caminando hacia mí con una sonrisa en el rostro. Es una sonrisa oscura y siniestra, la cual el día que lo conocí no esbozó, pero que ahora me pone los pelos de punta.

—Viene hacia nosotras —cacarea una de ellas.

—¿Con quién de nosotras se quedará esta noche? —susurra otra poniéndose la mano en el pecho.

—Contigo no desde luego —le responde la anterior —, le gustan jovencitas, y tú, ya pasaste la veintena hace mucho.

Todas las chicas a mi espalda murmuran y ríen, hasta que las risas se quedan atascadas en sus gargantas cuando Eric se para justo frente a mí, impidiendo que siga andando.

—Hola, preciosa.

—Hola, Eric. —Compongo una risa forzada e intento alejarme.

—Veo que te acuerdas de mi nombre.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —Sonrío mirando a mi alrededor un poco incomoda.

—Solo nos hemos visto una vez —dice rozándome el brazo con la yema de sus dedos.

Miro mi brazo y seguidamente miro sus dedos, mandándole una señal que él no tarda en captar. En ese momento, las chicas pasan justo a nuestro lado, saludando a Eric efusivamente.

—Hola, Eric...

—Hola, que tarde has venido...

—Hola, Eric. Qué guapo estás hoy...

Y un par de <<holas>> más, que igualmente son ignorados, consiguiendo así que todas me lancen miradas de advertencia e insultos por lo bajo.

Soy única ganándome la enemistad de los presentes...por lo que veo.

—¿Has venido sola, Olimpia?

—He venido con Tristán.

—¿Vais siempre juntos? —pregunta posando una mano fuerte y grande en mi hombro.

—Sí. —Me limito a contestar secamente.

—¿Estáis juntos entonces? —interroga elevando las cejas.

—Sí —contesto sin duda alguna.

—Una pena entonces...

—No para mí.

—Pronto no opinaras lo mismo.

—¿Qué quieres decirme, Eric? Ve al grano —le exijo.

—Tranquila, preciosa. Ya sabrás de la fama de Tristán en el pueblo.

—Estoy informada, gracias.

—¿Y te da igual?

—Todo el mundo tiene derecho a cambiar, ¿no crees?

—Hay personas que no lo hacen. —Sonríe y me pasa el pulgar por la mejilla.

—¿Qué tenéis en este pueblo en contra de Tristán? ¿Porque todo el mundo os creéis con derecho de advertirme?

—Veo que no solo yo te he avisado. —Se acerca un poco más, cogiéndome un mechón de pelo, pasándomelo por detrás de la oreja.

—Pues sí, y ya estoy cansada. —Le aparto la mano bruscamente cruzándome de brazos.

—Ya sé que tienes que tanto le gusta a Tristán, aparte de esos morros que...

—¿Qué tengo, según tú? —le interrumpo.

—Que eres una gatita indomable y rebelde. ¿Sabes? A mí también me gustan así. Justamente tenemos los mismos gustos tú novio y yo.

Su voz se ha convertido en un ronroneo, que lejos de excitarme, me repugna. Acerca de nuevo su mano a mi cara, pero me retiro a tiempo para que no me toque.

—Más te vale tener tus manos alejadas de mí —le advierto dando un paso atrás.

—¿Y si no lo hago?

—Te arrepentirás —le advierto.

—Uhh...que miedo. ¿Acaso gritarás?

—No creo que haga falta —le digo señalando con la mirada a su entrepierna.

—Tranquila —dice poniendo sus manos en alto.

—¿Me permites pasar entonces?

En vez de apartarse, lo que hace es acorralarme contra la pared de la puerta del baño.

—Solo quiero hablar, Olimpia. Me gustas, ¿sabes?

—Por favor, Eric. Tengo que irme.

—¿Sabes una cosa? —pregunta acercándose un poco más a mí—. Tristán ha tenido mucha suerte encontrándote por fin.

—¿Qué quieres decir?

Eric sonríe, pasándose los dedos por el pelo.

—Creo que Tristán aun no te ha contado varias cosas que deberías saber.

—Eso no es asunto tuyo —le contesto muerta de miedo. No sé qué es lo que oculta Tristán, pero parece que todo el pueblo lo sabe menos yo.

—Claro que no, pero creo que deberías saberlo. Así no verías con esos

ojitos enamorados a tu amante.

Pega su pecho mucho más, pasando su mano por la longitud de mi cuello, hasta cerca de mí escote.

—¡¡No me toques!! —le pido sintiendo náuseas.

Apenas puedo mantener los ojos abiertos. Las náuseas y el mareo se han apoderado de mi cuerpo. Me apoyo en la pared e intento apartar las manos de Eric como medianamente puedo, cuando de repente, todo el peso de su cuerpo libera el mío.

Tristán

Busco con la mirada a Olimpia sin hallarla. Al menos doy con Noelia y le pregunto por ella.

—Debe estar en el servicio, Tristán. Aunque pensándolo, ya lleva mucho rato.

De camino al servicio, varias de las chicas del pueblo me impiden pasar.

—¿Buscas a la niña? —pregunta Wendy, una de ellas.

—Olimpia. Se llama Olimpia.

—Pues creo que tu Olimpia está bastante ocupada con Eric.

El corazón me golpea en el pecho. Eric al igual que todas, saben quién es ella, y me temo lo peor. Me arrepiento de haberla traído aquí. Debí imaginar que esto sucedería.

—¡Déjate de gilipolleces, Wendy, y dime donde cojones está Olimpia! —bramo, perdiendo el control a cada segundo.

—La última vez que la vimos estaba muy acarameladita con Eric en el pasillo del baño.

Ignoro sus pullas y corro hacia los servicios, encontrándome con una escena que me hierve la sangre. Eric tocando a Olimpia mientras ella le implora que la suelte. Ni siquiera me lo pienso dos veces cuando de una patada aparto a Eric, cogiéndolo desprevenido y tirándolo al suelo.

—¡¡Te voy a matar, hijo de puta!! —grito estampándole el puño en la nariz.

—Deja que me levante, y pueda defenderme en igualdad de condiciones —aúlla Eric limpiándose la sangre de la nariz con el puño de su camisa.

Lo levanto del suelo, dándole la oportunidad de defenderse.

—¡¡Vamos!! —le increpo —. Te voy a quitar las ganas de tocar a mi chica.

—Tristán, para por favor —me pide Olimpia agarrándome del brazo.

—¿Tu chica? —Ríe Eric —, dirás tu niña del...

—¡¡Cállate y pégame!! —le grito antes de que siga hablando, abalanzándome de nuevo sobre él, propinándole una serie de golpes sin un

destino en concreto.

Todo el mundo se ha concentrado a nuestro alrededor, mirando perplejos como nos pegamos sin que nadie se atreva a entrometerse.

—¡Tristán, por favor! ¡No me encuentro bien, para! —grita a mi espalda Olimpia.

Me giro solo medio segundo, antes de ver como se desvanece y cae al suelo desmadejada.

—Olimpia —la llamo, poniéndome de rodillas en el suelo, levantándola en volandas.

La cojo en brazos para sacarla de este circo que se ha montado en menos de un minuto.

—Tienes sangre en la boca —susurra pasándome el pulgar por el labio inferior, haciendo que cierre los ojos por un momento.

—No es nada. ¿Cómo estás?

—Mareada.

—¿Qué te ha hecho ese imbécil?

—Nada. Solo me decía cosas.

—¿Qué cosas?

—Algo que al parecer, todo el mundo sabe, menos yo.

—Te sacaré de aquí —me limito a contestar. Me aterra la posibilidad de que tenga que contárselo ya.

Me alejo de la carpa y del pueblo, dirección al puerto. Olimpia se tensa al darse cuenta de adonde nos dirigimos.

—Voy a llevarte a un lugar alejado del agua. Confía en mí.

—¿Cuándo me lo contarás? —musita.

—Pronto.

Capítulo 11

Tristán

La he traído al mirador del puerto, donde a veces vengo a ver como los barcos pesqueros atracan en el puerto por la noche. Es un espectáculo para los sentidos sentir la brisa del mar en la cara y el frío de la noche en la bahía.

—¿Puedes mantenerte en pie? —le pregunto antes de dejarla en el suelo.

—Claro, tonto. Solo ha sido un mareo —canturrea totalmente recuperada.

Me asombra la capacidad de Olimpia para recuperarse de lo que sea que le ocurra.

—Mira al frente —le indico.

Olimpia se gira sobre sus tacones y ahoga un grito de asombro entre la palma de sus manos.

—Desde aquí puedo ver el *Golden Gate*. Con esas luces parece...mágico.

—Pues mira más abajo —le indico dándole un empujoncito.

Se acerca a la barandilla con cuidado y mira justo donde le señalo con el dedo.

—Una casa junto a la bahía —dice distraída aun con el puente.

—Tu casa junto a la bahía —le corrijo.

—¿Qué quieres decir? —se gira y me encara con media sonrisa incrédula en los labios.

—Que esa casa de ahí es tuya.

—Pero... ¿por qué?

—Porque quiero que tengas un lugar donde ir a refugiarte.

—¿Ya no quieres que viva contigo? —pregunta con la decepción ahogando su voz.

—Claro que quiero. Me moriría si te fueras, pero quiero darte la oportunidad de, que si quieres algún día alejarte de mí, tengas un lugar donde hacerlo.

—No puedes regalarme una casa.

—Ya lo he hecho. Para eso fui la ciudad. Necesitaba arreglar un par de documentos.

—Pero...—susurra al borde del llanto.

—Pero nada. Es tuya. Solo acéptala.

El sonido atronador del primer impacto en el cielo de los cohetes nos sobresalta a los dos.

—No sé qué decir.

—No digas nada y ven aquí —le pido tendiéndole la mano.

Nos besamos como si lleváramos siglos sin hacerlo. La aprieto contra mi cuerpo, buscando el calor que solo ella me da.

—Nunca había probado la sangre —indica saboreando mi lengua y mis labios manchados de sangre—. Sabe a hierro, pero sabe bien.

—¿Sueles chupar hierro para saber cómo sabe? —sonríe mientras le muerdo el labio.

—No, idiota. —Ríe volviéndome a besar.

—Tú también sabes bien.

—¿Sabes una cosa?

—Qué cosa...

—Que me gusta todo de ti. Me gusta como caminas con ese aire de modelo de fotografía. Me gusta cuando tus paletas descansan en tu labio inferior cuando te concentras en algo. Me gusta como achinas los ojos cuando sonríes y también tus manos fuertes mientras me agarras por la cintura cuando estoy encima de ti. Tus gruñidos ahogados cuando hacemos el amor...

La abrazo con fuerza impidiendo que siga, enterrando mi cabeza en su pecho. Olimpia me acaricia y tira de mi pelo como solo ella sabe hacerlo, calmando mi ansiedad causada por todo lo sucedido.

—Te quiero —gruñe atrayéndome a sus labios.

—Y yo a ti, pequeña.

Eleva la cabeza bruscamente, abriendo sus hermosos ojos azules de par en par, fijándolos en mi rostro. El corazón se me para en el pecho, y los pulmones dejan de desempeñar su función en ese justo momento. Me está mirando como la primera vez que lo hizo cuando la saque del agua. Una mezcla de terror y tranquilidad se reflejan en ellos.

Por un momento creo que me ha reconocido y me muero por dentro hasta que por fin habla.

—No quiero que te vayas nunca.

—No iré a ningún lado. Ya nunca más estarás sola.

Olimpia

Las ganas de vomitar me despiertan bruscamente del profundo sueño en el que me hallaba sumergida. Apenas me da tiempo a llegar al baño cuando vomito en el váter de rodillas en el suelo.

Intento no llorar, pero los sollozos nacen solos de mi pecho. Desde que era pequeña me ha dado pánico vomitar. Es una sensación horrible que no soporto.

Parece que los espasmos y las náuseas cesan, pero no puedo dejar de llorar y temblar.

—Ey, Oli —exclama Tristán entrando en el baño, poniéndose de rodillas frente a mí—. ¿Qué ha pasado?

—He vomitado. —Lloro con más fuerza cuando me estrecha entre sus brazos.

—Ya pasó, mi vida —me consuela, acunándome en su pecho.

Tristán me ayuda a levantarme y me sienta en la taza del váter mientras que busca una toalla por los muebles del baño y la moja para pasármela por la frente y el cuello.

—Creo que la tortilla de patatas de Jacinta no me ha sentado bien —digo intentando sonreír, consiguiendo una mueca temblorosa.

—Sí, y la panzada de aceitunas que te comiste no... Toma anda, lávate los dientes que voy a prepararte un baño —dice tendiéndome el cepillo de dientes.

—¿Por qué eres tan bueno? —le digo acariciando su pelo revuelto.

—No soy tan bueno como crees...—contesta chasqueando la lengua.

Mientras me lavo los dientes, Tristán llena la bañera y echa unas bolsitas de algo que parece jabón en bolitas. Enseguida la bañera se llena de espuma y de un delicioso aroma a vainilla que me hace desear beberme el agua. Estoy fatal...

—¿Lo haces tú? —le pregunto indicándole que me desnude.

—Será un placer, señorita Olimpia. —Sonríe acercándose a mí.

Empieza sacándome por la cabeza la camiseta y luego prosigue bajándome las braguitas despacio, recreándose en lo que hace, rozando cada centímetro de mis piernas con sus dedos.

—¿Estoy tan delgada como dice Noelia? —comento mirándome el cuerpo.

—Solo un poco. A partir de ahora voy a encargarme de que engordes. Dejaremos un poco el sex...

—Ni lo sueñes —le interrumpo, tirándole del pelo, pegando su cara a mis pechos.

—Veo que estás mejor, pero lo tomaremos con calma, ¿entendido? —susurra besando uno de mis pechos.

—No me importa perder unas cuantas calorías hoy —gimo mientras que

Tristán me muerde el hombro —, luego las recupero.

—Umm, ahora te daré de comer...—dice elevando las cejas con una sonrisa pícaro en el rostro.

—¿Menú especial? —pregunto mientras voy introduciéndome poco a poco en la bañera.

—La especialidad de la casa, señorita —murmura bajándose los calzoncillos, metiéndose conmigo en la bañera.

Nos jabonamos el uno al otro, siendo la sensación más placentera de mi vida.

Aún no puedo ni creerme el giro que ha dado mi vida. Me da pánico pensar que algún día puedo volver a quedarme sola. Ahora ya no siento ese aleteo en mi pecho que me obligaba a hacerme daño. La goma elástica ha desaparecido sin darme cuenta, aunque creo que ha sido Tristán el que me la ha quitado mientras dormía. Me siento más que bien, aunque a veces me sienta culpable por hacerlo mientras que toda mi familia está muerta. Ahora, también pienso en mi hermano, en la edad que tendría y que hubiera sido de nosotros si hubiesen sobrevivido.

Pensamientos que llegan a mi cerebro después de haber pasado un tiempo intentando olvidarme de quién soy, pero que ahora atacan con fuerza de nuevo.

Tristán, también sumido en sus pensamientos, nota mi cambio de actitud mientras acaricia mi muslo.

—¿Qué ocurre, Oli?

—Dentro de veintiún días es el aniversario de la muerte de mis padres y mi hermano —digo haciendo círculos sobre la piel de su pecho, evitando que vea cómo lloro en silencio.

Tristán

¿Cómo decirle que yo también perdí a mi madre ese día? ¿Cómo hacerlo sin desmoronarme?... Sin que sepa quién soy.

Ayer fue mi segundo aviso y sé que me estoy quedando sin tiempo. Pronto tendré que confesarle todo. ¿Cómo lo haré? No tengo ni idea, joder.

—Lo sé. —Me limito a contestar.

Tengo atragantadas las palabras.

—No quiero que te vayas —solloza de buenas a primeras contra mi pecho.

—No voy a irme a ningún sitio, Oli. ¿Porque me preguntas eso?

—Porque no me creo que todo vaya tan bien. Siempre que pasa algo bueno...

—No puedes pensar así, mi vida. Ya era hora de que la vida te sonriera, ¿no crees?

—No sé si lo merezco.

El que no se merece todo esto soy yo: un vil mentiroso.

—Te mereces todo lo bueno que te pase. Eres buena, inteligente, bonita, decidida...

—¿Lo crees en serio?

—Lo creo y lo sé.

Mientras desayunamos en el porche, vemos como Jacinta riega el césped y la hilera de plantas que tiene bajo el balcón. Ella me recuerda a menudo a mi madre. Se pasaban horas y horas sentadas en el porche, hablando de los libros que leían juntas y de las cientos de recetas que intercambiaban. Jacinta le enseñaba a cocinar comida española y mi madre se encargaba de mezclar las recetas de ambos países. Al final, todo resultaba delicioso y medio <<españolizado>>; como solía llamarlo mi padre. A mí me encanta la comida española, y por lo que se ve, a Olimpia también.

Los suspiros de Olimpia me rompen. Suspiros que dicen tanto como callan.

—Mi madre murió por estas fechas —suelto de repente, como si las palabras tuvieran decisión propia.

Olimpia abre la boca y coge aire en su pecho.

—¿Ha sido mi culpa el habértela recordado?

—En absoluto. La recuerdo cada día de mi vida, pero durante este mes...un poco más.

—Lo siento —musita.

—No lo sientas. Sé que para ti es bastante duro recordar, pero a mí me sienta bien. Debemos recordar a los que se han ido con una sonrisa en nuestros labios. ¿De qué nos sirve llorar por algo que ya no tiene remedio? Dónde hay vida hay esperanza y donde no la hay, hay superación.

—¿Quieres hablarme de ella?

Me muerdo el carrillo derecho con nerviosismo. No me gusta hablar de mi madre, pero creo que tanto ella como Olimpia, se merecen conocerse, aunque sea a través de mí.

—Mi madre era maravillosa — rio —, ¿pero qué voy a decir yo?

—¿Era joven?

—Mucho. Acababa de cumplir treinta y siete cuando enfermó.

—Lo siento —se disculpa de nuevo, tocando mi hombro con un suave

apretón.

Como por inercia, sigo hablando.

—Nadie lo sabe, salvo Jacinta, y ahora tú. Cuando mi ella enfermó, estaba embarazada. Justamente nos dimos cuenta de que estaba enferma gracias a una ecografía para el control del embarazo, en la que detectaron que tenía cáncer de páncreas. Enseguida los médicos decidieron que por el avanzado estado del cáncer, debía abortar para ponerse en tratamiento; ya que el embarazo aún no estaba demasiado avanzado, pero mi madre se contrapuso a la decisión de los médicos y decidió que seguiría adelante con todas las consecuencias. Al cabo de un par de semanas, mi madre empezó a tener molestias abdominales y pérdidas de sangre, hasta que al final sufrió un aborto de forma natural. A partir de ahí, empezó con el tratamiento de quimioterapia y radioterapia, ya que la operación estaba descartada. La quimioterapia ayudó solo a frenar un poco la enfermedad, pero tiró por los suelos sus defensas. Entonces, ya no pudo salir de casa, ya que era muy propensa a contraer enfermedades.

—Debió ser terrible para ella...

—No sabes cuánto. A ella le encantaba oír el mar y pasear por la arena, pero no pudo volver a hacerlo. Por eso, mi padre y yo nos la ingeniamos para que tuviera un poco más de ese mar sin moverse de casa. Fuimos una mañana a la bahía, y recogimos un montón de caracolas, bolsas de arena y agua del mar.

—¿Y que hicisteis con todo eso?

—Allí en aquel rincón al lado de la hamaca —le digo señalando con el dedo la parte izquierda del porche, que ahora yace vacía, salvo por la antigua hamaca de mamá —, construyó mi padre una especie de cajón de madera de unos dos metros, para volcar ahí la arena de la playa que habíamos cogido anteriormente. Esparcimos todas las caracolas y conchas que habíamos recolectado. Adornamos el rincón con una palmera que nos regaló Jacinta y cada mañana íbamos a por agua de mar para que mi madre metiera los pies en el barreño que mi padre había preparado para ello un día antes.

—Me encantan las caracolas.

—¿Alguna vez te has acercado el agujero de una caracola a la oreja?

—Nunca —niega con la cabeza.

—Pues si te acercas al oído el agujero y escuchas con atención a la caracola, ella hará que oigas el mar.

—Eso es imposible. El mar no cabe en el interior de una caracola.

—Pero sí en tu corazón. Ven aquí. —La tomó de la mano y la conduzo a

través de la cocina hasta el pasillo y la habitación de mi madre.

Abro la puerta, pero freno un instante. Estoy a punto de enseñarle a Olimpia algo tan personal e íntimo, que necesito coger aire. Ella se da cuenta y espera pacientemente, sin si quiera mirar hacia el interior.

Entramos cogidos de la mano, dirigiéndola hasta el tocador de mi madre, donde reposa una única caracola.

—Es con la única que nos quedamos, las demás están con ella —le confieso.

—Oh, ¿puedo cogerla? —pregunta con miedo.

—Claro, toma.

Olimpia toma de mi mano la caracola con sumo cuidado, dejando al descubierto su miedo a caerla o romperla.

—Es preciosa, pero me da miedo...—musita mirándola de cerca.

—¿Qué te da miedo?

—Oír el mar en su interior.

Se muerde el labio inferior con fuerza, y sé a ciencia cierta, que si tuviera la goma elástica en la muñeca, se golpearía con ella.

—Estamos lejos del mar. No va a pasar nada.

Olimpia

Coloco la caracola en mi oído con manos temblorosas y ladeo la cabeza para adaptar su agujero en mi oreja. Cierro los ojos mientras que con la otra mano busco el contacto con Tristán. Me concentro en el sonido que emite, y me estremezco al instante, sintiendo que todo mi cuerpo reacciona al sonido de las olas del mar y de la brisa marina impactando sobre el agua. Las lágrimas resbalan por mis mejillas cuando tengo la sensación de estar cerca del mar.

—No es tan malo, ¿verdad?

—No. Es agradable oír el mar en algo tan pequeño, sabiendo que no vas a ahogarte.

—Olimpia. Las cosas pasan una vez. ¿Acaso crees que volverá a pasarte algo parecido?

—No lo sé. Podría...

El sonido de la puerta de la cocina nos sobresalta. Jacinta no puede ser porque la estamos viendo a través de la ventana de la habitación.

—Quién cojones...—se queja Tristán.

Salimos al pasillo, encontrándonos de bruces con Daniela. Lleva una coleta alta, unos vaqueros muy ceñidos y una camiseta que no deja nada a la imaginación. Me pregunto automáticamente que hace aquí. Tristán se vuelve a mirarme, preguntándose exactamente lo mismo que yo. La diferencia es que

yo estoy atónita y el confundido.

—Hola, parejita —nos saluda, como si entrar en una casa que no es la tuya fuera de lo más normal del mundo.

—¿Se puede saber qué coño haces aquí, Daniela?

—He estado llamando, pero nadie me abría, así que decidí entrar.

—Y, ¿no te has parado a pensar que no eres bien recibida?

—Ay, Tristán, no seas así. Solo quería saber cómo estabas después de lo que sucedió anoche. Me lo han contado en el pueblo y estaba preocupada —dice con la mano en el pecho, al estilo actriz de Hollywood con el corazón desgarrado.

—Pues ya ves que estoy bien. Puedes marcharte. No tienes nada que hacer aquí.

No me puedo creer que esta mujer tenga tan poca vergüenza.

—No hace falta que me echés. Uy, qué caracola más bonita, ¿me dejas verla? —pregunta extendiendo la mano hacia mí.

—No. —Se apresura a contestar Tristán.

Le tiendo la caracola a Tristán, que la mira fijamente. Él la coge y se dispone a metérsela en el bolsillo, cuando Daniela se la arrebató sin tener tiempo a evitarlo.

—¿La has cogido en la playa? —pregunta observándola de cerca.

—No es asunto tuyo. Devuélvemela, por favor.

La voz de Tristán sale estrangulada. Puedo ver el pánico en sus ojos, como si predijese lo que está a punto de ocurrir.

Daniela hace el amago de devolvérsela, pero antes de que la caracola toque la mano de Tristán, resbala de sus dedos, impactando en el suelo con un fuerte golpe. El pecho se me encoge cuando veo que la caracola se ha hecho añicos. Puedo ver cómo la cara de Tristán se contrae de puro dolor, para luego ponerse roja de enfado e ira.

—Eres...eres...—Ni las palabras le salen, pero ya me encargo yo de terminar la frase.

—Eres una maldita hija de puta, Daniela —vocifero entre dientes.

—Oh, perdón. ¿Era muy valiosa para ti? —pregunta haciéndose la inocente.

—¡Sal de aquí! —Chilla Tristán, haciendo que Daniela se encoja en el sitio —, o me voy a olvidar de que eres una chica y...

Daniela sale corriendo por el pasillo, pero antes de hacerlo, la veo sonreír maliciosamente. Me arde la furia en las venas y no puedo evitar salir corriendo tras ella. La persigo por el jardín y parte del camino de entrada,

hasta que la alcanzo agarrándola del brazo.

—¿Por qué lo has hecho? Era de su madre y tú...

—Era una maldita caracola, vieja y desgastada —protesta.

—No era por su belleza por lo que Tristán la adoraba, era por su valor sentimental. Pero por lo que veo, tú de eso no entiendes.

—La que no lo entiendes eres tú. Si tú no hubieras irrumpido en este maldito pueblo, Tristán estaría ahora entre mis brazos y no a tu lado.

—Supéralo ya, Daniela. ¿Tanto trabajo te cuesta admitir que lo tuyo con él acabó? Acabó mucho antes de que yo llegara, no sé por qué te empeñas en echarme la culpa a mí.

—Tú lo has embrujado con esos ojos de bruja que tienes y esa cara de duende. Si no estuvieras aquí...él hubiera vuelto a mí —asegura.

—¿Sabes una cosa? A lo mejor hubiera vuelto a ti, pero jamás su corazón te hubiera pertenecido. Adiós, Daniela.

Me dio media vuelta para evitar hacer algo de lo que pueda arrepentirme.

—Eres una maldita bruja, y me encargaré de que todo el pueblo lo sepa.

—Haz lo que quieras, pero aléjate de nosotros. Ya has hecho bastante daño por hoy.

—Y más que puedo hacer. No lo olvides, bruja.

La piel se me eriza con sus últimas palabras. Su tono amenazante y su forma de mirarme, me han dado escalofríos.

Recorro los pocos metros que me separan de la casa y entro para buscar a Tristán. Está sentado junto a la mesa de la cocina, con todos los trozos de la caracola esparcidos por la mesa, y una expresión de angustia que jamás había visto en sus ojos.

—Lo siento, ha sido culpa mía —le digo posando mi mano en su hombro.

—No ha sido culpa tuya —contesta absorto en la caracola.

—Si no me hubieras enseñado la caracola, nada de esto estaría pasando.

—No lo hagas, Olimpia. No te culpes más de cada desgracia que pasa. Era solo una simple caracola —musita con la voz apagada.

—No era una simple caracola...

—Ya no hay vuelta atrás. Déjalo estar.

Sus hombros están hundidos y su cara apesadumbrada. Sé que lo que ha pasado le duele más de lo que intenta demostrar.

Va hacia su habitación; ahora nuestra, y regresa con algo entre sus manos. No le digo nada y espero para ver qué hace. Está recogiendo los trocitos de la caracola y metiéndolos en una bolsita de tela. Era eso lo que había ido a

buscar.

—Oli, ¿te importa quedarte sola? Necesito hacer una cosa.

—Ve tranquilo. Estaré aquí cuando regreses.

Tristán se da cuenta de que me ha parecido extraño que quiera dejarme sola, y se apresura a darme explicaciones que no he visto oportuno pedirle, pero que aun así, me da.

—Solo voy al cementerio, pero necesito ir solo, ¿vale? —Se acerca a mí y deposita un beso en mi frente, para luego desaparecer por la puerta de la cocina con la bolsita donde lleva los restos de la caracola.

Sé que lo ocurrido no es culpa mía, o sí, en parte. Pero aun así, me siento muy culpable por ello, y necesito hacer algo para no sentirme como si le hubiera roto el corazón a Tristán. Lo que estoy a punto de hacer es una maldita locura. En realidad no es una locura para alguien normal, pero para mí, lo es.

Me convengo antes de salir por la puerta de lo que voy a hacer. No será nada fácil y me costará la misma vida, pero me he propuesto conseguirlo. Lo haré por él, por mí...por su madre. Recorro a paso ligero el camino de madera que lleva hasta la playa, oteando a lo lejos como el mar se funde con la arena. La brisa salada llega hasta mis fosas nasales y empiezo a ponerme nerviosa.

—Vamos, Oli. Tú puedes —me animo a mí misma en voz alta.

Uno de mis muchos psicólogos, me dijo una vez, que si exteriorizaba mis miedos, me sería más fácil combatir contra ellos.

—Tengo miedo al mar, lo sé. No va a pasar nada —me auto convengo y exteriorizo.

Hace calor y noto enseguida el cambio de temperatura cuando voy acercándome a la orilla. Las piernas me tiemblan, el corazón se me dispara, y la sangre me burbujea en las venas. Miro a lo lejos antes de acercarme más a la orilla, intentando localizar una caracola. Camino varios metros por la arena seca antes de tener que pisar la mojada. Eso significaría que estoy más cerca del mar, y por ahora, intento evitarlo. Camino y camino por la playa sin éxito, hasta que me doy cuenta de que poco a poco he ido calmándome. Mi corazón ya no late desbocado, mis piernas se mantienen fuertes y mi respiración es acompasada. Sin darme cuenta, he olvidado por un breve espacio tiempo donde estaba y me he centrado en un propósito: encontrar una caracola.

—Vamos, Oli, tú puedes.

Sigo caminando y buscando la ansiada caracola, pero cuando ya estoy a punto de darme por vencida y dar media vuelta, veo a lo lejos un bulto grande

y anaranjado. Inmediatamente me doy cuenta de que es una caracola gigante. No me lo puedo ni creer. Solo hay un único problema: está muy cerca del mar, y para recogerla, tengo que meter las manos en el agua.

—No sé si podré hacerlo...—balbuceo.

A continuación, me siento en la arena unos instantes, mientras que cierro los ojos y me abrazo a mí misma. He venido aquí con un propósito y debo cumplirlo, aunque Tristán no me lo haya pedido, se lo debo.

Capítulo 12

Tristán

La necesidad de venir aquí se ha hecho palpable en el momento en el que la caracola tocó el suelo y se hizo añicos delante de mis ojos. Tuve que refrenar mis ganas de ahogar a Daniela. Sé que lo hizo a propósito y eso hace que me enfade más. Y ya no hablamos de que Olimpia ha vuelto a echarse las culpas de todo lo que sucede. No me hace gracia haberla dejado sola, pero necesitaba irme y poder descargar mi rabia caminando hasta el cementerio.

Desde que Olimpia regresó a mi vida no había vuelto a venir al cementerio. No sentía esa necesidad de evadirme y descansar un rato junto a la lápida de mi madre, pero hoy, lo necesitaba. Creo que es una forma de pedirle perdón a mi madre por dejar que destrozaran algo a lo que ella le guardaba tanto cariño.

Me paseo por delante de su tumba como un lobo enjaulado, incluso sintiendo ganas de aullar de la rabia que recorre mis venas.

—Maldita, Daniela —maldigo en voz alta.

Miro a mi alrededor, por si alguien me ha escuchado, pero estoy solo. El cementerio suele estar vacío cuando vengo. No me gusta que nadie vea como a veces me derrumbo y sollozo junto a la lápida de mármol. Me siento a los pies de la misma y contemplo el nombre de mi madre grabado en ella. Margaret; así se llamaba, y mientras resigo con los dedos cada curva de las letras, pienso en que aún no me creo que esté ahí. Recuerdo como si fuera ayer cuando iba a visitarla a su habitación o cuando le daba masajes en las piernas para aliviar su malestar. Mi madre era como un ángel. Su sonrisa blanca y sincera iluminaba cada palmo de estancia. Siempre fue de armas tomar; como yo, pero cuando enfermó, su carácter se suavizó, dejando paso a la tranquilidad y al sosiego. A veces, cuando regresaba de estar con mis amigos, me hacía un interrogatorio. Me preguntaba dónde había estado, con quién y si tenía novia. Yo le respondía a todo. Nunca he tenido secretos con ella. Y ahora, mirando su lápida, me arrepiento de no haber pasado más tiempo con ella, creyendo que nunca moriría, o que al menos, lo haría mucho más tarde de lo que lo hizo.

—Olimpia ha vuelto, mamá —susurro tocando el frío mármol—. Sé que ya

me había dado por vencido, pero el mar me la trajo de vuelta. Al principio no podía creérmelo, pero así era. Me odiaba por sentir lo que sentía por ella y la rechacé varias veces. Me daba asco de mí mismo por sentir el remolino que siento en mi corazón cuando la toco. Era una niña mamá, ¿cómo pude enamorarme tan pronto? Ni siquiera pasé con ella un par de horas y me robó el corazón. Ahora está en casa, conmigo. Estamos juntos, ella me quiere y yo la quiero. Y me muero de miedo cuando recuerdo que ella aún no sabe quién soy en realidad. Me da pánico que salga corriendo y desaparezca de nuevo de mi vida. No lo soportaría.

Sigo divagando unos minutos más hasta que un trueno rompe el cielo. Un pellizco en el corazón hace que se me encoja el pecho. Olimpia está sola y está lloviendo. Corro lo más rápido que puedo por el camino de piedra, dejando atrás a los setos que acompañan a mi madre cada día. El corazón me bombea como una locomotora en el pecho. Las piernas me pesan, pero sigo corriendo. Cuando por fin llego a casa, abro la puerta y salto al interior totalmente empapado hasta los huesos. Recorro la estancia con ojos desesperados al ver que Olimpia no está. La llamo pero no responde y empiezo a ponerme nervioso.

—¿No debería haberla dejado sola, joder! —chillo golpeando la encimera de la cocina con el puño.

Salgo al porche, y en ese mismo instante, la veo a lo lejos. Camina hacia mí sujetando algo contra su pecho, pero no le presto atención a eso, sino a su semblante. Ha estado llorando. Sus ojos están rojos y sus labios hinchados. Cuando nos encontramos a mitad del camino, levanta la cabeza y me sonrío, haciendo que la sangre vuelva a fluir en mis venas.

—¿Estás bien? ¿Dónde estabas?—pregunto en retahíla.

Estamos parados el uno frente al otro, sin importarnos estar bajo la lluvia. Nos miramos sin hablar, sin tocarnos, sin hacer nada más que mirarnos por dentro.

—Estoy bien—contesta rompiendo el silencio.

—Eso veo. ¿Dónde estabas?

—Haciendo algo que espero te haga sentir mejor.

—Estoy bien si estás conmigo. No me hace falta nada más.

—Creo que esto hará que estés aún mejor.

Se abre la cremallera de la sudadera y saca un bulto liado en un trozo de tela. Me lo tiende, y al abrirlo, me quedo congelado al ver lo que escondía la tela. Una enorme caracola anaranjada.

—Has...ido...a...—balbuceo sin ton ni son.

—A la playa, sí —sonríe.

—Pero...—digo totalmente perplejo sin acabar la frase.

—Te lo debía.

—¿Estás bien? —le pregunto abrazándola, asegurándome de que esté bien.

—Ahora sí —responde acurrucándose en mi pecho.

—¿Cómo has podido hacerlo? —Hago que me mire, elevando su barbilla con los dedos.

—Convenciéndome de que podía.

Me mira sonriendo con los ojos anegados en lágrimas.

—Lo siento, siento haberte dejado sola —me disculpo.

—No lo hagas, y por favor, no llores, Tristán —me pide Olimpia, secándome las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando.

La lluvia cae sobre nosotros, arreciando por momentos. Nuestros cuerpos se mojan al igual que todo lo que está a nuestro alrededor, pero no nos importa. Olimpia ya no tiene miedo de la lluvia, ni de los truenos. Siento un enorme orgullo por ella.

—¿Has entrado en el mar? —le pregunto sin dejar de abrazarla.

—No exactamente. Creo que aún no puedo. Solo me he acercado a la orilla y he alcanzado la caracola con la punta de los dedos.

—Es un paso. Poco a poco —la animo.

Acaricio su nuca con los dedos, dando pequeños masajes para destensar toda la tensión que acumula su cuerpo. Ronronea en mi pecho.

Su rostro empapado, sus ojos azules y el pelo revuelto hacen que parezca mágica. Debajo de la lluvia, todo parece místico, incluso mágico y caótico a la vez. Acaricio su rostro anñado y me estremezco al recordar de nuevo a la Olimpia niña. Me vuelvo a preguntar si es correcto lo que estoy haciendo, si de verdad no me estoy aprovechando de la situación. Ella sonríe en el acto, se alza de puntillas y me besa. Y en cuanto su lengua entra en mi boca, se me olvida todo. Solo quiero que siga besándome y acariciándome como solo ella sabe.

Con su vuelta me trajo de nuevo a la vida y me dio un motivo por el cual seguir.

—Te quiero, Tristán. —Rodea mi cabeza con sus manos y sonríe escueta —
¿Cómo puedo quererte tanto si apenas se quién eres?

En este momento, mi corazón da un vuelco y la sangre se me espesa en las

venas.

—Porque me quieres desde siempre —suelto sin pensar.

Olimpia

Apenas quedan unos días para el aniversario de la muerte de mi familia, y cada día me encuentro peor. Apenas puedo comer, vomito todo lo que como, y si llego a comer algo, me siento fatal. Tristán quiere llevarme al médico, pero me niego. No me gustan los médicos. A veces en la residencia, cuando se iba acercando la fecha señalada, me ponía igual, por eso no presto atención. Pero esta vez es mucho peor.

—Cariño, te he hecho un caldito de verduras —me dice Jacinta, removiendo con un cucharón la olla que tiene en el fuego.

La miro con mala cara, porque no tengo otra después de vomitar tanto. Tristán me ha obligado a quedarme con Jacinta, porque le da miedo dejarme sola mientras que él está arreglando el casco del barco, que por culpa de la tormenta de hace tres noches, ha resultado dañado.

—Gracias, pero no tengo hambre —respondo tapándome la nariz disimuladamente. No soporto el olor a caldo de verduras.

—¿Por qué no quieres que Tristán te lleve al médico?

Jacinta me escudriña con la mirada, apoyando las manos a modo de jarra en la cintura.

—Porque no hace falta. Siempre me pasa lo mismo en estas fechas, pero esta vez solo estoy un pelín peor.

Niega con la cabeza y se muerde el labio, mirándome con semblante preocupado

—A ver, chiquilla, dime qué es todo lo que te pasa. ¿Qué te sientes?

—Pues lo de siempre. Ganas de vomitar todo el tiempo y mal cuerpo. Supongo que se me baja la tensión por la falta de alimentos, pero es que no me entra nada, enseguida lo vomito —me quejo masajeándome la tripa.

Jacinta se pasa ambas palmas de las manos por la cara, cogiendo aire a la vez que se acerca a mí.

—Olimpia, a ver cómo te digo esto...—Pone los ojos en blanco—. ¿Tú y Tristán habéis...?

—¿Qué tiene que ver eso con cómo me siento? —me excuso para no tener que responder a la pregunta.

—¿Desde cuándo no te ha bajado la menstruación?—replica.

Dios mío, ¿pero qué dice esta mujer?

—Pues no lo sé. Hace bastante tiempo, desde que cumplí los diecisiete. Solo

me ha bajado una vez desde entonces.

—¿Solo una vez?—repite Jacinta, dando un bote en el sitio.

—Eso he dicho. La ginecóloga de la residencia me dijo que a veces a las chicas, o les llega prematura, o les llega como a mí: tardía.

—Ay, Dios mío, Olimpia. ¿Tristán no ha usado...nada?

—Umm, no. No creí que fuera necesario ya que...—Me cubro la cara con las manos.

—Pero, ¿estás loca? O mejor dicho: ¿Estáis locos?

Jacinta se echa las manos a la cabeza y da vueltas sin parar alrededor de la mesa de la cocina. Ni siquiera usa su bastón.

—Jacinta, ¿crees que puedo estar embarazada? —musito.

—Pues claro, chiquilla insensata. ¿Es que acaso no te han enseñado cómo va esto de...mandar a hacer bebés?

—Sí, pero...creo que no hemos caído en...

—Llama a Tristán y dile que venga inmediatamente —exige dando voces.

—Pero...

—¡Ahora! —chilla sobresaltándome.

Con piernas temblorosas voy a hasta el teléfono que reposa en la mesita del salón y marco el teléfono de Tristán. Al cabo de dos tonos descuelga, le digo que venga y cuelgo con manos de gelatina.

Al cabo de unos minutos, Tristán aparece por el caminito de piedras y yo me muero de miedo sin saber qué dirá.

—No llores, cielo. Y tranquilízate, o lo único que conseguirás es asustar a mi niño —susurra Jacinta, secándome las lágrimas.

Tristán atraviesa la puerta como una exhalación, buscándome en la estancia con los ojos desorbitados. Primero me mira a mí y luego a Jacinta, preguntándose qué pasa. Jacinta y yo nos miramos sin saber cómo empezar.

—Tristán, cielo, ven y siéntate aquí.

—¿Me vais a decir que cojones pasa? ¡Me estáis poniendo de los nervios con tanta miradita!

Se sienta frente a mí, escrutándome con la mirada.

—Creo que esto es cosa de dos, así que os dejaré solos. Estaré en la cocina por si me necesitáis.

Los dos asentimos con la cabeza. Trago saliva y me aclaro la garganta antes de hablar.

—Tristán, creo que sé a qué se debe mi malestar.

Hasta este preciso instante no me había parado a pensar en lo que estoy a

punto de decirle a Tristán. Jamás me hubiera imaginado que me encontraría en esta situación, y menos, siendo tan joven.

—Me estás asustando, Olimpia. Dime qué ocurre —exige.

—Jacinta y yo creemos que pueda estar embarazada —le suelto de sopetón.

Tristán abre mucho los ojos, quedándose inmóvil delante de mí.

—¿Qué has dicho?

—Que...

—Joder, Oli. Joder, joder, joder...—repite negando con la cabeza.

Se levanta de la silla y se pasea por el salón como un lobo enjaulado.

—Lo siento —me disculpo sin saber por qué.

—Joder, Olimpia. Ni siquiera me había parado a pensar que... ¿Cómo he podido ser tan imbécil? Soy un maldito inconsciente —brama fuera de sí.

Me encojo en el sitio, sin saber que decir o que hacer.

—Yo tampoco lo había pensado. Ha sido todo tan intenso que... —lloro antes de terminar la frase.

Tristán sigue dando vueltas, divagando en voz baja. Apenas distingo la palabra <<hijo>> y <<soy un hijo de puta>>.

—¿Quieres tenerlo? —me suelta de repente.

—¿Me estás preguntando si quiero abortar, Tristán?

—Te estoy preguntando si quieres tenerlo. Si quieres que tengamos un hijo —dice más tranquilo.

—¡Ni siquiera sé si estoy embarazada de verdad! ¿Y me estás preguntando si lo quiero? Vete a la mierda, Tristán. Y, sí: eres un hijo de puta.

Me levanto del sofá más rápido de lo que debería haber hecho, perdiendo por un breve instante el equilibrio. Cuando casi me voy a dar de bruces contra el suelo, Tristán me sujeta del brazo.

—Olimpia...—susurra mientras me sujeta.

—Suéltame —le pido intentando deshacerme de su mano.

—Perdóname.

—Déjame —le exijo dándole un manotazo.

—Oli, no he debido...

—Déjame en paz, Tristán.

Tristán me suelta, derrotado, agachando la cabeza cuando me doy la vuelta y salgo al porche. Antes de irme, me vuelvo y lo veo apoyado en la mesa donde Jacinta tiene los cuadros, con los brazos abiertos y la cabeza gacha. No me sigue, me deja marchar. Camino hasta la casa de Tristán, pero necesito hablar con alguien que no sea él y saber si realmente estoy embarazada, como dice

Jacinta.

Tristán

Cuando llego a casa sé que Olimpia no estará y eso me mata por dentro. Sé que me he comportado como un verdadero cretino, y que me merezco que se haya ido, pero es que me he sentido el tío más despreciable y rastrero de la historia, y por eso le hablé así. Creía que ese sentimiento de haberme aprovechado de ella había desaparecido, pero por el contrario, se hallaba todavía en un rincón de mi alma. ¿Cómo he sido tan gilipollas de haberla dejado embarazada? Ni que tuviera quince años para no saber qué cojones hacía.

Jacinta me ha llamado por teléfono hace unos minutos y me ha avisado de que Olimpia se quedará esta noche con Noelia en el pueblo. Casi he estado a punto de ir a buscarla, pero Jacinta anticipándose, me ha hecho desistir.

—Déjala con Noelia. Mi sobrina la cuidará —me había dicho.

La noche ha llegado sin apenas darme cuenta. No he parado de dar vueltas por el jardín y los alrededores, sin poder estar quieto ni un segundo. Pensé en terminar de arreglar el casco del barco, pero no tengo paciencia para nada. «Un hijo, un hijo de Olimpia. ¿Cómo debo sentirme ante tan inmensa noticia?» Ni siquiera sabe quién soy realmente y vamos a tener un hijo; algo tan grande como eso. Sin darme cuenta, he admitido que lo quiero. Que quiero un hijo de ella. Lo quiero todo de ella. ¿Querrá ella todo lo que yo quiero darle cuando sepa quién soy?

Entro en la cocina y rebusco en el bote de las galletas, encontrado en él el colgante de Olimpia, la única prueba que puedo mostrarle de que fui yo quien la sacó del agua. Tengo que tomar una decisión, pero aún no sé cómo y cuándo hacerlo. Vuelvo a guardarlo en el mismo lugar y salgo al porche. Las estrellas iluminan el cielo, formando un mapa de constelaciones que alumbran y acompañan a la luna, pero que a mí me hacen sentir tan solo, que me duele el alma.

El sonido del motor de un coche hace que me levante del balancín y me acerque al camino para saber de quién se trata. Desde lejos diviso que es el coche de Noelia, dándome un vuelco al corazón cuando veo que Olimpia viene con ella. Noelia para el coche al lado de la valla, me saluda con la mano y una cara de pocos amigos, dejándome claro su posición entre nosotros. Abraza a Olimpia y la besa repetidamente mientras que yo no me atrevo ni a moverme. Se despiden, Noelia arranca el coche y se va. Olimpia camina hacia mí con la cara descompuesta y automáticamente sé que ha estado

vomitando, como lleva haciendo los últimos días. ¿Cómo he sido tan tonto de no darme cuenta de las señales de su cuerpo? Porque soy gilipollas, por eso.

—Hola. —Saluda con la mano, parando delante de mí.

—Hola —respondo.

—¿Podemos hablar?

—Claro. ¿Vamos a casa?

—Vale —responde escueta.

Entra ella primero y yo la sigo detrás como lo que soy: un tonto enamorado hasta las trancas de la mujer que tengo delante y que se arrepiente de haber sido tan imbécil.

Nos sentamos en el suelo del salón, delante de la chimenea, y me quedo quieto esperando a que sea ella quien hable.

—No quería estar lejos de ti —susurra sin mirarme, con la mirada fija en las llamas que chisporrotean en la chimenea.

—Yo tampoco, Oli. Me estaba volviendo loco —confieso.

—He hablado con Noelia y hemos ido a la farmacia del pueblo. Me ha comprado un test de embarazo.

—Antes de que digas nada, quiero decirte que antes me comporté como un verdadero imbécil. No debí decirte esa gilipollez, pero me ofusqué y no pensé...

—Tristán, no estoy embarazada —me corta.

La noticia cae sobre mis hombros como un jarro de agua fría. No sé si porque me había hecho a la idea de ser padre o porque no lo voy a ser.

Me acerco a ella y abarco su cara entre mis manos. En sus ojos veo reflejado el miedo que ha sentido, y a la vez, el alivio. Entonces, una de mis manos baja inconscientemente hasta su vientre, dejándola posada ahí.

—Me da igual que no estés embarazada—le digo apretándole el vientre —, y si lo hubieras estado, sería el hombre más feliz del mundo por tener un pedacito de mí dentro de ti.

—¿De verdad tendrías un hijo conmigo?

Olimpia pone su mano encima de la mía, apretándola con fuerza.

—No solo uno, sino cuatro o cinco. Los que quieras —ríe abrazándola—. ¿Me has perdonado por ser un completo idiota?

—Solo un poco. Te has comportado como un gilipollas.

—Lo sé. Sé que me he comportado como un verdadero niño, ¿qué puedo hacer para que me perdones del todo? —Elevo las cejas y sonrío de medio lado.

Olimpia apoya su dedo índice en la barbilla y piensa durante unos segundos. Se pone de rodillas y gatea hasta mi regazo, se sienta a horcajadas en mis muslos y me rodea la cintura con las piernas.

—Puedes empezar por aquí. —Señala con el dedo su garganta, haciendo que mi polla salte en los calzoncillos.

Me acerco despacio hasta su cuello y se lo lamo con una sonrisa en los labios. Luego bajo hasta su clavícula, pasando la yema de mis dedos por debajo de su camiseta, acariciándole las costillas. Echa la cabeza hacia atrás y puedo notar como se le pone la piel de gallina bajo mis dedos. A continuación alcanzo la curva de sus pechos, masajeándolos suavemente, hasta alcanzar la punta de sus pezones. Olimpia gime en mis brazos y sé que ese es el sonido del perdón.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto al ver como tiembla entre mis brazos.

—Sí —afirma estremeciéndose.

—Si quieres que pare, solo dilo —le advierto mirándola a los ojos.

—Lo que quiero es que no pares, Tristán —gruñe tirándome del pelo suavemente, echándome la cabeza hacia atrás.

Ese gesto me enciende más que cualquier otra cosa. Me deja sometido, pero con todo el poder en mis manos.

—Buena chica —la apremio sin dejar de tocarla por todas partes.

Su lengua encuentra la mía en un beso tan desesperado que acabamos cayendo hacia atrás en la alfombra, con Olimpia sobre mí, rozando cada parte de su entrepierna, aliviando la mía con el candente roce de sus caderas.

—Vas a volverme totalmente loco, lo sabes, ¿verdad?—gruño cuando me muerde el labio inferior, empujando luego su lengua dentro de la boca.

—¿Qué quieres de mí, Tristán? —susurra en mi oreja, dejándome aturdido.

—Lo quiero todo. Quiero tu sonrisa al despertar. Quiero tu lengua en mi boca, tus caderas chocando contra las mías cuando hacemos el amor. Quiero que me ames mientras nuestros corazones no dejen de latir y, aun cuando dejen de hacerlo, quiero que me sigas amando.

—Entonces ya lo tienes todo de mí. Estoy perdida en tu mar, Tristán. En ti.

En un segundo se deshace de mi camiseta y de la suya, quedando al descubierto sus hermosos pechos, que no tardo en degustar lentamente. Siempre me ha gustado el sexo y he disfrutado de él, pero con Olimpia es otra cosa. Con Olimpia me abro en canal, en cuerpo y alma. Solo con besarnos nos incendiamos el uno al otro y no deseo estar en otro sitio que no sea entre sus piernas y su interior.

Con su lengua recorre cada palmo de mi pecho hasta llegar a la cinturilla de mis pantalones; deshaciéndose de ellos con total maestría, dejándome totalmente expuesto ante ella. Se siente cómoda y yo con ella. No deja de mirarme y eso me vuelve loco. Tengo miedo de hacerle daño, pero es que ahora mismo, solo deseo estar dentro de ella. Duro y fuerte.

—Móntame —le pido desesperado.

Se pone de pie delante de mí, mientras yo espero tumbado en el suelo con la respiración agitada, sin quitarle los ojos de encima, ansioso por hacerle el amor. Baja muy despacio su pantalón y sus braguitas. Sin poder evitar mordirme el labio, ahogo un gruñido desesperado y frustrado.

—¿Qué más quieres, Tristán? —susurra agachándose y montándose como le he pedido.

—Quiero hundirme en ti. Sentir que todo mi cuerpo te pertenece. Solo a ti, Olimpia —musito con los dientes apretados.

Nuestros cuerpos se deslizan el uno contra el otro, pero a diferencia de otras veces, soy duro e implacable, clavándome con ganas en la mujer que llegó a mi vida para ponerlo todo patas arriba, pero que aun así, ordenó el caos de mi mente.

—Hemos sido unos imprudentes —jadea Olimpia, intentando levantarse.
—La sujeto por las caderas, penetrándola de nuevo, evitando que se levante.

—Parare a tiempo, mujer. Necesito sentirte un poco más —le ruego apretando sus caderas contra las mías.

Cuando ya sé que no podré aguantar mucho más, salgo de su interior, dejándola vacía.

—Dime que... tienes...—jadea con frustración.

—Los tengo, pero no harán falta.

La tumbo bocarriba en la alfombra, dejándola totalmente expuesta para mí, para luego apoderarme de su orgasmo con la boca mientras que me derramo entre sus piernas como un maldito loco.

Capítulo 13

Tristán

Los días pasan y con ellos la cantidad de barba en mi cara. Poco a poco va desapareciendo el pelo de mi rostro, dejando cada vez, más expuesta mi verdadera cara; esa que Olimpia reconocerá dentro de poco y decidirá nuestro futuro.

El futuro es algo en lo que no había pensado durante estos años pasados. No tenía ideales, ni ilusión por nada que no fuese encontrar a Olimpia. Ahora puedo admitir que llegó un punto en el que me obsesioné de tal manera, que lo único que hacía era buscarla en todas las caras femeninas con ojos azules. Olimpia fue para mí una quimera, que en ciertos momentos, hacía que me volviera loco. Después de todo lo que ha pasado, aún no puedo entender que me ocurrió aquel día, qué clase de conexión mística tuve con ella para sentir que Olimpia me corría y me correría por siempre en las venas. Nunca supe cómo se llamaba, así que la llamaba la <<*chica del mar*>>.

Hace un par de días decidí que llevaría a Olimpia a la bahía de San Francisco para que por fin conociera la casita del puente; como me acostumbré a llamarla cuando la tenía alquilada, antes de comprarla para ella. Esa casita fue mi refugio durante alguna época, en la que huía de la ciudad cuando las cosas marchaban mal en mi cabeza. En ella me refugié sin que nadie lo supiera. Por aquel entonces, solo se alquilaba, pero logré convencer a la dueña para que me la vendiera. Admito que le hice un poco de chantaje emocional. Le conté mi historia y me hizo prometerle, que si algún día me casaba con Olimpia, sería junto al puente de San Francisco.

—¿Podrás soportar oír el mar por la noche? —le pregunto algo preocupado mientras le acaricio el pelo.

Olimpia se ha empeinado en que nos quedemos esta noche allí, lo que me preocupa bastante, dada su fobia al mar. La casita está muy cerca de él y por las noches se puede escuchar como las olas de pasean a su antojo, rompiendo contra las rocas. Diría que me sorprende su entereza y su fuerza ante las circunstancias, si no la conociera como ya lo hago. Veo en sus ojos el dolor y el miedo, pero también veo su lucha por superarlo. Olimpia es fuerte y decidida; con tanta determinación, que consiguió traspasar la barrera que intenté poner entre los dos, para no admitir mi amor por ella. Un amor que

nació en su niñez y mi juventud. Un amor que creí que sería feo e inapropiado, pero que resultó ser todo lo contrario. Un amor que nos salvó a los dos, en todos los sentidos.

—Tristán, quiero ir, de verdad — contesta con determinación.

—Está bien. Iremos.

Durante todo el trayecto hasta la casita del puente, Olimpia se mantiene callada y pensativa. Yo en cambio, no soporto estar callado. Enciendo la radio y busco una emisora al azar. Por los altavoces del coche empiezan a sonar las primeras notas de *"All of me" de John Legend*; una canción tan apropiada y acertada a mis sentimientos.

—Me gusta esta canción —susurra, apoyando su mano sobre la mía en la palanca de cambios, cambiando de marcha juntos—. La primera vez que la escuché, estaba tan sola, que me pregunté si algún día alguien amaría con tanta intensidad mis imperfecciones; como bien dice la canción. ¿Y sabes qué? Qué ahora yo sé lo que es amar cada imperfección, querer sin importar que puedan partirme el corazón. ¿Sabes qué? Jamás he dudado de lo que siento por ti. Lo tuve claro desde que te vi, pero la negrura que tenía en mi alma me impedía verlo.

—Olimpia, sabes que te amo por encima de todo, ¿verdad? Y, ¿que lo que siento por ti es real, aunque al principio me negara a sentirlo?

La miro un breve segundo, llevándome su mano a mis labios. Sé que lo sabe, pero necesitaba confirmarlo viéndolo en sus ojos.

—Lo sé, pero tengo miedo. —Con su mano acaricia mi barba, recordándome que la tengo más corta de lo que la he tenido en mucho tiempo.

—¿De qué tienes miedo? —Aparto la vista de la carretera lo suficiente para ver el brillo del miedo en sus ojos.

—Tengo miedo de que todo esto sea un sueño y de que al despertar, tú solo seas parte de él.

—No soy un sueño, eso puedo asegurártelo. —Sonrío, guiñándole un ojo.

Olimpia

Aún no he visto la casa y ya sé que será preciosa. El camino que lleva hasta ella está lleno de árboles que proyectan su sombra sobre el asfalto. El verde de la vegetación y el olor de los eucaliptos entran por las ventanillas, perfumando el coche con un aroma natural y fresco. Cierro los ojos y me imagino como sería vivir en un futuro aquí. Eso hace que un aleteo en el

corazón me acelere el pulso.

—No tenías que haberla comprado para mí, lo sabes, ¿verdad?

—Quería y podía hacerlo —apunta con una de sus hermosas sonrisas.

Sonrío y miro de nuevo por la ventanilla, recibiendo el aire fresco que viene acompañado de la brisa de la bahía.

—Me veo viviendo aquí —musito más para mí que para él.

—¿Te ves viviendo aquí conmigo? —susurra carraspeando.

—¿Hace falta que lo diga?

—Creo que no. —Ríe.

Después de un par de minutos llegamos al camino de entrada. Desde lejos apenas se podía intuir lo preciosa que es. Es una casa de una sola planta, con un grandioso balcón que la rodea de punta a punta. El tejado es de un intenso color rojo que contrasta y resalta con el pulcro blanco del cuerpo de la casa. Las vistas desde uno de los laterales del jardín es lo más hermoso que he visto en mi vida. El *Golden Gate* nos saluda con toda su inmensidad y esplendor, inmerso en la bahía de San Francisco.

—Tristán, esto es lo más hermoso que he visto en toda mi vida —exclamo saltando a sus brazos.

—Pues creo que más te gustará tu habitación —insinúa elevando las cejas.

—Dirás <<nuestra habitación>> —indico señalándole con el dedo.

—Nuestra entonces —sonríe.

Tristán saca del bolsillo una enorme llave, parecida a la que utilizan los armarios antiguos, pero esta es cromada. Después de dos vueltas abre la enorme puerta de madera, empujándome al interior, pegando su pecho contra mi espalda.

El salón es enorme pero acogedor. Paredes y suelo de madera con una enorme chimenea presidiendo la estancia. Me quedo maravillada con el sofá y los butacones enormes que rodean a una hermosa alfombra delante de la chimenea. Tristán me conduce por un corto pasillo hasta una de las habitaciones y deja que entre ella, quedándose apoyado en el marco de la puerta. La habitación es inmensa, con un suave tono verde en las paredes. Las cortinas son también verdes, pero de un tono más oscuro que la pared, haciendo juego con la colcha de la gigantesca cama de madera con dosel. Los demás muebles están esparcidos perfectamente en su lugar, haciendo que la habitación sea muy agradable y relajante.

—¿Esta puerta de cristal dónde lleva? —digo con la mano apoyada en el picaporte.

—Entra y lo verás.

Al abrir la puerta no puedo evitar dar un pequeño grito y un saltito de emoción. Es una pequeña habitación de cristal con un techo desplegable, que ahora se mantiene abierto. Hay una enorme mesa de madera en uno de los laterales con un montón de lápices, rotuladores y acuarelas de colores. En una cajita de madera a un lado, cuadernos de dibujo de varios tamaños. Todo lo que un día soñé.

—No puedo creer que hayas hecho esto por mí.

—Te mereces esto y más.

—No sé cómo agradecerte todo esto —le digo mientras paseo las yemas de los dedos por el lienzo que hay apoyado en un caballete a mi derecha.

—Se me ocurren unas cuántas...—susurra en mi oreja, rodeándome la cintura con sus manos.

—¿Cómo cuales...?

—Quiero hacerte el amor en cada rincón de esta casa. Quiero oírte gemir de placer debajo de mí...

Sin darme tiempo a reaccionar, me sienta sobre la mesa de madera, cayendo a su paso todos los lápices de madera, dejando un reguero de colores en el suelo.

—¿Qué más harás? —susurro atrayéndolo entre mis piernas.

—Primero voy a desnudarte, aquí —dice señalando la mesa —, y luego voy a colorear tu cuerpo con mis manos, con caricias que te hagan gritar de placer, para luego follarte hasta que me pidas que pare. ¿Quieres todo lo que te ofrezco? —susurra en mi boca.

—Lo quiero todo —gimo cuando una de sus manos atrapa mi garganta un breve segundo, resbalando después sus dedos hasta el centro de mi pecho.

—Lo tendrás todo pues...

En menos de lo que canta un gallo estamos completamente desnudos. Los rayos del sol que entran a través de los cristales e impactan en cada parte de su cuerpo bronceado. Su pelo luce más claro de lo normal, su rostro y sus ojos parecen más salvajes cuando con mi mano abarco su miembro, apretándolo suavemente entre mis dedos.

—Si sigues haciendo eso, tendré que follarte rápido, o harás que me muera de anticipación —musita siseando entre dientes.

—¿Y si eso es lo que quiero?

—¿Qué te folle duro, fuerte, rápido?

—Sí, eso es lo que quiero —repito moviendo mi mano arriba y abajo.

—Joder...—se queja echando la cabeza hacia atrás.

—Mírame —le exijo.

—Haces conmigo lo que se te viene en gana, mujer —se queja de nuevo, mirándome.

Jadea cuando le muerdo el hombro en un arrebatado de deseo.

—Píntame —le pido sin dejar de acariciar su espalda y su sexo.

—Será un placer.

De encima de la mesa coge varios botes de acuarelas, los abre e introduce los dedos dentro de ellos sin delicadeza, mirándome como un lobo a punto de comerse a su presa. Un lobo dominante y certero, que nunca falla. Empieza a extender la crema de colores sobre mi cuerpo. Primero por mis pechos, mi ombligo, mi cintura, hasta llegar a la cúspide de mi sexo, dibujando un corazón en mi monte de Venus. Lo observo mientras se muerde el labio con fuerza y sé automáticamente que está reprimiendo sus ganas de comerme. Decido hacerlo sufrir dejando mi espalda caer sobre la mesa, abriéndome a él con un suspiro.

—No puedes tocarme ahí con las manos manchadas, así que tendrás que ingeniártelas —le digo riéndome socarrona.

—Te vas a arrepentir de hacerme esto —musita con los dientes apretados y un pequeño ronroneo de frustración.

—No creo que me arrepienta, todo lo contrario, me estoy divirtiendo viendo cómo te mueres por introducir esos dedos en otro sitio que no sean las acuarelas.

—No me provoques, aún no sabes de lo que soy capaz —me advierte con voz ronca.

—¿Es una amenaza? —le pregunto riéndome a carcajadas

—Es una advertencia —dice muy serio.

No me da tiempo a nada, porque en una milésima de segundo lo tengo encima, manchándose el también. Atrapa mis labios con su boca, y me besa con tanta fuerza que me araña la cara con su barba, pero en vez de molestarme, me excita.

—Me encanta cuando sale la fiera que llevas dentro —susurro entre gemidos de placer, riéndome entre dientes.

—No me tientes, porque puedo comerte y desgarrarte de verdad —gruñe como un lobo hambriento, despertando en mí mis más bajos instintos.

Le araña la espalda cuando con sus manos me agarra del trasero, elevándolo para rozar con más fuerza nuestros sexos. La sensación que recorre mi vientre

es lo más placentero que he sentido en mi vida. Hace que me sienta salvaje y desinhibida.

—¡Tristán! —chillo cuando me penetra por sorpresa, haciéndome arquear la espalda para sentirlo más adentro.

—Me vuelves loco, Oli. Me nublas la razón, joder —se queja dejándome vacía de nuevo.

—No —me quejo yo también cuándo se aparta de mí.

—Tenemos que parar, en el baño hay preservativos, ¿Acaso quieres que te deje embarazada?

—¿Y si así fuera? —le digo sin pensar.

—Solo dímelo, y haré lo que me pidas —asegura, cogiéndome en brazos, llevándome al cuarto de baño de la habitación.

—¿Quieres tener un hijo conmigo? —le pregunto en un arranque de inseguridad.

—Lo quiero todo contigo —responde metiéndome en la ducha y abriendo el grifo.

El agua resbala por nuestros cuerpos, mojando cada mechón de su pelo. El borde de sus dientes se clava en su labio inferior cuando empiezo a lavarlo, comenzando por la parte más íntima de su cuerpo.

—Mejor esperamos un poco más, no quiero compartirte todavía —le digo mientras que le acaricio un poco más rápido.

—Siempre seré completamente tuyo, al igual que lo seré de nuestro bebé en su momento —musita entre dientes, echando la cabeza hacia atrás.

Nos lavamos mutuamente, acariciando, rozando, chupando y lamiendo cada rincón de piel, eliminando todo rastro de pintura.

—No aguanto más —confieso entre gemidos cuando introduce dos dedos en mi interior.

—Dime que quieres —dice riéndose entre dientes en mi cuello—, que lo haré con mucho gusto.

—Te quiero dentro, ya...por favor. —Me sujeto a sus hombros, cuando mueve los dedos en mi interior, dejando escapar gemidos incontrolados.

—¿Ahora mismo?

—Ahora —le exijo doblando las rodillas.

—Será un enorme placer.

Me monta a horcajadas en su cintura, conduciéndome de nuevo hasta la habitación, dejándome completamente empapada encima de la cama. Camina completamente empapado hasta una de las mesitas de noche y saca una

paquetito plateado. La anticipación me puede y gruñó cuando se para frente a mí, colocándose muy despacio el maldito condón. Se ríe cuando ve que me agarro a la sábana sin dejar de mover las piernas de un lado a otro, rozando mis muslos para poder dar un poco de alivio al calor que siento entre ellos.

—Te noto alterada...—susurra jocosamente acercándose a la cama como un felino apunto de cazar a su presa.

—Por favor...—le suplico echando la cabeza hacia atrás de frustración.

—¿Tanto me necesitas? O mejor dicho, ¿tanto la necesitas? —dice dirigiendo su mirada hasta su miembro erecto, acariciándolo a medida que se acerca a mí.

—Sí —lloriqueo como un perrito al que le han quitado su hueso.

—Entonces te daré todo lo que necesitas.

Mi corazón se acelera al ritmo de sus acometidas. Me llena y me hace llegar al clímax con tan solo mover sus caderas en un vaivén lento y seductor. Me besa, me acaricia y me ama sin que pueda pensar en otra cosa que no sea él. No he conocido a otro hombre con el cual comparar, pero no me hace falta hacerlo. Tristán me da todo lo que mi cuerpo y mi alma necesitan y ni pensar quiero en besar o dejarme tocar por otro hombre.

—Quiero hacerte olvidar a todas las mujeres que han pasado por tu vida —mascullo en un arranque de celos.

Levanta la cabeza muy despacio sin dejar de moverse en mi interior, posando ambas palmas de las manos en mis mejillas, atrayendo su boca a la mía y susurra:

—Olimpia, tú eres la única que ha conseguido entrar y quedarse en mi corazón —sus jadeos se mezclan con sus palabras —. No ha habido nadie más importante que tú. No hace falta olvidarme de algo que ni siquiera recuerdo ya.

—Te quiero más que a mi vida, eres el ancla que me mantiene viva y sin ti yo...

—Sin mí...nada, ¿me oyes? Jamás me iré de tu lado, te he estado esperando desde hace tanto tiempo, que si te vas, me matas.

Capítulo 14

Tristán

No tenía pensado hacerlo el mismo día que mi madre y su familia nos abandonaron, pero debía hacerlo, y pronto. Mientras que Olimpia duerme después de una noche de bastante sexo, me he ido al baño y he reunido todo el valor que he podido. He decidido que mi vida no tiene sentido hasta que ella no sepa quién soy realmente.

En una mano la espuma de afeitarse y en la otra la vieja navaja de mi padre. Ya no hay vuelta atrás, me expongo a perderla, y tan solo ese pensamiento me juega una mala pasada. Mis manos temblorosas dicen que no lo haga, pero mi mente y mi corazón me piden a gritos que acabe con toda la incertidumbre que me rodea. Pese a todo, suelto los utensilios y vuelvo a la habitación. La observo durante un largo rato desde la distancia. Su cuerpo pequeño, sus dulces curvas, sus colmados pechos y su pelo desparramado por la almohada me hacen volver a sus brazos sin remedio. La beso, la acaricio y me meto entre sus piernas como el Tristán que ella conoce, él que pronto quedará atrás.

Se despierta despacio, repasando con sus dedos mi barba, como tantas veces lo hace al dormirse, mientras vuelve a dejarse llevar en los brazos de Morfeo, despidiéndose de ella en una silenciosa e inconsciente despedida.

Extiendo la espuma de afeitarse y comienzo a rasurar el pelo que me ha acompañado desde que la conocí aquel día, en el que su corazón y el mío quedaron anclados y vinculados hasta la eternidad. Dudo si hacerlo, lo admito, pues la barba cubre la verdad de mi rostro y le quita luz a mi verdadero yo. Sigo siendo el mismo, pero al descubierto.

Ya no hay vuelta atrás. Me miro al espejo por décimo cuarta vez y no me reconozco. Sí, soy yo, pero me cuesta acostumbrarme a mi nueva cara. Parezco mucho más joven y no sé cómo me siento ante eso. Los nervios me comen por dentro.

Olimpia aún duerme. He pensado en salir y pasear durante un rato para relajar la tensión que oprime mis músculos, pero no quiero arriesgarme a que alguien me vea. Quiero que sea ella la primera en descubrirme. Así que, voy a la cocina y preparo café, tostadas y mermelada de fresa. Necesito mantenerme ocupado o la cabeza me explotará de un momento a otro por la

anticipación de lo que está a punto de suceder.

Estoy de espaldas a la puerta de la cocina, preparando la bandeja del desayuno que pensaba llevarle a Olimpia, cuando un ruido en la puerta me avisa de que ella está a escasos centímetros de mí. El corazón martillea fuerte en mi pecho cuando me abraza por la espalda, pasando los dedos por mi tatuaje.

—Aún no me has dicho que significa esta frase —dice repasando las líneas del ancla y el pergamino que cubren mi espalda al completo.

Me quedo quieto mientras ella me acaricia y besa mi espalda, consiguiendo que me estremezca de arriba abajo. Y pienso. Pienso en que en cuanto que me gire, todo cambiará y me tocará dar muchas explicaciones, de las cuales, para algunas no tengo explicación.

—*El alma que un día robaste, ahora te pertenece. Solo tú, chica del mar, eres la dueña de mi corazón* —contesto en un ronco susurro.

Ha llegado el momento; el corazón me late deprisa en el pecho y la cabeza me bulle de los pensamientos que me atemorizan y me paralizan. Me giro despacio para encararla, para mirarla a los ojos, dejándome ver.

—Oli...—intento explicarme.

La sonrisa se le borra de la cara, con sus manos se cubre la boca, ahogando un pequeño sollozo. Cierra los ojos muy fuerte, sujetándose el pecho con una mano mientras que con la otra acaricia mi rostro imberbe.

—No puede ser —solloza negando con la cabeza.

—¿Me reconoces? —le pregunto sin saber qué hacer.

—No puedes ser tú, no puedes... —Niega con la cabeza una y otra vez.

—Soy yo... —le digo posando mi mano sobre la suya.

—No puede ser... Esto no puede estar pasando. —Vuelve a negar con incredulidad.

Voy hasta el bote de las galletas y saco el colgante que he estado guardando por si llegaba este momento. Es la única prueba de que un día ella estuvo en mis brazos.

—Toma, esto es tuyo —le digo tendiéndole el collar con manos temblorosas.

Los ojos se le abren de par en par cuando lo coge y lo mira. Con atención.

—¿Lo has tenido tú todo el tiempo? —dice con los ojos anegados en lágrimas.

—Déjame que te lo explique, por favor...

—¿Qué tienes que explicarme? ¿Qué me has engañado? —grita enfurecida.

—Olimpia, no te he engañado...

—Oh, vamos, no seas cínico. ¿Cómo supiste que era yo?

—Poco después, cuándo me dijiste que te ocurrió.

—Y, ¿no se te ocurrió decirme que eras aquel chico? Me has dejado creer que a lo mejor había sido mi imaginación. Eso es cruel, Tristán.

—No era mi intención. Tenía tanto miedo de...

—¿Miedo de qué? —ríe sin ganas.

—Miedo a tu rechazo. Me dijiste que por mi culpa habías sido una desdichada. Que por mi culpa no querías vivir. Que te abandoné. ¿Qué querías que hiciera?

—¿No fue así? Me prometiste que no me dejarías y lo hiciste.

—Te arrancaron de mis brazos. No pude hacer nada, maldita sea. Eras una niña y yo simplemente...nadie.

—¿Sabes que por las noches soñaba contigo? ¡Te olía, Tristán, te olía! —grita sin dejar de llorar—. Te mentí, ¿sabes? —confiesa cerrando los ojos.

—No te entiendo —murmuro confundido, pasándome las manos por el rostro.

—Tu recuerdo fue lo único que me mantuvo con vida. La esperanza de que vinieras a buscarme. Tus ojos me perseguían en cada pesadilla. Me rogaban que me mantuviera con vida. Pero llegó el punto en el que eso ya no era suficiente. Después de un tiempo supe que no volverías a por mí, que te habías olvidado de tu promesa. Y lo entiendo, que conste. ¿Quién era yo? Una simple niña que había perdido a su familia. Y lo admití. Admití que no volverías a por mí. Ahí empezó todo.

—Te busqué, Oli. Te busqué por cielo y tierra —insisto una y otra vez.

—No lo suficiente, pero cuando me encontraste, tuviste la oportunidad de decirme quién eras y no lo hiciste —resopla.

—Olimpia, me destrozaste. ¿Has pensado un solo segundo en mí?

—He pensado en ti los últimos siete años de mi vida. A cada segundo, a cada instante. Y, ahora, ¿qué quieres de mí?

—Lo quiero todo. Quiero amarte. Quiero ser tu ancla —suplico con el alma rota.

—Me he enamorado de alguien que no conozco. De un mentiroso —dice negando con la cabeza.

—No te he mentado, solo te oculté quien era por miedo a que pensaras que era un puto enfermo, uno que se enamoró de ti en aquel preciso instante en el que tus ojos me miraron.

—¿Cómo puedes decir eso? Tenía once años. Estás loco —dice alejándose de mí.

—Por eso te mentí, ¿es que no te das cuenta? ¿Qué iba a decirte? Hola, te amo desde siempre. Soy un puto descerebrado que se enamoró de una niña de once años, que se volvió loco buscándola y, que cuando no la encontró, perdió toda esperanza de ser feliz. ¿Eso querías?

—Sí. Lo que no quería era tu rechazo continuo, tus ahora sí y tus ahora no.

—Me sentía mal por sentir todo el deseo que sentía hacia ti cuando te tuve en casa. Me daba asco a mí mismo. ¡Deseaba hacerte el amor, joder! —grito desesperado.

—Ya no soy una niña.

—No, no lo eres.

Está fuera de sí, pero más que odio en sus ojos, veo pena, mucha. La he decepcionado, la he engañado y me he aprovechado de ello.

—Todo el mundo en el pueblo sabe quién soy, ¿verdad?

—Sí.

—Y saben que tú...

—Sí —me limito a contestar.

—¿Daniela también?

—Que yo sepa no.

—Es increíble que todos lo supieran y yo no —resuelve resoplando una y otra vez.

—No quería hacerte daño. Estabas tan frágil que no quise...

—¡Cállate, maldita sea! —vocifera con las manos en la cabeza, dando vueltas como un león enjaulado.

Hago lo que me pide, dejándome caer contra la pared de la cocina. Está todo dicho, o eso creo, y solo ella tiene la última palabra.

—Me he equivocado —acepto.

—Me has tratado como si aún fuera una niña.

—Lo sé y lo siento.

Olimpia

Lo miro y tengo la sensación de que no sé quién es el hombre que está sentado en el suelo, verdaderamente destrozado. Me parece increíble y surrealista todo esto. Me he enamorado del chico que me ayudó a salir del mar. Por el cual pude permitirme tener esperanzas por un tiempo, hasta que me di cuenta de que no cumpliría su promesa. El mismo que vuelve a salvarme cada día.

Necesito poner orden en mis sentimientos hacia Tristán, y hasta que eso no ocurra, no podré seguir con la vida que ya había visualizado ajena a todo.

—Creo que deberíamos poner distancia por un tiempo —le pido, vacilando en mis palabras un breve instante.

No sé si me estoy equivocando con esta decisión, pero así lo creo necesario para que nuestra relación no se vea lapidada por reproches, que no dudaré en utilizar.

—¿Se ha acabado? —pregunta alzando la frente con los ojos hundidos.

—Lo que siento por ti nunca acabará, Tristán. Pero me has mentado, me has fallado...

—¿De verdad sientes lo que estás diciendo?

—Solo sé que tengo una maraña de dudas. ¿Qué sientes tú después de todo esto, eh? —le increpo, empezando a enfadarme más.

—¿Sabes que siento? Qué una vez lo perdí todo, sí, pero ahora, ahora siento que la pieza que quedaba suelta ha encajado a la perfección. Y esa pieza eres tú, Oli. Tú eres la única que ha vuelto a hacerme sentir que la vida merece la pena si eres tú la que me espera en casa y la que calienta mi cama antes de dormir.

—No sigas, por favor. Necesito pensar, pero no aquí contigo. Sé que si me quedo...

Sé que si me quedo no podré pensar con claridad y ver con otra perspectiva todo esto.

—Sabes que sí te quedas —susurra levantándose del suelo de un salto, salvando los escasos centímetros que nos separan, pegando su frente a la mía —, no querrás irte, porque querrás que te bese y te haga el amor como solo yo sé hacértelo, porque tú eres para mí y yo soy tuyo desde aquel mismo día —gruñe furioso, rozando sus labios con los míos.

No llega a besarme, pero su aliento mezclándose en mi boca hace que quiera besarlo hasta que nos duelan los labios a los dos. Cierro los ojos y respiro como medianamente puedo, aspirando su aroma. Su olor ahora es más intenso, recordándome aquel día.

—No juegas limpio —susurro sin poder poner distancia entre nosotros

—¿Desde cuándo lo he hecho? —confiesa dándome la razón.

Me arde el coraje en las venas y lo empujo con fuerza para separarlo de mí, pero no se mueve ni un ápice, todo lo contrario, me agarra de la cintura y me pega a su cuerpo con fuerza. Lucho para deshacerme de sus manos, me revuelvo y pataleo, pero de nada me sirve cuándo me alza en volandas y pega

mi espalda contra la pared, apoderándose de mi boca sin más. Me besa de forma posesiva, consiguiendo que le muerda sin querer. Siento el sabor metálico de su sangre en mi boca, pero no nos importa. Con un gruñido se adueña de mis labios, de mi lengua y de mi voluntad, dejándome hacer lo que quiere. Me toca por todas partes, minando mi libre albedrío, dejándome acariciar, porque es lo que realmente deseo en este momento, pero la cordura vuelve de nuevo a mí y lo alejo no puedo solo un poco.

—No lo hagas —me pide entre beso y beso.

—¿Que no haga qué? —musito sin fuerzas.

—Dejarme solo de nuevo.

Contra mi cara puedo notar la humedad de sus lágrimas, que se mezclan con las mías. Me duele el pecho, el alma y el corazón, pero debo ordenar mis pensamientos.

—Tengo que saber si puedo vivir sin ti —le digo acariciando su rostro.

—Eso es lo que me da miedo, porque estoy seguro de que sí puedes.

—No lo sabes.

—Oli, has sobrevivido a la peor situación. Lo harás.

—Déjame decidir eso a mí.

—No puedo vivir sin ti, ya no se hacerlo —ruega mientras me besa de nuevo, pero esta vez con tranquilidad, degustando y acariciando mis labios con su boca. Marcándome.

Dudo unos segundos, pero ya he tomado la decisión. Me voy.

—Tristán, para. Por favor te lo pido.

—No me dejes, por favor. No lo hagas.

Llora como un niño, partiéndome en dos. Me suelta en el suelo y se cubre la cara para ahogar los sollozos que salen de su garganta.

—Sé que me he equivocado, sé que he sido un completo gilipollas, pero, por favor...

—Tristán, por Dios. No hagas esto.

—¿Que no haga que, ¿abrirme en canal?! —vocifera golpeándose el pecho.

—No me lo pongas más difícil —le suplico.

—No me mates de pena entonces.

Esto no puede seguir, debo frenarlo. No puedo consentir que Tristán pierda su dignidad. No soporto verlo así.

—Dame unos días, solo eso.

—Olimpia, por favor...

—Te diré que haremos, ¿de acuerdo? —asiente sin mirarme, con la vista fija

en mis pies desnudos —. Me iré a la casita de la bahía y tú seguirás con tu vida como si yo no existiera. Te prometo que estaré bien, pero no me llames ni vengas. Necesito estar sola y tú también.

—No puedes estar pidiéndome esto —niega incrédulo ante mis palabras.

—Es lo mejor que podemos hacer, Tristán.

—¡Es una mierda! No puedo seguir con mi vida como si nada, ¿es que no te das cuenta? —grita.

—Lo sé, pero necesito pensar y estar sola. Tú me embriagas, me emborrachas de deseo. No quiero que el deseo empañe lo que creo que siento y para eso, necesito estar alejada de ti.

—Está bien —responde agotado.

—¿De verdad? —pregunto sin saber muy bien si esa reacción es mala o buena.

—Haremos lo que pidas, pero con una condición: no pasaré más de una semana sin verte —sentencia.

—Tristán... —le advierto.

—¿Lo tomas o lo dejas? Si no aceptas, no te dejaré salir de aquí.

—¿Te estás escuchando?

—Perfectamente.

—Está bien —acepto sin querer mirarlo. Su cuerpo entero me llama, pero estoy enfadada y quiero tomar una decisión en frío.

—Una última cosa: te mantendrás en contacto permanente con Jacinta, ¿entendido?

—Eso puedo hacerlo. Te lo prometo.

Cierro los ojos un segundo y me dejo caer sobre la encimera de la cocina, agotada psicológicamente por todo.

—Hay algo más —musita Tristán.

Abro los ojos de par en par y me fijo en su rostro demacrado. Se me parte el alma verlo así.

—Cuéntamelo —le ruego acercándome hasta donde está él.

—El día que te saqué del agua por primera vez, venía de enterrar a mi madre. El mismo día que tú lo perdiste todo, yo también lo hice. Perdí a mi pilar y mi fuerza, y tú, te llevaste mi alma. Me quedé tan jodido...

El impacto de sus palabras en mi corazón es brutal. Me corta el aliento y me parte un poquito más por dentro.

—¿Porque no me lo has contado?

—No podía hacerlo sin descubrir la verdad. Aquel día, acababa de enterrar a

mi madre, y ni siquiera las lágrimas salían de mis ojos. Me fui a caminar a la playa, necesitaba pensar en que mi madre ya estaba descansando y que eso era lo mejor que podía pasar. Me enfadé con la vida, con la muerte. Deseé ser yo el que muriera. Me hubiera cambiado por ella sin rechistar, ¿sabes? Desde el segundo uno en el que mi madre cerró los ojos para siempre, decidí que no creería en nada más. Ni Dios, ni destino... En nada. Pero llegaste tú y mi mundo se puso patas arriba. Tu vida estaba en mis manos y no dudé en arriesgarme a perder la mía por la tuya. A lo mejor fui egoísta o demasiado tonto, no lo sé, pero solo pensaba en que si para salvarte a ti, debía morir yo, pagaría el precio encantado.

Tristán habla sin mirarme, avergonzado por algo que no debería. Es un gran hombre, jamás lo dudé, ni lo dudo, pero esto...

—Luego de sacarte a ti del agua, se volvió a partir mi corazón. Tu hermano...—suelta un sollozo que lo ahoga y no puedo evitar abrazarlo—, tu hermano dentro de tu chaqueta volvió por un segundo a devolverme la esperanza de que algo divino existía, para luego sumirme en un mar de desconsuelo. Me pregunté miles de veces si podría haber hecho más por él. Me atormenté, lloré, maldecí una y mil veces por no haber llegado a tiempo.

—No sigas, por favor. No podías hacer nada más por él. Ya estaba muerto, Tristán. El forense me comunicó que mi hermano había fallecido en el mismo instante en el que sus pequeños pulmones se llenaron de agua. No podrías haber hecho más de lo que hiciste. Jamás te culpé de ello. Tú fuiste como un ángel para mí.

—Solo quería que supieras todo esto para que no haya más mentiras entre nosotros. No intento convencerte de nada —aclara.

—Lo sé —le digo sin poder evitar darle un beso en los labios.

—Finge que nada de esto ha pasado. Finge que todo esto está bien, aunque sea durante el tiempo que voy a besarte, porque voy a hacerlo, Oli —susurra con los ojos cerrados, sin dejar de apretarme contra su cuerpo.

Le rodeo el cuello con los brazos, dándole un abrazo que vale por más de mil besos. Nos abrazamos y nos besamos despacio hasta que nuestros cuerpos se sienten y se buscan. Tristán me besa como si fuera a ser la última vez y yo me rompo al sentir que a lo mejor podría ser así, pero paramos antes de pasar a más. Ahora no puedo ni necesito hacer esto.

—Te llevaré a la casita de la bahía, pero recuerda que estaré aquí esperando, Olimpia. Te amo demasiado como para dejarte escapar, no lo olvides —pronuncia lentamente, dándome un beso en la frente —, y si tengo que volver

a enamorarte, lo haré.

—Lo sé, sé que lo harías. Pero, por favor, déjate crecer la barba. Estás mejor con ella y te será más fácil enamorarme —susurro en su oído, dándole un abrazo que habla por mi corazón.

Su risa ronca me llena el alma de pequeñas mariposas, haciéndome cosquillas en el estómago. Sé que eso es amor, lo sé. Y también sé que tengo que averiguar si puedo vivir sin él, ahora que lo sé todo.

*

A veces el amor es efímero. A veces dura para siempre y otras no. Jamás podremos determinar cuánto durará nuestro amor, pero sí podemos disfrutar de él con intensidad mientras nuestros corazones rebosen de ese sentimiento, que a veces duele, pero que otras veces te llena el alma y te salva de tus peores miedos y demonios.

Solo llevo un par de días en la casita de la bahía, pero siento que llevo mucho más. Los días sin Tristán pasan muy lento dejándome mucho tiempo para pensar demasiado. Acabo pensando en cosas que no debería pensar y lo único que me ayuda a mitigar un poco ese miedo, es saber que Tristán existe y que me quiere como yo lo quiero a él. Sé que a lo mejor a él mi marcha le ha parecido como si yo no tuviera claro si de verdad lo amo, pero ha sido todo lo contrario. Sé que lo amo más que a mi vida, pero debía saber si podía volver a estar sola otra vez. Aunque esta vez es distinto, ahora sé que él estará ahí siempre para salvarme, a veces, de mí misma.

En estos dos días solo me he dedicado a pintar y a pensar demasiado. Anoche hubo tormenta, sufrí una crisis de ansiedad, porque los brazos de Tristán no me rodeaban el cuerpo para hacerme saber que todo estaba bien y que la tormenta pasaría. Lloré toda la noche, pero la superé. Ahora estoy más decidida y me siento fuerte. Tristán es mi ancla al pasado, sí, pero también es mi ancla al presente y al futuro. Su mano me ayudó cuando más perdida estaba, sin saber que él también estaba perdido como yo. Me salvó, pero creo que yo hice lo mismo con él. Debo estar a su lado y es una idiotez que esté aquí perdiendo más tiempo sin estar con él. Lo amo con toda mi alma y no esperaré ni un minuto más para volver a su lado.

Me baño a toda prisa, me peino lo más rápido que puedo y me visto con los primeros pantalones y camiseta que veo. No quiero perder más tiempo sin decirle que lo quiero en mi vida siempre, a todas horas, a cada segundo.

Voy hasta la cocina y me subo a la encimera hasta alcanzar el teléfono que

se encuentra anclado en la pared. Es igual al que mamá tenía en nuestra casa y ese sí se usarlo perfectamente. Después de siete tonos no hay respuesta y empiezo a impacientarme. Marco de nuevo y tampoco. Pienso en que a lo mejor está con Jacinta y marco de memoria su número. Tampoco hay respuesta y empiezo a ponerme nerviosa. En ese momento, el motor de un coche me sobresalta y salto de la felicidad pensando en que es Tristán, pero al mirar por la ventana se desvanecen todas mis esperanzas. Es Noelia y viene con Jacinta. Una punzada de miedo se me clava en el pecho en cuanto los ojos cerúleos de Jacinta se cruzan con los míos. Salgo al porche como alma que lleva el diablo, con el corazón tamborileando en mi pecho. Algo malo está pasando, puedo sentirlo. Lo sé.

—¡Cariño, tenemos que irnos! —grita desde el coche.

Voy corriendo hacia él y abro la puerta del copiloto, donde está Jacinta con los ojos rojos y las manos temblorosas sobre su regazo.

—¿Dónde está Tristán?

—Anoche recibió la llamada de un vecino, que decía haber visto su barco navegar a la deriva. Me llamó para decírmelo y para que supiera que saldría para devolverlo al muelle. Aún no ha regresado a casa y estoy muy preocupada, él siempre me avisa cuando sale y regresa de navegar.

Literalmente, el corazón deja de latir en mi pecho y un frío inmenso me sube de los pies a la cabeza. Noelia ni siquiera me mira, pero puedo notar que ha estado llorando también.

—Anoche hubo una tormenta muy fuerte y el temporal ha debido alejar el barco demasiado. Tristán estará bien, ya lo verás, cielo —musita Jacinta no muy convencida de sus palabras, instándome a que me monte en el coche.

Ni siquiera me salen las palabras. Mi cabeza solo crea pensamientos negativos una y otra vez. Necesito mi goma elástica pero Tristán me la quitó. Me deshago la trenza que me había recogido y me coloco la goma en la muñeca mientras salto al interior del coche de Noelia.

El camino hacia la casa de Tristán se me hace eterno. Me da tiempo a recrear mil y una escenas en las que mil cosas pueden pasar.

—Es mejor que esperemos en casa por si llama por teléfono —susurra Jacinta cuando bajamos del coche.

—Tranquila, seguro que está bien. —Intenta animarme Noelia.

Cuando llegamos a la entrada de la casa, Tristán aún no ha regresado y yo no puedo quedarme quieta aquí esperando. Necesito saber que está pasando y donde está. A lo mejor estamos haciendo conjeturas demasiado rápido, pero

es que Tristán no suele desaparecer tanto tiempo.

—No puedo quedarme aquí sin hacer nada —le digo a Jacinta con los pies clavados en el porche.

—Tenemos que avisar a las autoridades —propone Noelia.

—Yo iré a al muelle por si está allí —musito inexpresiva mientras me doy golpecitos con la goma elástica en la muñeca.

El miedo ha regresado de nuevo a mi mente. Aunque quiero moverme, mis piernas no responden. Solo quiero hacerme un ovillo en el suelo y desaparecer. Quiero cerrar los ojos y que cuando los abra todo esté bien.

—Uno, dos, tres, cuatro...

Cuento cada uno de los latigazos que me propino en la muñeca. Estoy entrando en pánico, lo sé, puedo sentirlo.

—Cinco, seis, siete...

Oigo la voz de Jacinta y Noelia, pero solo es un leve murmullo en mi cabeza.

—Ocho, nueve, diez...

—¡¡Olimpia!! —grita Noelia, zarandeándome.

Abro los ojos como si me hubiera despertado de una horrible pesadilla, pero no, aún sigo en ella.

—Cariño, tienes que tranquilizarte o te dará un ataque de pánico —añade Jacinta si dejar de acariciarme el brazo.

Mi respiración cada vez va más rápida, el corazón se me acelera en el pecho y mis manos tiemblan sin control. No puedo dejar que el pánico me inunde y se expanda dentro de mí. Tengo que hacer algo para remediarlo, así que me deshago de todo agarre y desatiendo las palabras de consuelo de Noelia y Jacinta, y echo a correr. Corro lo más rápido que puedo a través del camino que lleva hasta el muelle, atravieso la carretera y llego al puerto con los oídos palpitándome y con el cuerpo envuelto en un sudor frío, que lejos de refrescarme, me quema la piel. Apoyo las manos en las rodillas e intento recuperar el resuello.

Después de unos minutos tras recuperar el aliento, miro donde debería estar el barco de Tristán atracado, pero no está. Siento que las piernas vuelven a temblarme y que volveré a entrar en pánico, así que no pierdo tiempo y echo a correr de nuevo, esta vez a la playa. Pienso que quizá desde allí pueda ver el barco de Tristán.

Cuando estoy casi llegando a la playa, el cielo se vuelve completamente gris y el sol que antes iluminaba el camino, se esconde tras los espesos

nubarrones que amenazan con descargar el diluvio universal. Un rayo atraviesa el horizonte, donde el mar se une con el cielo, haciéndome estremecer.

—Tengo que llegar a la playa —me insto a mí misma.

Casi he llegado a la playa y cuando estoy a punto de pisar la arena, una tromba de agua cae sobre mí, empapándome hasta los huesos. Aterida de frío, temblando por el miedo y respirando bocanadas de aire para no desmayarme, consigo pisar la arena y llegar hasta la orilla. Desde aquí alzo la mirada hasta que mis ojos chocan con las oscuras y profundas aguas del océano. Las lágrimas se mezclan con la lluvia que moja mi cara y mi ropa, sin darme siquiera tregua para secar mis ojos.

—¡¡Joder!! —chillo de frustración, restregándome los ojos con las manos.

Cuando consigo al fin poder mirar a lo lejos, mi corazón se para cuando veo el barco de Tristán... hundiéndose. La garganta se me seca y un enorme nudo en ella no me permite tragar saliva. Cierro los ojos y en un segundo me encuentro de nuevo en el barco de mi padre.

—¡Tenemos que soltar el bote antes de que se inunde del todo —grita papá a mamá!

—¡Hernán, la navaja no está! ¡No puedo cortar los nudos! —grita también mamá a través del sonido de la lluvia chocando en cubierta.

Mamá lleva en brazos a mi hermano. Lloro sin parar y estoy muy asustada. Papá me explicó una vez que debía hacer cuando algo así ocurriera. Debo buscar los chalecos salvavidas y llevarlos a cubierta, pero ya es demasiado tarde. La popa del barco, donde estaban los chalecos, se ha hundido casi en su totalidad y me es imposible ir a por ellos.

Mi padre hace todo lo posible por deshacer con sus propias manos los nudos que aferran al bote a la proa del barco, pero son demasiado grandes y fuertes como para hacerlo. Lloro sin parar, porque sé perfectamente que va a ocurrir. Lo he visto miles de veces en los documentales que veía con papá. No tenemos otra escapatoria más que saltar al mar e intentar aferrarnos a algo que vaya a la deriva.

—¡¡Hernán!! —grita mamá con un lamento desgarrador.

Papá y yo vemos a cámara lenta como mamá cae con un golpe de mar por la borda, con mi hermano entre sus brazos. Sin ni siquiera pensarlo, corro hasta el borde y salto al mar sin chaleco. Soy campeona de natación en el

colegio y se nadar mejor que un pez, como suele decir papá. Braceo y braceo acercándome a mamá, cuando veo que mamá se rinde exhausta y deja de mantenerse a flote, hundiéndose poco a poco con mi hermano entre sus brazos.

—Sálvalo, mi niña. —Son las últimas palabras que pronuncia mi madre antes de que su cabeza se hunda por completo en el agua, llevándose consigo a mi hermano.

Miro hacia atrás, buscando a papá, pero no lo veo. Lloro y grito de rabia, nadando más rápido, empleando todas mis fuerzas, hasta que llego al mismo sitio donde mamá se ha hundido. Buceo y buceo, pero el mar esta revuelto y el fondo está tan turbio con una pecera sucia. Palpo, buceo, nado, hasta que mis manos chocan con el cuerpo de mamá. Intento subirla, pero mamá pesa mucho, y tomo la decisión más horrible de mi vida: o mamá o mi hermano. Elijo a mi hermano. Se lo arrebató de los brazos, impulsándome hasta la superficie, para sacar a mi hermano lo antes posible.

Llego a la superficie casi sin aire. Las fuerzas están abandonándome y siento como todo el cuerpo se entumece. Solo pienso en nadar, en sacar a mi hermano de aquí. Nado, solo nado manteniendo la cabeza de mi hermano fuera del agua, hasta que en un suspiro, el aire se me acaba, las fuerzas se escapan y solo veo como mi cuerpo es arrastrado por la corriente.

Abro los ojos y respiro como si todo el aire se hubiera escapado de mis pulmones. Miro de nuevo hasta donde está el barco, pudiendo ver a lo lejos como el bote de proa cae al agua y como el cuerpo de Tristán en cubierta se zarandea por el oleaje. Intenta mantenerse en pie, pero no lo consigue, cayendo por la borda como lo hizo mi madre, golpeándose en la cabeza con uno de los bordes del bote. De mi garganta escapa un chillido desgarrado, mezclándose con el sonido de un trueno atravesando el cielo. Caigo de rodillas en el suelo con ambas manos en mis costados.

—Otra vez no. —Lloro con las rodillas hincadas en la arena.

Cierro los ojos un breve instante y la voz de mi madre reverbera en mi mente como aquel día.

—Sálvalo, mi niña —grita en mi cabeza una y otra vez.

—Lo haré, mamá. Esta vez lo haré —le respondo al cielo.

Corro sin pensar, adentrándome en el agua helada, hundiendo mi cabeza para poder sumergirme. No pienso, no respiro. Solo nado. Nado como aquel día, nado con todas mis fuerzas. Nado con el corazón en un puño sin dejar de

repetir el nombre de Tristán en mi cabeza. Vuelvo a nadar por él, por mí, por mi hermano, por el amor de mi vida. No puedo fallar. Esta vez no fallaré.

Llego hasta donde Tristán se ha sumergido desvanecido y me sumerjo para dar con él. Ni siquiera me hace falta abrir los ojos dentro del agua para encontrarlo. Tiro de él todo lo que puedo, sacando su cabeza del agua. Sujetéandolo para que no se hunda de nuevo.

—Tristán, estoy aquí, cariño. Tienes que despertar.

Paseo la palma de mi mano por su cabeza y noto como una enorme brecha le cruza el cráneo de lado a lado. Es profunda y pierde mucha sangre por momentos. Tristán no despierta por más que lo zarandeo. Tengo que sacarlo del agua. El bote se ha alejado bastante y me es imposible llegar hasta él arrastrando a Tristán conmigo, así que tomo la decisión de llevarlo hasta la orilla. Tengo que hacerlo lo más rápido que pueda o Tristán morirá.

Los brazos y las piernas me duelen, pero me niego a que las fuerzas me hagan flaquear. Esta vez lo conseguiré. Tras varios minutos nadando sin parar, llego a la orilla y arrastro a Tristán fuera del agua. Tengo que taponar la herida de la cabeza o se desangrará.

—Cariño, sigue conmigo —le hablo mientras que me quito la camiseta para presionar la herida con ella.

Una vez taponada la herida intento reanimarlo sin éxito. Ha tragado agua, lo sé.

—¡No respira, joder! —grito cerca de su pecho.

Acerco mi boca a la suya insuflándole aire, haciéndole la maniobra de reanimación.

—Mil uno, mil dos, mil tres... —recito mientras comprimo su pecho con mis manos entrelazadas.

Insufló de nuevo en su boca hasta que su pecho se eleva sin respuesta. Sigo comprimiendo una, dos, tres...

—No me hagas esto, mi vida... Por favor. Tienes que volver.

Las sirenas de una ambulancia resuenan a mi espalda. No detengo las compresiones. Lloro sin control, derramando lágrimas sobre la cara y el pecho de Tristán.

Solo veo manos por todas partes. Todas ellas tocando a Tristán y apartándome de él. No quiero que me lleven de nuevo, no quiero estar sin él.

—Por favor, por favor —ruego a quien me sujeta por la cintura, pidiéndole que no me lleve.

—Tranquila, haremos por él todo lo que esté en nuestra mano. ¿Cuánto

tiempo llevas reanimándolo?

—Diez minutos, quince, no lo sé —musito mientras veo negar con la cabeza a uno de los sanitarios.

—¡Palas, ahora! —grita otro de ellos.

—¡Uno, dos, tres, fuera! —grita el que sostiene en sus manos las palas, poniéndolas sobre el pecho de Tristán.

—¡Otra vez! —vuelve a chillar.

—Ha perdido mucha sangre —sollozo en manos de quién me sujeta con fuerza.

El cuerpo de Tristán convulsiona por culpa de la descarga eléctrica, chocando contra la arena de la orilla. Las manos me hormiguean, un sudor frío me recorre la espalda y cuando intento coger aire para seguir respirando, noto que no entra ni un poco en mis pulmones. Extiendo mis manos intentando alcanzar las de Tristán, pero mi cuerpo languidece por momentos, llegando al punto en el que ya no soy dueña de él y caigo de rodillas sobre la arena. Sonidos inconexos llegan a mis oídos, pero apenas distingo nada que no sean los latidos de mi corazón en mis oídos.

—Olimpia, cielo. —Escucho a mi espalda, pudiendo distinguir la voz de Jacinta.

—No puede morirse, Jacinta —suplico sin darme cuenta de que casi he perdido la voz.

Me retuerzo de pena, lloro, imploro que lo ayuden...

No puedo volver a quedarme sola, simplemente no lo soportaría. Él es mi fuerza, mi luz, mi esperanza. Sin él estoy vacía, como una cascara sin su semilla. Mi vida carece de sentido si él no está en ella. Hace un par de días, jamás pensé que esto pudiera pasar. Y ahora estoy aquí, viendo como su vida se escapa entre los granos de arena de esta playa.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas, impidiendo que pueda volver a ver a Tristán con claridad. Aún está tumbado en el suelo, no se mueve y nadie hace nada.

—Tienes que vivir, tienes que hacerlo. No puedes volver a dejarme. ¡¡Tristán!! ¡¡ Vuelve a por mí!! —grito hasta quedarme sin voz.

Hasta que ya todo es negro y solo siento dolor.

Capítulo 15

Tristán

Dicen que toda tu vida pasa por tu mente cuando estás al borde de la muerte, pues yo no veo mi vida, la veo a ella. Mientras que el mar engulle mi cuerpo sin que yo pueda defenderme, solo la veo su perfecto rostro aniñado, sus hermosos ojos azules y su boca gritando mi nombre.

Me dejo llevar por la placentera sensación de libertad y cierro los ojos para no sentir el enorme dolor lacerante en mi cabeza. No siento nada más que el frío del agua traspasando la piel de mi cuerpo y como poco a poco me pierdo más en la inconsciencia.

En un momento en el que ya casi me había abandonado a la languidez, unos brazos me rodean y hacen que mi cuerpo se eleve hacia arriba, haciéndome sentir de nuevo el calor de los rayos del sol en mi cara. No puedo abrir los ojos, pero sé que es el sol el que me calienta.

Vuelvo a caer en un sueño profundo y convulso, en el que mi mente lucha por despertar, pero mi cuerpo tira de mí hacía un lugar al cual creo que no pertenezco. Imágenes sin sentido aparecen ante mis ojos, volviéndome loco por momentos. Siento como una fuerte descarga tira de mi cuerpo, ayudándole a mi mente a seguir luchando y como el llanto de un bebé me hace ensordecen. La segunda descarga me deja más cerca de la meta, pero lo que me hace ganar la carrera es el llanto del bebé; mezclado con la voz de Olimpia, gritándome que vuelva a su lado.

Aún no puedo moverme, pero si puedo abrir los ojos medianamente. No sé dónde estoy, no sé quiénes son los que me miran sonrientes, solo la busco a ella, solo la oigo a ella llorar y sollozar con mi nombre en sus labios. No soporto que lllore, me ahogan sus lágrimas. Quiero que pare, que me mire y que me diga que todo está bien.

—No llores, estoy aquí —pronuncio casi en un suspiro sin pensar y vuelvo a cerrar los ojos.

Capítulo 16

Olimpia

Seis Meses Después

¿Quién maneja los hilos del destino? ¿Quién decide quién vive o muere? ¿Por qué nacemos para luego sufrir? ¿Porque nuestro corazón no está preparado para sentir la pérdida o el dolor? ¿Por qué se nos rompe en mil pedazos al tener que dejar marchar a un ser querido? Estas y mil preguntas más se pasean por mi mente una y otra vez. No es justo para nadie perder a un ser querido, pero tampoco es justo que después de haberlo perdido todo, la vida vuelva a dar envites. Cuando eso ocurre, las horas y los días pasan más lento y, cuando la congoja te ahoga y la incertidumbre de la soledad revolotea por tu cabeza, sientes como cada vez, pierdes un poco de esa esencia que habitaba en ti. Años de pena, desdicha y miedo me han perseguido. Apenas quedan lágrimas en mis ojos, pero alguna sale.

Me sentí culpable durante un tiempo por lo que le pasó a Tristán. Si yo hubiera estado a su lado, podría haberlo evitado, pero ya no se puede volver atrás y solo queda asumir las consecuencias de lo que hacemos. Han pasado seis meses desde que el barco de Tristán encallara y se hundiera, en los cuales he aprendido a vivir de nuevo.

Camino por el *Golden Gate* con la bahía a mis pies, como testigo de lo que voy a hacer. Lo he pensado bastante y no me arrepiento de la decisión tomada. Del bolsillo de mi chaqueta, saco el colgante del ancla, el cual había tenido Tristán a salvo durante todos estos años. El colgante ha sido testigo de nuestro primer encuentro y, mágicamente, nos unió a través del tiempo. El ancla de ese colgante ha sido como una varita zahorí, la cual llevó a Tristán de nuevo hasta a mí. Ya no le hará falta, puesto que ha cumplido su cometido con éxito.

Encontré al amor de mi vida, al hombre que me salvó del mar y de mí misma cuando ya estaba casi perdida en mi propia desdicha; el hombre al que aprendí a amar, aunque ya en mi fuero interno lo hiciera.

—¿Seguro que quieres hacerlo? —pregunta un ya recuperado Tristán.

Después de aquel día, supimos que Daniela fue la culpable de que el barco

de Tristán se alejara del puerto. Estaba resentida y no se le ocurrió otra forma de vengarse de Tristán que esa. Saboteó el barco, haciendo que casi se hundiera con Tristán en él. Por su culpa casi pierdo a Tristán, que por ello estuvo en el hospital casi dos semanas, debido al brutal golpe en la cabeza, pero por suerte, no fue tan grave como creyeron los médicos y su recuperación fue inmediata.

—Ya no me hace falta ningún ancla que me ate a este mundo. Te tengo a ti —le contesto sin dejar de mirar el agua que nos rodea.

—Era de tu padre y...

—Y ahora será del mar — asiento, convencida de lo que voy a hacer.

Me asomo a la barandilla, respiro hondo y extendo mi mano. Antes de lanzar con todas mis fuerzas el colgante, lo beso, despidiéndome así de mis padres y mi hermano, como en su día no pude hacerlo. Dejándolos marchar en paz.

Ahora quiero mirar hacia delante y mirar al futuro a los ojos; a unos ojos grises que hacen que mi corazón lata fuerte en el pecho y que cada vez que los tengo delante, hace que una explosión de millones de mariposas campen a sus anchas por mi pecho.

El sol de media tarde en la bahía nos deslumbra en los ojos cuando vemos como el colgante desaparece a través del agua.

—Has sido muy valiente, Oli. —Tristán me abraza por detrás, apoyando su cabeza en mi hombro, dejando reposar un suave beso en mi cuello.

—Tú eres mi fuerza, cariño. Contigo siento que puedo hacer todo lo que me proponga.

—Y tú la mía. Contigo tengo todo lo que un día creí que jamás sería para mí. Y ahora, estás aquí, conmigo. Casi no puedo ni creérmelo.

Me abraza con fuerza, para después girarme en sus brazos, colocándome frente a él.

—Ya sé que eres muy joven, que a lo mejor un día te cansas de mí y...

¿Qué va a hacer? No será lo que creo que...

—Deja de decir tonterías, Tris. Dime qué quieres —le pido con una sonrisa tonta en los labios, acariciando su barba de nuevo.

La vuelve a tener larga, no tanto como antes, pero está en proceso. Su barba era su personalidad y su característica, además de quedarle de vicio. No me hizo falta rogarle demasiado para que accediera a dejársela crecer. Con ella se siente cómodo, más él y a mí me chifla las cosquillas que me hace mientras me duermo en su pecho. Sé que le dolió desprenderse de ella, pero ya no

tiene por qué hacerlo más. Ya sé quién es y adoro al hombre que tengo enfrente, con o sin barba.

Se pone de rodillas frente a mí y saca un anillo en forma de ancla retorcida de una pequeña cajita y me mira con una sonrisa que me deja embobada. Me he quedado sin aire y me cuesta respirar.

—Quiero que seas mía. Quiero que te cases conmigo. Quiero que seas mi mujer hasta que uno de los dos deje este mundo. Quiero ser tuyo para siempre. ¿Quieres casarte conmigo, Oli?

Me tapo la boca con la palma de la mano, ahogando un gritito de júbilo. Jamás imaginé que Tristán me pidiera de rodillas; como en las películas, que me casara con él.

Sé que soy demasiado joven, pero pienso en lo que eso significa y no dudo ni un instante en decirle que sí. Que ya era suya desde que nací y que jamás me cansaré de estar a su lado, aunque seamos viejitos y nuestras manos se arruguen por el paso del tiempo.

—Sí, quiero —le digo poniéndome yo también de rodillas frente a él.

Tristán atrapa mis mejillas con sus manos y me besa como si el mundo fuera a acabarse y solo nosotros con nuestros besos, pudiésemos impedirlo.

—Solo cuando el mar se seque, solo entonces, dejaré de quererte —susurra Tristán en mi boca.

—Yo tampoco dejaré de hacerlo, ni aunque se acabe todo el aire de este mundo. Eres mi oxígeno, Tristán. Estoy total y llanamente perdida en el mar de tus ojos. ¡En el mar de Tristán! —sonríó al gritar y extender los brazos, mirando todo a nuestro alrededor. Mirando el mar de Tristán.

FIN

Epílogo

Cuatro Años Después

Es el verano más cálido que recuerdo desde que vine a San Francisco. El sol pega fuerte sobre la cubierta del nuevo barco de mi marido. La voz y la risa de los que son ahora mi vida resuenan por todo el jardín. Con ellos he aprendido a que cuándo ni siquiera te quedan fuerzas para seguir, hay que sonreír y mirar la vida de otra manera. Yo nunca tuve grandes aspiraciones, tampoco las deseaba demasiado. Crecí siendo conformista, pero gracias a Tristán y a su perseverancia, conseguí realizarme como persona, esposa, mujer y madre.

Ahora trabajo como ilustradora a distancia para una editorial de California. Algo que me viene como anillo al dedo. Criar a unas gemelas revoltosas no es fácil con un bebé creciendo en tú interior.

Han pasado cuatro años desde que Tristán y yo nos dimos el <<*Sí quiero*>> aquí mismo, en la cubierta del barco donde estoy tomando el sol mientras me relajo viendo a mis dos niñas jugar con su padre. Soy muy joven aún, pero no me arrepiento en absoluto de lo que he hecho en estos maravillosos años. Tengo todo lo que un día creí que no podría tener. Tengo una familia, un marido al que amo con todo mi corazón y una tranquilidad en el pecho que me llena de dicha.

Después de aquel día, me costó un poco más acercarme al mar, pero una noche, Tristán me llevó a la playa y me prometió que si no me bañaba con él en el mar, jamás volvería a navegar; que no compraría el barco en el que ahora navegamos, y que no pisaría él tampoco la arena nunca más en su vida. Me sentí obligada, pero no por él, sino por mí misma. Sabía que Tristán cumpliría su promesa y no me sentía con el derecho de negarle lo que más adora en la vida, que es navegar.

Ese día, se desató una pequeña tormenta, pero no volvimos a casa, sino que nos metimos en el mar mientras que la lluvia impactaba sobre el mar y sobre nosotros. Lloramos juntos, pero no nos salimos del agua hasta que no dejé de temblar de miedo.

—Haré que olvides el miedo —me susurró mientras con sus dedos acariciaba cada palmo de piel desnuda.

Y me olvidé del miedo y del mar, porque solo sentía sus manos en mi cuerpo y sus besos en mi boca. Perdí el miedo al mar de la misma forma en la que recuperé la confianza en mí misma, gracias a él.

—¡Mami, papá dice que si podemos jugar con la manguera! —grita una de mis niñas.

Tristán me mira desde la proa, esperando mi aprobación, tan ilusionado como ellas. Tristán ha resultado ser un padre excelente. Las cuida y les enseña todo lo relacionado con el mar como hizo mi padre conmigo.

—Pero no os mojéis demasiado —le digo a Margaret, asintiendo con la cabeza a su padre y a su hermana Isbell, dándole luz verde para que se empapen de arriba abajo.

Mis hijas se llaman como sus dos abuelas. Un tributo que Tristán y yo quisimos regalarles allí donde estén.

Tristán se acerca a mí con la manguera en la mano, dispuesto a empaparme, pero le freno antes de que lo haga, acudiendo a la excusa perfecta; nuestro bebé que viene en camino.

—No para de moverse —le informo cuando mi Tris me abraza, colocando sus manos alrededor de mi vientre.

—Parece que saldrás a la loca de tu madre —le habla Tristán a mi barriga, poniéndose de rodillas.

—Parece que a Jamie le gusta la voz de su papá — le digo mientras hundo los dedos en su pelo, echándole la cabeza hacia atrás, perdiéndome en sus dos nubes grises.

—Sabes cómo me pones cuando haces eso, ¿verdad? —murmura gruñendo entre dientes.

—Lo sé perfectamente — sonrío con malicia.

No me da tiempo ni a soltar un suspiro cuando Tristán les grita a las niñas desde lejos que vayan a su camarote.

Parece que he despertado a la bestia... Y debo asumir las consecuencias.

—¿Sabes que me vas a volver loco, verdad?

Río a carcajadas cuando me coge en brazos y me lleva hasta la cocina del barco, donde me suelta con cuidado sobre la mesa de la cocina, abriéndome las piernas para encajar sus caderas a las mías.

—Eso pretendo —le digo agarrándolo de nuevo por el pelo.

Desde que me quedé embarazada, ha sido un no parar. Parece que mis

hormonas revolucionadas solo piensan en sexo todo el día.

—Si me paso de la raya, avísame —musita Tristán, bajándome las braguitas con cuidado.

—Cariño, estoy embarazada...no enferma.

—Vale, pero me avisas...

Pongo los ojos en blanco, atrayéndolo hasta mis labios para besarlo con ganas, con desespero...

—Sí, sí...yo te aviso —contesto jadeando, cuándo Tristán se hunde en mí muy despacio.

—Dios —se queja entre besos—, prométeme que jamás dejaremos de hacer esto.

Me rio por su ocurrencia dando paso a un pequeño grito que se me escapa de mi garganta.

—Cariño, creo que lo que notas ahí, no es lo que crees...— le digo dándome cuenta de que he roto aguas mientras me bajaba de la mesa de la cocina en sus brazos.

—Oh, Dios mío, ¿has roto aguas mientras hacíamos el amor? —grita Tristán sin saber qué hacer.

—Eso creo, parece que Jamie tiene prisa por conocer a su papá —rio totalmente tranquila mientras que Tristán no para de dar vueltas y gritar como un loco poniendo el motor en marcha.

Agradecimientos

A la primera persona que quiero agradecerle que este libro exista es a Noelia Moral, del grupo Ladrona de Sonrisas. Gracias a ella nació esta historia, que debería haber sido un relato, pero que se ha convertido en libro. Gracias, cuchufleta, por tus ánimos, y sobre todo, por tu ayuda y tu cariño. Te has convertido en alguien muy especial para mí. Y love you.

A ti, Mónica QSan, por ser mi lectora 0 y hacerme ver mi propia historia a través de sus ojos. Gracias a ti, esta historia tiene un nuevo integrante, que tal vez tenga su propia historia.

También a Pilar Sánchez Alarcón, Elena Montagud, Marien Fernández y Noni García, por echarme una mano a la hora de pedirles ayuda con mis eternas dudas.

Y como no, a mi Wilson de mi alma, Lorena Jiménez Partida, por tu empeño y dedicación para dejar preciosísima esta novela con tu maquetación. Te quiero, Will.

No puedo mencionar a todas porque no acabaría nunca, pero sí quiero mencionar a una persona muy especial que ha confiado y que confía en mí. Elena Garquin, gracias por contar conmigo y ayudarme e inspirarme con tus historias. Escribes magia con tus dedos, consiguiendo que, leyendo tus palabras, viaje a los mundos de tu corazón. Mil besos, Elena.

Listado de canciones que me inspiraron a la hora de escribir esta historia.

<<Aint's got no>> de Nina Simone>>
<<Song to the siren de This Mortal Coil>>
<<Be my baby de The Ronettes>>
<<I'm a man de Bob Diddle>>
<<Tears and rain de James Blunt>>
<<All of me de John Legend>>
<<Perfect de Ed Sheeran>>
<<Poison & Wine de The Civil Wars>>
<<Dust to dust de The Civil Wars>>
<<Talking to the moon de Bruno Mars>>
<<I'm in here de Sia>>
<<Main girl de Charlotte Cardin>>

Y si quieres entrar en Spotify

<https://open.spotify.com/user/eilaarranz/playlist/4f3JDAzICSDn1SPoZvagID>